LAYLA

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

HAGEN



hermanos
Maxwell

Un amor para siempre

Un amor para siempre
Travis & Bonnie ~ Los Hermanos Maxwell
Libro 5
Layla Hagen

Un amor para siempre

Copyright ©2024 Layla Hagen

Traducido por Well Read Translations

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro de cualquier forma o medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito y expreso del autor, excepto para el uso de citas breves en evaluaciones del libro. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales es pura coincidencia.

Tabla de Contenido

Derechos de Autor

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Capítulo Doce

Capítulo Trece

Capítulo Catorce

Capítulo Quince

Capítulo Dieciséis

Capítulo Diecisiete

Capítulo Dieciocho

Capítulo Diecinueve

Capítulo Veinte

Capítulo Veintiuno

Capítulo Veintidós

Capítulo Veintitrés

Capítulo Veinticuatro

Capítulo Veinticinco

Capítulo Veintiséis

Capítulo Veintisiete

Capítulo Veintiocho

Capítulo Veintinueve

Capítulo Treinta

Capítulo Treinta y uno

Epílogo

Capítulo Uno

Travis

Tan pronto como quité el modo avión del móvil, empezaron a sonar las notificaciones. Estaba en el área de recogida de equipajes con un ojo puesto en la cinta mientras leía qué era lo que mi sobrina, Paisley, me había enviado. Tenía once años y estaba obsesionada con la fotografía, así que le había regalado una cámara profesional por Navidad: cada pocas horas me mandaba una copia de las fotos que había tomado.

No me importaba. Le tenía un cariño especial a mi sobrina. La única niña en mi enorme familia era ella. Éramos cinco hermanos (cuatro de los cuales estaban casados o prometidos), y mis dos primas. Sabía que, de vez en cuando, se sentía sola, así que me alegraba tener esa conexión con ella. Era, además, una niña muy buena, y se estaba convirtiendo en una fotógrafa de lo más talentosa.

Paisley: ¡GRACIAS GRACIAS, tío Travis! Es la mejor cámara del mundo. ¿Qué te parece la foto?

No tenía ni idea de fotografía, pero me pareció que había hecho un trabajo bastante creativo al capturar la desolación tan característica del invierno en Chicago.

Travis: Tienes talento, pequeñaja.

Paisley: Me gustaría ser tan buena como para encargarme de las fotos de las bodas familiares.

Eso me parecía exagerado, pero siempre podía sorprendernos. Ni Luke ni Tyler habían fijado una fecha para su boda, y cuando a Paisley se le metía algo en la cabeza, lo solía conseguir. En eso, era una Maxwell de los pies a la cabeza.

Travis: Sigue practicando y dentro de nada serás toda una profesional.

Hala, algo que era verdad. Había que apoyar su autoestima.

Había pasado las Navidades relajándome con la familia, pero ya iba siendo hora de volver al juego: tenía cosas que hacer y personas que ver. Uno de los lemas Maxwell era: “ten siempre un propósito”. Esa filosofía me motivaba.

Había levantado y vendido una enorme compañía de *software* especializada en predecir la tendencia del mercado bursátil, y entonces me estaba preparando para abrir un hotel. Era una industria completamente diferente, pero me gustaban los retos.

Además, era la oportunidad perfecta para continuar con el legado familiar.

El avión había estado relativamente vacío. No mucha gente volaba a aquella comunidad remota del sur de California, y, sin embargo, una chica morena que cogía una maleta pequeña de la cinta de equipaje ya había captado mi atención. Se había sentado unas filas delante de mí en el avión. Podría haberme fijado en ella, pero necesitaba concentrarme en aquel viaje de trabajo. Se trataba de una de esas negociaciones que bien podían marcar la realización de un proyecto o su fin.

Una vez con mi equipaje en mano, me dirigí al mostrador de alquiler coches. Cuando reservé la habitación en la que me hospedaría en Oceanwell Bay, el hotel me había informado que, al ser una comunidad pequeña, no había Uber. En su lugar, disponían de algunas compañías de alquiler de coches, pero no en el aeropuerto.

Afortunadamente, mi asistente me había gestionado un servicio de recogida.

En realidad, debería haber viajado en helicóptero, pero el helipuerto se encontraba todavía

más lejos de Oceanwell Bay que el aeropuerto, así que habría tenido el mismo problema una vez en tierra. Me gustaba ser eficiente al viajar, razón principal por la que había adquirido un helicóptero.

Mi viaje tenía un solo objetivo: convencer a Tim Woodson para que fuera el gerente general de mi hotel. Ese era mi secreto para el éxito: sabía cómo tentar a los mejores y persuadirlos para que trabajaran para mí. Desafortunadamente, Tim aún no estaba decidido, y por eso me encontraba yo allí. Habíamos hablado por teléfono, pero algunas cosas debían hacerse cara a cara.

Me acerqué al mostrador, y ahí estaba de nuevo, esperando: la misma mujer del avión y la cinta de equipaje. Era increíblemente preciosa, vestida con una falda larga que ocultaba lo que parecía ser unas piernas sexys y esculpidas, y un cinturón ancho que acentuaba sus curvas. Su abrigo estaba colgado del asa de su maleta. No pude evitar mirarla de arriba abajo mientras hablaba con la recepcionista. Estaba buenísima.

—Lo lamento, el vehículo que habíamos reservado para usted volverá en aproximadamente una hora. No tengo ningún otro disponible en este momento —le decía la mujer tras el mostrador —. El único que queda ya está reservado.

Por mí.

—¿Está segura de que la persona que lo reservó cogió el vuelo? Ya tendría que haber llegado.

—Estoy bastante segura de que sí. De no haber sido así, nos habrían avisado.

—No hay ninguna otra manera de llegar a Oceanwell Bay, ¿verdad? ¿O hay algún alquiler de coches en el aeropuerto? —preguntó la morena.

—Lo siento, pero no hay ningún servicio de alquiler. Es una comunidad pequeña, y normalmente podemos ofrecer nuestros servicios con gran rapidez. Lamento mucho la situación. Todos nuestros conductores están ocupados. El vehículo que le asignamos a usted se encuentra en un atasco porque ha habido un accidente en su ruta, así que está tardando más de lo que imaginamos.

Me acerqué al mostrador, y dejé el equipaje al lado de aquella chica.

—Buenas tardes. Soy Travis Maxwell. Reservé uno de sus vehículos.

Me sonrió.

—Aquí está, señor. Sabía que había tomado el vuelo.

Me giré intencionalmente para mirar a aquella morenaza. Sugerir a la recepcionista que quizá había perdido el vuelo había sido una táctica astuta y un tanto malintencionada.

—Vale, tengo su tarjeta de crédito y DNI en la ficha —anunció la dependienta—. Su asistente se ha encargado de todo. Solo tengo que avisar a su conductor de que ha llegado.

Asentí; la mujer se levantó de la silla y desapareció por la puerta trasera. Entonces, me giré para observar a aquella chica tan guapa. Era jodidamente perfecta. Tenía un cabello salvaje que le caía por debajo de los hombros. Sus ojos eran grandes y azules, con el iris teñido de verde en los bordes... ¿o era gris? Conseguí detenerme antes de inclinarme para mirarlos más de cerca.

—No me lo puedo creer —dijo en voz alta, visiblemente frustrada. No podía culparla. Era tarde, y no tenía muchas opciones.

—No he podido evitar escuchar que vamos en la misma dirección —comenté. Aunque me sonrió, su sonrisa parecía algo forzada.

—Sí. Bueno, el que va a ir eres tú. Se supone que yo aún tengo que esperar otra hora más.

—Tengo una sugerencia: ¿Y si compartimos el coche? —propuse.

Levantó una ceja; claramente se lo estaba pensando dos veces, aunque su sonrisa se había

ensanchado, y ya no parecía forzada.

—No debería subirme a un coche con un extraño. —Aunque su tono de voz era juguetón, podía ver la preocupación en su mirada. Yo también me inquietaría si mis primas compartieran un coche con un desconocido, así que comprendía su cautela.

—No es un riesgo mayor que subirte a un Uber.

Sacudió la cabeza.

—No es lo mismo. Puedes ver el nombre y datos del conductor.

—Ya has oído a la recepcionista. Tiene mi tarjeta de crédito y DNI en la ficha, así que tiene todos los datos que puedas querer de mí. Además, iríamos con un conductor, e iremos con un conductor con sus respectivas credenciales. Podemos agregar tu dirección a la petición, si prefieres que todo quede registrado —sugerí.

No dijo nada más durante unos segundos, y luego asintió.

—Vale, gracias. Te tomo la palabra. —Por alguna razón, me relajé. No habría querido que se quedara allí durante una hora. Quizá estaba siendo un poco sobreprotector. Joder, claro que lo estaba. Joder, claro que sí. Es un rasgo distintivo de los Maxwell.

La recepcionista regresó.

—La señorita ha decidido que va a ir conmigo. ¿Tienes la información de ambos en el sistema? —pregunté.

Ella se sentó.

—Claro. Señor Travis Maxwell. Señorita Bonnie Wilson. También tengo sus lugares de destino.

—¿A dónde vas? —me preguntó Bonnie.

—Al Hotel Winston.

—Eso está a diez minutos de mi casa. Pero claro, todo está a un par de minutos en Oceanwell Bay.

Cuando la recepcionista terminó de anotarlo todo, nos pidió que esperáramos fuera. El conductor ya tenía el coche preparado.

Cogí el asa de mi maleta, y también la de Bonnie.

—Ya me ocupo yo —le dije, al ver que llevaba también una bolsa al hombro. Era lo adecuado.

—Gracias.

¿Acaso se había sonrojado?

Fuera estaba fresco, pero era agradable. El conductor esperaba con el maletero abierto, y amablemente guardó ambas maletas. Tomé asiento detrás del sitio del copiloto. Bonnie se sentó detrás del conductor.

Su vestido se deslizó hacia un lado al entrar, y pude ver un destello de su piel antes de que lo acomodara rápidamente. Pero ya había visto lo suficiente para alimentar mi imaginación. Había estado en lo cierto. Sus piernas eran interminables.

—¿Qué te trae a Oceanwell Bay? —pregunté mientras el coche salía del área de estacionamiento.

—Llevo aquí un tiempo, me fui a casa por Navidad. Trabajo como auxiliar en una clínica veterinaria de Chicago, y me surgió la oportunidad de pasar un año aquí para ganar experiencia con animales salvajes. Pensé que podía ser interesante, así que aproveché la oferta. Todavía me quedan un par de meses de contrato. ¿A ti?

—Voy a abrir un hotel en Chicago, y quiero convencer al gerente del Winston para que trabaje en él.

Bonnie me miró unos segundos antes de romper a reír.

—¿Estás intentando convencer al gerente del hotel donde te vas a quedar para que deje su puesto y se vaya contigo?

—Sí.

—Tienes un buen par de cojones.

El conductor soltó una risa ahogada ante su comentario, y yo reí, impresionado por su descaro.

—Lo sé. Estoy acostumbrado a escucharlo, pero no esperaba que te dieras cuenta tan rápido.

—Ah, ya me había dado cuenta desde antes. Esto ha sido solo la confirmación de la primera impresión.

—Mira quién habla. Intentaste convencer a la recepcionista para que te cediera mi vehículo, ¿verdad?

Se sonrojó y apretó los labios, formando una línea.

—Pensaba que habías perdido el vuelo.

—Ya, claro...

—Por cierto, ¿cómo dijiste que te llamabas? No estaba prestando atención cuando la recepcionista dijo tu nombre.

—Travis.

—Encantada de conocerte, Travis. Gracias por rescatarme esta noche. Tuve exactamente el mismo problema la última vez.

—¿Cómo lo resolviste? —No me gustaba la idea de Bonnie sola en la oscuridad, buscando una forma de llegar a casa.

—Tuve que molestar a un amigo que vive aquí para que me recogiera.

—¿Y no pudo venir hoy? —Por alguna razón, el hecho de que otro tipo la hubiera ayudado me incomodó.

—No he podido ni llamarlo. Tu idea me pareció... razonable, y he preferido no molestarle otra vez.

—¿Así que he pasado de tener cojones a ser razonable?

Sonrió.

—No hay razón por la que no puedas ser las dos cosas.

La miré con admiración. Me gustaban las mujeres que plantaban cara antes los retos.

Llegamos a Oceanwell Bay unos minutos más tarde, e insistí en pasar primero por su casa. El conductor nos informó que le quedaba de camino al hotel, lo cual resultaba perfecto.

—¿Tienes algún plan esta noche? —pregunté mientras nos acercábamos a su dirección.

Era tarde, pero ambos tendríamos que cenar. Y esa mujer, Bonnie, me intrigaba.

—Ay, no sé. Ha sido un viaje largo, así que creo que me quedaré tranquila en casa. Llegaré, me ducharé, leeré un libro, y a la cama. Tengo que despertarme temprano, a las cinco y media.

—¿A las cinco y media de la mañana? —Sabía que era una pregunta redundante, pero me sorprendió lo temprano que era.

—Sí. Así es la glamurosa vida de una auxiliar, pero no me importa. He echado de menos a mis animales. Estoy deseando verlos mañana.

—Creía que trabajabas con animales salvajes. ¿Cómo pueden ser *tus* animales?

—Hay algunos que necesitan más cuidados, así que los atendemos antes de devolverlos a su hábitat natural. Existen diferentes opiniones a nivel científico sobre el impacto de un contacto humano tan estrecho. Podría afectarles una vez que los liberemos en su hábitat, pero unos achuchones nunca han hecho daño a nadie.

Era una faceta muy distinta de la mujer descarada de hacía unos minutos. La emoción de su mirada hablaba más que mil palabras del amor que profesaba a aquellas criaturas. Bonnie me intrigaba.

—Ven a cenar conmigo —solté.

Sus ojos se abrieron como platos, para reaccionar de nuevo de la manera más inesperada: se echó a reír a carcajadas. Mi ego se resintió, pero una vez se calmó, dijo:

—Otro ejemplo del buen par de cojones del que hablaba antes.

El conductor hizo un ruido extraño, y esa vez no supe si se estaba riendo o atragantando. Quizá intentaba no reír. De cualquier manera, ¿por qué estaba escuchando nuestra conversación?

—Vale, me convenciste para hacerte caso y aceptar subirme a un coche con un desconocido, pero ahora me da curiosidad saber cómo piensas convencerme para que cene con ese mismo desconocido. —Su expresión pícara indicaba que su lado descarado volvía a resurgir. Se colocó un mechón de pelo tras la oreja, y me miró con aquellos grandes y preciosos ojos. Tuve que volver a reprimir el impulso de acercarme para verlos mejor. Después de todo, no había suficiente luz: estaba demasiado oscuro. Sus labios también me llamaban la atención.

—Si cenas conmigo, ya no podrás considerarme un desconocido. Seré un hombre atractivo que te invita a una cita. —Dejé que el encanto Maxwell saliera a la luz.

Bonnie asintió, y yo ya estaba a punto de clamar victoria hasta que silbó.

—Una cosa es admitir que tienes un buen par de cojones, pero llamarte a ti mismo atractivo es ya otro nivel. ¿Sabes eso que dicen sobre no tener abuela?

—Sí, pero no es lo mismo cuando tienes razones para creer que eres maravilloso.

Bonnie rio justo cuando el coche empezaba a reducir la velocidad.

—No creo que eso funcione así. Ha sido un placer, Travis. Gracias por acercarme y por la conversación. Necesitaba este toque de diversión para terminar un día difícil. Y buena suerte con lo de robarles al empleado.

Y con ese comentario, salió del coche.

Joder.

Me había dejado sin palabras. Hacía mucho que no me rechazaban de esa manera.

Este toque de diversión. Yo era bastante más que eso.

Podría tomar aquello como una señal para dejarlo pasar. Pero ese no era mi *modus operandi.* Sí, estaba allí para convencer a Tim de que se uniera a mi equipo. Los negocios eran los negocios, pero Bonnie no vivía muy lejos del hotel. Y ya había decidido que la volvería a ver.

Capítulo Dos

Bonnie

—Así. Eres un chico muy bueno. Te prometo que te pondrás mejor dentro de muy poquito. Sé que duele, pero es por tu bien. —Hablaba con un tono de voz reconfortante mientras le aplicaba el ungüento.

Me había sumergido en la piscina hasta que el agua salada me llegó a la cintura. Aunque Oceanwell Rescue se encontraba en un pueblo aletargado y poco conectado del sur de California, era una de las clínicas más reconocidas en la rehabilitación de animales salvajes.

El delfín que estábamos tratando se había enredado en una red de pesca y tenía heridas que tardarían en sanar. Algunas se curaron por sí solas, pero una en particular era muy profunda y había requerido puntos. Además, debía aplicarle crema antibiótica cada cuatro horas.

Me estremecí; para mi paciente el agua estaba perfecta, pero un poco fría para mi gusto. En Chicago, normalmente trabajaba con gatos, perros, hámsteres... (bebés peludos, como yo les llamaba); tortugas, de vez en cuando. En ese momento, tenía el gran honor de trabajar con mi primer delfín, y eso requería sacrificios.

Había descubierto que los delfines, aunque relativamente dóciles, no apreciaban tanto los achuchones como los bebés peludos, pero al menos parecía gustarle cuando le acariciaba la aleta. Le había apodado ‘‘Steve’’. La única desventaja de trabajar con él era el agua, y en ese momento hubiera querido que mi traje de neopreno fuera más grueso. Steve se sacudía energéticamente con satisfacción. Había aprendido a reconocer aquel comportamiento como alegría, algo similar a cuando un perro movía el rabo. Cuando permanecía quieto más de un par de segundos, aprovechaba para aplicarle el ungüento.

Dante entró por la puerta del área de la piscina. Era uno de mis compañeros de trabajo, y se encargaba de alimentar a los animales. Abrió una trampilla en la pared de la piscina, y Steve nadó a través de ella para disfrutar de su comida de media tarde.

—Hora de comer, ¿eh? —pregunté mientras me impulsaba para salir del agua.

—Sí, eso es. Vamos a hacer una barbacoa. ¿Quieres unirte, Bonnie?

—La verdad es que hace tan buen día que lo que me apetece es comprar cualquier cosa y comer en la playa. —Era enero, y aunque la temperatura no era muy agradable, ni siquiera allí... definitivamente era mejor que en Chicago, y el sol no dejaba de brillar—. Pero gracias por invitarme, Dante.

—De nada —respondió.

Me encantaba la vida allí. El pueblo era muy relajado, y las tardes sumamente tranquilas. Todo el mundo veía normal tomarse una hora entera para almorzar, y solíamos ir a los restaurantes cercanos. Era muy diferente a Chicago, donde todo era tan ajetreado que a veces solo teníamos un par de minutos para devorar lo que fuera que hubiéramos llevado a la oficina antes de volver al lío. En alguna rara ocasión, pedíamos pizza para el equipo, pero la mayoría de veces ya estaba fría cuando la mitad del personal conseguía probar bocado.

Allí, solía unirme al grupo para comer, pero aquel día lo único que quería era dar un paseo por la playa. El sol estaba en lo alto del cielo, y no podía esperar a sentirlo en el rostro después del frío helador que había azotado Chicago en mis vacaciones de Navidad.

Me di una ducha rápida antes de ponerme mi ropa; el agua salada se secaba en mi piel, y como no iba a volver a meterme en la piscina por la tarde, prefería asearme. Afortunadamente,

mi compañera Cheryl se encargaría de aplicarle el ungüento a Steve en el próximo turno.

Cogí mi bolsa y salí de la clínica con una carcajada: era la última en irme. Me resultaba gracioso. Todo el mundo desaparecía a la hora de comer.

Llevaba allí ocho meses, y si había algo que echaba de menos de Chicago era la variedad de *food trucks* y sitios de comida para llevar. En Oceanwell Bay había solo tres restaurantes, y ninguno ofrecía comida para llevar, lo cual estaba bien si querías sentarte y disfrutar de la comida, pero ese día solo quería algo rápido para llevar. La única opción era el puesto que estaba frente a la clínica. Me acerqué y contemplé el menú, aunque ya me lo sabía de memoria. Les compraba *donuts* y magdalenas todas las mañanas.

—¿Segunda parada del día, Bonnie? —me preguntó Alan, el dueño del puesto. Debía tener unos cien años, pero estaba en plena forma e insistía que abrir su puesto todas las mañanas le mantenía vivo.

—Sí. Estoy intentando decidir cuál de tus delicias cuenta como almuerzo.

—Yo diría que las magdalenas. Tienen mantequilla y huevo. Eso ya son dos fuentes de proteína. Pero asegúrate de balancearlo por la noche con una ensalada o algo así, si es que te importan esas cosas.

Sonreí.

—Dos magdalenas, entonces.

—Marchando.

Una magdalena era de arándanos, y la otra de algo que parecía chocolate. El estómago ya me rugía.

Pagué mientras Alan las colocaba en un plato de papel. Hice equilibrio cuidadosamente con el plato mientras caminaba de manera relajada por la playa, escuchando las olas y oliendo el aire salado del océano. Había bastante brisa; me agitaba el pelo y la ropa. Me encantaba vivir allí, y sabía que lo iba a echar de menos cuando volviera a Chicago. Claro, teníamos el lago Michigan, y muchas playas bordeaban la ciudad, pero no era lo mismo.

Incluso en días más fríos, había mucho ajetreo en la playa. En días soleados, se llenaba por completo. La mayoría de la gente pasaba el rato en toallas o sillas de playa, mientras que otros se acurrucaban bajo mantas o vestían chaquetas ligeras. La gran mayoría parecía estar leyendo un libro o absorta en su teléfono, con los ojos entrecerrados si no llevaban gafas de sol. Una madre caminaba por la orilla de la mano de su niño pequeño. Dios mío, era adorable.

Me encantaban los niños. Desafortunadamente, ninguno de mis amigos había tenido hijos todavía, y no tenía hermanos o primos que me pudieran dar sobrinos o sobrinas. Éramos solo mi madre, mi padre, y yo.

Siempre había querido tener hijos, pero aún no se había dado la oportunidad, lo cual no me preocupaba demasiado. Creía que era importante esperar al momento correcto, y a la persona correcta. Mi vida profesional iba viento en popa, pero, a mis veintinueve años aún tenía que encontrar a «él». Mi último novio había roto conmigo poco después de que me mudara a California, y las oportunidades para conocer a alguien eran inexistentes. Afortunadamente, en la clínica siempre había mucho que hacer, y eso me mantenía más que ocupada. Esperaba que al volver a Chicago, mi vida amorosa tuviera más actividad. Había pasado la semana de Navidad con mi mejor amiga, Ashley, y ella intentó que volviera al mercado, pero yo estaba demasiado centrada en las vacaciones y en pasármelo bien con mi amiga como para preocuparme por eso.

Estaba a punto de morder la magdalena de arándanos cuando vi una figura conocida a unos metros. Pelo despeinado, pómulos marcados, bíceps que te hacían la boca agua. Travis Maxwell estaba de pie delante de mí, con la chaqueta del traje echada al hombro. No había podido

apreciarlo como se merecía la noche anterior: el interior del coche estaba demasiado oscuro. Pero... ¿en ese momento? ¿A plena vista? *Ay, ay, ay.* Era justo lo que necesitaba: un capricho extra para acompañar mi magdalena del almuerzo.

Me avistó de inmediato y se acercó lentamente. Una sonrisa enorme iluminaba su rostro. Dios mío, era guapísimo.

—Me imaginaba que acabaría coincidiendo contigo tarde o temprano —dijo—. Por suerte, te he encontrado bastante rápido. ¿Cómo ha ido el día en la clínica?

—Bien. Casi me congelo tratando de aplicarle un bálsamo a un delfín. —Solo recordar el agua fría me hacía temblar.

Enarcó una ceja.

—¿Tenéis un delfín?

—¡Sí! Es muy divertido. Al principio me costó un poco acostumbrarme a él, pero al final le he cogido cariño.

Se metió una mano en el bolsillo. Llevaba la camisa arremangada, y me di cuenta, algo tarde, de que también las perneras de sus pantalones estaban remangadas y tenía los pies mojados.

—¿Estabas en el agua? —pregunté, notando que llevaba los calcetines y zapatos en la otra mano.

—Sí, estaba fría de cojones —respondió y solté una carcajada—. Tenía buena pinta, pero creo que hasta el lago Michigan es más cálido.

—Y que lo digas. Yo uso un traje de neopreno para la piscina cubierta, pero ni con eso puedo acercarme al océano. Se me congelarían los pies.

—Eso les ha pasado a los míos —se rió suavemente, y su calidez me calmó de una manera que ni siquiera podría explicar.

No le habría considerado del tipo que le gusta caminar por la playa y meter los pies en el agua. Daba una impresión tan seria, con su camisa blanca y pantalones de traje. Aunque la noche anterior había demostrado tener un buen sentido del humor, no podía reconciliar la imagen del despiadado hombre de negocios con el tipo alegre que se remangaba las perneras de los pantalones para acercarse a la orilla. La contradicción era intrigante.

—¿Qué tal la reunión? ¿Has conseguido ya robar al empleado? —pregunté, curiosa.

—Por ahora no, pero puedo ser muy insistente —respondió con un guiño.

—No lo dudo.

—Mi familia diría que soy insufrible.

—No se cortan un pelo, ¿eh?

Sonrió.

—Nunca. ¿Estás en tu descanso del almuerzo?

—Sí.

Me miró fijamente.

—Qué coincidencia, yo también. ¿Qué te parece si vamos a tomar algo?

Alcé mis magdalenas para que las viera:

—Esta es mi comida.

Su mirada se volvió incrédula.

—Eso es, como mucho, un entrante.

Rompí a reír.

—¿Estás criticando mi comida? Entonces no me queda otra que estar de acuerdo con tu familia. Ser guapo no te salva de ser insufrible, ¿sabes?

—¿Así que, estás de acuerdo en que soy guapo? —La picardía brilló en sus ojos.

—*Yo* puedo decirlo. Tú no.

—Lo que tú digas.

Me reí de nuevo, pero, para mi espanto, las magdalenas rodaron por el plato y acabaron cayendo en la arena. Mi risa se convirtió en un grito. Travis seguía riendo. *Eso me pasa por mirarlo de más.* El karma había decidido que no podía disfrutar con la vista *y* el estómago al mismo tiempo.

—Solo voy a decir lo que pienso: esto es una señal para que vengas a comer conmigo.

Me reí tan fuerte que apenas podía respirar. No encontraba una razón para negarme: el hombre era muy atractivo, y su sentido del humor me encantaba.

Y, bueno... mi comida estaba llena de arena.

—Vale, cabezota. Pero primero voy a tirar esto; no quiero dejar basura por ahí. —Recogí las magdalenas y las puse de nuevo en el plato, tirándolas con consternación en la papelera al comienzo de la playa.

—¿Te gusta el marisco? —pregunté. Si íbamos a ir a comer algo, iba a aprovechar.

—Sí. ¿Conoces algún sitio?

—Sí, vamos a *The Fish*. Siempre tienen pescado fresco allí, obviamente.

Travis señaló un banco y se sentó para ponerse los calcetines y zapatos, protestando por la arena. No pude evitar reírme.

Entramos en *The Fish* segundos más tarde, y no pude evitar sonreír. Estaba abarrotado, sin una mesa libre a la vista. Los ojos de Travis se abrieron como platos al ver tantos comensales.

Me reí por lo bajo.

—Apostaría a que no te esperabas tanto movimiento.

—No —respondió boquiabierto—. Es como si todo el pueblo estuviera aquí metido.

—No, no. Están repartidos entre este y los otros dos restaurantes de aquí.

—Ya veo.

Como no había mucho donde elegir, los restaurantes tendían a llenarse. Afortunadamente, una pareja sentada cerca de la puerta se levantó, y Travis nos condujo a la mesa. John, el dueño, la limpió mientras tomábamos asiento, anunciando que iba a traernos dos especiales del día.

Travis me preguntó, un poco aturdido:

—¿Y el menú?

—Aquí no hay menú. Y según John, esa es la fórmula para ofrecer siempre pescado fresco. Ah, se me olvidó advertirte: probablemente salgamos de aquí oliendo a frito. La ventilación es horrible. —Aunque estábamos sentados lo más lejos de la cocina, ya sabía que el olor se nos pegaría de todas formas.

—No pasa nada, hoy no tengo ninguna reunión.

—Volviendo al tema del empleado, ¿tu estilo de persuasión no incluye acosar a tu contrincante de sol a sol? —le piqué.

La sonrisa que se extendió por su rostro lo hizo resplandecer, y podía jurar que se me habían caído las bragas.

¿Por qué de repente me atrae tanto? Es una locura.

—En realidad, si fuera un contrincante es lo que haría, pero no lo es. Es alguien con quien *quiero* trabajar. —Hizo una pausa antes de añadir—: Así que lo estoy seduciendo.

La cháchara de los comensales era tan ruidosa que ambos nos inclinamos sobre la mesa para escucharnos mejor. No podía dejar de notar lo preciosos que eran sus ojos verdes. Era probable que fuese el hombre más guapo que había conocido.

—¿Y cómo es que quieres “seducir” al gerente de un de un pequeño hotel *boutique* de un

pueblo de dos mil habitantes para que dirija tu hotelazo de Chicago? Podría apostar a que la clientela es completamente diferente.

—Lo es, pero tiene unas habilidades que valoro mucho. Estos pequeños retiros de lujo saben brindar un servicio más personalizado y están pendientes de cada detalle, y eso es exactamente lo que me interesa. El hotel de Chicago va a ser pequeño, de tan solo treinta habitaciones. La idea es crear un alojamiento exclusivo, y este gerente seguro que sabe cómo conseguirlo.

—Ah, va a *ser* pequeño —concordé—. ¿Dónde estará ubicado?

Me reveló la dirección: West Fullerton Parkway, una de las calles más encantadoras de Chicago. La arquitectura de mediados de siglo era increíble, una convergencia de estilos simplemente deslumbrante.

—Ah, sí, ya sé dónde está eso. Una de mis librerías preferidas, *The Happy Place*, está en la planta baja de ese edificio.

—¿En serio? Es de mi abuela.

Tardé un par de segundos en atar cabos.

—¿Maxwell de las *Librerías Maxwell*?

Su rostro se mostró inexpresivo, pero asintió. ¿Le molestaba que conociera a su familia? Obviamente, todo el mundo los conocía: eran muy famosos en Chicago. A decir verdad, eran muy famosos en todo el país, pero sobre todo en Chicago, porque era de donde procedían.

—No sabía que tu familia siguiera teniendo librerías. —Era uno de mis lugares favoritos de la ciudad. Los libros no eran la única razón: también tenían accesorios geniales, diarios y cartas únicas, bolígrafos increíbles y papel personalizable por encargo.

—Ya no. Mi abuela se quedó con esa porque fue la primera que abrió con mi abuelo.

Había crecido escuchando la historia de la familia Maxwell, aunque nunca les había seguido la pista activamente. No era de las que leían revistas o páginas de cotilleo. Eso era más bien el placer inconfesable de mi madre.

—En fin, mi abuela es la dueña de todo el edificio —continuó—. Los niveles superiores llevan muchos años vacíos, y siempre ha dicho que le gustaría darle más vida.

Traté de recordar el tamaño del edificio.

—¿Es lo bastante grande para treinta habitaciones?

—No. He comprado los edificios adyacentes.

¿Los había comprado*?* Me quedé sin palabras.

—Eso parece un gran proyecto. ¿Cómo se te ocurrió siquiera entrar en el negocio de la hostelería?

—Tenía una compañía de *software*. La creé en la universidad y la vendí el año pasado. Desde entonces, he tenido demasiado tiempo libre, y no me estaba sentando nada bien. Por decirlo de algún modo, estaba en busca de mi próxima aventura, y en las reuniones familiares, la abuela no dejaba de mencionar el edificio una y otra vez. Una cosa llevó a la otra, y ahora voy a abrir un hotel.

Era un hombre increíble, y también muy atento por haberse dado cuenta de lo que quería su abuela. Continuó con su historia:

—Me gusta la idea de continuar el legado de mi familia, de alguna manera. Yo era muy pequeño cuando vendieron las tiendas, pero me gusta pensar que habría sido feliz trabajando en el negocio familiar.

Me encantaba la manera en que hablaba de su familia y los lazos tan evidentes que tenía con ellos. Sentía una pizca de envidia. Con mi padre hablaba en Navidad y en nuestros respectivos cumpleaños, y eso era todo, básicamente. Mi madre solo recordaba que tenía una hija cuando

necesitaba dinero. Se notaba que Travis y yo habíamos crecido de maneras completamente opuestas.

—¿Y tus hermanos? ¿A qué se dedican?

—Luke es arquitecto, Declan abogado, Tyler juega al hockey, y Sam es médico. Tate tiene un negocio gigantesco de vinos. Su hija, Paisley, aún es pequeña, pero apuesto a que seguirá sus pasos.

—¡Guau! Todos tienen profesiones diferentes. Qué guay.

—Ya hemos hablado suficiente sobre mí. ¿Cómo acabaste tú en una clínica veterinaria?

Me encogí de hombros.

—Siempre me han gustado los animales. Recuerdo que tenía seis años la primera vez que cuidé a uno. Era un corderito. Se había caído en una zanja, y una de sus patas traseras se quedó atrapada entre una roca y el suelo. Le ayudé a escapar. Solía pasar mucho tiempo fuera de pequeña; vivíamos en el campo.

Una vez empezaban los gritos de mis padres, yo solía refugiarme en los alrededores de la casa. Pasaba horas fuera.

Nos sirvieron la comida un segundo después, y me lancé a devorarla. Estaba deliciosa, como siempre.

Miré a Travis.

—¿Cuál es el veredicto?

—Está tan bueno que vale la pena que me apeste la ropa.

Solté otra carcajada. Me encantaba su rápido sentido del humor. No mucha gente tenía ese don de la palabra.

Comimos rápido y nos marchamos. El lugar estaba demasiado lleno, y apestaba tanto que no invitaba a alargar la sobremesa, además el día estaba *precioso.* De todos modos, no faltaba mucho para que tuviera que regresar al trabajo.

—Cuéntame, ¿qué hace la gente de por aquí para divertirse? —El sol brillaba directamente sobre la mitad de su rostro. La otra mitad estaba ensombrecida por el gigantesco árbol baniano a su espalda.

—Salen a comer en cualquiera de los tres restaurantes. A la mayoría les gustan las noches tranquilas en sus casas. A veces van al cine; acaban de estrenar una peli de misterio que quería ir a ver.

—Qué coincidencia, yo también quería verla. —Su sonrisa volvió a ser burlona—. ¿Te gustaría que fuéramos juntos?

Dios mío, este tío buenorro quiere llevarme a la cama. Solo pensarlo hizo que una cálida sensación me recorriera los muslos. *Esto es lo que me pasa por pasar ocho meses a dos velas.*

—Podrías convencerme —respondí, juguetona.

Tenía una mirada triunfante.

—Dime cuándo pasar a recogerte.

—Está a cinco minutos andando desde mi casa.

Se acercó, y yo contuve el aliento. Tenía la boca seca, y resistí el impulso de humedecerme los labios. Un segundo más tarde, la mirada de Travis se deslizó por mi rostro hasta detenerse en mi boca.

—Un caballero siempre pasa a recoger a su cita.

Me iba a derretir ahí mismo.

—Espera, ¿cuándo ha pasado esto de ver una película a ser una cita?

—En el momento en que aceptaste ver la película.

El corazón me empezó a latir con fuerza. Me miraba con intención, y podía sentir el peso de sus ojos recorriéndome como una caricia. Podría hacerme la tímida, pero... ¿para qué? Me apetecía mucho pasar una tarde con Travis. Se iba a quedar solo una semana, tras la cual probablemente no volveríamos a vernos, pero era un hombre tan intrigante... y tan divertido.

—Vale, pero con una condición.

—Lo que sea.

—No puedes robarme mis palomitas.

Rió suavemente mientras caminábamos por la calle.

—Trato hecho.

Capítulo Tres

Travis

Pasé la tarde entre entrevistas telefónicas con potenciales candidatos para ocupar las posiciones de marketing y ventas. Muchos de mis amigos, e incluso mis hermanos, no llegaban a entender por qué no contrataba a una consultora de recursos humanos para que se encargara de esa tarea. Sin embargo, ya lo intenté una vez y no quedé satisfecho con los resultados. Para mí, la contratación era algo personal. Tenía que resonar con mi equipo... en especial con los puestos directivos.

Los entrevistados de la tarde no me habían convencido, pero tenía más entrevistas programadas. Esa semana y la siguiente las había planeado al milímetro: me iba a centrar en la selección de candidatos.

Y también debía incluir a *Bonnie*. Debía sacar tiempo para ella también.

Bajé al vestíbulo media hora antes de lo acordado con ella para poder tomar algo y conversar con el barman. No dejaba de pensar en los negocios.

El Hotel Winston era uno de los más pequeños en los que me había alojado: había dos huéspedes más, y me sorprendió que el bar estuviera abierto. La decoración, en tonos de azul marino y blanco, me pareció muy apropiada para la ubicación.

Al entrar, me percaté de que Tim, el gerente del hotel, estaba sentado en uno de los taburetes altos de la barra. Solo se encontraban el barman y él, que parecía mucho más relajado que por la mañana.

Asintió en mi dirección al verme.

—¡Maxwell!

No podía dejar pasar aquella oportunidad. Mi padre siempre decía que había cerrado algunos de sus mejores tratos fuera de la oficina. Aún tenía mucho tiempo antes de reunirme con Bonnie, así que me acerqué a él.

—¿Puedo sentarme aquí? —pregunté, señalando el taburete a su lado. Asintió de nuevo—. ¿Ya se ha pedido algo para beber?

—Aún no me he decidido. Creo que me apetece un whisky escocés.

—Invito yo.

Rio por lo bajo.

—No se da por vencido, ¿verdad?

No iba a discutirle ese hecho.

—Bueno, no puedo dejar pasar esta oportunidad.

El barman nos sirvió las bebidas, brindamos, y él tomó un sorbo. Hice lo propio, satisfecho con la calidad: era un Glenmorangie Grand Vintage del noventa y seis.

No iba a insistir de nuevo, como ya había hecho por la mañana; primero quería escuchar qué era lo que le impedía aceptar. No había querido contármelo antes, pero tenía la sensación de que en ese momento lo haría.

—He dado un paseo por los alrededores a la hora del almuerzo —dije, iniciando la conversación.

—Sí... ¿A dónde ha ido?

—A la playa, después comí en *The Fish*.

—Es excelente, pero la ropa siempre termina oliendo fatal cuando sales de allí. No entiendo

por qué no arreglan la ventilación.

Sonreí al recordar que eso mismo había dicho también la sexy morena.

—Cierto, pero la calidad y la comida lo merecen de sobra.

—Pase por *Barney's* antes de que acabe su estancia. Tienen una pizza estupenda.

—Iré, gracias por la recomendación. Debo admitir que el ritmo de vida aquí es muy muy diferente al de la ciudad.

—Estoy muy a gusto en este entorno.

Apenas llevaba un año viviendo en el pueblo. ¿Qué le ataba, exactamente?

—Tendría un salario mucho más alto en Chicago.

—Puede ser, pero disfruto de brindar un servicio más personalizado. Me gusta lo que hago aquí —respondió—. Conozco a mis clientes, a mi equipo, y puedo ofrecerles lo que quiera. Tengo la libertad de tomar cualquier decisión.

—Y esa es exactamente la razón por la que quiero contratarle. Eso es lo que busco para los Hoteles Maxwell. Tendría carta blanca. Aún estamos ajustando los últimos detalles del lugar, y me gustaría contar con su opinión.

Se enderezó en el asiento, fijando su vista en mí. Por primera vez, parecía realmente curioso. Finalmente había encontrado lo que despertaba su interés: como siempre había dicho, era solo cuestión de tiempo.

—¿Y se supone que la inauguración es en cuatro meses?

Las comisuras de mis labios se crisparon. Sabía exactamente a dónde quería llegar con eso.

—Sí. Pero podemos permitirnos cambios de última hora.

—Espero que esté preparado para afrontar esos gastos.

Lo estaba, más que preparado, pero me guardaba esa información para mí. Me complacía bromear con Bonnie diciendo que el autobombo era aceptable si tenía base, pero presumir del dinero era, en mi opinión, de capullo.

—Quiero lo mejor para mi hotel, y no voy a escatimar en gastos. Piénselo —fue mi argumento final antes de beber de un trago el whisky y levantarme de la barra. Sabía lo importante que era respetar los tiempos: aquel día había allanado el terreno. Recogería las recompensas más adelante. Si lo presionaba mucho esa noche, corría el riesgo de que levantara sus defensas, y luego me costaría aún más derribarlas.

—Tenga una buena noche, Maxwell.

—Usted también.

Miré el teléfono mientras me alejaba. Había estado vibrando cuando estaba en el bar, y vi que tenía una llamada perdida de Reese, mi prima. Le devolví la llamada inmediatamente.

—¡Hola!

—¡Hola, Travis! ¿Cuándo va a volver mi primo favorito a Chicago?

—A finales de la semana que viene. Quizá antes. Depende de lo que pase por aquí.

—Ehhh...

Salí al patio interior del hotel. Había unas mesas redondas de metal y sillas de aspecto incómodo, pero era un lugar tranquilo y no había nadie por los alrededores.

—¿Le has dado un par más de vueltas a mi oferta de ser la directora financiera del hotel?

Reese había trabajado en finanzas durante una década, y había renunciado a su empleo con el plan de crear una empresa con el que en aquel entonces era su prometido. Tenía pensado abrir un *spa* en el piso más alto del edificio de mi abuela, pero su relación se hizo añicos cuando Reese descubrió que él la estaba engañando. *Gilipollas.* Desde aquel fiasco, Reese había estado ayudando en *The Happy Place*, pero siempre tuvo en mente volver al mundo de las finanzas.

—Sigo pensándolo, aunque ahora que he oído que has volado hasta el Hotel Winston para convencer a su gerente, quizá me hago de rogar para ver hasta dónde llegarías por mí.

—Vale, supongo que tendré que hacerte un poco la pelota.

Suspiró.

—¿Soy tan previsible?

—Sí —respondí con honestidad. Reese no solía ser capaz de ocultar sus sentimientos o intenciones.

—¿Cómo va el ‘‘Proyecto Convencer a Tim’’?

—Va lento —admití.

—Debes estar aburridísimo.

—Para nada. Sabes que se me da bien entretenerme a mí mismo.

—Eso es verdad. Entonces, ¿volverás el viernes que viene?

—Se supone. ¿Por qué?

—Estaba pensando hacer una reunión en mi casa. O en la de Lena —respondió.

Lena era mi madre. Mi familia solía organizar reuniones: a veces por un motivo específico, pero en su mayor parte eran porque sí.

—Cuenta conmigo.

—Por cierto, a la abu le encanta lo que estás haciendo con el futuro hotel. Hoy le he dado una visita guiada.

Me quedé paralizado.

—¿La abuela ha estado en la construcción? —Me preocupaba porque era un sitio peligroso.

—Sí, controlador compulsivo. Las dos hemos ido, y seguimos vivas.

Carraspeé.

—Quería llevaros a todos a hacer un *tour* cuando el hotel tomara forma.

—Ya se parece lo suficiente como para hacerte una idea. Va a ser increíble. Sobre todo, nos encantó que estés reformando el ático.

—El jefe de obra no permite que nadie suba ahí arriba. —Traté de que la exasperación no se notara demasiado en mi tono de voz mientras me dirigía con paso decidido hacia la casa de Bonnie.

—Se me da incluso mejor que a ti sobornar a la gente.

—Eso es verdad.

—Voy a ser directa.

—Ya era hora —comenté, un poco desconcertado por su actitud extraña. No tenía ni idea de qué se traía entre manos.

—La abu está un poco melancólica por los cambios en el edificio. Últimamente está un poco decaída. Por lo general, eso solo le pasa cuando se acerca la fecha de la muerte del abuelo.

Aquello me pilló desprevenido. Nunca se me habría ocurrido que fuera eso, ni en un millón de años. Llegué a la casa, pero me alejé unos pasos.

—¿Crees que ver el proceso del cambio le ayudará?

—Sí.

—Vale, entonces la llevaré todas las veces que quiera.

—Eso estaría bien. Yo la acompañaré estos días que no estás.

—Avisad al jefe de obra cuando vayáis, para que pueda asegurar el recinto o algo.

—Travis, ¿qué podría hacer él? ¿Llenarlo todo de colchonetas? Estaremos bien, no te preocupes.

—Está bien.

—Bueno, solo quería que lo supieras. Intenta divertirte, ya que estás allí.

—No dudes que lo haré.

Después de colgar, le estuve dando vueltas a las palabras de Reese. Debía encontrar una manera de que se decidiera a ser mi directora de finanzas.

Estaba emocionado de trabajar con mi familia, de crear algo especial para ellos. Una vez, de niño, había oído sin querer una conversación entre mis padres: hablaban de qué pasaría cuando todos creciéramos, de cómo quizá nos quedaríamos con Librerías Maxwell y nos repartiríamos las diferentes tareas entre todos. Algo que nunca sucedió, obviamente, ya que vendieron el negocio.

Pero por alguna razón, esa idea había arraigado en mi mente influenciable. Lo cierto era que me habría encantado trabajar con la familia, confiaba en ellos y los adoraba. Por poner un ejemplo, tres de nosotros habíamos incluso compartido oficinas: Tate, Luke, y yo. Antes de vender la empresa de *software* había alquilado un piso entero para el equipo. Claramente, con el hotel no iba a poder hacer lo mismo porque el trabajo estaría en el edificio, pero tenía pensado mantener también la oficina que estaba cerca de mis hermanos.

Metí el móvil en el bolsillo y me di cuenta de que Bonnie estaba en la entrada. Me miraba con curiosidad. ¿Había estado escuchando a escondidas?

—No te he oído salir —dije.

—No, evidentemente estabas muy ocupado.

—Estaba hablando con mi prima Reese. Estoy intentando que acceda a ser mi directora de finanzas. Creo que, en realidad, tiene ganas de trabajar conmigo. Aún tengo que persuadirla y hacerle un poco la pelota.

—Ah, y... ¿cómo tienes pensado hacer eso?

—Aún no lo sé, pero ya se me ocurrirá algo cuando vuelva a Chicago.

—Eres un hombre muy interesante.

—Gracias por el cumplido. —Porque eso era. Nunca había sido del tipo que se quedaba en el banquillo, contento con lo que la vida le ofrecía. No, tenía que estar en medio del meollo, haciendo que las cosas pasaran. Y cuando lo hacía, normalmente las cosas acababan saliendo bien para todos.

Bonnie estaba para quitar el hipo. No intenté ocultar el repaso de pies a cabeza que le di. Llevaba una chaqueta abierta que dejaba entrever un vestido; por lo que alcanzaba a ver, le hacía de segunda piel, y acentuaba de una manera preciosa la curva de su cintura.

Cuando volví a mirarle a la cara, se sonrojó intensamente. Se humedeció el labio inferior con la punta de la lengua. Su reacción me complació.

—Tendríamos que ir saliendo —susurró—, o llegaremos tarde.

—Te sigo. No tengo ni idea de a dónde vamos.

Fuimos por la calle principal. Estaba vacía, a pesar de que eran solo las siete de la tarde. ¿Cómo podía la gente vivir en ese pueblo? ¿Qué hacían para divertirse? Estaba haciendo un sobresfuerzo por entender la razón por la que Tim podía preferir quedarse allí.

Llegamos al cine unos minutos más tarde.

—Ya hemos llegado. ¡Me encanta este sitio! —exclamó.

Miré el viejo edificio, levantando una ceja.

—Esto no era lo que esperaba.

Soltó una carcajada.

—¿Creías que habría un centro comercial con tiendas, salas de cine, y cosas así?

—Algo parecido.

Una vez dentro, el edificio rezumaba olor a viejo y humedad.

—Aquel de ahí es Jim —presentó al hombre viejo sentado detrás del mostrador, vendiendo palomitas y entradas.

—Solo tienen palomitas de bolsa —dijo arrugando la nariz—. Es un martirio que no vendan palomitas recién hechas, ¿no crees? Es parte de la experiencia cuando vas al cine.

—Toda la razón.

—¡Hola, Jim! —saludó Bonnie al señor.

—Bonnie, has vuelto... y con compañía, esta vez.

Me miró como si fuera un extraterrestre. Parecía que no tenía muchos clientes. No era de extrañar...

—Vamos a comprar dos entradas.

—Vale. ¿Algo de beber?

—Ponme unas palomitas y dos botellas de agua —pidió Bonnie.

La miré con recelo. Acababa de contarme cómo odiaba las palomitas de bolsa.

Pagué rápidamente y fuimos a la única sala de cine que había en el edificio: así era la vida en un pueblo. Llevaba las palomitas sin abrir, presionadas contra el pecho.

—¿Por qué has comprado palomitas? ¿No es que no te gustaban las de bolsa?

—No demasiado, pero así es como él gana dinero. Si solo hubiéramos comprado las entradas, ¿cuánto habríamos gastado? ¿Veinte pavos?

En el cine estábamos completamente a solas: al parecer, nadie más había querido ver una película aquella noche. No es que me sorprendiera, pero entendí mejor por qué el hombre no se había molestado ni en imprimir las entradas.

—¿Nos sentamos en primera fila? —preguntó, tan emocionada que daba saltitos en el sitio.

—Claro, vamos —respondí, para añadir con sorna—: En realidad, ya que somos los únicos aquí, podríamos ir cambiando de sitio y probarlos todos.

Soltó una carcajada mientras nos quitábamos los abrigos y los colocábamos en los asientos a nuestro lado. Nos sentamos justo antes de que la pantalla se encendiera. No hubo ni anuncios ni tráileres de otras películas; no, el film comenzó inmediatamente. Eso era definitivamente una ventaja.

La película no estaba mal, pero yo no le prestaba mucha atención. Bonnie miraba la pantalla embobada, casi sin respirar. Me miró de reojo y luego volvió a enfocarse en la película, dándome un codazo.

—Oye, presta atención.

—¿Por qué? ¿Vas a hacerme luego un examen sobre la película?

—No me tientes.

—*Tú* sí que me tientas, Bonnie.

Respiró hondo. Me acerqué para rozar con los labios su oreja y se estremeció.

—Una tentación irresistible...

Le acaricié la mejilla con la punta de la nariz e inspiré. Joder, pude oler su perfume. Se había echado apenas unas gotas así que no pude percibir el aroma hasta que estuve muy cerca. Olía a fresia y mar. Era perfecto para ella: dulce, pero claramente sensual. Volvió a estremecerse.

Quería rozarle el cuello con la nariz, deslizar los dedos por su brazo, disfrutar de cada reacción. Estar con ella era embriagador, mucho más de lo que me había imaginado. En ese momento, la película quedó completamente en segundo plano: Bonnie captaba toda mi atención. A solas en esa sala oscura, a solas con ella, me resultaba imposible controlar mis pensamientos. La deseaba, y quería explorar cada centímetro de su cuerpo toda la noche.

—Travis —susurró—, la peli.

—No voy ni a fingir que estoy prestándole atención —repliqué.

Suspiró sacudiendo la cabeza.

—Bueno, qué bien, porque ya no hace falta.

Para mi sorpresa, los créditos finales ya estaban rodando en la pantalla. ¿Cómo habían pasado dos horas? Recordaba vagamente haber mirado la película de vez en cuando, lo suficiente para captar la trama, pero ningún detalle importante. Mi cerebro había estado demasiado ocupado memorizando cada detalle de ella.

La habitación se iluminó y Bonnie se levantó de inmediato, casi saltando de la butaca.

—Dios mío, casi me olvido.

—¿De qué?

—Tengo que ir un momento a la clínica para ver qué tal está Steve.

Me levanté con su abrigo al brazo.

—¿Quién es Steve?

—Nuestro delfín.

—¿Le has puesto nombre al delfín salvaje?

—Sí, les pongo nombre a todos. Los de la clínica de Chicago, como son mascotas, tienen nombre... y entonces aquí se me hace raro llamarle simplemente “Delfín”.

—Eres un encanto, ¿lo sabías?

Le sujeté el abrigo mientras ella se lo ponía, y pude acariciar con las yemas de los dedos sus brazos: tal como había estado imaginando las pasadas dos horas, se le puso la piel de gallina.

—Te acompaño —ofrecí.

Me miró y se humedeció los labios. A duras penas pude contener un gemido. Si hubiera repetido el gesto, me habría tenido que declarar culpable de besarla.

—¿Por qué?

—Fuera está muy oscuro. No deberías ir sola por la calle.

Rio mientras salía de la sala.

—¿De verdad crees que podría pasarme algo? No creo siquiera que haya nadie en la calle, mucho menos alguien que pueda causar problemas.

—Soy un caballero.

—Todas las pruebas hasta ahora apuntan a lo contrario.

—Todavía más razón para acompañarte, para demostrarte que sí lo soy.

Volvió a reír.

—Vale. Steve se alegrará de tener visita. Creo que se está empezando a aburrir un poco de mí.

Capítulo Cuatro

Travis

Me llevó por la parte de atrás del edificio de Oceanwell Rescue, donde abrió una puerta que tenía dos candados, colocados en sitios diferentes. En la sala había una piscina, y el ambiente olía a sal.

—¿Es agua salada? —pregunté.

—Sí, es muy importante mantenerlos en su hábitat natural.

—La piscina es enorme.

—A veces hay más de un animal... siempre de la misma especie, claro. Pero se vuelve un poco complicado evitar que se ataquen unos a otros. Ahora mismo Steve es el único que hay. —Encendió las luces para encaminarse directamente a un armario situado al lado de una puerta. Tras quitarse el abrigo, cogió una jeringa.

Miré el agua: Steve nadaba a lo largo de la piscina. Cuando habíamos entrado, estaba en silencio, así que claramente había reaccionado a la visita. O a la luz.

Bonnie se arrodilló junto al borde de la piscina.

—En realidad, nunca he hecho esto sin meterme en la piscina, pero no me apetece mojarme ahora mismo. Me da siempre una pereza tremenda ponerme el neopreno...

—¿Tan fría está?

—Huy, sí. Además, a esta hora ya no hay agua caliente, así que no me puedo duchar después y el agua salada es malísima para la piel. La caldera solo funciona hasta las siete. ¡Venga, Steve! —El delfín nadó hasta ella y colocó el hocico sobre su mano. Permaneció sorprendentemente tranquilo cuando le pinchó con la aguja cerca de la aleta—. Eso es. Eres un chico muy bueno. Sé que no es agradable, pero te ayudará a recuperarte. Te prometo que volverás a estar sano en nada, y podrás volver al océano, y divertirte... nadar con tu familia, si tienes una. Solo ten cuidado con las redes de pesca o volverás derechito aquí, ¿de acuerdo?

Era tan genuina y delicada que me pilló por sorpresa. Después de retirar la jeringuilla, desinfectó la zona. Steve se revolvió incómodo por primera vez, pero mantuvo el hocico sobre su palma unos minutos más. Yo no podía apartar la vista de ella: parecía que su mayor deseo en aquel momento fuera que el animal no sufriera nada. Me tenía incluso más cautivado que durante la película, algo que no había creído posible.

—¿Quieres acariciarle? —me preguntó.

—¿Crees que le gustaría?

—Claro que sí. Hoy está muy cariñoso. Creo que no se encuentra del todo bien.

Dejé el abrigo sobre una mesa, para agacharme a su lado en la piscina y poner la mano sobre el delfín. Él no se apartó. En su lugar, se acercó a mi contacto en cuanto toqué su fría piel. Era sorprendentemente suave.

Bonnie sonrió.

—Oye, le gustas.

—Al menos he impresionado a alguien.

—A Steve se le da bien calar a la gente.

—¿En serio?

—Te lo aseguro.

Steve permaneció junto a nosotros un par de minutos más antes de apartarse, dando vueltas

por la piscina, y luego regresó a nuestra posición.

—Vale, le acariciamos una última vez y nos vamos. Si no, va a lograr que nos quedemos horas con él. Le conozco.

Nos estiramos al mismo tiempo para darle una última caricia, pero estaba demasiado cerca del borde y me balanceé peligrosamente hacia el agua. Vi por el rabillo del ojo que a Bonnie le pasaba lo mismo. Por instinto, me giré hacia ella para intentar detener su caída, pero al hacerlo perdí el equilibrio también, y los dos acabamos cayendo al agua.

¡Coño! Sí que está fría.

El frío me atravesó la piel incluso con la ropa puesta. Bonnie soltó un grito, pero enseguida rompió a reír a carcajadas. Steve no estaba a la vista; miré a mi alrededor y lo avisté al otro lado de la piscina. Seguramente le habíamos pegado un susto de muerte.

—¡Dios mío! ¡Se me han salido los zapatos! —protestó.

Se había quedado descalza en el agua, y pude ver los zapatos flotando en la mitad de la piscina.

—Ya te los traigo yo —me ofrecí—. Tú sal del agua. Maldita sea, qué fría está.

—Vaya, parece que realmente eres un caballero —comentó entre risas mientras subía por la escalera de metal.

Alcancé los zapatos con rapidez. Steve seguía manteniendo las distancias. Nadé de vuelta al borde de la piscina y saqué los zapatos antes de trepar fuera. Yo seguía teniendo los míos puestos, completamente empapados. Ambos reímos mientras nos poníamos de pie.

—Bueno, eso no me lo esperaba —dijo, con los dientes castañeando.

—¿Seguro que no podemos ducharnos aquí? —pregunté preocupado.

Negó con la cabeza.

—No, el agua caliente no funciona.

—Vale, entonces vámonos.

Asintió.

—Vamos a mi casa, que está más cerca que tu hotel. Puedo meter la ropa en un programa de lavado y secado rápido mientras te duchas.

—Vale.

Se puso el abrigo, y yo le coloqué el mío por encima.

—No, tienes que ponértelo tú —dijo.

—Tú tienes mucho más frío que yo.

Asintió y se arrebujó en él.

—Démonos prisa —sugerí al tiempo que caminábamos a la puerta.

—¡Adiós, Steve! —gritó Bonnie al salir, antes de cerrar la puerta. O, al menos, de intentarlo. Sus manos temblaban tanto que no conseguía introducir la llave en el candado. La brisa, que antes era agradable, calaba en mi piel, pero mi pulso se mantenía firme. Le quité las llaves y cerré la puerta por ella.

—Gracias. —Los dientes le castañeaban tanto que casi no entendí lo que decía—. Vamos por ahí. —Señaló a su izquierda y echó a correr. La seguí.

El vuelco que había dado de repente la situación me tenía sorprendido. La noche no había salido como yo pretendía, pero estaba disfrutando de cada segundo.

***

Bonnie

Las manos me temblaban tanto que Travis tuvo que abrir la puerta por mí. En cuanto entramos señalé a la derecha.

—El baño está aquí.

Abrí la puerta inmediatamente y dejé correr el agua. Esperé un momento antes de meter la mano debajo del chorro.

—Vale, ya está calentita. —Me quité los dos abrigos y me introduje completamente bajo el agua—. Dios mío. Ya siento como mi cuerpo revive.

Parpadeé varias veces para abrir los ojos, y me di cuenta de que Travis estaba quieto delante de la bañera. Temblaba, y tenía sus ojos clavados en mí.

—Ven bajo el agua —le pedí—. Tienes que entrar en calor.

—No. —La palabra fue casi un gemido.

—Venga, no deberías quedarte ahí de pie. Vas a coger frío. Ven aquí y caliéntate un poco, después ya podemos bañarnos por separado.

Algo dentro de mí me decía que no era la mejor idea, pero el hombre estaba temblando. ¡Por el amor de Dios, me había dado su abrigo! Seguro que tenía más frío que yo.

Finalmente, se quitó los zapatos y se metió bajo el chorro de agua junto a mí.

—Mucho mejor... —¿Era solo mi imaginación, o su voz sonaba diferente? Más grave, de algún modo.

—¿Verdad que sí? Me gustaría quedarme aquí para siempre. Tengo la sensación de que el frío nunca se me irá de los huesos.

No podría decir cuánto tiempo permanecimos allí, pero pareció que pasaba una eternidad hasta que volví a sentir las extremidades. Mi temperatura corporal fue aumentando poco a poco, y finalmente pude ser consciente de él. De su presencia junto a la mía, de su cuerpo fuerte y fibroso, de los músculos que se le marcaban a través de la camisa empapada. La ropa se le pegaba como una segunda piel, sin dejar nada a la imaginación... Afortunadamente, ya que mi imaginación no le había hecho ninguna justicia: Travis no *solo* tenía unos abdominales marcados, sino que tenía una verdadera tableta de chocolate. Estaba supertonificado. Tenía el pecho muy definido, así como los brazos.

Dios mío.

—Bonnie. —Mi nombre en su lengua era poco más que un gemido. Subí la mirada, y me di cuenta de que él me había visto contemplándole descaradamente. Ya no estaba entrando en calor. Ardía por aquel hombre.

—Travis —susurré.

Su boca estaba sobre la mía en un instante. Me besó rápida y profundamente, con una intensidad deliciosa que me dejó sin aliento. Dios mío, cómo besaba el hombre... Sus labios eran firmes, sin espacio para la delicadeza. Quería devorarme, y yo lo deseaba tanto como él.

Separó los labios de los míos con un nuevo gemido. Su respiración era rápida y entrecortada.

—Bonnie, debo irme.

—Quédate —me sorprendí pidiendo. ¿Qué estaba haciendo? No tenía ni idea. No podía pensar con claridad. No podía pensar en nada más allá de cuánto deseaba tocarle. Quería esos deliciosos músculos, y quería que él me tocara a su vez, que me besara por todas partes, que explorara mi cuerpo—. Quédate.

Se inclinó hacia mí, con la mirada fija en mis ojos. Puso una mano bajo mi mentón. El agua caliente seguía corriendo, y tenía que parpadear para aclarar mi vista con frecuencia. Sus ojos eran salvajes y su boca formaba una fina línea.

—Si me quedo —respondió con una voz profunda y densa—, voy a hacerte mía. Si me

quedo, voy a hacer que te corras.

—Quédate —repetí, sin dudar.

Sus labios volvieron a cubrir los míos, y me besó aún más salvajemente que antes. Sentí una de sus manos sujetándome la nuca, y luego agarró mi cabello con fuerza, manteniéndome en el sitio mientras me devoraba con sus besos. Cada vez más intensos, más urgentes, hasta que mi cuerpo estuvo a punto de reventar. Esta vez, temblaba, pero no de frío.

Su otra mano se deslizó hacia la cremallera de mi vestido, abriéndose lentamente. Sus dedos encontraron mi espalda, y gemí contra su boca. El contacto de su piel contra la mía me quemaba. Empujé mi pelvis contra la suya. Estaba duro, y sentir su erección presionando contra mi clítoris, aunque fuera a través de la ropa, me provocó oleadas de placer que se extendieron por todo mi cuerpo en pequeñas ondas. Me quité el vestido, deslizándolo por las piernas, y lo arrojé en algún lugar de la bañera. Solo llevaba la lencería roja puesta. Travis se detuvo un momento, dando un paso atrás para devorarme con la mirada.

—Joder, eres preciosa —dijo—. Voy a explorar cada centímetro de ti. Cada. Puñetero. Centímetro.

Se inclinó de nuevo y me besó el lateral del cuello. Yo, sin embargo, estaba demasiado ocupada tratando de desabotonarle la camisa como para concentrarme en otra cosa. Su presencia era abrumadora. Me miró intencionadamente, y en ese instante lo supe: Travis iba a marcar un antes y un después en mi vida aquella noche. Iba a cumplir su promesa de explorarme.

Le observé mientras se desabotonaba la camisa con movimientos rápidos y se la quitaba por completo: el agua la había vuelto transparente, pero verlo sin ella era una experiencia totalmente distinta. Era, sin duda, el hombre más sexy que había visto en mi vida, y me deseaba. Me sentía sensual, poderosa, y en la cima del mundo. Se quitó el cinturón, lo arrojó al suelo del baño y se despojó del resto de la ropa, dejándola tirada fuera de la bañera. Su erección era enorme, y estaba duro por mí.

Me deseaba con locura, y yo lo necesitaba urgentemente.

Me besó despacio, como si notara mi desesperación y quisiera torturarme. Su boca se deslizó por mi clavícula, deteniéndose entre mis senos. Desabrochó el cierre con facilidad, quitándolo de su camino, y miró mi pecho casi con veneración. Me hizo sentir especial. Besó el izquierdo lentamente, acariciando con el dedo el pezón antes de presionar la lengua contra él. Gemí, arqueando la espalda. Luego se desvió al otro, dándole el mismo trato, dedicándole la misma atención. Sus manos se deslizaron por los lados de mi cuerpo, deteniéndose en mis caderas para mantenerlas quietas.

Cuando empezó a quitarme la última prenda de ropa, me agarré a la barra de la ducha para que me sirviera de apoyo. Su boca se deslizó por mi cuerpo mientras mantenía la mirada fija en mis ojos. Apagué el agua, sabiendo que no sentiría frío mucho más tiempo. A causa de sus besos, mi temperatura corporal había aumentado. Cuando alcanzó mi ombligo, me estremecí. Entonces, siguió descendiendo, pasando por el hueso púbico hasta alcanzar lo que buscaba. Apenas rozó con la punta de la lengua, pero vibré por completo. El deseo se apoderó de mi ser, sentía a Travis en todo mi cuerpo.

Llevó una mano a la cara interna de mi muslo para abrirme las piernas, y levantar una. Yo sabía lo que me estaba pidiendo. Encaramé el pie al borde de la bañera con una inspiración profunda y esperé: estaba temblando. Dibujó un arco sobre mi raja con la punta de su nariz, y después presionó con la lengua contra mi entrada. Solté un gemido. Mis músculos se contrajeron. Me estaba preparando para el placer. Sentía su lengua contra mi piel ardiente. Se movía con cuidado, lento, arriba y abajo por mi entrada y solo rozando brevemente el clítoris. Me estaba

volviendo loca. Le agarré del pelo con la mano libre y logré mover las caderas un centímetro antes de notar que él me agarraba para mantenerme quieta.

Travis quería tener el poder. Extrañamente, era excitante entregarle el control, entregarme a aquel hombre. El clímax se iba formando en mi interior. Entonces, decidió apartar la boca de mi zona para besar mis muslos. Noté su sonrisa contra mi piel: sabía que me estaba torturando a propósito. Estaba flipando. De repente, sentí sus dedos acariciando mi entrada. Se movían con delicadeza, como si estuviera tocando el harpa. Su atención seguía en mis muslos, su boca se deslizaba arriba y abajo. Acto seguido, introdujo un dedo, presionando su palma contra mi clítoris. Temblé con fuerza, y el clímax me vino con una fuerza inesperada. Me corrí con tanta fuerza que casi me desvanecí.

—Joder, cariño. Eres tan preciosa. —Mantuvo una mano en mi cadera para mantenerme quieta, mientras yo me sujetaba con fuerza a la barra de la ducha.

Besó mi cuerpo cuidadosamente.

—Estás tan guapa cuando te corres. Quiero que lo hagas unas cuantas veces más.

Se me cortó la respiración. *¿Unas cuantas?*

—¿Tienes condones? —pregunté, y él asintió.

—Tengo uno en la cartera. —Miró alrededor suyo con apremio, y encontró sus empapados pantalones en el suelo del baño.

Abrió la cartera de cuero y sacó el preservativo. Gracias al envoltorio, era lo único que no estaba mojado. Lo abrió, y se lo enfundó. No podía apartar los ojos de su miembro. Era grueso y enorme, y lo deseaba. Lo agarré con la mano para bombearlo.

Echó la cabeza atrás con un gemido.

—Dios, Bonnie.

Le acaricié arriba y abajo un par de veces más.

Recorrió el baño con la vista y repuso:

—Aquí no. Vamos a la habitación. Aquí no estarás cómoda.

Estaba ciego de deseo, pero aun así evaluaba el baño por si era cómodo o no. ¿Acaso era el hombre perfecto?

Salimos de la bañera y me llevé un par de toallas conmigo. Nos secamos rápidamente mientras salíamos del baño y me detuve en la puerta de mi cuarto. Se detuvo a mi espalda, besándome el hombro, con su erección presionada contra mí.

Mi habitación estaba oscura y, una vez alcanzamos la cama, Travis ordenó:

—Enciende la luz.

—¿Por qué?

—Quiero verte y memorizar cada parte de ti esta noche. Eres deslumbrante.

Noté su erección deslizarse por mis piernas. Buscó mi coño con una mano y estimuló mi clítoris.

Me relajé contra él y apoyé la cabeza en su hombro. Me acarició con movimientos precisos, y noté cómo me entregaba a Travis. Ansiaba todo lo que él pudiera ofrecerme. Cada una de mis células irradiaba deseo. Cada parte de mi cuerpo comprendía que aquel clímax iba a ser todavía más potente que el anterior.

Tenía razón. Parecía que solo habían pasado unos segundos cuando empecé a gritar su nombre entre olas de placer. Apenas podía respirar, y si Travis no me hubiera sostenido, me habría derretido allí mismo en la cama.

Besó mi espalda, y nos sentamos los dos en la cama. No sabía qué tenía pensado en aquel momento hasta que me giró hacia él y me sentó en su regazo. Me separó las piernas todo lo que

pudo, y me di cuenta de que en esa postura estaba completamente a su merced. Movió las manos por mis muslos para dibujar una línea recta desde las rodillas hasta la cima de mis piernas. Temblé. Deslizó una mano por mi torso hasta agarrar mi pecho izquierdo, masajeándolo. Hundió la otra entre mis piernas para presionar mi clítoris. Respiré con dificultad, mis caderas se movieron involuntariamente hacia delante.

Su miembro estaba entre mis piernas, tentándome, mientras él jugaba con mi clítoris. Me sacudí con violencia en su regazo. Quería alcanzar las sábanas y apretarlas, pero al no poder alcanzarlas, enterré los dedos en sus muslos y grité su nombre.

—Joder, estás preciosa cuando te corres. Tan preciosa.

Mi respiración era irregular. Sentía el cuerpo sin fuerza alguna. Suspiré, incapaz de decir nada.

Él tomó el control: hizo que me colocara a cuatro patas, pero luego decidió tumbarme por completo. Giré la cabeza para mirarlo, justo a tiempo para ver su expresión decidida mientras me agarraba por las muñecas y me colocaba las manos sobre la cabeza, sujetándolas con una sola mano. Sentí la otra mano en una de mis nalgas, y luego entre mis piernas, separándolas. Me besó el cuello mientras posicionaba su miembro en mi entrada. Apreté las sábanas a pesar de tener las manos aprisionadas.

Con la cabeza contra el colchón, grité con fuerza, mientras él se introducía centímetro a centímetro. Era sublime, y me sentía insaciable. Todo mi cuerpo eran sensaciones, el placer se extendía en mi interior y se intensificaba, crecía, con cada embestida. Mis músculos se contraían de deseo. Giré la cabeza para apretar la mejilla contra el colchón: necesitaba respirar hondo.

Sentía su pelvis contra mí con cada choque. Se deslizaba más y más rápido, las rodillas presionadas contra el colchón junto a mis muslos. Me di cuenta, algo tarde, de que me había soltado las manos, así que ya podía agarrar las sábanas para estabilizarme. Quería tocarle también, pero me estaba dando tanto placer que sentía que estaba a punto de desvanecerme. El colchón se hundió. Presionó mis piernas una contra la otra.

No creí que fuera posible, pero me sentí aún más saciada. Me corrí con fuerza, y pude oírle gritar mi nombre entre gruñidos. Explotó unos segundos más tarde, mientras yo me revolvía en la cama.

Se deslizó fuera de mí y se tumbó mientras yo giraba. Estábamos los dos tumbados boca arriba, respirando profunda y rápidamente. Me sentí rebosar de dicha al ver que él estaba tan exhausto como yo.

—Esta noche ha tomado un giro inesperado —dije una vez pude hablar de nuevo—. No pensé que acabaríamos cayendo en la piscina.

Se giró para mirarme con una ceja levantada. Una sonrisa juguetona asomaba a sus labios.

—¿Caernos en el agua ha sido lo inesperado, y no esto?

—No, suponía que me seducirías, aunque tengo que admitir que no esperaba la caída. Tu propuesta ha sido de lo más convincente.

—¿Propuesta convincente? —Parecía estupefacto.

—Para utilizar una terminología más sofisticada, como haces tú... Ha sido una seducción de manual: Mis rodillas flojeaban, la atracción era más que evidente y tenía el corazón a mil. Vamos, que seguiste cada paso al pie de la letra. Yo, desde luego, he experimentado todos los síntomas.

Soltó una carcajada, y me uní a él.

—Dios mío, esta noche ha sido divertida.

Entonces me acordé:

—¡Ay no, tu ropa! Espera, deja que ponga la secadora, ¿vale? La lavadora está en el baño.

Me acompañó al baño al tiempo que se retiraba el preservativo y lo tiraba a la basura. Reunió su ropa mientras yo ponía en marcha la secadora, y luego la metió dentro.

—¿Solo una máquina?

—Sí, es un dos-en-uno. Me ahorro un poco en espacio, es una idea bastante buena. —Inicié el programa, que indicaba dos horas, y levanté la vista para mirarlo—. ¿Puedes quedarte dos horas más?

Mostró una sonrisa lobuna.

—Pensaba en quedarme toda la noche, a no ser que quieras echarme.

—Ni se me ha pasado por la cabeza.

—Perfecto.

Después de asearnos en el lavabo, se acercó por detrás y me besó el cuello. Me gustaba verle desnudo en mi casa. Me gustaba lo fácil que era todo entre nosotros, pero no me engañaba. Sabía que esa simplicidad venía de no tener expectativas, y eso era algo espléndido.

—Así que, ¿cuál es el plan para convencer al gerente?

—He encontrado por donde tirar —respondió confiadamente. Me lo imaginaba: era un hombre que siempre conseguía lo que se proponía. Incluso cuando su oponente no estaba dispuesto a ceder, él tenía la paciencia suficiente para encontrar ese "por donde tirar", como él lo había llamado, y luego se volvía implacable—. Pero no tengo ninguna prisa por volver a Chicago.

—¿No? —repliqué, y pude notar la sorpresa en mi propia voz—. Pero dijiste que cuando antes pudieras acabar aquí, antes podrías marcharte.

Su mirada determinada encontró la mía a través del espejo. Con sus dedos, trazaba círculos en mis hombros. Mis rodillas volvieron a fallar. ¿Cómo era posible que fuera tan receptiva a sus caricias? Por suerte, tenía una caja de preservativos sin abrir en el cajón del lavabo. Me había olvidado de ella cuando estábamos en la ducha.

—Se me ha ocurrido una forma muy agradable de pasar la semana con una mujer fascinante que he conocido hace poco.

—Ah. —Sentí cómo mis mejillas se sonrojaban, lo cual era ridículo estando desnuda frente a él—. ¿Incluye esa forma agradable más orgasmos?

—Joder que sí.

—Entonces cuenta conmigo.

Capítulo Cinco

Bonnie

Al final, aquella noche no pegamos ojo. Travis mantuvo firmemente su promesa. Era, sin duda, muy creativo en la cama. Cuando empezamos a bostezar, ya eran las seis y media, pero al mirar el móvil, di un salto y me erguí en el colchón.

Travis parpadeó, perezoso.

—¿Qué pasa?

—El amanecer es dentro de media hora, y la playa está a tan solo un minuto.

Volvió a bostezar, pero se levantó de la cama. Me encantó que se esforzara por complacerme: se notaba que era lo último que quería hacer, y necesitaría descansar después de la fantástica noche que habíamos pasado. Todo llegaría a su tiempo.

Nos vestimos rápidamente. Me puse unos vaqueros y una camiseta, porque las mañanas eran frescas, y también me llevé una chaqueta. Al salir de casa, Travis me cogió de la mano en un gesto íntimo que no me esperaba de él. Le apreté la suya con fuerza.

Caminamos unos pocos pasos y ya estábamos en la playa. Dios mío, esa era una de las cosas que me encantaban de Oceanwell Bay. Podías ir caminando a todas partes.

Había más viento de lo que había previsto, y estaba muy oscuro, pero no por mucho tiempo más. Nos sentamos en la arena. Travis estaba a mi espalda, y me acurruqué entre sus piernas, con la espalda apoyada en su pecho. Me envolvió con sus brazos y piernas. Me sentía completamente resguardada.

—Nunca he visto amanecer en la playa —me confesó.

—Siempre hay una primera vez para todo. —Mi estómago rugía, y tracé círculos sobre mi tripa—. Hmmm, cómo me gustaría que tuviéramos beicon.

Guardamos completo silencio con la salida del sol. Al principio, era solo un punto en el horizonte que irradiaba luz anaranjada contra el cielo negro, pero continuó creciendo. Su reflejo en el agua expandía sus colores. Era simplemente abrumador.

—Me encanta cuando el sol es tan tenue que puedo mirarlo directamente —susurré.

Travis me apretó con más fuerza, pero no contestó. Estaba segura de que él también estaba disfrutando. Era un puntazo que fuéramos los únicos en la playa.

Nos quedamos así, entrelazados, veinte minutos más, hasta que el sol estuvo completamente visible. Para entonces ya estábamos congelados, así que nos apresuramos a volver a casa unos minutos después. Me senté exhausta en la cama con la intención de desnudarme, pero de alguna manera caí dormida al instante.

Me desperté al oler el beicon. Me dolía la cabeza, como si la noche anterior hubiera estado bebiendo, pero aun así me senté rápidamente. ¿Cómo podía estar oliendo beicon? Hasta donde sabía, no tenía en la nevera. Corrí a la cocina y, para mi sorpresa, Travis estaba friendo unas lonchas de beicon en una sartén.

—Debo estar soñando —dije.

Se giró levemente para mirarme con una media sonrisa.

—La dama dijo que quería huevos y beicon, así que eso es lo que tendrá.

Ni siquiera podía llegar a comprender que aún siguiera en mi casa, mucho menos que estuviera preparando el desayuno. Había visto amanecer conmigo, y después se había puesto a cocinar... ¿y se suponía que debía olvidarme de todo cuando se fuera? Solo de pensarlo, se me

encogía el corazón.

—¿Cómo es posible? —pregunté mientras me acercaba—. Estoy bastante segura de que no había nada de eso en mi nevera.

—Fui a comprar, la tienda está justo enfrente.

—Fuiste a comprar —repetí asombrada—. ¿Qué hora es?

—La hora de comer.

—Joder, ¡he dormido un montón!

—Estabas cansada.

—¿Hace cuánto te has despertado tú?

—Una hora, más o menos.

Le alcancé dos platos mientras daba vueltas al beicon una y otra vez, y los sirvió con delicadeza. Me detuve a su espalda y rodeé su torso con los brazos.

—¿Por qué estás vestido? Debería ser ilegal preparar el desayuno con ropa.

—Porque he salido a comprar. A no ser que quieras que vaya medio desnudo...

—No, eso no.

Me sorprendió ver lo posesiva que me sentía.

—¿Creciste en Chicago? —preguntó mientras nos sentábamos a comer.

—No, me mudé a la ciudad al terminar la universidad.

—Entonces, ¿tu familia no vive allí?

Negué con la cabeza.

—Mi madre vive en Seattle y mi padre en Aspen.

—¿Y volverás a Chicago cuando termines aquí?

—Sí. Estoy realquilando mi apartamento por *Airbnb* porque me gusta demasiado como para perderlo. Mi mejor amiga lo gestiona.

—Parece mucho trabajo —añadió.

—¿Verdad? Opino lo mismo. Siempre le digo que debería darle una parte de las ganancias. No es mucho, un poco más que mi alquiler, pero se niega. Tengo que compensárselo de alguna manera. Es una muy buena amiga. Menos mal que no me mudé con mi ex y dejé el apartamento.

La última frase fue más una reflexión en voz alta, pero Travis levantó una ceja.

—¿Exnovio?

—Sí —respondí, un poco triste—. Una semana después de llegar aquí, me envió un mensaje cortando conmigo.

—¿Qué coño...?

—Esa fue mi reacción. Así que, cuando volví a Chicago de visita, le pregunté exactamente eso. Al parecer, no pudo evitar metérsela a otra en cuanto me fui.

—Lo siento.

—Mejor enterarse antes que después. Solo habíamos estado saliendo un par de meses, pero dolió igual. —Una idea horrible me sacudió—. Travis... no tendrás una novia en Chicago, ¿no? O en cualquier otra parte, vamos.

Su mirada se endureció.

—No. No estoy jugando a dos bandas, Bonnie. Además no soy un buen candidato para alguien que quiere encontrar pareja.

Solté una carcajada.

—Entiendo.

—¿No te molesta?

Me encogí de hombros.

—¿Por qué iba a hacerlo? Estarás aquí poco tiempo. No busco una relación. A ver, no estaba buscando un polvo tampoco, pero a caballo regalado no le mires el diente.

Comí un poco de beicon y me regocijé.

—Ah, qué rico. Tienes talento en la cocina.

—Lo sé.

—Bueno, ¿comemos?

—Sí.

—¿Tienes algún plan para la tarde? —le pregunté. Él sonrió.

—Bueno, ya que es casi por la tarde, quiero comerme el desayuno, y después te reservo a ti para el postre.

Sentí cómo mi cuerpo se encendía. *A Travis Maxwell le gusta jugar sucio, lo mires por donde lo mires.*

—¿Quieres ir al mercadillo? —propuse.

—¿Sueles ir los sábados?

—Sí. Mucha gente solo vende cosas viejas, pero a veces doy con algo interesante. En realidad, lo uso como excusa para ver cómo están el señor Edwards y la señora Lewis. Son muy mayores, y cuando llegué aquí, el señor Edwards se ofreció a ayudarme a limpiar la casa. Y la señora Lewis me compró una tarta de manzana. Los dos viven solos, y Lewis tiene problemas de cadera. Le cuesta moverse, pero le molesta que vaya a su casa a ver qué tal está. A Edwards tampoco le gusta; dice que le hago sentir viejo. Así que aprovecho en el mercadillo.

Me miró con una expresión curiosa, y dijo:

—Vale, siguiente parada el mercadillo. Después volvemos y sigo con el postre.

El calor se extendió por mi cuerpo.

—Eres un hombre de ideas fijas.

—Ni que lo digas. Solo me quedo aquí un par de días, y voy a hacer que cada minuto cuente.

Era el momento para volver a tomarle el pelo. Me dejé caer en el respaldo de la silla.

—¿Quién ha dicho que serás bienvenido el resto de la semana?

Movió las cejas un par de veces con burla.

—Diría que tengo mis razones para pensar que sí lo seré.

—No te voy a echar a patadas de la cama, de eso puedes estar seguro —susurré. No pude contenerme y rompí a reír—. Si crees que puedes mantener el listón de anoche toda la semana, me dejarás impresionada.

—Te aseguró que lo estarás.

Estar con él era fácil. Al contrario que en otras ocasiones, ni siquiera tenía que esforzarme en las conversaciones más personales. ¿Sería porque se iría a Chicago y, probablemente, no volveríamos a vernos? No tenía ni idea, pero lo que sí sabía era que me sentía bien con él. No podía esperar para pasar más tiempo a su lado, pero me hice la promesa de no encariñarme demasiado.

***

El mercadillo se encontraba al otro lado del pueblo, a unos diez minutos a pie. Estaba abarrotado. Primero me detuve en el puesto del señor Edwards, que vendía periódicos viejos.

—¿Cómo se encuentra, señor Edwards?

—Bien. Estos huesos viejos siguen funcionando. Eso es todo lo que necesito.

—¿Qué vende? —preguntó Travis.

El señor Edwards lo miró fijamente.

—Me gusta recopilar periódicos viejos.

—Al parecer, se ha puesto muy de moda comprar periódicos que coincidan con la fecha de nacimiento de uno —dijo Travis.

—¿Quién sabe? Quizá me vendría bien deshacerme de unos cuantos. Me quitan mucho espacio.

No quise decir nada. El señor Edwards tenía un poco de Diógenes. Vender los periódicos no iba a resolver el problema, pero al menos era un comienzo.

Al terminar ahí, hice otra parada en el puesto de la señora Lewis. Vendía calendarios hechos a mano. Eran muy bonitos, pero ya le había comprado dos: si seguía así, iba a ser yo la que desarrollara Diógenes.

—Bonnie, querida, ¿quién es este hombre tan guapo? —preguntó con una sonrisa.

—Travis. Se hospeda en el Hotel Winston. Le estoy enseñando el pueblo.

—Ajá —dijo la señora Lewis con una mirada idéntica a la del señor Edwards. Casi no podía contener la risa.

—Y está haciendo un trabajo espléndido, enseñándome los mejores sitios de Oceanwell Bay —declaró Travis.

—¿Qué tal su cadera, señora Lewis? —pregunté.

—Vamos, vamos, Bonnie. No me avergüences delante de un hombre tan atractivo.

Travis me guiñó un ojo, visiblemente complacido de que le llamaran guapo y atractivo en cuestión de segundos. Aunque no podía culparla: lo era.

—Vale, entonces seré más discreta. ¿Qué tal se encuentra?

—Como si tuviera setenta años, y no ochenta y dos.

Me abstuve de preguntar si a los setenta tenía mejor la cadera.

Travis y yo seguimos nuestro camino cuando se acercaron dos clientes de verdad. No quería hacer perder el tiempo a la señora Lewis.

—¿Soy solo un hombre al que le enseñas el pueblo? —bromeó Travis mientras caminábamos por los puestos—. ¿Te avergüenzas de mí?

—Créeme, si les llego a decirla verdad, te habrían tomado el pelo. Serán mayores, pero también unos descarados. Menos mal que están aquí: significa que se encuentran lo suficientemente bien como para venir.

Al pasar por otro puesto, un collar precioso acaparó mi atención. El colgante parecía un nudo de bronce. Resultaba hipnotizante.

Conocía a la mujer del puesto: Phillipa, una persona encantadora. Tenía poco más de cuarenta años y hacía todo lo posible por sacar adelante a sus dos niñas sin ayuda. A veces pasaban por la clínica para ver cómo estaban los animales. Le había prometido a su hija pequeña, Anne, que le presentaría a Steve.

Phillipa estaba conversando con otro cliente en ese momento, y no quería interrumpir. Le di la vuelta al collar para ver el precio y fruncí el ceño. Era demasiado caro para mi presupuesto. Había quienes intentaban regatear, pero yo no le haría eso; Phillipa necesitaba el dinero.

Cuando Travis y yo nos alejamos, vi un puesto de comida rápida a lo lejos por primera vez en el día.

—¡Ay, ahí está! —exclamé.

—¿Quién está ahí?

—¿Ves ese puesto? Georgina hace las mejores magdalenas de diferentes sabores. Cocina pequeñas tandas y las vende en la feria. Incluso tiene unas de crema de piña, ¡y son de lo mejor que he probado en la vida! Vamos rápido. No me puedo creer que acabe de darme cuenta de que

está aquí. Espero que todavía tenga de piña.

Me dirigí sin más dilación al puesto, aunque me desanimó la cola que ya se había formado. Me coloqué al final y estiré el cuello, tratando de ver si aún quedaban magdalenas. Todavía había algunas: ojalá quedaran suficientes cuando me tocara.

Me giré para hablar con Travis, pero no estaba donde lo esperaba. Caminaba lentamente hacia mí; no había notado que no me había seguido. Quizá se había detenido a mirar otros puestos.

—¿Te ha gustado algo? —pregunté. Él esbozó una sonrisa encantadora.

—Quizá. ¿Cómo va la cacería?

—Aún quedan algunas magdalenas. Cruzo los dedos porque sigan ahí cuando nos toque.

—¿Son tu postre favorito? —quiso saber.

—Sí, junto con el helado. Siempre me ayudan a atemperarme.

Travis miró el puesto, y luego volvió a mirarme a mí.

—Si se venden todas, la convenceré para que te haga alguna más.

Sentí cómo los ojos se me abrían como platos. No había terminado de conquistarme, ¿verdad? No podía ni siquiera achacarlo al sexo: eso ya lo había conseguido. Varias veces.

No tenía ninguna duda de que podría convencer a Georgina para que hiciera más magdalenas. Tenía ese *je ne sais quoi* que lo hacía irresistible, y muy persuasivo.

Afortunadamente, no hizo falta que desplegara sus encantos, porque cuando llegamos al principio de la fila aún quedaban cuatro magdalenas. Las compramos todas y nos alejamos de la multitud. Y entonces simplemente las devoramos. Bueno, yo las devoré. Para mi sorpresa, él comía muy despacio. Después de engullir la primera, me detuve. Tenía que ir más despacio. No quería acabármelas demasiado rápido.

—Están buenísimas —dijo tras comerse la mitad de la primera—. Me pregunto por qué no hacen más a menudo magdalenas de crema de piña. Me gusta que sea un poco ácida. Así no te da tanto subidón de azúcar.

—Lo sé. Me pasa lo mismo. Suelo pedir aderezos con un toque ácido, como cerezas o limón, o chocolate negro.

Me miró con intensidad entre bocados.

—Hoy me estás dando muchas experiencias nuevas, Bonnie. Nunca antes había ido a un mercadillo, o comido una magdalena de piña. Gracias por enseñarme el pueblo.

—Me alegro que lo estés disfrutando.

Sus ojos destellaron, juguetones. Casi podía sentir el cambio. Ante mis propios ojos, estaba pasando de encantador a seductor.

Se inclinó hacia mí y acercó su boca a mi oído.

—No puedo esperar para enseñarte yo a ti todo lo que tengo en mente —susurró.

Me sonrojé.

—No puedo sacarte de casa, ¿eh?

—Lo has hecho, pero no por mucho tiempo. Quiero recorrer cada rincón de tu cuerpo. —Se alejó para mirarme a los ojos, acariciando mi mejilla hasta llegar a la comisura de mis labios—. Anoche solo te probé. Necesito más, te necesito entera.

Aquello ya no era estar ruborizada... todo el cuerpo me ardía. Me humedecí los labios antes de volver a morder la magdalena.

—Vale —dije—. Ya he visto a todo el mundo. Creo que podemos irnos.

Intentaba mantener la cabeza fría, no mostrar lo mucho que me estaba encendiendo.

Me rodeó con un brazo por la espalda mientras nos alejábamos del mercadillo. No quitaba la

vista de la magdalena en el plato: quería comérmela de camino a casa. Travis ya se había terminado las suyas, pero yo había aprendido de él y me las comía más despacio. Quizá incluso demasiado despacio, pero quería saborear la que me quedaba... y después, iba a saborearle a *él*.

—¿Veremos hoy a Steve? —preguntó.

El estómago me dio un vuelco: el cariño en su voz era adorable. ¡Le había llamado Steve!

—No, mi compañero de trabajo está de turno este fin de semana. A mí me toca el que viene.

Al llegar a mi casa tenía los nervios a flor de piel, todo el cuerpo anticipando lo que iba a ocurrir. Me había esperado que me atacara nada más cruzar la puerta, o al menos que comenzara su descarado juego de seducción. Para mi sorpresa, se detuvo en medio del salón, llenando la habitación con su innegable *sex appeal*.

Sacó un paquete del bolsillo. Iba a preguntarle qué había comprado, pero entonces lo abrió. Jadeé. Era el collar.

—¿Y esto? —pregunté, asombrada.

—Te vi mirándolo. Te gustó, así que pensé en regalártelo.

—No, pero yo... ee-eh... —tartamudeé, sinceramente sorprendida, sin poder oponer resistencia—. No lo miré con intención.

—Lo sé, Bonnie. Pero mira qué sonrisa...

Sentí cómo se extendía una sonrisa por mi rostro. Sí, estaba feliz. Aquel hombre tan guapo me había comprado un collar precioso.

—La vendedora dijo que es un nudo infinito —añadió—. Sea lo que sea eso. ¿Quieres que te lo ponga?

Asentí, entusiasmada. Me di la vuelta y me aparté el cabello. Mi piel reaccionó al contacto de sus manos cuando cerró la hebilla. Me besó el cuello, y un escalofrío recorrió mi cuerpo.

—Gracias —murmuré.

—El placer es completamente mío. —Su voz era grave y profunda.

—Ah, conque ya estás dejando salir la voz sexy.

—¿Qué?

—Tu voz cambia cuando me deseas.

—¿Así que... todo el rato?

—Nah, ahora mismo está una octava por debajo de tu voz normal. Es tentadora, y me encanta. Parece como si tuvieras pensado usar conmigo cada herramienta de seducción que tienes en el arsenal.

—Me has leído la mente.

Capítulo Seis

Bonnie

Dos días más tarde, quedé con Travis delante del Museo Oceanwell Bay para hacer un paseo. Me dirigí allí después de terminar de trabajar, y me sentía eufórica. Intenté no pensar en que lo nuestro tenía fecha de caducidad, pero ¿a quién quería engañar? Estaba contando los días, odiando la idea de verle marchar. ¿Podría convencerlo para que se quedara un poco más? Quizá el director del hotel haría que Travis tuviera que esforzarse más por convencerlo.

Llegué a nuestro punto de encuentro unos minutos antes y eché un vistazo alrededor. El museo no parecía tan impresionante como en las fotos que había encontrado en Internet. Era más viejo que Matusalén y, para colmo, en ese momento estaba cerrado. El cartel decía: "Vuelvo enseguida. He ido a comprar un bocadillo". El horario de apertura era hasta las ocho de la tarde, lo cual me sorprendía, porque no podía imaginarme que recibiera muchos visitantes.

Travis apareció unos minutos después. Parecía triunfante y aún más seguro de sí mismo que de costumbre. Llevaba su abrigo negro, con los botones superiores abiertos.

—¿A qué viene esa sonrisa presumida? —pregunté cuando estuvo frente a mí.

—Tengo una gran noticia. ¡He convencido a Tim para que se una a mi proyecto!

—¡Enhorabuena! —respondí. Me alegré mucho por él, pero al mismo tiempo una punzada de inquietud se clavó en mi estómago—. ¿Cómo lo has conseguido?

—Volví a exponerle los pros y los contras y descubrí cuál era su punto débil cuando le mencioné, de manera casual, que aún estaba a tiempo de contribuir al montaje. Se mostró interesado, así que supuse que lo que realmente quería era tener voz en el desarrollo. Y tenía razón.

—Se te da muy bien esto —afirmé.

—Sí, la verdad es que sí. Y no pienso mostrar humildad al respecto.

De repente, me puse nerviosa. Relamí mis labios y comencé a juguetear con los pulgares a mi espalda.

—¿Y eso qué significa? ¿Que vas a regresar antes a Chicago?

Travis me miró fijamente.

—Podría, pero resulta que tengo una muy buena razón para quedarme aquí hasta el fin de semana, como había planeado en un principio.

—¿Ah, sí? —pregunté, aunque la expresión pícara en sus ojos ya me daba una pista clara—. ¿Y cuál es la razón?

—Tú —dijo con naturalidad.

Esa sola palabra desató una ola de calor en mi cuerpo.

—Y podemos pasar ese tiempo como queramos —continuó y, mirando detrás de mí, añadió —: Lo que aparentemente incluye visitar esta reliquia.

Sonreí con timidez.

—Es cierto que parece más... pintoresco que en las fotos.

—Bueno, esa es una manera generosa de describirlo. Yo lo llamaría espantoso —dijo—, y está cerrado.

—Sí, el aviso pone que ha salido un rato. —Lo pensé mejor y añadí—: Para ser sincera, no estoy segura de cuándo se puso el aviso. Podría llevar allí semanas. Vamos a darle unos minutos más.

—Vale —dijo Travis.

—No tienes muchas ganas de estar aquí, ¿verdad?

—Me gusta tu naturaleza exploradora. —Apoyó el dorso de sus dedos en mi mejilla, trazando el contorno de mi mandíbula hasta la otra. Las nubes oscuras en el cielo parecían anunciar una tormenta.

—Parece que va a llover —señalé, mordiéndome el labio—. Démosle un par de minutos más, y si no viene nadie, nos iremos.

En ese instante, retumbó un trueno, y entonces ocurrieron varias cosas a la vez. Se oyó otro ruido, pero no parecía un trueno. Unos segundos después, me di cuenta de que el museo estaba temblando.

Justo en ese momento, empezaron a caer tejas del tejado. Travis me empujó hacia la parte del museo que aún parecía estable. Las tejas cayeron justo donde habíamos estado parados. Aunque ninguna nos golpeó, había escombros por todas partes.

—Dios mío. ¿Cómo es que tenemos tanta mala suerte? —pregunté.

—Menos mal que siempre estoy atento.

Revisé nuestros abrigos; estaban cubiertos de restos blancos.

—Bueno, con esta ropa sucia no podemos hacer mucho más que quitárnosla.

Travis sonrió.

—Pienso exactamente lo mismo.

—Todavía no sé si eres realmente un caballero de brillante armadura o si solo estás esperando el mejor momento para desnudarme.

Se rió, mirándome.

—Fuiste tú quien sacó el tema.

Tragué saliva y confesé:

—La verdad es que esperaba que el director se hiciera el duro y tuvieras que quedarte más tiempo.

Su sonrisa se desvaneció.

—No puedo. Tengo mucho trabajo que hacer cuando vuelva a Chicago. Pero cuando vuelvas...

Le puse el dedo en los labios, negando con la cabeza.

—Ahora estamos aquí, no hablemos del futuro.

Él había dicho que no tenía madera de novio, y pensar en eso solo me haría sentir triste. Yo solo quería disfrutar del momento.

Al fin y al cabo, lo tendría hasta el final de la semana, y pensaba aprovechar al máximo cada día que nos quedaba.

Capítulo Siete

Travis

Cuando regresé a Chicago, me sentía en la cima del mundo. Con Tim en el equipo, quería ponerme manos a la obra cuanto antes. Después de lo tranquila y maravillosa que había sido la semana anterior, volver a Chicago resultaba surrealista. El tiempo que había pasado con Bonnie era exactamente lo que necesitaba, pero ahora tocaba enfrentarse de nuevo a la realidad.

Me dirigí directamente a la oficina y, cuando llegué, ya estaba a rebosar de gente. Fui enseguida al despacho de Tate. Me había enviado un mensaje para decirme que me pasara, lo cual era típico de mi familia. Cada vez que uno de nosotros se marchaba un tiempo, al regresar, todos querían un informe completo de todo lo sucedido, pero no me importaba. Me gustaba compartir cosas con ellos.

Esperaba encontrar a mis hermanos Declan y Luke en el despacho de Tate, pero para mi sorpresa, también estaba Reese.

—Habéis reunido a toda la pandilla —dije, sintiéndome especial.

—Yo solo estaba de paso —contestó Reese—. Pero pareces tan triunfante que me dan ganas de hacer algo para bajarte un poco los humos.

Me eché a reír.

—¿Qué puedo decir? Disfruto cuando consigo lo que quiero.

—Nunca dudé de que conseguirías a tu gerente —dijo Tate.

Declan también asintió.

—Enhorabuena, hermano.

Luke dio una palmada:

—Deberíamos ir a tomar algo más tarde y celebrar este logro.

Me enorgullecía ver que Declan pareciera relajado y estuviera simplemente disfrutando del momento. Como abogado y hermano mayor, siempre estaba pendiente de los problemas. Sabía que su intención no era otra que cuidarnos, pero a veces podía ser un verdadero aguafiestas.

Reese se levantó, vino hacia mí y me dio un abrazo.

—Estoy muy orgullosa de que estés haciendo algo tan bonito para continuar con el legado familiar.

Tanto ella como yo estábamos dedicados a la historia de nuestra familia. Nos arraigaba y nos daba un propósito. Por eso había querido abrir el *spa* en aquel edificio. Me sentía muy orgulloso de todo lo que había conseguido con mi empresa de *software*, pero nunca había sentido por ello el mismo entusiasmo que sentía por el hotel.

Entonces, me di cuenta en el acto de cuál sería mi estrategia para convencer a Reese.

Tuve la tentación de preguntarle cómo estaba la abuela, pero sospeché que no lo habría compartido con el grupo. Ya lo consultaría con ella más tarde.

—No es por presumir, pero estoy muy orgulloso de mí mismo. Pensé que tardaría más de una semana en convencerle, pero solo necesité unos días.

Luke frunció el ceño y se inclinó hacia un lado en el sofá, apoyándose en el reposabrazos.

—¿Y entonces por qué te has quedado tanto tiempo?

—Conocí a una chica llamada Bonnie. Nos lo pasamos bien juntos —dije con indiferencia, sabiendo perfectamente cómo reaccionarían. Fue casi cómico. Tate se enderezó, Luke se quedó boquiabierto, y Reese me miró con los ojos muy abiertos. La expresión de Declan era ilegible, lo

cual me sorprendió, ya que normalmente podía leerlo con facilidad.

Luke fue el primero en hablar.

—¿Alguno de vosotros recuerda la última vez que Travis contara *algo* acerca de alguna mujer?

—No —respondió Tate al instante.

—Yo me acordaría —añadió Declan.

Reese se limitó a mirarme de manera reflexiva.

—Me apetecía cambiar un poco las cosas.

—¿Es de Oceanwell Bay? —preguntó Reese.

—No. De Chicago. De hecho, nos conocimos en el aeropuerto.

—¿Entonces va a volver a...? Espera un momento, ¿fue una aventura de una semana?

—¿Cómo has llegado a esa conclusión tan rápido? —pregunté, sorprendido.

Reese suspiró:

—Porque ésa sería la única razón por la que lo mencionarías así, sin reparos, primo. —Reconocí aquel tono al instante. Estaba a punto de regañarme.

Negué con la cabeza.

—Acordamos disfrutar de una semana de diversión sin ataduras.

Reese apretó los labios con fuerza. Noté que quería decir algo más y que estaba esforzándose por no hacerlo.

—Si tú lo dices... —dijo finalmente.

—Es lo que digo. Aunque no me importaría volver a ver a Bonnie cuando esté de vuelta en Chicago. —Di una palmada—. Vale, me alegro de haberme puesto al día con todos vosotros; ahora me marcho a mi despacho, tengo que hacer unas llamadas.

—Espera, ¿qué? No. No puedes dejarnos así —protestó Reese.

Sonreí.

—Sí que puedo. Creo que está a punto de empezar la hora del cotilleo, y no quiero participar.

Marjorie, mi asistente, ya estaba en mi despacho cuando llegué. Llevaba su característico moño apretado sobre su cabello canoso. Nos conocíamos desde hacía más de diez años. Era la secretaria del decanato de mi universidad y una vez me mencionó lo estancada que estaba en su puesto, así que cuando monté mi empresa de *software*, le pedí que viniera a trabajar conmigo. Cuando vendí la compañía, se jubiló. Luego, cuando decidí dedicarme a la hostelería, entrevisté a docenas de candidatos para el puesto de asistente, pero ninguno era ni un diez por ciento mejor que Marjorie; así que le pedí que volviera al mundo laboral. A decir verdad, no tuve que insistir mucho. Fui personalmente a su casa para convencerla, y me dijo que estaba deseando volver a trabajar, que la jubilación no era para ella.

—Enhorabuena. Sabía que lo conseguirías —dijo Marjorie.

—Gracias, Marj. ¿Qué novedades hay por aquí?

—He impreso una revisión de toda la semana pasada. Todavía no hay muchas cosas para hacer. Nada comparado con lo que solía ser antes.

Me senté en una de las sillas y eché un vistazo a la pila de papeles.

—Pronto tendremos mucho trabajo, no te preocupes. Aunque el ritmo será diferente. —En el sector del *software* las cosas iban muy deprisa. Preveía que la experiencia con los hoteles sería distinta, pero el tiempo ya se encargaría de demostrarlo.

—Vale, estaré en mi despacho. Avísame si necesitas algo. —Había montado su oficina a mi lado. Me alegraba mucho tenerla de vuelta.

En cuanto se marchó, sonó mi móvil. Me percaté tarde de que había pulsado el botón verde

sin mirar el número. La pantalla no mostraba ningún nombre, lo que significaba que la persona que llamaba era desconocida.

—Hola —dije.

—¿Habla Travis Maxwell?

—Depende de quién lo pregunte.

—Soy del *Glam Reporter*. Me gustaría hacerle una entrevista sobre su nuevo negocio.

No respondí de inmediato. El *Glam Reporter* no era conocido precisamente por su interés en los negocios. Para mí, era más bien un periodicucho de cotilleos.

—Ajá. ¿Y sobre qué más?

—Bueno, su prima Reese...

Colgué antes de que pudiera terminar la frase. Me empezó a doler la cabeza. *¿Qué coño...? ¿Cómo consiguieron mi número?* Me había esforzado mucho por mantener mi nombre fuera de las redes sociales para que nadie pudiera ponerse en contacto conmigo y, aun así, ¿una periodista había conseguido mi número personal?

Reese estaba en constante guerra con la prensa. Siempre se habían interesado por la familia Maxwell, pero nunca concedíamos entrevistas ni les dábamos motivos para molestarnos. Reese había publicado un anuncio en una página central para anunciar su boda, lo que atrajo aún más atención, y después de que se cancelara, los periodistas comenzaron a acosarla. Al principio, se negó a hablar con ellos, pero luego su ex amenazó con hacer pública la historia a cambio de dinero. Fue entonces cuando mi prima decidió conceder una entrevista en la que lo contó todo, esperando que el interés de la prensa se desvaneciera. Por desgracia, ocurrió lo contrario. Al menos, el imbécil con el que estuvo a punto de casarse no pudo sacar provecho de la situación.

Me dirigí directamente al despacho de Marjorie, que levantó la cabeza sorprendida al verme entrar:

—No esperaba verte tan pronto.

Puse el teléfono sobre su escritorio.

—Necesito un número nuevo. Hoy mismo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Una periodista lo ha conseguido.

—Eso es imposible —contestó.

—Pues me acaban de llamar y no quiero estar pendiente de que vuelvan a hacerlo.

Asintió.

—Claro, lo entiendo. Te conseguiré un número nuevo enseguida.

Mientras ella no estaba, me dediqué a ponerme al día de las cosas que habían sucedido durante la semana anterior. Marjorie volvió a mi despacho con el nuevo teléfono una hora más tarde.

—Aquí lo tienes, y este es tu nuevo número —dijo, entregándome un Post-it con la información.

—Gracias, Marjorie, valoro mucho tu eficiencia.

—Lo sé. —Guiñó un ojo mientras se marchaba. Era estupendo tenerla de vuelta.

Recorrí mis contactos con la intención de llamar a Tim para resolver algunos detalles de última hora. Para mi disgusto, su número no estaba en la lista.

Gruñí, dándome cuenta de que la última copia de seguridad la había hecho antes de ir a Oceanwell Bay. Marjorie era un genio de la organización, pero no de la tecnología. No le había ordenado específicamente que hiciera una copia de seguridad; debería haberlo hecho, y eso fue totalmente culpa mía. Además, Marjorie tenía el número de Tim en sus archivos, así que no era

para tanto.

Entonces caí en la cuenta de algo peor: tampoco tenía el número de Bonnie. *Maldita sea*. No había intercambiado ninguna otra información con ella: ni correo electrónico ni perfiles en las redes sociales.

Fui otra vez al despacho de Marjorie. Esa vez se amedrentó al verme.

—¿Qué ocurre?

Nunca iba a su oficina sin motivo.

—No tengo el número de Tim, no hiciste una copia de seguridad.

Parecía tan sorprendida como preocupada.

—Se me ha olvidado. Lo siento mucho, Travis. Supuse que estaría al día.

—Debería haberlo estado, pero es culpa mía, ya que no te di instrucciones específicas, así que no te preocupes, no es un error tuyo. Búscame el número, por favor.

Parecía algo aliviada, aunque yo seguía un poco cabreado, sobre todo conmigo mismo.

—Vale, déjame ver.

Hizo clic en el ratón, fijando la vista en la pantalla. Luego anotó el número en otro Post-it. Le di las gracias a Marjorie, lo guardé rápidamente en mi teléfono y, de camino a mi despacho, llamé a Tim.

Contestó al tercer timbrazo, justo cuando me estaba sentando en mi silla.

—Travis, estaba esperando tu llamada. He revisado el contrato, es el más minucioso que he visto nunca.

—Nunca hago las cosas a medias.

—Te agradezco que te hayas ocupado tú mismo de esto y no me hayas mandado al Departamento de Recursos Humanos. Dice mucho sobre tu forma de hacer negocios. Eres práctico y exigente con el equipo, y eso demuestra que este proyecto es muy personal para ti.

Me sorprendió que me hubiera calado tan bien. Tenía razón, más de lo que pensaba.

—Me alegro de que coincidamos. ¿Tienes alguna pregunta o duda?

—Sí, solo sobre el apartamento que me consiguió tu equipo. Lo necesito una semana antes.

—Eso se puede arreglar. ¿Algo más? —pregunté.

—No.

—Vale. ¿Cuándo me enviarás el contrato firmado?

—Esta tarde.

—Perfecto. Estaré pendiente —dije, sin querer darle la oportunidad de cambiar de opinión.

—Estaré en contacto.

Después de colgar, me sentí victorioso. Todo iba según lo previsto. El hotel abriría a tiempo y el legado de mi familia perduraría.

Capítulo Ocho

Travis

—Lo estás haciendo muy bien, tío Travis —dijo Paisley.

—Gracias.

—Se lo pedí muchas veces a papá, pero nunca tiene tiempo.

Había querido pasar por casa de mi hermano Tate para ver a mi sobrina desde que regresé. Pero la semana fue muy ajetreada, así que apenas pude visitarlos el domingo. Nos encontrábamos en su jardín, y Paisley me había convencido para que cambiara las luces centelleantes de la casa-árbol que Luke le había construido.

Comprendí a Tate, sabía por qué no dejó de buscar excusas. Normalmente consentía bastante a su hija, ¡pero aquella tarea resultó ser un coñazo!

Sin embargo, se lo había prometido a Paisley y nunca faltaba a mi palabra. Así que allí estaba yo, moviéndome por la enorme escalera, flexionando los dedos para que no se me cayeran a causa del frío mientras colocaba las cadenas de luces alimentadas por energía solar en el tejado de la casa-árbol.

Había tenido unas eléctricas en Navidad, pero insistió en que quería hacer algo nuevo. Intenté explicarle a Paisley que durante más de la mitad del año no servirían de mucho, pues Chicago no era un lugar muy soleado en los meses más fríos, pero ella estaba decidida a utilizar una forma respetuosa con el medio ambiente para iluminar su espacio.

—¡Está perfecto! Gracias —dijo Paisley cuando bajé de la escalera.

Retrocedí unos pasos, observando las luces. Desde allí abajo no se veían mucho.

—Ahora mismo no van a dar mucha luz —advertí. No quería que se sintiera decepcionada.

—No te preocupes, lo harán en verano. Además, se acercan unos días soleados. ¿Quieres volver a entrar en casa? —preguntó Paisley—. Le he pedido a la abuela que prepare tu plato favorito: *risotto* de gambas.

Me reí.

—Gracias, Paisley.

Todavía me costaba creer que ya tenía once años. ¿Cómo había crecido tan rápido? Yo era muy joven cuando Tate la tuvo, y en ese momento apenas podía creer que mi hermano ya fuera padre. Había una gran diferencia de edad entre nosotros, así que, por supuesto, me pareció descabellado. Pero, aun así, Paisley me había metido en su bolsillo desde que era un bebé, algo que aún seguía siendo así.

De regreso a la casa, Paisley me condujo directamente a la cocina. Mi hermano vivía en una mansión enorme que tenía un gran jardín trasero. La había comprado muchos años antes, convencido de que a Paisley le gustaría tener un jardín, y no se equivocó: a mi sobrina le fascinaba.

Yo, en cambio, no me veía viviendo en una casa Me gustaba mi ático; la terraza era estupenda. Me entretenía mucho allí, sobre todo en los meses más cálidos.

—¡Ahí estáis! —exclamó la abuela. Había platos con *risotto* alrededor de la isla de la cocina —. ¿Qué tal ha quedado?

—Muy bonita. Me encanta tener una casa-árbol respetuosa con el medio ambiente —respondió Paisley.

Miré a Tate, que evitaba mi mirada con cautela. También estaba Reese, que apretaba los

labios con fuerza, claramente intentando mantener una actitud seria.

Lexi, la mujer de Tate, se rió.

—¡Qué chulo! Y además te servirá para tu proyecto escolar.

—Lo sé —confirmó Paisley.

—¿Y eso? No sabía que se trataba de un proyecto escolar —dije.

—Sí, para geografía. Nos pidieron que intentáramos que nuestro espacio de juego principal fuera respetuoso con el medio ambiente. La casa del árbol es de madera, y la luz es solar —dijo Paisley con orgullo.

—Y conseguiste que Luke y yo hiciéramos la mayor parte del trabajo. Eres un genio.

Paisley sonrió.

—Ya lo sé.

Reese se acercó a ella, alborotándole el pelo.

—Bien hecho. Tienes un montón de tíos, ¿por qué no aprovecharlo?

Innegablemente, era toda una Maxwell. Estaba muy orgulloso de ella.

La abuela, sin embargo, no parecía compartir nuestra alegría.

—Jovencita, no está bien hacer que los demás se encarguen de tus deberes escolares.

—Yo no he hecho eso —replicó Paisley indignada—. Yo solo les dije a mis tíos *lo que tenían que hacer*, pero las ideas fueron todas mías.

Eso hizo que incluso Tate se echara a reír. Negando con la cabeza, dijo:

—La próxima vez, gestiona menos y ocúpate más de las cosas operativas. Así es como se aprende, Paisley.

—Bueno —empezó a decir Paisley mientras cogía uno de los platos de la isla de la cocina—, ahora tengo que irme a mi habitación porque tengo deberes, y eso incluye muchas tareas operativas. —Su voz era segura; era, sin duda, una pequeña directora.

Todos pusimos cara de póquer hasta que salió de la habitación. Cuando sus pasos se hicieron más débiles al subir las escaleras, nos echamos a reír.

—¿En qué momento creció tan rápido? —pregunté.

—No tengo ni idea —respondió Tate.

Lexi se rió:

—Esta es la edad en la que empiezan a hacerse los listillos. —Era profesora, así que sabía de lo que hablaba.

Mi hermano le guiñó un ojo. Se habían casado hacía poco y aún estaban en modo luna de miel. Tate se había divorciado de la madre de Lexi varios años antes y, durante mucho tiempo, se encerró en su mundo. Luego contrató a Lexi como niñera de Paisley durante el verano, y todo cambió.

—Voy a ver cómo está Paisley —dijo la abuela—. No quiero que se enfade conmigo.

—No te preocupes, abuela —intervino Tate, pero aun así ella subió. La abuela siempre se ablandaba cuando se trataba de Paisley.

—¿Cómo van las cosas con el hotel? —preguntó Tate.

—Demasiado lento para mi gusto, pero al menos va en la dirección correcta. Ahora que ya cuento con Tim, no me cabe duda de que el ritmo se acelerará.

—Cuéntanos más del viaje —indagó Reese con una sonrisa picarona.

Apenas pude contener la risa, pues sabía exactamente a dónde quería llegar. De hecho, estaba seguro de que toda la familia lo sabía. No dejaba de pensar en Bonnie. Me fastidiaba no tener ya su número, y aún no había tenido tiempo de rastrearla en redes sociales. Quería ponerme en contacto con ella porque, para mí las cosas no habían terminado en absoluto.

—¿Qué quieres saber exactamente? —repliqué con tono burlón.

Reese dio una palmada antes de señalarme con ambos índices.

—Bueno, ya lo sabemos todo sobre Tim, ¿pero qué hay de Bonnie?

Ni Lexi ni Tate se mostraron sorprendidos, lo que confirmó que yo tenía razón: probablemente toda la familia lo sabía.

—Fue inesperado, y eso es todo lo que voy a decir sobre el tema. Además, sé lo que estás haciendo: intentas desviar la atención de mi propuesta de trabajo. Intuyo que estás considerando otras ofertas... ¿es eso?

Reese se sonrojó.

—Sí, es verdad que tengo algunas ofertas, pero eso no es lo que me está deteniendo.

—Entonces, ¿qué es?

Se mordió el labio y apartó la mirada. Para mi asombro, parecía disgustada.

—Solo necesito tiempo para pensar.

Tate me lanzó una mirada que decía claramente:

—Déjalo. —Algo se me estaba escapando, así que necesitaba usar otra estrategia.

—Ya que os tengo aquí, quiero vuestra opinión sobre este vino —dijo Tate mientras se levantaba y sacaba una botella que ya estaba enfriada en la nevera.

El imperio vinícola de mi hermano crecía a pasos agigantados cada año. Papá compartía su pasión, y probablemente fue así como le picó el gusanillo a Tate. Cuando éramos pequeños, nuestro padre pasaba su tiempo libre en el viñedo que rodeaba la casa de nuestra infancia, y Tate lo seguía a todas partes.

—Tú nunca dejas pasar la oportunidad de ponernos a trabajar —comentó Reese en tono de broma—. Pero me encanta hacer catas de vino.

Me sorprendió lo despreocupado que parecía mi hermano. Normalmente invitaba a toda la familia a un viñedo cerca de Chicago y probábamos entre tres y cinco vinos.

Nos sirvió una copa a cada uno y, antes del primer sorbo, brindamos.

Era suave, casi afrutado. No era un mal vino, desde luego, pero yo prefería los más intensos.

—Me evoca a los melocotones —señaló Reese—. Me encanta.

Lexi no lo probó, solo lo olió. Luego arrugó la nariz y concluyó:

—Es demasiado aireado para mi gusto.

—Imaginé que dirías eso. —Le dio un beso en la cabeza antes de volverse para mirarme—. Y para ti también, ¿verdad?

—Me conoces bien, hermano.

—Sí. Le comentaré todo esto al equipo de marketing. Insistieron en que la nota ahumada subyacente era suficiente para que el vino no cayera dentro de la categoría afrutada, y a mí me parecía que no era así.

—Me alegro de que podamos ayudar —respondí—. Me estoy muriendo de ganas de comentaros algunas ideas para el hotel. Podríais ser mi grupo de discusión personal.

Con la empresa de *software* había sido diferente. Todo era jerga técnica y funcionalidad entre mi equipo y yo. Pero el hotel era un proyecto Maxwell. Incluso Luke ya había diseñado el exterior del edificio.

—Vaya, eso sí que hace que uno se sienta especial, ¿no? —bromeó Reese—. En serio, me hace ilusión.

—A mí también —añadió Tate—. ¿Por qué no nos das un adelanto? ¿Qué tienes en mente?

Durante la media hora siguiente, les hablé de los conceptos para el bar que habían propuesto las tres empresas de diseño que contacté. Uno era un modelo de lujo con motivos de los años

veinte, que pretendía rendir homenaje al edificio. Otro era un diseño moderno y minimalista. Y el último estaba inspirado en la cultura asiática.

No me convencía ninguno en particular, pero no tenía una visión clara, lo que significaba que necesitaba ver más conceptos.

—Estoy de acuerdo —contestó Tate cuando le dije que les había pedido más ideas de diseño —. Si no te convence ninguno a primera vista, descártalo.

—Exacto.

Mientras charlábamos sobre cuántos diseños más debía solicitar, la abuela entró en la cocina para anunciar que estaba lista para marcharse.

—Te llevaré a casa —me ofrecí.

—Yo puedo llegar sola a casa.

—No, te llevaré yo. —Siempre que teníamos eventos familiares, nos turnábamos para llevar a la abuela a casa—. Además, debo revisar tu generador. El pronóstico dice que podríamos tener tormentas de nieve, y quiero asegurarme de que está listo por si es necesario.

—Gracias.

Instantes más tarde, nos despedimos del grupo. Subí corriendo para ver a Paisley antes de marcharme, y la niña estaba concentrada en sus deberes como una campeona.

De camino a su casa, la abuela me habló maravillas de las luces centelleantes de Paisley.

También aproveché la ocasión para conocer su opinión sobre el hotel.

—Reese dijo que te había llevado al hotel. ¿Qué te pareció?

—Creo que va a ser precioso. Me alegro de que el edificio ya no esté vacío. Lo que pasa es que todo esto hace que eche aún más de menos a tu abuelo, eso es todo.

—¿Cómo van las cosas con tus... citas? —La palabra sonaba extraña en este contexto, pero sabía que la abuela estaba saliendo con alguien y quería dirigir su atención hacia algo positivo. Además, todos estábamos esperando a que nos lo presentara.

—Es un gran compañero, pero tu abuelo fue el amor de mi vida. Nada cambiará eso.

No me atreví a decir nada más tras su respuesta.

Cuando llegamos, le abrí la puerta del coche, ofreciéndole el brazo. Yo tenía un todoterreno, y a ella siempre le costaba bajar de él.

La casa de la abuela era pequeña, pero ella insistía en que no necesitaba más. Entramos y revisé el generador. Estaba en buenas condiciones, listo para funcionar si era necesario.

—Si te cortan la luz, llámame de todos modos, ¿vale? —pedí.

—No hace falta que me cuides tanto. Soy una mujer adulta.

—Lo sé, abuela. Es para *mi* tranquilidad.

Me señaló con el dedo.

—Sé lo que estás haciendo, yo fui quien te enseñó ese truco. Puede que sea una vieja cascarrabias, pero mi memoria aún funciona muy bien.

Me reí y le di un beso en la mejilla antes de salir de su casa. Era verdad, ella me había enseñado esa táctica. De adolescente, me quejaba cada vez que quería que le enviara un mensaje sobre dónde estaba, pero siempre insistía en que era ‘‘para su tranquilidad’’. Yo aprendí rápido.

Llegué a casa cuarenta minutos después y me dejé caer en el sofá. Mi ático era muy diferente a la casa de Tate. Era moderno e inquietantemente silencioso. Crecí en una casa enorme, así que no estaba acostumbrado a tanto silencio. Por eso, después de dejar a la abuela, había programado una llamada con Tim. Mis hermanos siempre se burlaban de mí porque había sido muy adicto al trabajo durante muchos años antes de vender la empresa de *software*. No lo hacía porque quería. Me encantaba disfrutar de la vida, pero en ese entonces no podía evitarlo, y tras la venta estuve al

borde del *burnout*. Pensaba tomármelo con más calma en aquella ocasión, pero el proyecto aún estaba en su fase inicial y tenía demasiado en marcha como para detenerme.

Aunque era tarde, encendí mi portátil. Abrí el Zoom y me uní a la reunión. Tim aún no había entrado en la llamada, así que abrí Facebook en un navegador y busqué: Bonnie Wilson.

Aparecieron trescientos resultados.

Joder.

Me fijé bien en las fotos, pero ninguna era *mi* Bonnie. Algunas solo tenían objetos aleatorios como imagen de perfil, lo que no ayudaba.

Cuando Tim finalmente entró en la llamada, cerré la ventana de Facebook con frustración. No iba a conseguir encontrar a mi chica “delfín” aquella noche.

Capítulo Nueve

Bonnie

Un més más tarde
Bahía de Oceanwell

—Cuídate, mamá. ¿Vale? —dije, al ver que la llamada estaba llegando a su fin.

—Claro, claro. —Mamá parecía distraída.

Cuando colgué, solté un suspiro y me guardé el teléfono en el bolsillo. Estaba tratando de averiguar si tenía problemas; solo me buscaba cuando necesitaba dinero.

Por desgracia, mi madre era adicta al juego. Mi padre decía que, al principio, cuando se conocieron, su afición era bastante inocente, y que solo lo hacía para divertirse un poco. Al menos, eso pensaba él. Sin embargo, lentamente, fue destrozando su matrimonio. La gota que colmó el vaso fue cuando se enteró de que mi madre había perdido nuestra casa. Ni hace falta decir que acabaron divorciándose poco tiempo después. Aunque ella comenzó a asistir a un programa de adicción al juego, no servía de mucho. Con los años, había aprendido a no darle nunca dinero de manera directa; prefería encargarle la compra por Internet y que se la entregaran.

Mientras salía por la puerta, sentí un leve mareo. La verdad era que, en los últimos tiempos, había estado un poco baja de ánimo. Todo había comenzado la semana anterior con una debilidad general y dolores de cabeza. Esperaba caer enferma de una vez para poder concentrarme en recuperarme, pero eso no pasaba. La sensación de debilidad constante persistía.

No había desayunado, así que quise pasarme por el puesto de dulces, como de costumbre. Sin embargo, a medida que me acercaba, los aromas invadieron por completo mis sentidos, haciendo que la sensación de náusea me golpeara como un tren. Sabía que debía comer algo, pero en aquel momento me parecía que no podía digerir nada. Estaba segura de que se trataba de un virus estomacal.

Saludé a Alan, pero pasé rápidamente junto al puesto. Por el rabillo del ojo, vislumbré su decepción. Ya se lo explicaría todo la próxima vez, siempre y cuando no tuviera ganas de vomitar.

Normalmente, una vez que empezaba a trabajar, lograba llenarme de energía, concentrarme en mis tareas y olvidarme por completo de que me encontraba mal. Pero aquel día me resultaba imposible.

Cuanto más tiempo permanecía de pie, más mareada me sentía. El olor de los medicamentos era aún peor que el de la comida. Tuve arcadas dos veces, pero no salió nada.

—Deberías ir al médico —sugirió Dante justo antes de comer.

Había estado a punto de desmayarme en la piscina. Habíamos liberado a Steve la semana anterior, pero teníamos una nueva y adorable incorporación: otro delfín. Era más joven que Steve y no le gustaba tanto nuestra piscina. Le puse Bobby de nombre.

—Lo haré.

Aproveché la hora de comer para ir a la farmacia. Había un médico de cabecera en Oceanwell, pero ese día no atendía. Esperaba que en la farmacia tuvieran algo que pudiera ayudarme. Sabía que tenía que comer, y probablemente eso explicaba el hecho de que estuviera mareada, pero las náuseas persistían.

La farmacia estaba a dos calles de la clínica, así que podía comer después de ir allí y aún dispondría de tiempo de sobra para volver al trabajo. El local estaba en la planta baja de un

edificio antiguo. Anteriormente, había sido una botica, y habían conservado muchos de los muebles originales. Entrar allí era como retroceder en el tiempo.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarla? —preguntó amablemente una mujer desde detrás del mostrador. Parecía unos años mayor que yo.

—Hola, últimamente me encuentro un poco mal. Empezó la semana pasada. Es como si estuviera a punto de coger una gripe o un virus estomacal, pero nunca paso de esos síntomas. Simplemente me siento mal todo el tiempo.

—¿Cuáles son tus síntomas?

—Me siento mareada muy a menudo —contesté, acercándome al mostrador—. Y de vez en cuando también tengo náuseas. Además, se intensifican cuando estoy cerca de olores fuertes. No estoy segura de si hay algo que pueda aliviar estos síntomas.

—Parece como si tuvieras un virus estomacal. Puedo darte algo para eso. —Se dio la vuelta y miró el estante de medicamentos que tenía detrás. Luego volvió a girarse y me miró—. Por supuesto, también existe la posibilidad de que estés embarazada.

La miré fijamente.

—No, eso no es una posibilidad.

—Si estás segura, entonces podemos descartar eso.

Mi corazón retumbó con fuerza en el pecho. *Estaba* segura, ¿verdad? No había tenido relaciones sexuales sin protección. Travis y yo siempre utilizamos preservativo.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste la regla? —preguntó, prácticamente expresando mis pensamientos.

Cogí el teléfono del bolso con dedos temblorosos y abrí el calendario. Siempre marcaba el primer día de cada periodo como “día rosa”.

—Hace seis semanas. —Mi voz sonó ahogada, como si ni siquiera fuera la mía.

—Tengo algunas cosas para ti —comentó la farmacéutica. Puso dos juegos de pastillas sobre el mostrador y me explicó lo que hacía cada una. Yo solo escuchaba a medias, tenía el pulso tan acelerado que estaba segura de que me iba a desmayar.

—¿Quieres que además te ponga un test de embarazo en la bolsa, por si acaso? —consultó.

La miré aturdida durante unos segundos antes de asentir. Sabía que no podía ser. Quería tener hijos, pero solo después de encontrar a mi alma gemela, casarme y, preferiblemente, tener una casa. No, imposible. Pero el pánico que comenzaba a apoderarse de mi cuerpo me decía otra cosa. Siempre existía la posibilidad de que fallaran los métodos anticonceptivos.

Dios mío. Sentí que el corazón se me iba a salir del pecho.

Salí de la farmacia en cuanto pagué. Una vez fuera, el aire salado me tranquilizó. Me apoyé contra la pared del edificio y cerré los ojos. Las asas de papel de la bolsa se me clavaban en la palma de la mano.

Respiré hondo, inhalando despacio y exhalando aún más lentamente. Ese tipo de respiración ayudaba a calmar mi sistema nervioso. A menudo recurría a ella cuando trataba de tranquilizar a mis animales. Los abrazaba y realizaba la técnica durante unos minutos. El animal, al notar el cambio en mí, también se calmaba.

Al abrir los ojos, me sentí aliviada de ya no estar mareada. Entonces, tuve el valor suficiente como para dirigirme directamente al puesto de Alan.

—¡Bonnie, me alegro de verte! —saludó—. Parecías algo preocupada esta mañana.

—No me encontraba bien. Tenía náuseas y el olor de la comida lo empeoraba todo. Pero ahora estoy genial. ¿Tienes algo que valga de almuerzo?

Me guiñó un ojo.

—Hoy he estado experimentando con unas miniquiches. Me han pedido que prepare algo para el almuerzo, y tengo una quiche estupenda. Hay con queso o con espinacas.

—Dame una de espinacas, por favor.

La sirvió en un plato de papel y la colocó con cuidado sobre el mostrador. Me di cuenta de lo hambrienta que estaba en cuanto le di el primer bocado.

—¿Y? ¿Qué tal? —preguntó Al.

—Está muy buena. —Estaba deliciosa, y lo mejor era que no me sentaba mal. De hecho, me sentí mucho mejor cuando la terminé.

Alan me sonrió con orgullo.

Llegué a la conclusión de que solo había sido eso: no había comido en todo el día. Normal que no me encontrara bien.

Deja de mentirte a ti misma, me susurró una vocecita en el fondo de mi mente cuando entré en la clínica.

Pero insistí en hacer exactamente eso: mentirme a mí misma hasta que terminó mi jornada laboral. No me atreví a hacerme la prueba de embarazo mientras estaba en el trabajo. No estaba segura de tener el valor para hacerlo.

—¿Te encuentras bien? Estás un poco pálida —inquirió Dante cuando cerramos la clínica por la noche.

—Vaya, es que realmente no lo sé. Ha sido una semana rara —admití.

—Pareces un poco ausente. Pero al menos ha llegado el fin de semana, así que podrás descansar.

—Sí, es verdad —respondí. No estaba entusiasmada con que llegara el fin de semana. Tendría demasiado tiempo a solas con mis pensamientos.

Sabía que la reacción natural sería postergar la prueba de embarazo, pero no iba a dejar que eso ocurriera: iba a hacerlo esa misma noche para quitarme el asunto de encima de una vez. Sin embargo, no podía hacerlo sola. Simplemente, no podía.

Mi primer instinto fue llamar a mi madre y preguntarle si había sentido que estaba embarazada de mí antes de que lo indicara algún *test*, pero sabía que esa no era una buena opción. De hecho, dudaba que se acordara siquiera. En lugar de eso, envié un mensaje a mi mejor amiga, Ashley. Me sentía orgullosa de haberla convencido finalmente de que se quedara con cualquier beneficio que obtuviera alquilando mi apartamento a través de Airbnb mientras yo estaba fuera. Recibir a los huéspedes y organizar la limpieza después de que se fueran suponía mucho trabajo.

Bonnie: ¿Qué te parece si hablamos y nos ponemos al día?

Respondió enseguida.

Ashley: **Pensé que nunca lo preguntarías**.

Bonnie: Vale, te llamo en diez minutos.

No quería llamarla en medio de la acera, y aún necesitaba un momento para armarme de valor y contarle lo que estaba pasando. Caminé hacia casa con la mochila al hombro, apretando la bolsa de papel con los medicamentos y el test contra mi pecho. De repente, pensé en Travis. A pesar de tener mi número, no me había enviado ningún mensaje desde que se había marchado.

Parecía muy sincero cuando dijo que quería seguir en contacto conmigo, pero no era la primera vez que un hombre me decepcionaba. Intenté no pensar mucho en ello, pero para ser justos, solo habíamos tenido una aventura de una semana. No había nada que reclamar.

Cuando entré en mi casa, puse la bolsa de la farmacia sobre la mesa de la cocina y llamé a Ashley.

—¡Hola! ¿Abro la botella de chardonnay? —preguntó.

Me reí entre dientes, ya que habíamos hecho eso un par de veces: ponernos al día de la semana del otro mientras bebíamos el mismo vino.

Me mordí el labio, decidida a contárselo de una vez.

—Necesito tu apoyo moral.

—Mierda. ¿Para qué? —Se alertó al instante.

—Tengo que hacerme una prueba de embarazo.

Ashley no respondió durante unos segundos.

—¿Travis? —Habíamos hablado brevemente de mi aventura, pero esperaba que no le hubiera resultado tan memorable.

—Sí. Últimamente me he sentido un poco mal. Estoy segura de que es solo un virus estomacal, pero ya que lo he comprado, prefiero hacérmelo.

—Vale. Acabemos de una vez —dijo Ashley.

—Iré al baño. Colgaré y te volveré a llamar cuando esté esperando el resultado.

—No hace falta que hagas eso.

—No voy a mear en un palo mientras estés al teléfono.

—Sabes que a mí no me da asco, lo cual es algo positivo si me toca hacer de niñera.

Todo mi cuerpo se tensó. *Niñera. Dios mío, esto se está volviendo demasiado real.*

—No utilicemos esa palabra hasta después de hacer el examen. Te llamaré en unos minutos. —Me tembló la voz al colgar.

Entré en el cuarto de baño y abrí el paquete. Me llevó bastante tiempo porque mis manos no paraban de temblar.

Contrólate, Bonnie.

Finalmente conseguí sacar el test y leer las instrucciones. Todo era muy sencillo. Las seguí paso a paso, de forma mecánica. Cuando terminé, no me quedó más remedio que esperar a que transcurriera el tiempo asignado. Empecé a deambular por el cuarto de baño, incapaz de quedarme quieta.

Había imaginado aquel momento un millón de veces: siempre había pensado que quería tener tres hijos. Los amaría con todo mi ser y les daría todo el cariño del mundo. Pero lo ideal sería llevar ya un par de años casada con un hombre al que amara y que me conociera a la perfección. No con alguien a quien apenas conocí y que resultó no ser nada de lo que yo había creído que sería.

Me quedé completamente inmóvil cuando aparecieron las dos líneas que indicaban que era positivo. *¡Dios mío!*

Mi teléfono sonó al segundo siguiente. Siempre había sabido que Ashley tenía un sexto sentido. Contesté de inmediato, me llevé el teléfono a la oreja y dejé caer la prueba en el lavabo.

—Tía, no puedes hacerme esto. ¿Qué dice? —preguntó Ashley.

—Es positivo. —Me aferré al borde del lavabo, mirándome en el espejo.

—¡Dios mío! —gritó Ashley—. ¡No me lo puedo creer!

—Lo sé, yo tampoco —susurré.

—¿Sabes qué? Deberías ir a un ginecólogo. A veces, las pruebas fallan.

—Buscaré uno.

—Espera un momento. —Oí el sonido de sus dedos escribiendo en un teclado, y entonces dijo:

—Mira, he encontrado una ginecóloga. Está bastante cerca de ti. De hecho, está en tu pueblo. ¿Quieres que te pida una cita?

—No creo que atiendan a estas horas. Probablemente ya estén cerrados.

—Déjame comprobar si puedo pedir cita por Internet —dijo—. Nada. Qué ilusa, ¿cómo se me pudo ocurrir que podría conseguir una cita online en este pueblo alejado de la mano de Dios?

—Llamaré el lunes por la mañana —afirmé.

—Cariño, ¿quieres que viaje hasta allí? No quiero que estés sola.

—Te lo agradezco, pero de ninguna manera. Ya tienes bastante con lo tuyo. Te mantendré al tanto de todo —informé—. Hablaré contigo en cuanto salga de la consulta. —A continuación, salí del cuarto de baño, sintiéndome demasiado nerviosa como para permanecer más tiempo junto a la muestra positiva.

—¿Sabes? Los resultados pueden estar mal —comentó.

Sin embargo, al sentarme en el sofá, supe en lo más profundo de mi ser que no era así. Me puse una mano en el estómago y simplemente lo sentí.

—¿Se lo vas a decir a Travis? —preguntó en voz baja.

—Si acaba confirmándose, sí —respondí—. Pero antes quiero corroborarlo.

***

El lunes, al entrar en la consulta de la doctora Johanna Steele, sentí que estaba a punto de vomitar. Me alegré de que pudiera atenderme rápido, ya que era la única ginecóloga de la zona.

—Buenos días —saludó. Parecía tener unos treinta años.

—Hola.

—¿Qué te trae hoy por aquí? ¿Una urgencia? —preguntó.

Había llamado a las ocho de la mañana, cuando empezaba su horario de atención al público. Me aclaré la garganta y me senté en la silla frente a ella, y la doctora me ofreció una mirada amable. Llevaba el pelo rubio recogido en una apretada coleta.

—Es posible que esté embarazada. Me hice un test y me gustaría poder confirmarlo.

Ella asintió.

—¿Por casualidad sabes aproximadamente cuándo fue el momento de la concepción?

—Entre cuatro y cinco semanas atrás.

Tomó notas, arrugando ligeramente la nariz.

—¿Te has hecho algún análisis de sangre?

—No. Hice la prueba el viernes y hoy te he llamado.

—Muy bien. A veces, a las cuatro o cinco semanas, no se ve nada en la ecografía. Los análisis de sangre te dirán con certeza si estás embarazada o no. Pero ya que estás aquí, echemos un vistazo. —Señaló la mesa de exploración.

—Vale, ¿me levanto la camiseta?

—Oh, no hace falta. Será una ecografía transvaginal. Es demasiado pronto para ver nada en tu vientre.

—Vale. —Me quité los pantalones, sintiéndome completamente temblorosa antes de tumbarme en la camilla. Nunca me habían gustado las visitas al ginecólogo, pero al menos ya me había acostumbrado a la doctora Taylor en Chicago. No podía imaginarme hacer aquello con una perfecta desconocida, pero allí estaba.

Aplicó lubricante en la varita antes de deslizarla suavemente en mi interior.

—Muy bien, ya estoy dentro. ¿Estás incómoda?

—No estoy muy cómoda —respondí—, pero no me duele nada.

—Lo siento, sé que esto no es agradable. Veamos qué tenemos aquí.

Fue entonces cuando me di cuenta de que la doctora estaba mirando la pantalla que tenía al

lado. Tenía los ojos clavados en ella y mi garganta estaba seca. No conseguía ver nada.

—¡Oh, ahí está! —afirmó, señalando una pequeña mancha que se parecía un poco a una lágrima—. Es la bolsa amniótica. Puedo confirmar que estás embarazada.

Mi visión se nubló. Parpadeé rápidamente, pero mientras ella retiraba el instrumento, todo se volvía negro.

—¿Estás bien? —preguntó la doctora.

—Creo que me voy a desmayar.

Sentí su mano en mi tobillo.

—Respira hondo.

Respiré hondo, como me había indicado, y recuperé lentamente la vista. Su expresión era empática.

—Supongo que esto ha sido inesperado.

—Sí. ¿Has detectado algún latido?

Negó con la cabeza.

—Es demasiado pronto para eso. En este momento no podemos ver al bebé, solo la bolsa amniótica, pero estoy segura de que está ahí. Por supuesto, podemos hacerte un análisis de sangre para confirmarlo —dijo mientras se quitaba los guantes blancos de látex y los tiraba a la papelera que había junto a la silla.

—Pero utilizamos preservativos —comenté mientras me hacía un gesto para que me levantara de la mesa—. Y no tuvimos ningún accidente.

Sonrió de manera comprensiva.

—Voy a recetarte unas vitaminas prenatales. ¿Quieres que supervise tu embarazo o prefieres que lo haga otro médico?

Me puse los pantalones rápidamente.

—Tengo una médica en Chicago. Mi empleo aquí solo durará tres meses más, y luego volveré allí.

—Puedes simplemente remitir las notas que te daré hoy a tu médica, y ella podrá ocuparse de todo a partir de ahí.

—Estupendo. —Me encontraba demasiado aturdida como para añadir nada más.

Estaba embarazada. Iba a tener un bebé. Una cosita diminuta que era mía para amarla. A pesar de estar completamente aterrorizada, también me sentía feliz. Escuché cómo la doctora Steele me decía con qué debía tener cuidado, a qué debía renunciar. Y al final me aseguró que anotaría todas las conclusiones de la exploración para que pudiera transmitírselas a mi médica de Chicago.

Luego de despedirnos, salí y deambulé sin rumbo por las calles, sin ganas de ir a trabajar. Tenía que contárselo a Travis, no podía posponerlo más. También me haría análisis de sangre, pues me lo había aconsejado la médica, pero no tenía ningún sentido esperar.

Saqué el teléfono, marqué su número antes de perder el valor y me llevé el teléfono a la oreja. Me pregunté si recordaría quién era yo. Intenté imaginar su reacción.

A mi mente se le ocurrieron varias hipótesis, pero ninguna contemplaba el hecho de que Travis hubiera cambiado de número. En lugar de oír su voz, una respuesta genérica me informó de que el número no existía.

Capítulo Diez

Bonnie

Las dos semanas siguientes fueron de las más intensas de mi vida. Decidí adelantar mi traslado para volver antes a Chicago: al fin y al cabo, era mi hogar. Por suerte, me encontraron rápidamente un sustituto en Oceanwell Bay, y transferí a todos los animales que estaba atendiendo sin ningún problema. Ese mismo día cogí un vuelo a Chicago, y el día siguiente volvería a la clínica, de vuelta con mis pacientes peludos.

—¿Te resulta extraño estar de vuelta? —preguntó Ashley cuando entramos en mi apartamento. Había insistido en recogerme en el aeropuerto.

—Sinceramente, no. Estoy contenta de haber vuelto.

—Yo también. —Ashley sonrió cálidamente y me abrazó el brazo derecho—. Te he echado de menos. Y me alegro de poder ver la semillita que crece en tu vientre.

Eso me hizo reír. Yo solía decir "el bebé", pero eso a ella le parecía demasiado soso. Se había autoproclamado madrina de la semilla antes incluso de que yo se lo pidiera, cosa que haría de todos modos porque era mi mejor amiga y la quería muchísimo. Llevaba el pelo rojo fuego recogido en una coleta, dejando al descubierto sus pecas. Ella las odiaba, pero a mí me parecían adorables.

—Ahora tengo que irme corriendo porque prometí a mis compañeros de trabajo que volvería después de recogerte, pero si me esperas, desharemos la maleta juntas, ¿vale? —Trabajaba como publicista *online* en una prestigiosa agencia de marketing.

—No seas tonta, lo haré yo misma. Venga, vete. Y no te preocupes por mí.

—Vale.

Cuando se marchó, eché un vistazo a mi alrededor con una sonrisa. Me encantaba mi apartamento de Chicago. Había vivido allí tres años antes de trasladarme temporalmente a Oceanwell Bay.

De pie en su interior, pude notar que otra persona había vivido en él. Lo habían limpiado a fondo, pero algunos objetos estaban mal colocados. El mando de la tele estaba en la consola, cuando yo siempre lo dejaba en la mesita de centro. En la cocina, habían dejado la selección de té sobre la encimera; yo solía guardarla en un armario.

Estaba feliz de haber vuelto. Personalmente, pensaba que era uno de los mejores apartamentos que había visto en mi vida, razón por la cual había optado por subarrendarlo en lugar de dejarlo. Me encantaba que tuviera el salón en un nivel y el dormitorio con el baño en otro. Parecía más espacioso que si todo estuviera a la misma altura.

Los muebles eran una combinación de todos los sitios donde había vivido antes. El sofá era el que me había comprado luego de graduarme en la universidad, y la mesa del comedor era la que había adquirido en el primer piso que compartí con tres amigas. Nada hacía juego, pero me parecía acogedor. Lo único nuevo era la enorme alfombra blanca y mullida del salón. Al darme cuenta de que suponía un peligro de asfixia y no era exactamente a prueba de bebés, me entraron escalofríos. Pero el resto de la casa tampoco lo era. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza tener un bebé cuando la elegí. Aun así, de alguna manera me las apañaría.

Estaba agotada, así que, en lugar de deshacer las maletas y lavarlo todo como solía hacer al volver de un viaje, me tumbé en el sofá a descansar. Necesitaba unos minutos para recuperarme; el embarazo me estaba machacando más de lo que esperaba. No esperaba estar tan cansada todo

el tiempo, sobre todo porque apenas estaba en el primer trimestre. Por lo menos no tenía náuseas matutinas.

Mordiéndome el labio, agarré el móvil e hice algo que no había hecho en días: volví a buscar a Travis. Evitaba hacerlo porque cada vez que no conseguía encontrar ninguna información sobre él, se me partía el corazón un poco más. Supuse que, ahora que estaba de vuelta en Chicago, tal vez las cosas serían más fáciles, aunque no veía cómo: era una ciudad enorme, no podía simplemente empezar a buscarlo en persona. Por supuesto, era un Maxwell, y aunque debería ser capaz de encontrar una manera de ponerme en contacto con él, quería ser cauta con la forma en que lo hacía. Él tenía que saber lo que había ocurrido, pero no quería que se sintiera responsable de ninguna manera. Realmente no pretendía exigirle nada.

Como fuera, estaba decidida a encontrarle. Él debía saberlo.

Cuando empecé la búsqueda y aparecieron los artículos habituales, estuve a punto de lanzar el teléfono. Pero en lugar de eso, me obligué a desplazarme hasta el final de la primera página de resultados, e incluso de la segunda.

Entonces, mi corazón dio un vuelco. *Espera un momento. No había visto este enlace antes.* El título era: "Travis Maxwell se dispone a abrir un hotel. Puedes obtener más información aquí".

Hice clic en el enlace, invadida por la emoción. No había ninguna información, solo ponía: "Próximamente – Hotel Maxwell". Me desplacé arriba y abajo por la página y encontré un botón de Contacto en la parte inferior.

Dios mío, hay un correo electrónico de contacto.

Todo mi cuerpo se estremeció por el alivio. Por fin, después de semanas sin rastro de él, tenía algo. Era una dirección de correo electrónico muy general, info@maxwellhotels.com, pero eso era mejor que nada.

Al instante siguiente, empecé a redactar un correo electrónico, pero me detuve después de teclear: **"Hola, Travis"**. Lo borré de inmediato. Lógicamente, sabía que ese correo electrónico tenía que ser controlado por sus empleados. Él no revisaría una dirección de correo electrónico general. Me temblaban los dedos. ¿Qué debía escribir?

Mordiéndome el interior de la mejilla, volví a empezar.

A quien corresponda,

Necesito ponerme en contacto con Travis Maxwell. Le conozco personalmente, mi nombre es Bonnie Wilson. Por favor, dígale que me llame.

Entonces añadí mi número y pulsé "Enviar" rápidamente antes de cambiar de opinión.

Después de enviar el correo electrónico, estaba más nerviosa de lo que hubiera creído posible. No paraba de mirar el teléfono a cada rato. ¿Qué esperaba? ¿Que alguien respondiera enseguida? A decir verdad, una parte de mí esperaba exactamente eso. Muy en el fondo, albergaba la esperanza de que Travis se estaba muriendo de ganas de saber de mí y se alegraría de volver a verme.

De repente, me sentí llena de energía, así que por fin desempaqué todo y empecé a lavar la ropa. Luego me preparé una cena sana a base de brócoli al vapor y pescado que tenía en el congelador. Ashley había pasado a ver el apartamento antes de que yo llegara, y le pedí que me llenara el congelador de comida saludable. Hice una nota mental para empezar a investigar recetas sanas y sabrosas.

Volví a comprobar mis correos electrónicos antes de acostarme. Aún no tenía ninguna respuesta, pero era optimista de todos modos. El escenario era mucho mejor que el de la semana anterior, cuando pensé que nunca podría volver a contactar con él.

A la mañana siguiente, sin embargo, ya no me sentía tan optimista durante el trayecto a la clínica. Mi correo electrónico seguía sin respuesta. Lógicamente, sabía que apenas eran las ocho de la mañana. No podía esperar que nadie comprobara los correos tan rápido, ni que pensara que yo era una prioridad. Tal vez debería haber dado más detalles, pero no podía incluir el tema del embarazo en el mensaje, ni mencionar nuestra aventura en Oceanwell Bay. A duras penas conseguía contener el impulso de enviar un segundo correo electrónico. No creía que sirviera de nada.

Cuando llegué a la clínica, sonreí y di un pequeño suspiro, pues para mí era como mi segundo hogar. Entré y me quité la gruesa chaqueta de invierno.

Angie asomó la cabeza por la puerta.

—¡Bonnie, bienvenida! No tenías que venir tan temprano.

—Sí, ya lo sé. Solo quería quitarme todo el papeleo de encima antes de empezar mi primer día.

—¿Cómo te encuentras? —Era la única que sabía lo del embarazo.

—La verdad, me siento bien, lista para trabajar. Solo estoy un poco triste por haber dejado a todos mis pacientes en Oceanwell Bay. Los echo de menos.

Angie agitó la mano en señal de despreocupación. Era veinte años mayor que yo y había sido una gran mentora para mí.

—Siempre está la posibilidad de volver a esa rutina cuando llegue tu bebé.

—Es cierto —respondí, aunque me parecía poco probable. Al menos, no podía imaginarme viajando como lo había hecho antes y desarraigando a mi bebé. Él o ella necesitaría estabilidad y un entorno sólido. De por sí, ya era suficientemente negativo no tener una relación estable; pero bueno, no tenía manera de evitar eso. No obstante, estaba decidida a darle a mi bebé todo lo que estuviera a mi alcance.

A continuación, Angie me condujo a su pequeño despacho, donde me entregó una bata blanca, y yo procedí rápidamente a recogerme el pelo en una coleta. Aquella mañana no me había molestado en maquillarme ni en peinarme, precisamente porque tenía pensado hacer eso. Así que lo único que tuve que hacer fue desenredármelo.

—Vale, sé que ya lo tienes todo claro, pero por si acaso, voy a darte una vuelta por aquí y a señalarte algunas cosas que cambiaron después de que te fueras.

—Claro —respondí.

Justo antes de salir de su despacho, cogí mi teléfono y volví a actualizar mis correos electrónicos. No había respuesta alguna.

Me rehusé a perder la esperanza tan pronto. Probablemente pasarían unos días antes de que obtuviera una respuesta.

Sin embargo, una semana más tarde, seguía sin tenerla, y entonces supe que no me quedaba más remedio que resignarme a pasar por todo aquello sola.

Capítulo Once

Travis

—Sam, no puedo creer que no te vayas a quedar más días.

Mi hermano estuvo de visita una semana. Últimamente, nos visitaba bastante seguido desde Honduras, donde trabajaba, pero solo por un par de días cada vez. Estaba saliendo con una chica de Chicago, pero aún no nos la había presentado.

—Tío, siempre tenemos la misma conversación. ¿Por qué no nos dedicamos solamente a disfrutar de que esté aquí?

Como de costumbre, se había pasado por la oficina. Si bien era temprano por la tarde, había conseguido corromperme para que subiera a tomar una copa.

—Solo he hablado con mamá y papá. El resto aún no lo sabe. Espera, oigo la voz de Luke. —Se levantó y fue hacia la puerta, abriéndola de par en par.

En ese momento, yo tenía el portátil abierto sobre el escritorio. Había abierto la dirección de correo electrónico que había configurado para el hotel. Era un buzón para consultas generales, y tanto Marjorie como yo teníamos acceso, pero ninguno de los dos lo revisábamos muy a menudo.

Luke entró con su prometida, Megan, y él y Sam empezaron a darse la tabarra al instante. Me había perdido cuál era el motivo, pero en honor a la verdad, en la familia Maxwell no siempre necesitábamos tener uno para hacerlo. Después de escucharlos durante unos instantes, finalmente lo entendí: Sam le estaba echando la bronca a Luke por no haber aceptado tomar unas copas con nosotros.

Descubrí que tenía veinticinco correos electrónicos sin leer.

—Bueno, al menos he corrompido a Travis. ¿Listo para irnos? —preguntó Sam.

—Sí, solo un momento. Déjame responder a este correo. Joder, ha desaparecido.

Era de Tim. *¿Pero qué demonios? ¿Lo he borrado sin querer?*

—Puedes encontrar los correos eliminados en la papelera —indicó Megan.

Me alegré de que mi hermano se hubiera dejado de tonterías y la hubiera conquistado. Encajaba muy bien en el clan Maxwell.

—Lo sé. —Yo era un tipo de tecnología, por el amor de Dios—. Joder, aquí hay un montón de correos electrónicos borrados. Y...

Me quedé paralizado.

Habíamos recibido un correo electrónico de Bonnie seis días antes. El asunto ponía: “Información importante para Travis Maxwell”. Lo abrí de inmediato.

A quien corresponda...

Lo leí rápidamente.

Joder, ¿por qué lo borró Marjorie?

—¿Malas noticias? —preguntó Sam.

—¿Qué ha pasado? —añadió Megan.

—Esperad un momento. Dejadme hacer una llamada —respondí.

Había incluido su número de teléfono, así que me puse en pie y la llamé de inmediato. No me podía creer la suerte que había tenido. ¡Sí, las probabilidades estaban a mi favor! Esa vez iba a guardar su número en tres sitios distintos. No iba a arriesgarme a perderlo otra vez.

—No contesta —comenté, terminando la llamada.

—¿Quién? —preguntó Luke.

—Bonnie.

Megan frunció el ceño.

Sam levantó las cejas.

—¿Bonnie la chica de tu viaje?

Asentí.

—Me envió un correo electrónico a la dirección de la empresa, diciendo que debía llamarla.

Sam vaciló antes de preguntar:

—¿Una mujer con la que estuviste hace un mes te escribe para que la llames?

—A lo mejor está en la ciudad y te ha llamado para ligar. —El tono de la voz de Luke era burlón.

—O está embarazada. —Las palabras de Sam me golpearon como un puñetazo.

—Imposible. Usamos protección. ¿Acaso quieres que me dé un infarto? Sé que no es eso.

Sam me dedicó su sonrisa de médico.

—No quieras saber cuántas veces he oído decir "Usamos protección" a pacientes mías embarazadas.

¿Qué demonios, Sam?

—Tío, ya te estás pareciendo a Declan, deja de asustar al hombre.

Siguieron discutiendo, pero yo ya no escuchaba. ¿Y si Sam tenía razón? Aunque la verdad era que a mí ni siquiera se me pasaba por la cabeza algo así...

Al final, Sam consiguió convencer a Luke para que subiera a tomar una copa con nosotros. Normalmente, me encantaba pasar tiempo con mis hermanos, pero en ese momento solo podía pensar en Bonnie. ¿Por qué no había contestado al teléfono? Marqué su número un par de veces más desde el bar, y luego otra vez de camino a casa.

Cuando entré en mi ático, me percaté de que ella no tenía mi nuevo número. Tal vez pensó que era *spam*. Lamentablemente era algo muy habitual en los últimos tiempos, era una maldita locura. Fue entonces que decidí enviarle un mensaje de texto.

Travis: Hola Bonnie, soy Travis. Acabo de ver tu correo electrónico. Llámame cuando veas esto. No me puedo creer que por fin tenga una forma de volver a ponerme en contacto contigo.

Me llamó al segundo siguiente. Contesté enseguida.

—Bonnie.

—Hola, ¿qué tal?

—Menos mal que me has encontrado —respondí.

—¿Qué? Pero si intenté varias veces ponerme en contacto contigo en tu otro teléfono.

—Un imbécil filtró mi número y empecé a recibir muchas llamadas no deseadas, así que en cuanto aterricé en Chicago lo cambié.

—Ya veo. Puedes decir que no querías hablar conmigo y ya.

Fruncí el ceño. Sonaba sarcástica.

—Pero si acabo de decirte que quiero hablar contigo, que me alegro de que te hayas puesto en contacto conmigo...

Se aclaró la garganta, pero no dijo nada.

—¿Dónde estás? —pregunté.

—En Chicago. Volví la semana pasada.

—Genial. —Se suponía que su estancia en Oceanwell Bay finalizaría en dos meses. ¿Por qué había vuelto antes?

A continuación, hubo una pausa incómoda. Tuve la clara sensación de que se me estaba escapando algo.

—¿Cómo estás? —pregunté.

—Dios mío, Travis, no sé ni por dónde empezar.

—Podemos continuar donde lo dejamos.

Se aclaró la garganta.

—Mira, siento soltártelo así, pero estoy embarazada.

Mis hombros se pusieron rígidos. Cada músculo de mi cuerpo se tensó. Siempre había dicho que estaba preparado para lo inesperado. Pero ni de lejos estaba preparado para eso, pese a que Sam lo hubiera mencionado.

—¿Embarazada?

—Sí. Que sepas que no espero nada de ti. Pero corresponde que lo sepas, y obviamente que el bebé sepa quién es su padre. —Habló rápido, como si no quisiera darme la oportunidad de interrumpirla—. Simplemente pensé que debías saberlo.

Empecé a deambular por el salón, tratando de recomponerme. No sonaba como mi Bonnie. Sonaba fría.

—Bonnie, soy yo. ¿Cómo que no esperas nada de mí?

—Solo pasamos un par de días juntos, Travis, no te conozco lo suficiente, y he pasado las últimas semanas corriendo de aquí para allá para organizarme. Estoy preparada para criar a mi bebé yo sola. Solamente quería que lo supieras, pues creo que es lo correcto. No me estoy poniendo en contacto contigo para pedirte dinero ni nada por el estilo.

Parecía agotada, y entonces caí en la cuenta de que lo había estado haciendo todo sola, probablemente pensando que yo era el mayor gilipollas del mundo. *Había* sido un gilipollas: si bien era cierto que había perdido su número, podría haberme esforzado más por localizarla. Pero me había centrado exclusivamente en el hotel, y había dejado todo lo demás en un segundo plano. Tenía que hacer algo al respecto.

—Bonnie —dije—, quedemos y hablemos de esto.

No contestó de inmediato. Me devané los sesos buscando una manera de amenizar la situación, pero no era el momento de bromear.

—Vale, quedemos mañana por la noche para cenar. ¿Conoces el Revival Food Hall? —preguntó.

—Sí.

—Está cerca de la consulta. Podemos encontrarnos allí a las siete.

—A las siete será. Bonnie, no veo la hora de que nos pongamos al día. Quiero saberlo todo: cómo te sientes, cómo puedo ayudarte, cómo seguimos. Estoy aquí para lo que necesites.

—Realmente no necesito nada.

Sabía que no debía insistir en ese momento. Tenía tiempo de sobra para exponer mi punto de vista en la cena del día siguiente.

Una cosa que Bonnie tenía que entender era que yo quería seguir saliendo con ella y que, por supuesto, quería tener a ese bebé.

Capítulo Doce

Bonnie

Al día siguiente por la tarde, salí de la clínica hecha un manojo de nervios. Cogí el metro hasta la estación de Monroe-Blue y luego caminé hacia Clark Street, ajustándome bien el abrigo.

Cada vez estaba más nerviosa. Era la primera vez que iba a ver a Travis después de más de un mes. Cuando nos despedimos aquel día, estaba llena de ilusión por el futuro, pero las cosas habían cambiado tanto... Seguíamos siendo las mismas personas, solo que ahora teníamos un bebé en camino.

Y lo peor de todo era que me sentía completamente hecha un desastre. No sabía si era culpa del cambio hormonal, pero en un momento estaba enfadada porque Travis no se había esforzado más por encontrarme, y al siguiente me derretía por él, recordando nuestro tiempo juntos.

Al llegar al patio de comidas, empecé a mirar a mi alrededor. Mi corazón dio un vuelco cuando lo vi junto a la puerta. ¡Dios mío, estaba impresionante! No simplemente sexy, es que tenía un atractivo que te dejaba sin palabras. Llevaba un grueso abrigo negro abotonado hasta la barbilla, combinado con una elegante bufanda a cuadros. Solo lo había visto con abrigos ligeros antes. No creía que pudiera irradiar aún más *sex appeal* con ropa más gruesa, pero así parecía ser.

Caminé hacia él con pasos rápidos. El frío me calaba hasta los huesos. Llevaba menos de un año fuera de Chicago, pero ya se me había olvidado lo fríos que eran los inviernos.

Debió de sentir que lo estaba mirando, porque se volvió, y nuestras miradas se encontraron. Mi temperatura corporal subió al instante. De repente, sentí calor, solo mis pies seguían fríos.

—Bonnie —dijo a modo de saludo. Había olvidado lo sensual que era también su voz. Se inclinó hacia delante, probablemente para besarme la mejilla. Me sobresalté y retrocedí un paso. Él se enderezó de manera abrupta y clavó sus ojos en mí.

Carraspeando, dije:

—Hola. Gracias por reunirte conmigo aquí.

Mi voz sonó demasiado formal, casi robótica. De nuevo estaba hecha un desastre. Definitivamente, eran las hormonas. Me sentía como si tuviera dos personalidades.

No estaba segura de cómo manejar la situación. Me daba cuenta de que era prácticamente un desconocido y, sin embargo, íbamos a tener un hijo juntos. No podía hacerme a la idea. Me había pasado las últimas semanas molesta y desesperada por encontrarlo, no me había parado a pensar en lo que pasaría cuando lo encontrara.

—Vamos dentro. Hace frío —sugirió.

—Sí —asentí, aunque ya no tenía tanto frío como antes.

El patio de comidas estaba abarrotado y los deliciosos aromas del aire me hacían rugir el estómago.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Me gusta el *shawarma* que tienen aquí. —Señalé el extremo izquierdo del patio de comidas.

Me mordí el labio inferior de los nervios, y estaba segura de que él ya lo había notado.

Travis hizo un gesto con la cabeza hacia el local, y caminamos lentamente lado a lado. Eché un vistazo a mi alrededor para encontrar una mesa, y por suerte había unas cuantas libres. Pedí un *shawarma* de pollo y Travis uno de ternera. Nos lo sirvieron enseguida y lo acompañamos

con dos refrescos.

—Deja que lleve la bandeja —ofreció—. Tú ve a la mesa.

—Vale. —Eché otro vistazo al lugar y elegí una mesa en el extremo izquierdo. Quería que estuviéramos un poco más alejados del ajetreo de los mostradores y los demás comensales para que pudiéramos hablar tranquilos.

Mientras nos alejábamos de la zona más ruidosa, fui aún más consciente de la incómoda tensión que había entre nosotros. Travis se quitó el abrigo y lo dejó en el respaldo de la silla. Llevaba puesto un jersey Henley. Por un momento, me olvidé de la incomodidad y simplemente me dediqué a contemplarle. Sus músculos no eran tan visibles como cuando estaba desnudo, pero, aun así, veía lo suficiente como para hacerme perder la compostura.

—¿Quieres que te ayude a quitarte el abrigo? —preguntó.

—Sí, claro.

Eres increíble, Bonnie. Antes no quisiste que te tocara y ahora dejas que te quite el abrigo como si no pudieras hacerlo tú misma.

No conseguía controlar mis emociones; parecía que tenía dos personalidades.

Cuando me desabroché el abrigo, él ya estaba justo detrás de mí, quitándomelo suavemente de los hombros. Al hacerlo, sus dedos rozaron la parte superior de mis brazos y entonces sentí cómo un calor recorría mi piel. Me sorprendió la intensidad de aquella sensación.

Cuando lo puso en el respaldo de mi asiento, me senté rápidamente, esperando que no se hubiera dado cuenta de mi reacción. Me sorprendió la intensidad de aquella sensación.

—Todavía no se nota —expliqué—. Probablemente pasarán otros dos o tres meses antes de que se vea.

—Entiendo —respondió mientras ambos desenvolvíamos nuestros *shawarmas*—. ¿Cómo te encuentras?

—Un poco cansada. Duermo mucho, pero sinceramente, he tenido que hacer muchas cosas durante estas últimas semanas, ocupándome de organizar mi traslado aquí y luego dejando todo resuelto en Oceanwell Bay.

Travis dejó su *shawarma*.

—Bonnie, siento mucho no haber estado a tu lado en todo esto. Cuando recibí mi nuevo teléfono, mi asistente se encargó de configurarlo. Hacía tiempo que no hacía copias de seguridad de mi teléfono, así que los números más recientes no se transfirieron. Sé que podría haberte localizado de otras formas. Pensé en llamar a tu consulta en Oceanwell, pero luego me entretuve con el asunto del hotel y...

Levanté una mano, deteniéndolo, y negué con la cabeza.

—No pasa nada. Ya lo he entendido. No hace falta que me des todos los detalles.

—Pero quiero hacerlo. Quiero que entiendas esto perfectamente: si lo hubiera sabido, habría estado a tu lado desde el primer día.

—Gracias. Te lo agradezco. —Y lo decía en serio. Después de semanas pensando que tendría que encargarme de todo sola y temiendo que mi bebé nunca conociera a su padre, sus palabras fueron realmente tranquilizadoras—. Imagino que la noticia te habrá impactado —dije antes de dar un bocado a mi *shawarma*. En cuanto tragué, me di cuenta de que me estaba muriendo de hambre. Ese era otro cambio extraño. A veces, literalmente, no sentía hambre hasta que empezaba a comer.

—Ahora mismo no importa. Lo que importa eres *tú*. Has tenido que enfrentarte tú sola al *shock*.

—Sí, la tarde en la que me hice la prueba, deambulaba aturdida, no me lo podía creer. Ni

siquiera podía entender cómo había ocurrido, pero la ginecóloga de Oceanwell dijo que ningún método anticonceptivo es cien por cien eficaz, así que supongo que ese es nuestro caso.

—Me alegro de que me hayas localizado. Estaba deseando volver a verte, lo sabes, ¿verdad? Había planeado que volviéramos a vernos cuando volvieras. —Me dedicó aquella sonrisa que hacía que me derritiera por completo.

Oh, no. De repente tuve la sensación de que no estábamos en la misma sintonía.

—Travis —dije lentamente—, no podemos continuar donde lo dejamos.

Frunció el ceño.

—¿Por qué no?

—Porque vamos a tener un bebé.

—No te sigo.

Me humedecí los labios, reclinándome en la silla.

—En Oceanwell Bay, ambos estuvimos de acuerdo en que no buscábamos nada serio.

—Como has dicho, las cosas han cambiado.

—Sí, pero no me refería a eso. Creo que lo mejor sería simplemente compartir la custodia e intentar ser amigos. Me parece que es la forma más sana de manejarlo. ¿Qué piensas?

—Creo que deberíamos tomárnoslo con calma. No cerrarnos a un solo modelo... —contestó con tono de desaprobación.

No quise insistir en el asunto; además, ¿qué más había que decir? Nuestros días en Oceanwell Bay habían sido increíbles. Pero no estaban destinados a ser más que eso, y no quería engañarme pensando que las cosas serían diferentes porque tuviéramos un bebé. Iba a darle lo mejor de todo a la criaturita, lo que incluía una relación cordial y estable entre sus padres. Travis y yo podíamos ser amigos, de eso estaba segura, pero todo lo que fuera más allá de eso era arriesgado y potencialmente caótico. Yo había crecido en medio del caos, así que estaba decidida a darle algo mejor a mi bebé.

Me concentré en mi comida sin decir nada más. El silencio me inquietó; sentía sus ojos clavados en mí. ¿En qué estaría pensando?

Como de costumbre, empecé a balbucear para llenar el vacío.

—Tengo cita con la médica la semana que viene, por si quieres venir.

Sus ojos se iluminaron.

—Claro que iré. ¿De qué se trata?

—Hablé con ella por teléfono y me dijo que me haría una ecografía.

—¿Sabremos si es niño o niña?

Me reí.

—No, todavía no, pero tengo la extraña sensación de que va a ser un niño.

—Yo tengo exactamente la sensación opuesta. Creo que va a ser una niña —afirmó con la mayor seguridad del mundo.

—Cada uno de nosotros tiene un cincuenta por ciento de posibilidades de tener razón.

—¿Qué más necesitáis tú y el bebé? —preguntó mientras seguíamos comiendo.

—Por ahora, nada. Sinceramente, no he tenido tiempo de buscar cosas de bebé. Lo haré más adelante, aún queda mucho tiempo hasta que nazca.

—Puedo preguntarle a Tate.

—Es tu hermano, el padre de tu sobrina Paisley, ¿verdad? —pregunté.

—Exacto. Quizá tenga algunos consejos. Probablemente también mis padres y mi abuela. Me van a echar la bronca cuando se lo cuente, pero también tendrán buenos consejos. Así que, a fin de cuentas, creo que será positivo.

—¿Cómo crees que se lo tomarán? —Me di golpecitos nerviosos en los muslos con los dedos.

—Estarán todos encantados.

—¿En serio? ¿Que vayas a tener un hijo con una mujer a la que ni siquiera conoces bien?

Aquel día, después de salir de la consulta de la ginecóloga, había llamado a mi madre. Recordar su reacción aún hacía que se me encogiera el corazón.

Travis clavó sus ojos en mí. Dios mío, era como si pudiera ver dentro de mi alma.

—Te conozco, Bonnie. Sabes que te conozco. Pero para responder a tu pregunta, sí, estarán encantados de todos modos. Y te voy adelantando que van a querer conocerte y darte muchos consejos. Me gustaría decirte que puedo protegerte, pero ni siquiera yo puedo protegerme de ellos.

—No necesitas protegerme de ellos. —Aquello me tomó por sorpresa. Supuse que Travis mantendría su participación al mínimo o al menos no querría presumir de ello ante su familia tan pronto. Pensar que el bebé iba a tener una gran familia que lo rodeara ya me llenaba de alegría.

—¿Quieres comer algo más? —preguntó Travis una vez que ambos habíamos terminado la comida.

—No. Estoy tan llena que probablemente acabe rodando de vuelta a casa. Me va a llevar una eternidad.

—¿Por qué? No hay tanto tráfico a estas horas.

—Aún no he tenido tiempo de comprarme un coche. Vendí el que tenía antes de mudarme porque era más viejo que Cascorro y me estaba costando mucho dinero en reparaciones, así que voy a tomar el metro.

—Te llevaré yo a tu casa.

—Travis...

—Te llevaré yo.

Su tono era mandón.

—He aparcado justo detrás del edificio —añadió.

Al levantarnos, se colocó a mi lado y cogió mi abrigo de la silla. Lo deslizó hacia arriba, rozándome los brazos con las yemas de los dedos durante todo el recorrido. ¿Acaso lo hizo a propósito?

Me estremecí, lo que provocó que separara un poco los labios. Exhaló con fuerza y sentí cómo su aliento se posaba en la punta de mi oreja. Era imposible que no lo hubiera notado. Giré la cabeza lentamente, deseando mirarle. Su mirada era más intensa que nunca.

Estaba un poco temblorosa mientras me subía el cierre del abrigo y me resultaba imposible mirarle a los ojos. Pero le espié un poco mientras se ponía su propio abrigo. Definitivamente, rezumaba *sex appeal*. ¿Era por el cuello alto? ¿Por el color negro? No tenía ni idea.

Nos dirigimos directamente a la puerta y me abrió. La ráfaga de viento casi me congeló la cara. Tuve que luchar contra el impulso de echarme la bufanda por encima de la cabeza.

—Madre mía, qué frío hace —dije.

—¿Ves? Razón de más para que te lleve hasta la puerta de tu casa.

—No soy de cristal, Travis. Un poco de frío no me hará nada.

Murmuró algo que no pude entender, pero me pareció que sonaba como “Cabezota”. Encogió los hombros contra el viento.

—Mi coche está cerca.

Caminamos hacia allí con pasos rápidos. Crucé los brazos sobre el pecho para conservar el calor corporal, y entonces sentí un brazo enorme alrededor de la mitad de mi espalda. Travis me

apretó contra su costado y, al igual que antes, mi temperatura corporal se disparó. No solo dejé de sentir frío, sino que empecé a tener calor, excepto en los pies, que se me estaban congelando dentro de las botas.

—El calor corporal siempre gana, ¿verdad? —preguntó Travis al oído.

Me reí con nerviosismo, mientras todo mi cuerpo reaccionaba a su proximidad: tenía la boca seca, y tanto los dedos de mis manos como de mis pies hormigueaban por la emoción.

Una vez dentro del coche, me preparé para pasar unos minutos de mucho frío. Para mi asombro, la calefacción ya estaba encendida.

—Espera, ¿cómo es que ya está tan cálido aquí? —pregunté.

—Arranqué el motor cuando nos pusimos los abrigos.

—Ah, es uno de esos coches inteligentes y de lujo. ¡Qué guay!

—Te compraré uno —afirmó.

Me volví hacia él, atónita.

—¿Qué?

—Un coche. Si te gusta, puedo comprarte uno igual.

Me reí, pero él me miraba con expresión seria.

—Espera, ¿lo dices en serio?

—Sí.

—Travis, no puedes comprarme un coche sin más. No lo aceptaré.

—¿Por qué no? Vamos a tener un bebé juntos.

—No es así como funcionan las cosas.

—Necesitas comodidad —respondió.

Me hundí en el tapizado de cuero, poniéndome el cinturón de seguridad. Joder, el hombre era de otro planeta.

—Puedes pensártelo —sugirió, acelerando el motor.

—¡No! Puedo comprarme mi propio coche. Gracias.

No dijo nada durante unos instantes, y luego preguntó:

—¿Cuál es tu dirección?

Saqué mi teléfono, lo puse en el GPS y luego coloqué el móvil en el salpicadero para que él pudiera verlo.

Charlamos de forma distendida por el camino. Ninguno de los dos volvió a hablar del coche. Cuando llegamos frente a mi edificio, aparcó justo enfrente y me acompañó hasta la puerta.

—Gracias por venir esta noche —dijo cuando entré.

Girándome para mirarle, asentí, jugando distraídamente con la correa del bolso que llevaba al hombro.

—Gracias por tomártelo tan bien.

Aún me sentía incómoda, como si no supiera cómo hablarle. Me había visto desnuda, por el amor de Dios, y en ese momento no podía evitar que se me trabara la lengua. Por otra parte, estábamos en aquella situación *precisamente* porque me había visto desnuda.

—Travis, sé que esta noche ha sido rara. Últimamente estoy hecha un desastre. A veces me entra calor, otras frío y todo eso. Creo que mis hormonas están jugando conmigo.

—Tomo nota.

—Te enviaré un mensaje con la dirección de mi ginecóloga.

—Perfecto. Yo te recogeré.

—No es necesario. Iré directamente desde el trabajo.

—Entonces puedo ir a buscarte al trabajo.

—¡Puedo desplazarme por mi cuenta!

Negó con la cabeza.

—Bonnie, nunca hago nada a medias. Deberías ir sabiendo eso de mí. Si no quieres el coche, no pasa nada. Pero que sepas una cosa: voy a cuidar de ti y de nuestro bebé.

Capítulo Trece

Travis

Dos días más tarde, invité a mi familia a cenar a mi casa.

—Bueno, yo, por mi parte, estoy impaciente por saber de qué se trata esta vez —comentó Declan.

Tenía la costumbre de reunir a la familia cada vez que tenía algo que anunciar. Lo había hecho cuando decidí vender mi empresa, luego cuando decidí montar una nueva, y ni hablar de las fiestas entre medio para celebrar la venta de dicha empresa.

Estaba toda la pandilla reunida, menos mi prima Kimberly y Sam, por supuesto. Sam ya estaba de vuelta en Honduras y Kimberly vivía en París.

Me hubiera gustado que estuvieran presentes para aquella ocasión, porque no se trataba simplemente de trabajo. Era algo profundamente personal. Ya lo había compartido con los dos antes de que llegara la familia, porque no quería que se enteraran por sorpresa y por medio de otra persona. Estaba seguro de que iba a ser el tema más cotilleado de la familia durante semanas.

Mi salón era enorme y la familia estaba esparcida por todas partes, disfrutando de las pizzas que había pedido a domicilio. Mi madre las miraba con desaprobación. Siempre que nos reuníamos en casa de mis padres, nos ponía a cocinar a todos juntos. Decía que preparar la comida era una experiencia unificadora. Yo era demasiado práctico para eso.

Tate estaba sentado en el sofá con Lexi y Paisley. Declan y Liz se encontraban junto a ellos. Liz había llevado magdalenas para todos. Tyler y Luke habían acudido sin sus medias naranjas; no pudieron asistir, ya que mi invitación había sido demasiado apresurada.

—Bueno, yo apuesto a que, sea lo que sea, está relacionado con los negocios —dijo Tate.

Declan me miraba de manera fija. Probablemente estaba sopesando la situación, intentando determinar si yo estaba metido en algún lío.

—Sea lo que sea, te lo advierto. Más vale que no te vayas lejos. Ya es suficiente con que Sam y Kimberly no estén aquí —dijo Reese.

Estaba totalmente de acuerdo. No tenía intención de irme de Chicago.

Luke entrecerró los ojos al mirarme.

—Pues yo apuesto a que se trata de algo completamente distinto.

Siendo el segundo mayor y el hermano que más veces de las que yo podía contar nos sacó de quicio, sin duda sabía calar a la gente. No tan bien como Sam, pero sus habilidades seguían siendo incomparables con las de cualquiera de los presentes, excepto tal vez la abuela. Por eso Luke siempre sabía de antemano si Sam y yo íbamos a participar en sus ideas o no. Rara vez perdía el tiempo preguntándonos si consideraba que no íbamos a ser parte de su plan.

—Estoy de acuerdo con Luke —añadió Reese. Ella y la abuela estaban sentadas con mis padres en el sofá de enfrente—. Pareces tenso, así que debe de ser algo grave. Tengo unos cinco escenarios en mente.

—Dejad ya hablar al muchacho —intervino mi abuela.

Mis padres habían permanecido en completo silencio todo el tiempo.

Me aclaré la garganta y metí mis manos en los bolsillos.

—Cuando estuve en Oceanwell Bay, conocí a alguien. Se llama Bonnie.

Tyler se puso en pie de un salto.

—¡Hostia, te has casado en secreto!

Luke refunfuñó:

—No seas ridículo. Travis no hace las cosas así de rápido. Seguro que solo quiere presentárnosla.

Volví a aclararme la garganta. Tyler se sentó, y Declan permaneció completamente quieto.

—De hecho, está embarazada —dije.

Toda la sala se quedó muda.

Luke soltó una risita, luego me miró y se quedó helado.

—Mierda, hablas en serio.

Le miré fijamente.

—¿Acaso crees que bromearía con algo así?

Todos empezaron a hablar al mismo tiempo. No conseguía entender lo que decían. ¿Cómo pude haber pensado que era buena idea decírselo a todos al mismo tiempo? Podría haberles llamado individualmente o hacerlo mediante pequeños grupos. Mientras lidiaba con el caos, se me ocurrían al menos otras diez mejores maneras de haberlo hecho.

—¿Quién es? —preguntó mamá, caminando hacia mí—. ¿Cuándo podemos conocerla?

—Todo a su debido tiempo —respondí—. Pero sin duda le diré lo rápido que me lo has pedido.

—¿Cómo no te lo voy a pedir? Es tu novia.

—No, no lo es.

La habitación se calló al oír eso.

—Espera un momento. ¿Qué quieres decir? —preguntó Reese.

—No lo pasamos muy bien en Oceanwell, pero ambos nos dejamos claro que no estábamos buscando nada serio. Ahora que hemos retomado el contacto, Bonnie me ha sugerido que lo mejor es que simplemente nos dediquemos a ser padres y continuemos como amigos.

—¿A qué te refieres con retomar el contacto? —preguntó Tate. Su mirada era dura.

—Perdimos el contacto después de irme —respondí—, lo cual es un poco raro, lo sé, así que no necesito que nadie me dé el coñazo.

Declan se puso en pie.

—Voy a redactar los papeles para la custodia.

—No, hermano, ni se te ocurra hacer eso, ¿vale? Lo último que quiero es que se sienta amenazada por cualquier contrato o asunto legal que se te venga a la mente.

—Es importante —recalcó.

—Podemos ocuparnos de ello más tarde.

—Voy a ser abuela otra vez —dijo mi madre, abrazándome. Yo le devolví el abrazo—. Dios mío, Travis, qué sorpresa. Nunca pensé que te oiría decir eso.

—Estoy tan sorprendido como tú, mamá.

Papá me dio la mano mientras me palmeaba el hombro.

—Enhorabuena, hijo. Es un privilegio ser padre.

A continuación, se me acercó la abuela, poniéndose las manos en las caderas.

—Jovencito, eso no es lo que te enseñamos. No dejes a la madre de tu hijo en la estacada.

—Abu, ha sido culpa de la tecnología.

—No me llames “Abu”. Eras dueño de una empresa tecnológica. ¿Me estás diciendo que no tenías otra manera de encontrar a esa pobre chica?

—Sí, había otras maneras —admití—. Pero estaba muy centrado en el hotel y el tiempo pasó volando.

—Bueno, ahora espero que te replantees tus prioridades. Tener un hijo y criarlo es uno de los trabajos más importantes de este mundo —sentenció mi abuela.

—Me esforzaré al máximo por hacerlo —aseguré—. ¿Algún otro consejo?

—Muchos —respondió Tate—. Te los daré mientras tomamos un whisky.

—¿Vino no? —bromeé.

—No, esta conversación necesita algo mucho más fuerte.

Tyler y Luke parecían demasiado aturdidos para decir nada. Reese permaneció callada, lo cual no era propio de ella. Pero sabía que lo que tuvieran que decir no era para que lo oyeran mis padres.

La ventaja de ser el quinto de la familia era que pude ver a mis hermanos mayores pasar por todas las fases de la vida antes que yo. Les gustaba alardear de sus conocimientos como si fueran una verdad absoluta. Si bien era cierto que ninguno había estado en mi situación, no me cabía duda de que iban a opinar.

Papá me apartó a un lado.

—Hijo, mi consejo es que no la cagues.

—No lo haré. No es mi intención. Quiero acompañarla en todo momento. Ya me conoces.

—Bien, bien. Te hemos educado para que hagas las cosas bien. —Entrecerró los ojos—. Oye, sabes que no me gusta entrometerme...

Eso era verdad. A mis padres no les gustaba andar opinando de asuntos ajenos.

—Lo sé, te escucho —dije.

—Intenta determinar lo que quieres, lo que sientes por Bonnie. No me lo digas, sé sincero contigo mismo. Si quieres algo más que una simple amistad, adelante, a por todas. Sin reservas.

—Gracias, papá. Es un gran consejo. —Me dio una palmada en el hombro.

—Pero este bebé es tuyo. Es un Maxwell y lo aceptamos incondicionalmente. Sé consciente de ello y actúa en consecuencia, ¿entiendes?

—Sí, claro. —Por supuesto, el bebé formaría parte de la familia, y Bonnie también. Todos la acogerían. La amistad era una gran base sobre la cual criar a un niño.

Pero no podía evitar tener la persistente sensación de que Bonnie y yo no podíamos ser *solo* amigos.

—Puedes llamarme cuando necesites más consejos. Voy a coger un trozo de pizza —concluyó mi padre.

Cuando se fue, Tyler se acercó junto con Tate y Reese.

—No pude evitar escuchar la conversación —dijo Tyler—, y papá tiene razón.

Miré a los tres:

—Bonnie aún lo está procesando todo. Joder, *yo mismo* lo sigo procesando, pero ella está pasando mucho más. Yo soy un mero espectador.

Sus palabras aún resonaban en mis oídos. Tenía razón. Los dos habíamos dejado claro que no buscábamos nada formal, y seguíamos siendo las mismas personas. Pero cuando le dije que quería volver a verla cuando regresara a Chicago, hablaba en serio.

Maldita sea, la había cagado al no ponerme en contacto con ella antes. Había estado completamente absorto en el trabajo. No era de extrañar que quisiera que solo fuéramos amigos.

Nunca había tenido una relación duradera. Existían millones de maneras de que la cagara. Tal vez ella tenía razón: la amistad era la mejor opción.

—Y no olvidemos que probablemente ya se estaba preparando para ser madre soltera —añadió Reese. Su voz destilaba desaprobación.

—Exacto. Pensó que no quería tener ningún contacto con ella.

Reese hizo una mueca de disgusto.

—Ay, Travis. No me quiero ni imaginar por lo que ha tenido que pasar, me gustaría hablar con ella. Quiero asegurarme de que la mimes mucho a partir de ahora.

Sonreí a mi prima.

—Esa era la idea.

—¿Qué parte?

—Mimarla *y* ponerla en contacto contigo.

Reese sonrió.

—Ah, vale, me alegra que sea así.

—Pues yo no estoy de acuerdo con papá —intervino Tate.

—¿Qué?

—Mira, mi primer matrimonio no funcionó, pero decidimos seguir juntos por Paisley y acabó siendo un desastre. Así que créeme cuando te digo que no es una muy buena idea intentar que una relación funcione por el bebé.

Nunca había oído a mi hermano hablar tan en serio.

—Es un punto de vista esclarecedor.

Tyler echó un vistazo a su alrededor y dijo:

—Declan no puede oírnos aquí, pero creo que tiene razón en lo de resolver el tema legal.

Negué con la cabeza.

—No pienso plantearle eso a Bonnie ahora mismo.

—¿Desde cuándo eres tan insensible, Tyler? —preguntó Reese—. No le metas ideas en la cabeza. Ahora mismo la tiene en su sitio y sus instintos siempre fueron buenos. Creía que iba a tener que protegerle de Declan, pero parece que tendré que hacer lo mismo contigo.

Tyler levantó las manos en defensa propia.

—Solo estaba intentando ayudar. Por cierto, ¿cuándo nos la vas a presentar?

—Pronto, pero obviamente no a todos a la vez —contesté. Mirando a mi prima, añadí—: Empezaré por Reese.

—Ja. Desde este momento te quiero aún más —dijo ella—. Ahora, acompáñame, quiero preguntarte algunas cosas sobre Bonnie. Vamos a comer algo de pizza.

Caminé con ella hacia la mesa.

—¿Tiene familia aquí?

—No, vino a Chicago para ir a la Universidad, así que tiene amigos, pero su familia no vive en la ciudad.

—Vaya, pobre chica, está sola. Seguro que puedo hacer un plan para mimarla. —Me miró—. ¿Necesitas que te dé algunos *tips* sobre cómo hacerlo?

Puse los ojos en blanco.

—No, muchas gracias. Ya tengo algunas ideas.

—Solo para que lo sepas, pero estoy a tu disposición si alguna vez quieres hacer una lluvia de ideas. Ya me estoy imaginando lo que dirá Kimberly cuando se lo cuente.

—Ya se lo he contado a ella y a Sam.

Los ojos de Reese se abrieron de par en par.

—¿Se lo dijiste a ellos primero?

—No quería que se enteraran por nadie más, y estaba seguro de que en cuanto les diera la noticia a todos aquí, luego alguien se lo diría.

—Vale, tienes razón —admitió.

—Reese, creo que Bonnie va a necesitar mucho apoyo estos próximos meses. —También

pensaba tener una charla con mamá sobre ese tema.

—Entendido —respondió ella—. Estoy en ello.

Entonces, Luke se acercó a nosotros y se cruzó de brazos, mirándome. No, mejor dicho: me estaba estudiando. Conocía esa mirada. Mi hermano iba a lanzarnos una bomba.

—Hagamos una prueba —dijo.

Parpadeé.

—Vale.

—Imagina que dentro de tres meses Bonnie te presenta a un tío cualquiera. Ella está saliendo con él. Él también se hará cargo del bebé, y se casará con ella.

—¡Ni de coña! —exclamé.

Tate abrió los ojos y Reese se echó a reír.

Luke asintió y concluyó:

—No más preguntas, su señoría.

Capítulo Catorce

Travis

—Qué elegante, Travis —comentó Marjorie. Era un gran día. En unos minutos tendría mi primera reunión con el equipo.

Después de comer, había quedado con Bonnie para acompañarla a la primera ecografía. Había estado pensando en ello toda la mañana, pero en ese momento tenía que centrarme en los negocios.

—Es que quiero hacer todo lo posible para causar una buena impresión.

—Siempre lo haces.

—¿Intentas adularme?

—Por supuesto, tienes pinta de jefe, lo cual significa que estás listo para llamar la atención a cualquiera que se cruce en tu camino. Solo intento asegurarme de que no sea yo. —Puso una mueca de preocupación. Marjorie seguía sintiéndose culpable por el error con el correo electrónico de Bonnie. Yo había sido claro y amable con ella al respecto, pero seguía jodidamente cabreado.

Valoraba su lealtad. Si cualquier otro hubiera cometido el error con el correo electrónico, lo habría echado sin pensármelo dos veces. Pero tenía debilidad por Marjorie.

—Ya están todos en la sala de reuniones —dijo—. Son seis personas. He impreso un juego de documentos para cada uno de ellos. ¿Quieres uno también?

Me di un golpecito en la sien.

—No, lo tengo todo aquí.

Ella asintió y luego entrelazó las manos sobre su estómago.

—Travis, sé que lo he dicho cientos de veces, pero de verdad, lo siento mucho. Quiero compensar a Bonnie por lo ocurrido.

—Pensaré en algunas formas de que puedas hacerlo.

Marjorie se animó de inmediato.

—¿De verdad? Gracias.

Caminamos codo con codo hasta la sala de reuniones. Mis hermanos estaban todos en sus despachos. Sabía que estaban ansiosos por que volviera a trabajar en mi propia oficina y, para ser sincero, yo también lo estaba. Durante el último año, había sentido como si me faltara algo. No podía vivir sin trabajar, era algo que me definía. Crear negocios era mi pasión, y aquel nuevo proyecto no era la excepción.

Al entrar en la sala de reuniones, eché un buen vistazo a mi alrededor. Todos se enderezaron al verme. Mi estilo de liderazgo era más bien autoritario. Algunas personas, sobre todo las más cercanas, no lo entendían, porque conocían mi personalidad y sabían que me gustaba hacer bromas y divertirme.

Me senté frente a Tim y empecé.

—Muy bien, aquí estamos. Me alegro de veros a todos aquí. Esto es lo que haremos: vamos a repasar las diapositivas y, al final de la reunión, crearemos un plan operativo detallado para los tres primeros meses. El objetivo del hotel es ser uno de los mejores de la ciudad en el primer año. No aceptaré nada menos que la excelencia.

***

La reunión duró cuatro horas y salí del edificio en cuanto terminó, pues no quería arriesgarme a llegar tarde. Quedé con Bonnie directamente en la consulta de su médica. Me había enviado un mensaje con la dirección, insistiendo en que no tenía que ir a recogerla. Por el momento, había decidido elegir qué batallas librar, pero iba a volver a sacar el tema del coche. Quería que tuviera todas las comodidades que el dinero pudiera comprar.

Subí a mi vehículo y escribí la dirección en el navegador. Aunque, en general, conocía la zona, nunca me había gustado conducir sin el GPS, porque me indicaba el camino más eficiente, y no me gustaba perder el tiempo.

La aplicación indicaba que llegaría diez minutos antes de la hora prevista para encontrarme con Bonnie. En una fracción de segundo, decidí hacer una parada en el camino. Puede que no me dejara regalarle un coche —al menos, todavía—, pero no diría que no a lo que se me acababa de ocurrir.

Cuarenta minutos después, llegué a la dirección que me había dado. La consulta de la doctora estaba en la planta baja de un edificio residencial. Bonnie estaba sentada en un banco delante, jugueteando con los pulgares.

—Hola, preciosa —saludé.

Se puso en pie de un salto, abriendo los ojos de par en par y relamiéndose los labios. Mierda, quería besarla allí mismo, en ese instante, para que todo Chicago viera que era mía.

Maldita sea. Amistad, Travis. Amistad. Es lo que Bonnie necesita y es lo mejor para el bebé.

—Hola. —Sus ojos se fijaron en la magdalena que sostenía y se iluminaron—. ¿Es para mí? —preguntó.

Riéndome, se la di.

—Si mal no recuerdo, el helado te ayuda a calmar los nervios. Quería comprarte uno, pero busqué en Google y vi que podría no ser seguro durante el embarazo, así que lo reemplacé por la magdalena. Espero que sirva.

—Claro que sirve. No puedo creer que te acuerdes de todo eso. —Asintió, y empezó a comérsela enseguida—. Está buenísima.

Se la comió en un tiempo récord, tirando el envoltorio de papel en una papelera cercana.

—Gracias —me dijo, y colocó un mechón de su pelo castaño oscuro detrás de su oreja. Pero entonces una ráfaga de viento sopló, y su pelo se alborotó hacia todas partes, incluida la cara—. Genial —dijo, nerviosa, intentando apartarse el pelo de su rostro.

Lo aparté por ella. Su piel era tan suave, y su boca, increíblemente tentadora. Resistir las ganas de besarla me resultaba cada vez más difícil.

—Ya está, has quedado perfecta —dije, pasando el pulgar justo por debajo de su labio inferior con el pulgar.

Expulsó una bocanada de aire que acarició mi piel. *Joder.* Di un paso atrás.

—¿Quieres entrar? —preguntó—, la cita es dentro de diez minutos.

—Claro, vamos.

La sala de espera era pequeña y totalmente de color blanco, con ese típico olor a hospital. Había varias mujeres dentro y dos hombres junto a sus mujeres embarazadas. O al menos eso supuse; solo a una de ellas se le notaba. Bonnie habló con la recepcionista y rellenó lo que parecían un millón de formularios. Después, nos sentamos uno al lado del otro.

—¿Cómo es que has podido salir del trabajo en medio del día? —pregunté.

—Oh, hice un turno de noche.

—No sabía que tenías que hacer guardias nocturnas.

—Me apunté para hacerlas, al menos hasta que llegue el bebé.

—¿Y eso es seguro? —pregunté.

Se rió.

—Sí, Travis. Trabajar es seguro.

—Trabajar, sí, pero eso suena a exceso de trabajo.

Me miró, negando con la cabeza, y luego una sonrisa se dibujó en sus labios.

—No pasa nada. De verdad.

Lo puse en la lista de temas que pensaba retomar más tarde.

—¿Bonnie? —dijo una voz femenina.

Bonnie se puso en pie. Yo hice lo mismo y le puse una mano en la parte baja de la espalda.

—Doctora Taylor. Hola —respondió Bonnie—. Este es Travis, el padre del bebé.

—Pasad —indicó mientras nos acercábamos a la puerta y luego la cerró.

Miré a mi alrededor con curiosidad. *¿Qué demonios es esto?* Parecía una sala de tortura. Había una mesa y una silla como las que usan los dentistas, pero aún más aterradora. Tenía una especie de soporte que, supuse, era para los pies. Los instrumentos colocados en la bandeja de al lado parecían sacados de una película de terror.

Bonnie se quitó el abrigo.

—¿Me cambio?

—No, no hace falta. El embarazo está lo bastante avanzado para una ecografía normal. No necesitas una transvaginal.

¿Transvaginal? Por Dios.

—Primero te tomaré la tensión —dijo la médica, colocando un manguito hinchable alrededor del brazo de Bonnie. Unos minutos después, se lo quitó, anotando algunas observaciones en la historia clínica.

—Ahora, súbete la camiseta para la ecografía —añadió la doctora Taylor mientras Bonnie se tumbaba en la camilla.

Bonnie hizo exactamente lo que le pidió, y la doctora le echó un chorro de gel en el vientre y lo extendió. Luego cogió el dispositivo alargado y me dijo:

—Verás mejor si te pones a mi lado o entre la cama y yo.

Escogí la posición y miré la pantalla: seguía estando negra. En cuanto el dispositivo entró en contacto con el bajo vientre de Bonnie, aparecieron unas formas grises y una mancha en la pantalla. Estaba latiendo. Al instante, un sonido de bombeo llenó el espacio.

—Y ahí tenemos el latido —confirmó la doctora Taylor.

Era el latido del corazón de mi bebé. Fue el mejor momento de mi vida.

—¿Va todo bien? —preguntó Bonnie, pasando la mano de arriba abajo por el lateral de la cama.

Tomé su mano entre las mías y ella la apretó con fuerza.

—Todo parece normal. Los números están exactamente donde deberían estar en este momento. —Nos miró—. Enhorabuena a los dos. ¿Queréis copias impresas de la ecografía?

—Sí —respondimos Bonnie y yo al mismo tiempo.

La doctora Taylor asintió.

—Bonnie, quiero vigilar tu tensión arterial. Es lo único de tu historia que me preocupa.

—Vale —dijo Bonnie.

Acto seguido, la médica le dio toallitas de papel para que se limpiara. Yo cogí otra toallita y la ayudé.

Bonnie me sonrió.

—Gracias. Esto no es fácil de quitar.

—¿Qué pasa con la tensión arterial? —pregunté.

—Está un poco alta.

—No estoy segura de por qué. Nunca he tenido problemas con la tensión arterial —contestó Bonnie.

—Es algo que puede ocurrir en determinados embarazos. No es como para preocuparse, pero quiero mantenerla vigilada —explicó la doctora Taylor—. Deberías tomarte las cosas con calma por un tiempo.

Capítulo Quince

Bonnie

—¿Qué significa eso de tomarse las cosas con calma? —preguntó Travis con su habitual tono autoritario. Podía prever que intentaría convencerme de que me tomara las cosas con más calma de la necesaria.

—Intentar limitar el esfuerzo físico. Nada de entrenamientos muy enérgicos... cosas así. Bonnie, veo que tu anterior médica te recetó todas las vitaminas prenatales necesarias. ¿Cómo lo llevas?

—No parecen afectarme de ninguna manera.

—¿Tienes náuseas matutinas?

—No, por suerte no. Solo me siento un poco cansada de vez en cuando.

La doctora Taylor asintió.

—Es normal. Te veré en la próxima revisión dentro de dos meses. ¿Vendréis los dos?

—Sí —respondió Travis antes de que tuviera siquiera la oportunidad de abrir la boca. Mi pecho se llenó de felicidad. Aquello significaba más para mí de lo que él pudiera imaginar.

Me levanté mientras la doctora Taylor imprimía las ecografías, dándonos una copia a cada uno. Mi ritmo cardíaco se disparó cuando le vi doblar cuidadosamente el papel antes de guardarlo en el bolsillo interior de la chaqueta de su traje.

Nos marchamos rápidamente, pues no queríamos entretener a la doctora Taylor. Era una mujer muy ocupada. Cuando salimos del edificio, Travis preguntó:

—¿Quieres que te lleve a casa?

—No, gracias. Estoy pensando en ir de compras antes de volver a casa.

—Tenemos que hablar sobre lo de tomarte las cosas con calma.

—Ay, Travis. —Me reí, subiéndome el cierre y cerrándome la chaqueta. Dios, qué frío hacía fuera—. Sabía que ibas a sacar ese tema.

—Bonnie —dijo en tono serio.

—Sí, yo también he oído a la doctora. Me tomaré las cosas con más calma. Lo sé.

—¿Lo prometes?

—Sí.

Me miraba fijamente.

—Otra cosa. Mi madre y mi prima me han pedido tu número. No paran de insistirme.

—Déjame adivinar. ¿Quieres que te libre de ellas y les diga que pueden llamarme?

—Algo así. Además, las dos son muy majas. Mi madre no dejaba de repetir que puede darte muchos consejos sobre el embarazo.

Sonreí.

—Vaya, eso me vendría de maravilla. No tengo mucha gente con la que pueda hablar de esto. Ninguno de mis amigos tiene hijos.

—Vale, entonces les daré tu número. Pero solo una advertencia: pueden ser un poco intensas.

—¿Como tú?

Sonrió con suficiencia.

—No, la verdad es que no. De hecho, soy el Maxwell más fácil de tratar. Si haces una lista de “Maxwell difíciles”, ni siquiera aparezco.

Entrecerré los ojos.

—Si realmente has hecho esa lista, diría que estás tratando de engañarme.

—Te equivocas, fue mi madre la que hizo la lista. Seguro que ella te contará lo esencial de la familia.

—Me muero de ganas de que llegue ese momento. Y gracias por venir hoy.

—Me ha encantado todo. Escuchar el latido... bueno, ha sido muy especial.

—La verdad es que sí —susurré.

—¿Qué vas a hacer esta tarde? —levantó una ceja, casi haciéndome reír. Estaba segura de que ninguna respuesta, excepto "relajarme", sería adecuada.

—Después de ir de compras, voy a dormir un poco. Y luego prepararé la cena, o pediré algo. Probablemente lo segundo. Me muero por una ensalada de calamares, y soy un desastre cocinando marisco. Echo de menos *The Fish*. —Ahogué un bostezo y me pasé una mano por el pelo—. Pero necesito una siesta, seguro que tengo un aspecto horrible.

—Para nada. Eres increíblemente preciosa. —Apareció un brillo en sus ojos.

Le señalé.

—Oye, no empieces.

Se rió, negando con la cabeza.

—No te preocupes, Bonnie, no voy a coquetear contigo. No hasta que tú quieras.

Mis rodillas se volvieron gelatinosas al instante. ¿Por qué diría eso? Claro que quería que lo hiciera. Estaba hecha un lío. No podía creer que alternara entre ser distante con él y estar prácticamente derritiéndome. Esperaba poder volver a controlar mis hormonas y mis emociones pronto.

—Llámame si necesitas algo —dijo antes de dirigirse a su coche.

Apreté los labios, decidiendo que era mejor no responder. Estaba demasiado absorta en toda la magia de aquel día y en escuchar los latidos de aquel diminuto corazón por primera vez.

Agradecí que Travis hubiera estado allí conmigo, apretándome la mano, acariciándome la cabeza. En aquella ocasión había quedado muy claro lo fácil que era romper las barreras que nos separaban. Sentía que era mi compañero, mi amante, no solo el padre del bebé. Sin embargo, no tenía ni idea de cómo íbamos a manejar la situación.

***

Cuatro horas más tarde, cuando llegué a casa, estaba agotada. Había comprado ropa y productos de limpieza inodoros. No tenía náuseas matutinas, pero cuando había intentado limpiar las ventanas durante el fin de semana, casi me dieron arcadas por el olor. Era demasiado tarde para dormir la siesta, así que iba a intentar quedarme despierta todo lo que pudiera antes de irme a la cama.

Mientras me quitaba los zapatos, recibí un mensaje de Travis en el móvil.

Travis: ¿Ya estás en casa?

Bonnie: Acabo de llegar. ¿Por qué?

Travis: Ya lo verás.

Me dio un vuelco el estómago. ¿Planeaba pasarse por casa? Dios mío, no estaba preparada para eso. Quizá solo quería saber a qué hora podía llamarme su madre.

Después de salir de la ducha, me sequé el pelo, frunciendo el ceño cuando escuché el timbre. Apagué el secador y corrí hacia la puerta, entonces miré por la mirilla y encontré a un tipo con una gorra de repartidor. Abrí enseguida.

—Hola —saludé, algo dubitativa.

—Hola, señora. Aquí tengo su pedido.

—¿Mi pedido? —pregunté.

—Una ensalada de calamares fritos y esto. —Me entregó una bolsa de papel y una caja que contenía lo que parecían dulces.

—Bueno, gracias. ¿Cuánto le debo? —pregunté para verificar. ¿Acaso el embarazo me estaba nublando los pensamientos y no recordaba que lo había pedido?

—Nada, señora. Travis Maxwell se ha encargado de ello.

Cerré la puerta, sonriendo de oreja a oreja. Me había enviado la cena, por eso quería saber si estaba en casa. No podía creer que me hubiera enviado calamares fritos. ¿Y qué era lo otro?

Abrí la caja y mi corazón dio un suspiro. Estaba ante una magdalena, y no una magdalena cualquiera. La crema era amarillenta, y estaba segura de que era de piña. Aunque sabía que era mejor cenar primero, no pude contenerme y le di un bocado al dulce. Estaba deliciosa y, efectivamente, era crema de piña.

Cogí mi teléfono y me senté mientras tecleaba.

Bonnie: **Acabo de recibir la cena, y la magdalena. ¿Dónde has encontrado una magdalena de piña?**

Travis: Fue un encargo especial, personalizado. Conozco a la panadera y le caigo bien.

De repente, me invadió un ataque de celos. *Madre mía. Esto no presagia nada bueno.* Respondí rápidamente.

Bonnie: ¿Quién es ella?

Travis: La prometida de mi hermano, Liz.

Me reí de mí misma. Dios, qué tonta había sido. No podía estar celosa, éramos amigos e íbamos a tener un hijo en común, nada más. Tenía que metérmelo en la cabeza. Aunque después de lo de aquella tarde, empezaba a pensar que sería aún más difícil de lo que había previsto. Pero en ese momento no quería pensar en nada de eso. Quería zamparme la deliciosa cena que me había enviado aquel hombre tan guapo y atento.

Bonnie: Gracias por la cena.

Travis: Ya te he dicho que quiero cuidar de ti, Bonnie. Esto es solo el principio.

Estaba demasiado ocupada derritiéndome como para ser capaz de pensar en otra cosa. Ya tendría tiempo para preocuparme otro día por la facilidad con la que Travis burlaba mis defensas.

En cuanto terminé de cenar, tiré el recipiente a la basura. Apenas eran las siete de la tarde, pero ya me sentía somnolienta. Me alegré de no tener otro turno de noche. Sin embargo, no iba a meterme en la cama tan pronto, o al día siguiente me despertaría a las cuatro de la mañana. En lugar de eso, decidí ver algo en Netflix.

Me senté y me puse cómoda, ojeando la oferta. Casi había decidido volver a ver *Bridgerton* por enésima vez cuando mi teléfono comenzó a sonar.

No reconocí el número, pero supuse que debía cogerlo, pues era probable que fuera la prima de Travis o su madre. Pulsé el botón verde antes de acercarme el teléfono a la oreja.

—Hola, ¿quién habla?

—Hola, soy Lena, la madre de Travis. ¿Hablo con Bonnie?

—Sí. —Aparté el mando y me senté más recta en el sofá. Los nervios se apoderaron de mí—. ¡Hola!

—Espero que te parezca bien que te llame.

—Sí, claro que sí —respondí, con un tono de voz bastante agudo.

—Travis pensó que te vendría bien hablar con alguien que ha pasado varias veces por un embarazo.

Sentí una oleada de afecto hacia él.

—Es un gran detalle —contesté.

—¿Cómo te has sentido hasta ahora? Me sorprendí mucho cuando Travis me dio la noticia.

—Me imagino que fue un *shock* —contesté, mordiéndome el labio inferior. *¿Qué debe pensar de mí?*

—Los niños son siempre una bendición. Solo que, a veces, llegan cuando no estamos preparados para ellos.

—Siempre he querido tener hijos, pero tengo que confesar que no había planeado que ocurriera de esta manera —admití.

—Bueno, pero siempre nos acabamos adaptando, ¿no? Mira, para ser sincera, solo planifiqué a cuatro de mis hijos. Los otros dos decidieron simplemente *llegar* —dijo riendo—. Pero, ¿qué se le va a hacer? Lo son todo en mi vida.

Oírla hablar me estaba llenando de calidez. Parecía una madre pacífica, amable y muy cariñosa.

—Mis hijos eran terribles de pequeños —continuó. Su voz estaba llena de nostalgia.

—Apostaría a que Travis era el líder de la pandilla. —Estaba impaciente por comprobar mi teoría.

—No, no, en realidad fue uno de los más tranquilos.

¿Cómo? Entonces solo es dominante y cabezota conmigo. Debo ser yo quien provoca eso en él.

—¿Y el resto de los chicos?

—Bueno, Declan es el mayor. Creo que se hizo abogado porque cogió mucha práctica sacando a sus hermanos de los apuros en que se metían mientras crecían. Luke, el segundo, era el principal responsable de meterlos en líos. Tenía un don para convencer a la gente de que hiciera lo que él quería. Y los más pequeños estaban particularmente ansiosos por unirse a él. Los embarazos fueron duros, sobre todo después de que tuviera varios hijos. Por cierto, ¿quieres tener más hijos?

El tono de su voz cambió un poco cuando me hizo la pregunta. Sonaba casi desconfiada, y me pregunté por qué.

—Quiero tener muchos hijos —respondí—. Ya veremos cómo resulta este. No estoy segura de estar preparada para planificar con demasiada antelación.

—Solo sentí curiosidad —aclaró.

—¿Tuviste algún problema?

—Uuuf, incontables. Tuve náuseas matutinas. Con Sam también me dio hiperémesis. No podía retener nada. Tuvieron que ponerme suero.

Me estremecí.

—Eso debe haber sido terrible.

—Y lo fue. Tenía cinco niños revoltosos y no podía moverme sin que me dieran náuseas. También tuve que hacer reposo en cama con algunos de ellos.

—Vaya, me siento afortunada hasta ahora.

—Me alegro, pero cuídate, ¿vale? El embarazo es una etapa para mimarte y permitir que los demás te mimen.

—Pues tu hijo lo está haciendo. Me envió algo que le dije que tenía ganas de cenar, además de mi postre favorito.

—¿Ah, sí? Bueno, la verdad es que estoy muy orgullosa de él. Lo he educado bien.

Sonreí para mis adentros.

—Desde luego.

—Bonnie, me gustaría conocerte en persona, si te parece bien. He guardado ropa de los niños de cuando eran bebés. Probablemente ahora no esté de moda, pero soy de las que piensan que nunca se tienen suficientes *bodies*. Si quieres, me gustaría regalarte algunos.

—Me encantaría —susurré. Mi garganta no respondía del todo bien, la emoción me tensaba. ¿Por qué estaba armando tanto jaleo? Me aclaré la garganta—. Claro. Déjame que revise mis turnos para la semana que viene y te avisaré cuando esté libre, ¿vale?

—Me parece perfecto, cariño. Que pases una buena noche.

Después de colgar, me encontré sonriendo de oreja a oreja. No podía creer que nos aceptara así a mí y al bebé. No me acusó de querer cazar a su rico hijo, ni hizo comentarios malintencionados. Simplemente estaba contenta.

No sabía qué me había llevado a hacerlo, pero, por un impulso, hice una foto de la ecografía y se la envié a mi madre junto con un mensaje:

Bonnie: Aquí tienes la primera foto de tu futuro nieto. La doctora ha dicho que todo marcha bien.

Me contestó casi al instante.

Mamá: Enhorabuena, pero que sepas una cosa: no cuentes conmigo para hacer de niñera, ¿vale? Tengo muchas cosas que hacer.

Se me retorció el estómago.

Bonnie: No, mamá, no pretendo que hagas nada. Solo quería compartirlo contigo. Estoy contenta por el bebé.

Cuando vi lo que respondió, el corazón me dio un vuelco.

Mamá: Quería que lo supieras para que puedas planificarlo con tiempo.

Solté un suspiro. Con eso quería decir que iba a tener que hacerlo todo yo sola. Ya tenía pensado hacerlo así de todos modos. Me habría sorprendido más si ella se hubiera ofrecido a ayudarme.

La punzada que solía sentir cuando mi madre se desentendía de mí no me resultó tan intensa esa vez. No me sentía sola, contaba con Ashley, Travis y Lena. Mi bebé no crecería como yo, sintiéndose completamente solo con unos padres que no podían estar en la misma habitación sin pelearse. Estaría rodeado de una familia alegre y bulliciosa. Por la forma en que Lena hablaba de sus hijos, no me cabía duda de que ellos también iban a acoger al bebé. Solo tenía que asegurarme de que Travis y yo no complicáramos las cosas, porque no quería perder nada de lo que habíamos construido hasta ese momento.

Capítulo Dieciséis

Travis

—Sé que todo esto es un soborno —afirmó Reese con una sonrisa pícara.

La había llevado a comer cruasanes a su cafetería francesa favorita, en la avenida Lincoln.

Por supuesto que era un soborno. Pero confiaba en que surtiría efecto.

—Déjame adivinar. ¿Quieres hablar del puesto de director financiero? —preguntó.

—Sí, lo admito. —No tenía sentido fingir con mi prima.

—Travis, ¿aún no has conseguido a nadie?

—No. He entrevistado a muchos candidatos y sé que tienes más conocimientos que cualquiera de ellos. Por otra parte, yo sería mucho mejor jefe para ti que cualquier otro.

—Ajá —respondió entre bocados de cruasán—. ¿Eres consciente de que me acabas de decir que has entrevistado a mucha gente y que ninguno te pareció lo bastante bueno? Eso me dice que eres exactamente lo contrario de relajado.

Sonreí.

—Es que ninguno de ellos era tú.

—Aaay, tú sí que sabes cómo hacer sentir especial a una mujer. Bueno, tengo que admitir que me lo estoy pensando muy seriamente. Tendré una respuesta al final de la semana, ¿vale?

No esperaba una contestación como esa, pero me alegré.

—Y ya que estamos hablando de que sabes cómo hacer sentir especial a una mujer —continuó—, ¿cómo van las cosas con Bonnie? ¿Cómo te sientes respecto al hecho de ser padre? Sé que presionamos demasiado en tu ático. Lo siento mucho.

—¿Y ahora qué? ¿No me estás presionando? —pregunté riendo.

—No. Solo quiero saber cómo lo llevas, cómo te sientes.

Tenía seguridad en todos los aspectos de mi vida. Nunca había habido nada en lo que no tuviera éxito si me lo proponía, pero aquello superaba todo lo que había experimentado.

—Lo único que sé es que no quiero cagarla —respondí sin rodeos, porque era la verdad.

Reese frunció el ceño.

—¿Puedes ser más específico? ¿Cagarla en qué aspecto? ¿En tu relación con Bonnie o con tu futuro hijo?

—¿Segura de que *no* me estás presionando? —Volví a recalcarlo.

—No, solo es un consejo. —Levantó un dedo—. De hecho, ¿sabes qué? Voy a llamar a Kimberly. Siempre se nos da mejor aconsejarte juntas.

Me reí entre dientes.

—Sabía que lo harías. ¿Debo recordaros que no os pedí que me dierais consejos?

Reese suspiró.

—Entonces tómalo como una opinión en voz alta. Lo siento, pero necesito hablar de esto sí o sí. Es algo muy importante como para asimilarlo sin más —replicó, y no seguí discutiendo porque tenía razón.

Miramos a nuestro alrededor, pero no había muchos clientes a esas horas, así que Reese sacó unos auriculares y me dio uno antes de poner el móvil sobre la mesa y llamar a Kimberly. Mientras sonaba el teléfono, terminó su cruasán casi como temiendo que alguien se lo quitara si no se lo comía rápidamente. Kimberly contestó al cabo de un par de timbres.

—Hola, hermanita. ¿Puedo llamarte más tarde, cuando tenga más tiempo?

—Claro. Esperaba que pudiéramos intercambiar algunas ideas. *Travis* está aquí conmigo.

Enfatizó mi nombre, y supe al instante que era una especie de código entre ellas.

—Ah, vale. Tengo algo de tiempo, claro. Espera un momento.

Casi me echo a reír. ¿Tan rápido hacía un hueco? Tenía curiosidad por saber cómo iba a acabar todo aquello.

—Vale, ya estoy en nuestra sala de reuniones. Hola, Travis.

—¿Qué tal, Kimberly?

—¿De qué vamos a hablar? ¿De qué se trata todo esto? —preguntó.

—Me quiere intimidar, solo que Reese no quiere llamarlo así —respondí.

—Pues no, no es así —insistió Reese.

—Es verdad, Travis, no lo es —intervino Kimberly—. Supongo que tenemos que planear qué hacer para que tengas buena relación con Bonnie.

—*Ya* la tengo —aclaré.

Reese me miró fijamente.

—Sí, pero vi tu cara en tu fiesta. Está claro que quieres algo más que ser simplemente amigos con un hijo en común.

Le clavé la mirada.

—Puedo imaginarte mirando atónito a Reese —dijo Kimberly, sin ayudar en absoluto.

Esa vez sí que me eché a reír.

—Chicas, confiad en mí. Estoy tratando de poner todo mi empeño en esto, pero no hay nada que podáis hacer para ayudar.

—¿Así que estás trabajando en ello? —preguntó Reese—. Eso nos dice mucho sobre lo que quieres, y es bueno saber que estás... bueno, haciendo algo al respecto.

—Siempre me esfuerzo por lo que quiero. Y siempre lo consigo.

Reese sonrió con empatía, pero no dijo nada.

Kimberly suspiró.

—Ay, primo... Lo siento, pero tienes que estar preparado; puede que algunas cosas no salgan como esperas.

—No estoy de acuerdo —respondí.

—¿Cómo te sientes acerca de ser padre? Ya tienes mucha práctica con Paisley.

—Es diferente —repliqué al instante—. Yo soy el tío, así que la malcrío, fastidio a mi hermano, la mimo un poco de más, y esas cosas. Esto es diferente. Tengo que ser un modelo a seguir para mi hijo.

—No, no tienes por qué serlo —dijo Reese—. Solo tienes que estar ahí para todo lo que necesite. Confía en nosotras.

Ellas sabían de lo que hablaban, considerando que su padre había estado ausente la mayor parte de sus vidas. Tras la muerte de la madre de Reese y Kimberly, el tío Harvey se distanció de todos. Se enfocó en el trabajo, y mis primas pasaban la mayor parte del tiempo con nuestra familia. A mi madre le encantaba; fueron las hijas que nunca tuvo.

—Hmmm. Pensemos qué más podrías hacer para practicar cómo ser un buen padre hasta que llegue el bebé —continuó.

—Se me ocurren algunas ideas —comentó Kimberly.

Me gustaba oírlas hablar. Me ayudaba a elaborar mis propias ideas, cosa que Reese sabía. Oí que hacían una lluvia de ideas antes de preguntar:

—¿Cómo te trata París, Kimberly?

Podía percibir cómo estaban mis primas por la forma en que hablaban entre ellas. Había

aprendido a interpretar las señales a lo largo de los años. Si no hablaban de nada personal, significaba que se estaban andando con pies de plomo. Era una señal de que había ocurrido algo y aún no querían hablar de ello. En esos casos, nunca presionaba. Si mencionaban temas de forma desenfadada, significaba que tenían la situación bajo control. Si evitaban un asunto, significaba que tenían problemas y *no* los tenían para nada controlados, lo que también hacía que no quisieran hablar de ello conmigo.

—París me trata bien. Solo que cada vez tengo más ganas de estrangular a mi jefe. Aquí no me siento muy valorada.

Me senté más erguido. Era la primera vez que oía algo al respecto, y vi una oportunidad de oro, pues también había pensado en incorporar a Kimberly para expandir el negocio hotelero. Mi idea era construir una cadena, y ella contaba con experiencia internacional. Si bien no estaba centrada en el negocio hotelero propiamente dicho, sino en una agencia de viajes, sus conocimientos podían ser muy valiosos. Pero no quería sacar el tema en ese momento. Hacía tiempo que había aprendido que para hablar con mi familia era mejor preparar las conversaciones, sobre todo cuando quería soltarles algo así.

—Como siempre, espero que todos me visitéis cuando tengáis tiempo —dijo—. A propósito: Travis, ¿recuerdas que el año pasado tuviste mucho tiempo y no me visitaste?

—¿Qué quieres que te diga? Me las apañé para estar tan ocupado como siempre...

—Sí, no hace falta que me lo digas, estoy al final de la lista de prioridades.

Hice una nota mental de eso: estaba recurriendo al chantaje emocional, lo cual significaba que realmente quería que fuese a verla.

En general, mis primas parecían estar bien, algo que siempre era bueno saber. Conversaron un poco más sobre París, y luego Reese incluso mencionó lo de mi oferta de trabajo. Para mi satisfacción, Kimberly la animó a que la aceptara.

De repente, mi teléfono sonó y mis ojos se clavaron en la pantalla. Era Bonnie. Joder, era mediodía, así que mi instinto me dijo que algo no iba bien. Contesté inmediatamente, a pesar de que Reese y Kimberly seguían hablando.

—Kimberly, espera. Guardemos silencio. Están llamando a Travis —señaló Reese mientras yo contestaba.

—Bonnie, ¿estás bien? —pregunté en lugar de saludar.

—Hola. Humm, no te asustes.

Maldita sea. Odiaba esa frase. Cada uno de mis músculos se contrajo.

—¿Qué pasa? —pregunté con voz muy neutra y tranquilizadora.

—He tenido un sangrado y estoy yendo a la consulta de la doctora Taylor. Estaré allí dentro de veinte minutos.

—Te recogeré.

—No, estoy en un Uber.

¿Por qué no me había llamado para que la llevara? No me gustaba la idea de que se quedara sola, pero probablemente fuera la forma más rápida.

—Creo que puedo llegar allí a la misma hora. ¿Quieres quedarte al teléfono conmigo hasta que llegues?

—No, no. No seas tonto, estoy segura de que todo irá bien. —Sin embargo, su voz era temblorosa.

—Va a estar todo bien. Iré enseguida —afirmé.

Me puse de pie nada más colgar. Reese me miraba con ojos asustados.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella.

—Bonnie ha tenido un sangrado.

Reese se tapó la boca y Kimberly bufó. No era un experto ni mucho menos en el cuerpo femenino, pero hasta yo sabía que sangrar durante el embarazo no podía ser bueno.

—Está de camino a ver a su ginecóloga, así que me iré ahora mismo para allí.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Reese.

Negué con la cabeza. Sabía que Bonnie no querría que estuviera nadie más que yo en la consulta.

—No, iré solo.

—Cruzaré los dedos, ¿vale? —contestó dijo Reese.

Asentí.

—Gracias.

Más vale que los dos estén bien.

De repente, la idea de no tener una familia con Bonnie quedó totalmente descartada.

Capítulo Diecisiete

Travis

Cuando llegué a la consulta de la doctora Taylor, la recepcionista me dijo que Bonnie ya estaba dentro. Llamé a la puerta y la abrí en el mismo instante en que la voz de Bonnie decía: “Pasa”.

Estaba tumbada en la cama, pálida y temblando ligeramente.

—Bonnie, ¿estás bien? —pregunté. No había nadie más en la consulta. *¿Dónde coño está la doctora Taylor?* ¿Por qué estás sola?

—La doctora Taylor ya me ha examinado —susurró—. No te preocupes, el bebé está bien. Está vivo. —La angustia de su voz atravesó todo mi ser—. Volverá enseguida. Gracias por venir.

Me acerqué a la cama y tomé su mano entre las mías.

—Bonnie, siempre estaré aquí para ti.

Se rascó la nariz.

—No quiero estar aquí.

—Yo tampoco. Veamos qué dice la doctora Taylor. Luego nos iremos lo antes posible.

Sus ojos se iluminaron.

—¿Te duele algo? —pregunté—. ¿Tienes algún síntoma?

—No, son solo manchas de sangre —respondió—. Pero no me duele nada.

Justo en ese momento, entró la doctora Taylor.

—¡Travis! Me alegro de que hayas podido venir. Es importante que ambos estéis al tanto de lo que ocurre. Después de hacer algunas pruebas, puedo deciros con seguridad que no tenéis nada de qué preocuparos. Algunos manchados son normales en el embarazo, y he descartado cualquier problema potencial.

Entonces, miró directamente a Bonnie.

—Hoy debes guardar reposo en la medida de lo posible. Quizá mañana también. Evita subir y bajar escaleras.

Maldita sea. Ya no tenía ninguna duda: iba a cuidar de ella y del bebé para que Bonnie no tuviera que preocuparse por nada. Mi mente se llenó de ideas sobre cómo mantener a Bonnie y al bebé seguros y cómodos.

—¿Algo más? —preguntó la doctora.

—No, que yo sepa, no —respondió Bonnie—. Si tengo alguna otra consulta, me pondré en contacto.

—Claro. Y durante este fin de semana, no puede haber penetración, ¿de acuerdo? —indicó la doctora Taylor.

Casi me atraganté con mi propia saliva. Bonnie se sonrojó.

Le dio una palmadita en la rodilla a Bonnie y luego alternó su mirada entre nosotros.

—Me necesitan en la consulta de al lado. Que tengáis un buen día, y tranquilos.

Cuando la doctora Taylor se marchó, Bonnie se pasó una mano por el pelo y yo volví a sentarme en el borde de la camilla.

—Ven a casa conmigo, cariño —dije.

Levantó la cabeza y me miró a los ojos.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Quiero que vengas a casa conmigo.

—Travis. No pue...

La interrumpí antes de que terminara esa frase sin sentido.

—La doctora Taylor dijo que este fin de semana tienes que hacer el menor esfuerzo posible. Recuerdo que me dijiste que en tu edificio había escaleras.

Su mirada se suavizó. Sabía que mis palabras le estaban llegando. Necesitaba que aceptara pasar aquel fin de semana en mi ático, no podía permitir que volviera a su casa, donde tendría que subir escaleras. Era fácil de resolver.

—Te mimaré. Traeré magdalenas de piña.

Ella se rió, poniendo una mano sobre su vientre.

—Me estás sobornando.

—Sí, así es.

—Pues está funcionando. No quiero perder al bebé.

—Y no lo perderás. —Puse mi mano sobre la suya y la miré directamente a los ojos—. No quiero que te preocupes por nada.

—Pero no puedo evitarlo.

—Bonnie, puedo cuidar tanto de ti como del bebé. Ya lo sabes. Ni siquiera tienes que ir a trabajar si no quieres.

—Así no es como quiero hacer las cosas —murmuró.

Era una mujer orgullosa. Lo entendía y me encantaba que fuera así, pero incluso las personas orgullosas necesitaban pedir ayuda a veces.

Aunque tampoco tenía que ganar todas las batallas juntas. Ese no era mi *modus operandi*. Me tomé las victorias como vinieron, y convencerla de que se quedara conmigo el fin de semana fue una gran victoria a mi modo de ver.

—Podemos ir directamente a tu casa, y mientras esperas en el coche, puedo hacerte la maleta.

—No, no será necesario. Mi amiga Ashley tiene una llave. Puedo pedirle a ella que haga la maleta, no vive muy lejos. Y luego puedo decirle que nos encontremos delante del edificio.

—Genial. ¿Estás segura de que Ashley está en casa?

—Sí, le envié un mensaje para preguntarle si podía pasarse más tarde y ayudarme con algunas cosas.

—¿Le enviaste un mensaje a Ashley para eso?

—Sí.

—¿Por qué no me lo enviaste a mí? —Intenté que mi voz no reflejara dolor, pero ¿qué demonios? Primero llamó a un Uber y luego envió un mensaje a su amiga. ¿Qué era yo, un cero a la izquierda?

—No lo sé, Travis. Fue mi primer impulso y lo seguí.

La miré fijamente y, al menos por ese momento, decidí no seguir insistiendo.

—Está bien. Envíale un mensaje a Ashley.

***

Diez minutos después, ya estábamos dentro del coche. Cuando llegamos al edificio de Bonnie, frente a él había una pelirroja con una maleta enorme.

—¿Es Ashley? —pregunté.

—Sí. Dios mío, ¿qué ha hecho, empacar todo mi apartamento?

—Bravo por Ashley. Quédate en el coche. Iré a por ella y pondré la maleta en el maletero.

Salí del coche y me acerqué a Ashley.

—Hola, tú debes de ser Travis —dijo, mirándome de arriba abajo—. He oído hablar mucho de ti.

—Así es. Encantado de conocerte, Ashley. Gracias por hacer la maleta de Bonnie. Seguro que lo has hecho mejor de lo que lo habría hecho yo.

—¿Cómo se encuentra?

Cuando iba a responder, oí:

—¡Puedes preguntármelo tú misma!

Al girarme, vi que Bonnie había bajado la ventanilla. Al instante, Ashley se acercó para hablar con ella mientras yo rodaba la maleta hasta el maletero, tomándome mi tiempo para que pudieran hablar antes de que subiera al coche. Una vez dentro, charlaron unos minutos más. Parecía estar muy unida a Ashley.

Después de que se despidieran, conduje hasta mi casa. Cuando llegamos, entré directamente en el garaje subterráneo.

—Vaya, esto es increíble. También he visto que tienes un parque enorme al lado. —Mientras aparcaba el coche, se volvió de repente hacia mí—. Se me ha olvidado preguntar. ¿Tienes dos dormitorios, verdad?

Luché por contener la risa, pero las comisuras de mis labios se crisparon:

—Sí, Bonnie. Y aunque no fuera así, me quedaría con el sofá. —Me incliné hacia ella. No podía evitarlo—. De todas maneras, sea un dormitorio o siete, no habría diferencia.

—¿Por qué? —preguntó en voz baja.

—Porque luchar contra mis instintos se está convirtiendo en un trabajo a tiempo completo.

Respiró hondo y apartó la mirada.

Saqué la llave del contacto y salí del coche.

—Espera, quédate dentro —indiqué.

—¿Qué? ¿Por qué?

Rodeando el coche por su lado, abrí la puerta y le dije:

—Tienes que hacer el menor esfuerzo posible, ¿recuerdas?

—¿Y qué vas a hacer? ¿Acaso tienes una silla de ruedas?

—No, pero puedo hacer algo mejor. Puedo cargarte en brazos.

Se echó a reír, pero yo me quedé mirándola.

Su sonrisa se desvaneció.

—Espera, estás hablando en serio, ¿no?

—Por supuesto.

—La doctora no fue tan literal. Puedo andar.

—Puedes, pero no tienes por qué. Me tienes a mí.

—Pero eso es ridículo.

—Lo sé, pero no me importa, así que no te resistas.

—Vale, no lo haré. ¿Estás seguro de que puedes cargarme? —preguntó—. No soy tan ligera como parezco.

—Vamos a intentarlo. —Le pasé un brazo por debajo de las rodillas, encajé el otro entre su espalda y el asiento, y luego la levanté. Ella rodeó mi cuello con un brazo y se aferró con una mano a mi bíceps.

—Eres fuerte —susurró.

Cerré la puerta con el pie y me dirigí directamente al ascensor.

—Gracias. Después volveré a por tu bolso y tu abrigo.

Se había quitado el abrigo, tirándolo en el asiento trasero con sus otras cosas.

—¿De verdad no te peso mucho?

—De verdad. —Pero estar tan cerca de ella estaba poniendo a prueba todo mi autocontrol y

contención. Olía de maravilla. Llevaba puesto el mismo perfume que recordaba de Oceanwell Bay, y aquello hizo aflorar los recuerdos que había intentado silenciar. Recordé el sabor de su piel y sus sonidos de placer. Su pecho estaba presionado contra el mío, y cuando sentí como si no llevara sujetador, casi me empalmo de solo pensarlo. Maldita sea, mi autocontrol iba desapareciendo a cada segundo.

—La llave está en mi bolsillo delantero —señalé—. Sácala y abre la puerta.

—Ya puedes bajarme.

—Todavía no.

—Dios mío, no se puede razonar contigo cuando te pones así.

—Exacto.

Cogió la llave de mi bolsillo y abrió la puerta con dificultad. Luego la empujé con el hombro para terminar de abrirla.

—Ahora sí que puedes bajarme —dijo Bonnie, echando un vistazo a su alrededor. Su voz sonaba ahogada. La miré a los ojos y ella apartó rápidamente la mirada. Aquello estaba poniendo a prueba su autocontrol tanto como el mío. Casi de manera involuntaria, miré sus labios. Esa boca... Quería apoderarme de ella en aquel preciso instante.

—Te llevaré en el sofá y luego ya veremos. De hecho, espera, te llevaré directamente a la habitación de invitados.

—Ay, Travis...

También abrí la puerta de ese dormitorio con el hombro. Al bajarla, moví la mano y accidentalmente le rocé el pezón. Pude notar que estaba duro. Ya tenía una semierección, y estar tanto en contacto con ella no ayudaba en nada.

—Voy abajo a subir tu maleta. ¿Quieres beber algo?

Tenía las mejillas enrojecidas.

—No. Gracias.

Asentí y salí. De camino al coche, se me ocurrió una idea.

Llamé a Reese desde el pasillo, donde aún tenía señal. Contestó enseguida.

—¡Por fin! Creía que me iba a dar un infarto. No quería mandarte un mensaje ni llamarte. ¿Qué ha pasado? —preguntó con urgencia.

—Está bien, pero la médica le ha dicho que debe hacer el menor esfuerzo posible este fin de semana. Así que la convencí para que se quedara conmigo.

—Primo, nunca he estado más orgullosa de ti.

—Yo también estoy bastante orgulloso de mí mismo. Oye, le encantan las magdalenas de piña...

—Ajá.

—Así que hablaré con Liz y le preguntaré si puede preparar algunas. ¿Te importaría ir a recogerlas? No tendría problema en hacerlo yo, pero no quiero dejarla sola.

—No digas ni una palabra más. Déjalo en mis manos, ni siquiera tienes que llamar a Liz; me encargaré de avisarle yo. Además, te felicito por saber cuál es su dulce favorito. Siempre me ha parecido muy importante saber eso de tu pareja; puede resolver muchos problemas. Estaré en tu casa lo antes posible.

—Gracias, Reese. Nos vemos luego.

Fui directamente al *parking*, cogí su maleta, su abrigo y otros objetos, y luego volví a subir. Estaba pensando en alguna manera de convencer a Bonnie de que se quedara en mi casa por mucho tiempo. Todos mis instintos querían que se quedara y que estuviera segura, que tuviera todo lo que necesitara.

Entré, cerré la puerta y colgué su abrigo en el armario de la entrada antes de llevar la maleta hacia el dormitorio de invitados. Cuando llegué a la puerta, me detuve a echar un buen vistazo a mi chica. Estaba acostada boca arriba, con una mano sobre el vientre, y su pecho subía y bajaba con rapidez. Intenté apartar de mi mente la sensación de sus suaves senos contra mi brazo.

Murmuraba algo, pero no pude entender qué. Sin embargo, al mirarla allí, en aquella cama, una cosa quedó clara: iba a fracasar estrepitosamente en mi intento de mantenerme alejado de ella durante el fin de semana.

—¿Interrumpo algo? —pregunté.

—Solo estaba teniendo una conversación con el bebé. Le estoy prometiendo que mamá cuidará de él o ella.

—Mamá *y papá*.

Su sonrisa me hizo feliz; al menos se mostraba dispuesta a aceptar esa idea.

—Por supuesto. Gracias por traerme la maleta, quiero ponerme algo más cómodo. Al ver el sangrado, me puse lo primero que encontré, tenía tanto pánico por llegar a la doctora...

—Es entendible. Oye, voy a prepararte la comida. ¿Algún pedido especial?

—¿Me permites elegir? —dijo, levantando la vista.

—Prometí mimarte.

—Lo que me recuerda, ¿dónde está mi magdalena? —Aquella sonrisa sarcástica iba a acabar conmigo. Me encantaban las mujeres que sabían desafiarme.

—Está en camino. Mi familia está en ello.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¡Hostia! ¿A qué te refieres?

—Va a venir mi prima Reese.

—¿Sabe lo que ha pasado? —La expresión temerosa de Bonnie me resultó entrañable. Pronto descubriría que, si salías con un Maxwell, salías con toda la familia. Aunque no era que estuviéramos saliendo... todavía. Sin embargo, me estaba esforzando para cambiar eso. Bonnie quería que fuéramos amigos, pero después de aquel día, yo estaba decidido a que quería que fuéramos una familia.

Y ese sentimiento nació al conocerla. Al seducirla, convencerla —y convencerme a mí mismo— de que era capaz de mantener una relación seria.

—Sí. Estaba con ella cuando llamaste. Conociendo a mi familia, probablemente todos lo sepan ya y estén esperando noticias. Voy a publicarlo en el grupo de WhatsApp de la familia, pero te adelanto de que es muy probable que se pasen por aquí este fin de semana para ver cómo estás.

Parpadeó con rapidez, reacomodándose en la cama. No podía precisar si eso le parecía bien o mal.

—¿De verdad?

¿Por qué le sorprendió tanto?

—Sí. ¿Le has avisado a tu madre de que estás bien?

Ella negó con la cabeza.

—No. No le conté nada de la visita a la médica.

Eso me sorprendió.

—¿Por qué?

Ella mostró una sonrisa triste.

—No importa, podemos hablar de ello en otro momento. No quiero interrumpir tus mimos.

—Lo primero es lo primero. Dime qué necesitas de aquí. —Cogí la maleta, la coloqué en el

suelo y abrí el cierre.

—¿En serio no vas a dejar que me levante de la cama? La doctora dijo que haga el menor esfuerzo posible, pero eso no significa que no pueda caminar. —Como has dicho, hoy no me puedes pedir que razone mucho.

Apretó los labios, sonriendo.

—Vale, entonces voy a necesitar que me alcances el vestido rosa que encontrarás arriba de todo.

Al parecer, Ashley le había explicado cómo había hecho la maleta y qué había en cada sitio.

Acto seguido, proseguí a abrir la maleta. Una tela rosa brillante apareció ante mis ojos. *Debía de ser el vestido.* Se lo entregué a Bonnie.

Abrió los ojos ampliamente, clavando la mirada en la maleta.

—¡Joder!

—¿Qué? ¿Qué ha pasado?

Mierda, ¿qué he hecho mal?

—Dios mío, no puedo creer que haya empacado eso. —Se pasó las manos por la cara.

Volví a mirar el equipaje y me encontré con una ropa interior muy sexy, negra y con mucho encaje. Me vino a la mente la imagen de Bonnie con ella puesta. Mi polla se estremeció solo de pensarlo.

Estaba frito.

—No le pedí que pusiera eso ahí. Dije ropa interior, no entiendo por qué metió el encaje... Dios mío. Parece que decidió por su cuenta...

Ashley empezó a caerme mejor desde ese momento. La idea de ver a Bonnie con esas prendas me estaba trastornando la mente. Tenía que salir de la habitación, y luego probablemente necesitaría darme una ducha fría y posiblemente masturbarme. Era la única forma de sobrevivir a aquel fin de semana con ella.

—Estaré aquí fuera, avísame si necesitas algo —dije antes de salir de la habitación.

***

Reese llegó una hora y media después con una caja enorme en la mano.

—¿Cuántas magdalenas has traído? —pregunté.

—Muchas. Yo también voy a comer unas cuantas.

—Normal. Muchas gracias por pasarte y hacer esto por mí, Reese.

—No es nada. ¿Dónde está Bonnie?

—En la habitación de invitados. Vamos, te acompaño.

Reese cogió la caja con ambas manos, siguiéndome.

Llamé a la puerta.

—¿Podemos entrar?

—Sí, claro.

Abrí la puerta y Reese entró de inmediato. Bonnie se encontraba sentada en la cama, con las piernas cruzadas. Estaba guapísima con el vestido rosa. Su pelo oscuro era tan largo que casi le cubría los pechos. Sus ojos se iluminaron al vernos.

—Hola, Bonnie. Soy Reese. —Mis primas eran increíbles; podían hacer que cualquiera se sintiera cómodo al instante.

—Encantada de conocerte, Reese. —Afortunadamente, Bonnie parecía estar a gusto con la situación.

—Te he traído magdalenas, como pediste —dijo guiñando un ojo.

—Muchas gracias.

—Liz hizo un montón, pero le dije que podía ayudarte a terminarlas.

—Me caes bien, Reese.

Se rieron, y obviamente congeniaban. Perfecto, para mí era importante que Bonnie se sintiera parte de la familia.

—Mi primo me ha dicho que tienes que guardar reposo este fin de semana.

Bonnie puso los ojos en blanco.

—Las palabras de la doctora fueron "hacer el menor esfuerzo posible", y Travis se lo está tomando muy en serio.

—Ah sí, mi primo es muy minucioso y cuadriculado cuando se lo propone. ¿Puedo sentarme al otro lado de la cama?

—Claro.

Reese se sentó al instante siguiente, colocó la caja de magdalenas en medio del colchón y quitó la tapa.

—Nunca he comido magdalenas con crema de piña —dijo—. Travis dijo que eran tus favoritas, ¿no?

Bonnie asintió.

—Las descubrí en Oceanwell Bay y son increíbles.

—Me alegro mucho de haber podido conocerte. Aunque, claro, hubiera preferido que fuera en otras circunstancias. De hecho, el otro día soñé que salíamos juntas de fiesta y teníamos a varios chicos rondándonos.

Me quedé mirando a Reese y ella me devolvió la mirada: parecía muy, muy satisfecha de sí misma. *¿Qué está haciendo exactamente? ¿Está tratando de volverme loco?*

—Travis, a menos que quieras participar en una charla de chicas, te sugiero que nos dejes solas —comentó Reese con dulzura.

Levanté las manos en señal de defensa y retrocedí un paso. Definitivamente, no quería oír más. Pero luego iba a decirle a mi prima lo que pensaba. Bonnie no necesitaba a ningún otro hombre en su vida.

—La verdad es que no. Os dejo hablar a solas. —Volviéndome hacia atrás al salir por la puerta, pregunté—: Bonnie, ¿qué quieres cenar?

—Curry vegetariano —contestó sin dudarlo—. Reese, ¿tú también te vas a quedar?

—No, no. Solo he venido a veros.

—Entonces pediré la cena —dije, cerrando la puerta tras de mí. Aún era temprano por la tarde, pero cuando salimos de la consulta de la doctora Taylor, Bonnie me dijo que no había almorzado y quería asegurarme de que se alimentara bien.

Había planeado completar los detalles de las proyecciones de flujo de caja en la hoja de cálculo durante aquella tarde, pero no pude centrarme en nada de eso. Una parte de mí aún estaba procesando lo ocurrido durante el día. Pero quería hacer algún avance, por pequeño que fuera. Cogí el portátil y pedí curry vegetariano. Luego, en lugar de ponerme a trabajar, busqué en Google "sangrados durante el embarazo".

En lugar de tranquilizarme, la búsqueda solo multiplicó mis preocupaciones. *Madre mía, ¿cuántas cosas pueden ir mal en un embarazo?*

Quedé enrollado en la investigación hasta que llegó la cena. Reese decidió marcharse unos minutos después, y la acompañé hasta la puerta.

—¿Quieres matarme? ¿Qué ha sido eso de salir de fiesta y tener a varios tíos a vuestro alrededor?

Me dedicó una sonrisa.

—Solo estaba comprobando una teoría.

—¿Te importaría compartirla conmigo?

—Hice una apuesta con tus hermanos y Kimberly. No estamos seguros de que vayas a pasar de este fin de semana sin romper tu promesa.

—¿Pero en qué momento hicisteis eso? Apenas te conté que Bonnie pasaría el fin de semana aquí antes de que vinieras.

—Tuve tiempo de sobra —dijo Reese con orgullo.

—¿Qué fue lo que apostó cada uno? —Sentí curiosidad.

—Todos están seguros de que la vas a romper. Yo insistí en que lo cumplirás porque quieres hacerlo lo mejor posible, pero después de ver tu cara cuando hice el comentario de los tíos, yo también estoy cien por cien segura de que la romperás.

—Gracias por el voto de confianza. —No podía parecer más contenta con su observación, y yo sabía que tenía toda la razón. Tenía grandes planes para aquel fin de semana. El primero: convencer a Bonnie de que se mudara conmigo; El segundo: convencerla de que tuviera una cita conmigo.

—De nada, primo.

Capítulo Dieciocho

Bonnie

Cuando Reese se marchó, Travis regresó a mi habitación. De inmediato, sentí que el aire se llenaba de tensión. Se apoyó en la puerta, cruzando los brazos, y de alguna manera parecía aún más atractivo allí, en su ático. O quizá era yo, que me sentía más susceptible después de que me hubiera llevado en brazos, recordando lo cerca que había estado de todos esos músculos. Observé sus bíceps: estaba segura de que parecían un poco más voluminosos de lo normal debido al esfuerzo.

Sonreí.

—Me cae muy bien Reese.

—Es genial —coincidió Travis.

—Es muy divertida y cariñosa, no es algo a lo que esté acostumbrada.

Apreté los labios. ¿Por qué le había dicho eso? No quería agobiarle con mi pasado.

—¿Ah, no? —preguntó—. ¿Por qué?

Suspiré. ¿Era necesario contárselo? En algún momento, sí. Debía saber que la madre de su hijo procedía de una familia disfuncional, algo que obviamente le era muy ajeno.

—No tienes que decírmelo si no quieres —continuó.

Se separó de la puerta, entró y se sentó a los pies de la cama.

—Bueno, tengo algunas cosas que contarte. Siento que deberías conocerme mejor.

Levantó las cejas:

—Totalmente de acuerdo.

Me armé de valor y comencé a contarle la historia de mi vida.

—Hasta los ocho años viví en una granja cerca de Chicago. Desde muy pequeña descubrí que me encantaban los animales. Cuando mis padres discutían y yo necesitaba evadirme, me iba al rancho vecino. Al señor y a la señora Johnson les encantaba que pasara por allí, y me dejaban dar de comer a las gallinas o acariciar a las ovejas. Era mi refugio. Creo que, a partir de ese momento supe que quería trabajar con animales. Cuando mis padres se divorciaron, mi madre y yo nos mudamos cerca de Portland. Eché mucho de menos a papá durante ese tiempo. En definitiva, de niña siempre me sentí muy sola.

¿Cuánto más debería contarle? ¿Debo seguir? Decidí no contenerme y proseguí:

—Mi madre siempre tuvo problemas con el juego y acabó perdiendo nuestra casa. Eso fue lo que provocó el divorcio. Ni siquiera estoy segura de cómo consiguió quedarse con mi custodia, pues nunca pudo lidiar con el hecho de ser madre soltera. Creo que sentía que había renunciado a muchas cosas y que se había perdido muchas oportunidades en la vida. Sobre todo, por tenerme a mí. —Travis parecía un poco horrorizado, pero también confuso, como si no pudiera entender cómo todo aquello pudiera ser real—. Ah, y cuando le conté lo de mi embarazo, me dijo sin rodeos que no pretendiera que hiciera de niñera, algo que ni se me había pasado por la cabeza.

La mirada de Travis se volvió dura.

—No te preocupes. Mis padres se mueren de ganas de cuidar al bebé. A mi madre le encantan los niños y le fastidia un poco que ninguno de nosotros haya cumplido en ese sentido, excepto Tate, así que no se cansará de cuidar de nuestro hijo, igual que mi abuela.

—Reese también se ofreció —comenté—. Ha sido un gran gesto de su parte.

—¿Tu madre sigue con eso de las apuestas?

Aquella conversación era muy difícil para mí. Apenas me atrevía a pensar en ello, así que mucho menos a hablarlo. Contarlo en voz alta era muy doloroso.

—Ella dice que no, pero su vecina la sigue de cerca y de vez en cuando hablamos de mi madre. La vecina cree que sigue haciéndolo, por eso siempre me niego a darle dinero. En cambio, intento comprarle las cosas que necesita, pero obviamente está resentida conmigo por ello. Humm... me cuesta mucho hablar de todo esto.

—Te entiendo, gracias por abrirte. ¿Quieres que hablemos de otra cosa?

—Sí, por favor.

Solté un largo suspiro. Listo, lo había dicho. Sabía que yo era la proverbial "chica de orígenes humildes". Probablemente no era a quien él habría elegido para ser la madre de su hijo.

—¿Qué te apetece hacer ahora? —preguntó.

Señalé el televisor.

—No he podido evitar ver que tienes Netflix. Estaba pensando en hacer un maratón viendo una de mis series favoritas, *Los Bridgerton*.

—Nunca he oído hablar de esa —dijo.

Jadeé.

—¿Cómo que nunca has oído hablar de esa serie? —Encendí el televisor y la seleccioné. Ya había comprobado las opciones antes de la visita de Reese—. Aquí está, ¿de verdad que nunca la has visto?

—Por los avances, parece una serie para chicas.

—Lo es —admití—, pero es genial. Te estás perdiendo la oportunidad de ver algo bueno. Tiene muchas escenas eróticas.

Sus ojos se abrieron de par en par y se sentó más erguido.

—¿Ah, sí? Ahora me has despertado la curiosidad.

Puse los ojos en blanco.

—Típico de los hombres. Digo que tiene escenas eróticas y de repente os interesáis.

Se encogió de hombros.

—Veámosla —contestó.

Entrecerré los ojos.

—¿En serio quieres verla?

—Sí. ¿Por qué no? No tengo planes para el fin de semana y quiero enterarme de las cosas que te interesan.

Eso me encantó. Una vez más, Travis estaba haciendo que me derritiera.

—¿Quieres empezar a verla ahora mismo? —pregunté.

—Sí, pero lo primero es lo primero, vamos a comer el curry que he pedido.

—Gran idea. —Afortunadamente, había recuperado el apetito.

Diez minutos después, Travis regresó con el curry y dos latas de refresco, sentándose en la cama a mi lado. Todo parecía muy íntimo, como si fuéramos una pareja que se quedaba en casa un viernes por la noche para ver Netflix. Había algo hogareño en la situación, y me gustaba más de lo debido.

No te acostumbres, Bonnie. No te acostumbres. Es solo por este fin de semana, me repetía a mí misma.

Nos comimos el curry sin ni siquiera hablar.

Cuando le di el último bocado, Travis se rió.

—Has comido rápido. —Señaló mi plato vacío.

—Tú también. —El suyo también estaba vacío.

Se levantó y abrió la ventana porque había un fuerte olor a curry en la habitación. Cogió los platos y, entonces, pude tener un breve respiro de la constante tensión sexual. Mi cuerpo se ponía en alerta cada vez que él estaba cerca.

Volvió antes de lo que esperaba, cerró la ventana y volvió a sentarse a mi lado. Maldita sea, estaba aún más cerca que antes.

Yo también había apoyado la almohada cerca del centro. Cuando me di cuenta de que estaba a solo unos centímetros de mí, contuve la respiración. Podía sentir el calor de su cuerpo irradiando hacia mí. Estaba lo bastante cerca como para que pudiera oler un leve aroma a menta. ¿Sería su gel de ducha? ¿O quizá se había lavado los dientes después de comer? Yo también debía cepillarme los míos, pero antes pondría en marcha la serie.

—¿Debo pulsar "Play"? —pregunté. Mi voz sonaba un poco rara.

—Sí. —Su respuesta fue más bien un gemido con tono ronco.

Si me giraba demasiado deprisa, corría el riesgo de chocar con su cabeza, pero no quería alejarme más. Le di al "Play".

—Yo ya la he visto un par de veces, y si estuviera sola, probablemente no empezaría por el principio, pero de otro modo no tendría sentido para ti. Tendría que explicarte demasiadas cosas.

Empezamos con el primer episodio de la primera temporada. Fue como volver a casa y envolverme en una manta acogedora. Definitivamente, era una de mis series favoritas.

—Vale, hasta ahora no le veo nada especial —comentó Travis cuando estábamos en el tercer episodio.

Suspiré, exasperada, porque estábamos en medio de una escena *increíble*.

—Es romántica, Travis. Las cosas se cuecen a fuego lento.

—No veo el fuego —dijo con indiferencia.

Entrecerré los ojos, pinchándole en el brazo.

—Oye, no te burles de mi serie.

Ladeó la cabeza en mi dirección y las puntas de nuestras narices casi se tocaron. Al instante, sentí su aliento sobre mis labios, haciendo que mi estómago diera un vuelco.

—¿O qué? —preguntó, con un tono desafiante.

—No lo sé —dije, sonando mucho más descarada y valiente de lo que me sentía. Estar tan cerca de él estaba afectando seriamente a mis defensas—. Ya pensaré en una venganza especialmente desagradable.

Le di un golpecito con el codo y todo mi cuerpo ardió por el contacto.

—Si no te gusta, puedo verla yo sola.

—No, no pasa nada. Solo te estoy tomando el pelo.

Me quedé boquiabierta.

—¿Así que lo estás haciendo a propósito? Di la verdad: te gusta la serie.

—El jurado sigue deliberando —respondió, y entonces ambos nos volvimos hacia la televisión.

Cuando empezó el episodio de la noche de bodas, miré a Travis más que a la tele. Cuando llegó la escena erótica, pude ver al instante el cambio en él. Se enderezó, inclinándose ligeramente hacia delante. Sus ojos se desorbitaron y se clavaron en la pantalla.

—¡Joder! —exclamó—. He subestimado seriamente las series de chicas. No deja nada librado a la imaginación —balbuceó.

—Así es. Bienvenido a mi mundo, Travis Maxwell. Bienvenido a mi mundo.

Después de eso, Travis quedó completamente cautivado. Fue tan hilarante que apenas conseguía contener la risa.

Vimos dos episodios más, y entonces me invadió el cansancio. Bostecé y él ladeó la cabeza en mi dirección.

—Deberías dormir.

Volví a bostezar.

—Sí, es verdad.

—¿Quieres que veamos el resto mañana?

—Claro, sería un buen plan.

Se quedó mirándome durante varios segundos sin decir nada. Tuve la extraña sensación de que estaba a punto de besarme, pero entonces, para mi consternación, se movió hacia el borde de la cama y se sentó de espaldas a mí, inspirando profundamente. Mi corazón estaba a punto de salirse del pecho y mis pulsaciones retumbaban en mis oídos. Una parte de mí aún esperaba que se diera la vuelta y me diera un beso de esos que te dejan sin aliento, pero entonces se puso en pie y apagué la tele.

La habitación estaba completamente a oscuras cuando pasó junto a la cama. Se detuvo en el umbral de la puerta y, mirándome, dijo:

—Buenas noches, Bonnie.

—Buenas noches.

—Hasta mañana —saludó.

Cerró la puerta y me metí bajo las sábanas, cubriéndome hasta la barbilla con las mantas. Mi pulso aún estaba desbocado y la boca seca.

¡Joder! Pasé de querer mantener las distancias a querer que me besara en cuestión de horas. Aquel sí que iba a ser un fin de semana largo...

Capítulo Diecinueve

Bonnie

A la mañana siguiente, me desperté con un delicioso olor a café flotando en el aire.

Abrí los ojos, pestañeé varias veces y me incorporé apoyándome sobre los codos. Había dormido profundamente y acababa de darme cuenta de que ya era de día afuera. Por lo general, cada vez que me olvidaba de cerrar las persianas, me despertaba al amanecer, pero la noche anterior nos acostamos tarde y aquel colchón era comodísimo.

Me levanté de la cama y me dirigí rápidamente al baño. Al revisar mi ropa interior, contuve la respiración. Gracias a Dios, el sangrado había cesado. Después, me di una ducha rápida, me lavé los dientes y me sequé el pelo antes de buscar la ropa en mi equipaje, ruborizándome cuando cogí la lencería de encaje. No podía creer que Ashley la hubiera metido en la maleta. La aparté, acomodándola en una esquina de la maleta antes de coger mi mullido albornoz y ponérmelo.

Iba a tener que hablar con mi querida amiga. Me estaba saboteando, lisa y llanamente, y eso no me iba a servir de nada: no necesitaba que me empujara hacia Travis; yo ya estaba teniendo pensamientos peligrosos por mi cuenta.

A continuación, abrí la puerta del dormitorio y salí. Travis estaba en la encimera de la cocina, manipulando una sartén y poniendo algo en un plato.

—Buenos días —saludé en voz alta.

Miró hacia atrás.

—Vuelve a la cama.

Puse los ojos en blanco.

—Travis, la doctora dijo que podía caminar.

—Sí, pero no todo el tiempo. Venga, que hoy vas a desayunar en la cama.

—Aaah, ya veo, te estás asegurando de cuidarme —dije.

—Te dije que lo haría.

—Lo sé, pero no pensaba que te lo tomarías tan literal.

—A la cama. Ahora. —Enfatizó cada palabra.

—Vale. —Me apresuré a volver, tendí las sábanas y acomodé las almohadas antes de sentarme. Estaba tan emocionada que no paraba de juguetear con mis pies. Una extraña energía recorría mi cuerpo, y estaba segura de que era porque un hombre guapo me estaba preparando el desayuno.

Un par de minutos después, oí pasos. Travis entró con una bandeja y la colocó sobre mi regazo. Había zumo de naranja, además de un *bowl* de yogur con granola.

—Esto tiene muy buena pinta —murmuré—. ¿Te has levantado temprano?

—Sí, siempre lo hago.

Le mostré una sonrisa:

—Yo también, normalmente. No sé qué me ha dado hoy.

—Nos acostamos tarde. Tenías que descansar, así que está bien que hayas dormido un poco más —comentó.

Tomé una cucharada de yogur y emití un sonido de placer.

—Mmm, está delicioso.

—Pareces sorprendida.

Abrí los ojos y sonreí tímidamente.

—Te preparé el desayuno en Oceanwell —continuó—, y también sé seguir instrucciones para hacer *bowls* de yogur con granola.

—Espera, ¿qué? ¿Has mirado una receta para prepararlo?

Asintió.

—Llamé a Reese. Le encantan los *bowls* de yogur con granola y estaba encantada de ayudar.

Tuve la extraña sensación de que me estaba derritiendo completamente sobre la cama. Había llamado a Reese para preguntarle cómo prepararlo. No me lo podía creer.

—¿Tú ya has desayunado? —pregunté.

—Sí, mientras te preparaba el desayuno a ti.

—Ah, vale.

Mientras engullía la comida, no dejó de observarme atentamente con un brillo peligroso en los ojos.

—Quiero hablarte de algo —dijo al cabo de unos instantes.

—Te escucho —respondí, sintiéndome de repente aprensiva. Esas palabras rara vez presagiaban algo bueno.

—Me gustaría mucho que te mudaras aquí.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—Espera, ¿qué? ¿Hablas en serio?

—Sí. Pero oye, no necesito una respuesta ahora. Quiero que lo pienses bien. Es que... ¿Y si vuelve a ocurrir algo así? ¿Y si el problema con la tensión empeora? Puedo cuidar mejor de ti si vives aquí.

Estaba completamente abrumada. Por más que quisiera, no podía darle una respuesta en ese momento, la verdad era que no podía procesarlo.

Hacía todo eso por el bebé, por supuesto, pero no estaba segura de poder mantener esa óptica. Solo había pasado una noche en su piso y ya sentía que me estaba volviendo a enamorar de él.

—Podrás disfrutar de unas magdalenas, tu comida favorita, siempre que quieras y, por supuesto, también de unas maratones de series de Netflix. Y tengo algunos ases más en la manga...

Le sonreí.

—Entonces, ¿eso significa que aún no vas a usar la artillería pesada conmigo?

—No. Se trata de ir por capas. Uno va construyendo poco a poco y aportas los argumentos definitorios al final, cuando vas a por todas.

Me eché a reír. Así había sido todo en Oceanwell Bay. Lo que había echado de menos cuando Travis se marchó y esperaba que reaviváramos de nuevo en Chicago, pero hasta ese momento nunca habíamos tenido la oportunidad por todo el asunto del embarazo.

¿Acaso seguiría siendo posible?

—Hablas como si yo fuera un adversario comercial y estuvieras tratando de convencerme.

Asintió una vez.

—La estrategia es similar, pero los argumentos difieren.

—Eso no ayuda mucho a tu causa.

—Porque no has oído los argumentos definitorios.

—¿Estoy a punto de escucharlos? —bromeé.

—No, todavía no. Como he dicho, es cuestión de ir por capas. Por ahora, solo estoy sentando las bases, dándote algo en lo que pensar.

—Ya veo. Entonces, ¿cuándo oiré el resto? —pregunté.

—Cuando menos te lo esperes. Y también cuando estés vulnerable.

—Dios mío, me has dejado de piedra. —Volví a dar otra cucharada a mi yogur, y reflexioné acerca de todo. Después de tragar, dije—: Lo tienes todo muy bien pensado.

—Sí, así es. Aunque tengo que admitir que hasta ahora solo lo he utilizado en mi vida profesional.

No lo admití en voz alta, pero su técnica estaba funcionando. Había conseguido sembrar la idea en mi mente y, mientras desayunaba, no podía pensar en otra cosa que no fuera eso. ¿Podría mudarme a su piso con él? Ni siquiera estaba segura de poder pasar aquel fin de semana sin abalanzarme sobre él. ¿Cómo podría vivir allí durante meses? ¿Y si me acostumbraba? Y luego, cuando estuviera sola con el bebé, ¿podría soportarlo?

—Estoy llenísima, no puedo comer más. —Aún me quedaba un poco de granola.

—Puedes comértelo luego si quieres.

—Sí, haré eso.

Se llevó la bandeja y volvió unos instantes después.

—¿Quieres pasarte al sofá? —preguntó.

—Oh, ¿me lo *permites*? —pregunté con descaro en la voz.

—Puedo llevarte hasta allí.

Me eché a reír. Por mucho que quisiera sentir sus músculos de cerca, aquello era muy peligroso.

—Puedo caminar sola. Me vendrá bien estirar un poco las piernas.

Cuando pasamos al salón, me tomé el tiempo de fijarme en todo, contemplando los detalles que no había tenido tiempo de ver el día anterior. Sinceramente, era el salón más espacioso en el que había estado nunca. No tenía ninguna duda de que todo mi apartamento cabía en él. Me senté en el enorme sofá, levanté los pies y me apoyé en un reposabrazos. Era lo bastante alto como para apoyar toda mi espalda.

Travis fue a la isla de la cocina y volvió con una taza de té y un tarro de miel.

—Te había preparado esto y se me olvidó por completo.

—No pasa nada, me gusta el té tibio. Entonces, ¿Reese es tu cómplice en la cocina? —pregunté.

—Reese es mi cómplice en todo y punto, aunque creo que señaló que era la primera vez que le pedía instrucciones para cocinar, así que llegó a la conclusión de que realmente estaba tratando de impresionarte.

Eso significaba que nunca lo había hecho por nadie más. Tal vez lo mencionó en broma, pero yo me sentía impresionada *y* cuidada.

—¿Y qué hay de tus hermanos y tu otra prima?

—También son mis compañeros de aventuras. Excepto Declan. Él es quien intenta mantenernos a todos bajo control y, aunque fracasa la mayoría de las veces, eso no le impide seguir intentándolo. Sam fue mi mejor aliado mientras estaba aquí.

—¿Dónde está ahora?

—En Honduras. Trabaja con Médicos Sin Fronteras.

—Ah, claro. Me lo habías dicho, pero lo había olvidado. ¿Cómo es que todos vosotros os dedicasteis a los negocios y él se hizo médico?

—Tyler es jugador de *hockey* sobre hielo, así que no todo el mundo se dedicó a los negocios.

—Qué guay. No sé mucho de *hockey* sobre hielo, pero lo buscaré por Internet.

Se echó a reír.

—Vaya, ¿no sabes quién es? Pues le viene genial a mi ego.

Sonreí tímidamente.

—Como te he dicho, lo buscaré en Internet. Vale, ¿de qué estábamos hablando? Ah, sí... ¡de Sam!

—Siempre ha tenido facilidad para arreglar cosas y un interés por la medicina. Mis padres y mi abuela insistieron en que siguiéramos nuestras pasiones.

—Siempre mencionas a tu abuela, pero nunca a tu abuelo. ¿Está divorciada?

Negó con la cabeza.

—No, es viuda. Mi abuelo falleció hace muchos años, lamentablemente ni siquiera me acuerdo de él.

—Lo siento mucho. Debe de ser muy duro para ella.

—Todavía le echa de menos. Todos los años, cuando se acerca la fecha de su aniversario, se deprime un poco y todos nosotros unimos fuerzas para animarla. Normalmente es Paisley quien consigue levantarla. Los demás lo intentamos, pero esa niña lo hace sin esfuerzo alguno.

Entonces me puse a contar con los dedos y él me miró con cara de confusión.

—¿Qué haces?

—Estoy tratando de averiguar si me has hablado de todos. No, espera. Luke. Aún no me has contado nada de él.

—¿Recuerdas su nombre?

Asentí.

—Sí. Es muy divertido tener tantos hermanos. De pequeña siempre quise tener un hermano o una hermana, pero nunca ocurrió.

—¿Recuerdas que te dije que hacíamos de todo?

—Sí.

—Luke era el de las ideas.

—Ya lo pillo —contesté, entendiendo cada vez más su dinámica familiar. Estaba encantada de que mi bebé fuera a estar rodeado de esa enorme pandilla. Tenía la sensación de que su infancia sería muy distinta de la mía, y eso era exactamente lo que deseaba. Por supuesto, la situación no era la ideal ni tampoco como me la había imaginado, pero a esas alturas, decidí dejarme llevar y aceptar las cosas tal como venían.

—¿Algo más que deba saber?

—Pues... Mis primas Reese y Kimberly son como hermanas para mí.

—Veo que estáis muy unidos.

—Sí, mucho. Mi tío, hermano de mi padre, no estaba muy presente cuando ellas eran pequeñas, así que pasaban mucho tiempo con nosotros.

Se me encogió el corazón por ellas.

—Qué triste. ¿Y su relación ha mejorado algo con el tiempo?

—De hecho, sí. Aunque el tío Harvey nos dio una sorpresa: fue viudo durante muchos años, y hace poco se casó y tuvo una niña, sin decírselo a nadie. Vive en Londres, pero, aun así, no tengo ni idea de cómo consiguió ocultárnoslo.

—¡Madre mía!

—Sí. Ha sido un *shock* para todos, especialmente para la abuela. Pero está contenta por tener una nueva nieta. Lo usa como excusa para viajar a Londres de vez en cuando, aunque cada vez que lo hace, nosotros nos preocupamos mucho.

—Aaay, qué monos sois.

—Y eso es todo. Creo que ya tienes toda la información que necesitas sobre mi familia.

—Gracias por compartir todo esto conmigo.

—Quiero que sientas que me conoces, Bonnie.

Se acercó a mí, sentándose en el borde del sofá, de tal forma que su muslo quedó pegado al mío. El contacto me pilló por sorpresa, provocándome una oleada de calor que recorrió mi cuerpo con tanta intensidad que me dejó pasmada. Jadeé, y Travis captó mi reacción, mientras mantenía sus ojos fijos en mis labios. Dios, estaba tan cerca. Tan, tan cerca. Podía sentir su aliento sobre mi boca...

Y entonces me besó. En cuanto nuestras bocas se tocaron, una descarga eléctrica recorrió mi cuerpo. El calor se concentró entre mis piernas y alrededor de mis pezones. Sentía como si todo mi cuerpo vibrara.

Le devolví el beso, de manera ardiente e implacable. Dios, había echado de menos sus labios. *Le* había echado de menos. Noté cómo una de sus manos me tocaba la cintura y luego se deslizaba hacia mi espalda. Mis pechos estaban aplastados contra su cuerpo. Rodeé su cuello con los brazos, enredé mis dedos en su cabello, y luego le aparté un poco para profundizar el beso.

Él me siguió el juego. Su lengua se fundió con la mía en un encuentro apasionado e insaciable. Era todo tan increíblemente sensual que me excité al instante.

Tenía tanto calor que estaba segura de que iba a empezar a sudar en cualquier momento. Podía sentir el latido de su corazón, y me encantaba.

Gimió, se apartó y me acarició la mejilla.

—He querido hacer esto desde que salimos a cenar. Y anoche... Joder, anoche quería hacerte tantas cosas...

Me estremecí. Pero entonces la realidad me abofeteó, y de repente sentí frío.

—Travis —murmuré—. Esta es exactamente la razón por la que quedarnos aquí no era una buena idea. No podemos hacerlo. Lo sabes.

—A mí, ahora mismo, esta me parece la mejor idea del mundo. Quiero que seamos algo más que amigos, Bonnie.

—Solo lo dices por el bebé. —Mi voz era un susurro tembloroso. Estaba aterrada de que fuera así.

—No, lo digo porque eres increíble. Desde que retomamos el contacto, lo único que quería era estar cerca de ti. Sabes que te habría llamado, cariño, pero perdí tu número. —No tenía motivos para mentir, y le creí—. Fui un idiota por no esforzarme más por localizarte, pero ahora estamos juntos. Sé que dijiste que estaríamos mejor siendo amigos, y que sería más seguro, tal vez. Pero yo quiero más que eso. Y nos lo merecemos.

—He estado temiendo que pasara esto, que se confundieran los límites.

—Bonnie, es evidente que tenemos una conexión. —Acarició mi cara con ambas manos, mirándome directamente a los ojos—. No puedes decirme que no la sientes. Antes de que tuviéramos el bebé, la sentías, ¿verdad?

—Sí, la siento —murmuré—. Y también la sentí en Oceanwell Bay, pero ambos acordamos que era casual.

—Es cierto, pero a veces las cosas cambian. Los sentimientos cambian —respondió—. Y ahora estamos aquí, y no voy a dejarte ir, ni hoy ni ningún día después de este. Eres mía, Bonnie. Lo que siento por ti no tiene nada que ver con el bebé, es algo completamente aparte. —Pasó su pulgar por mi labio inferior y por mi mandíbula—. Me gusta hacerte sonreír, me gusta verte feliz. Estoy muy agradecido de que hayas vuelto a mi vida. Y ahora mismo, no quiero dejar de besarte. No quiero dejar de tocarte.

—Pero debes hacerlo —murmuré—. Por favor. —Le supliqué porque necesitaba que fuera él

quien se alejara. En ese momento, mi autocontrol era nulo. Lo único que quería era seguir besándole.

Y eso fue exactamente lo que terminé haciendo...

Capítulo Veinte

Travis

Presioné sus labios contra los míos y la besé despacio, tomándome mi tiempo, deseando explorarla sin ninguna prisa. Quería adorarla por completo. Llevé mi boca hasta su cuello, mientras mis dedos recorrían los lados de su torso. Los deslicé lentamente hasta su cinturón, desabrochándoselo. Ella inhaló con fuerza mientras yo metía la mano por debajo de su albornoz abierto, subiéndola poco a poco desde el vientre hasta los pechos y luego el cuello.

Me aparté un poco y la miré directamente a los ojos. Cuando empecé a llevarla hacia el respaldo, ella apoyó las manos detrás de sí, mirándome con avidez. Me coloqué de modo que tuviera fácil acceso a su cuerpo y a la mesita. Cogí el tarro de miel para el té y se me ocurrió una idea. Introduje un dedo en el recipiente y le unté suavemente el pezón izquierdo con miel, y luego el derecho.

—Travis —murmuró.

Presioné mi boca contra su pezón y ella sacudió las caderas hacia delante, mientras echaba la cabeza hacia atrás. Me encantaba verla así, tan entregada. Y eso que apenas estaba empezando... Pasé al otro pezón, dibujando una línea con la punta de mi lengua a lo largo del rastro de miel antes de llevármelo a la boca. Su pezón estaba durísimo, y eso me fascinaba.

Sin embargo, quería algo más que simplemente saborear su piel, me moría por probar su coño. Le abrí el albornoz por completo y desplacé mi boca a lo largo de su torso, luego besé el interior de sus muslos, sin dejar de observarla ni un segundo. A continuación, le pasé dos dedos por la entrada. Joder, estaba tan mojada. Rodeé su clítoris con mis labios y, mientras gritaba mi nombre con voz temblorosa, sus muslos empezaron a temblar. Se corrió en cuestión de minutos, dejándose caer sobre el sofá, arqueando los hombros y mordiéndose el labio inferior.

—Joder. Qué sexy eres, cariño, y estás tan excitada. Voy a hacer que te corras fuerte. Una y otra vez.

—¿Es una promesa? —susurró. Sus párpados parecían pesarle.

—Claro que sí. —La besé, deseoso de escuchar sus sonidos, de desearla por completo. La doctora Taylor había dicho que aquel fin de semana no podía haber penetración, pero podía disfrutar de ella de muchas otras maneras.

Al pasar mis dedos sobre su espalda, noté cómo sus músculos se contraían, su cuerpo seguía tenso. Quería sentir cada centímetro de su piel. Coloqué una mano sobre su espalda y deslicé la otra por delante hasta su clítoris. La besé, moviendo la lengua con la misma intensidad que antes había movido los dedos. En cuanto rocé su clítoris con las yemas de los dedos, ella comenzó a temblar. Estudié las señales de su cuerpo, descubriendo a qué respondía y dándole exactamente lo que le gustaba hasta que volvió a explotar. Su reacción era adictiva: mi chica se estremeció por completo en el sofá.

La abracé mientras se calmaba y volví a besarla lentamente. Cuando sentí su sonrisa contra mi boca, me aparté.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada. Ha sido un orgasmo increíble. Y ahora —susurró—, tengo *planes*. Quítate la ropa.

Me gustaba hacia dónde iba aquello. Me puse en pie, deshaciéndome rápidamente de todas mis prendas.

—Recuerda lo que nos dijo la doctora Taylor —señalé.

—¿Cómo voy a olvidarlo? Me sonrojé tanto que pensé que mi cara iba a arder. —Se relamió los labios—. Travis... estoy sana.

—Yo también —dije sin titubear.

Acto seguido, apretó los labios alrededor de la punta de mi erección, agarrando su longitud con las manos.

—Joder —gruñí.

Eché la cabeza hacia atrás, tragando con fuerza. La sensación de su lengua a mi alrededor era una maldita locura. Me encantaba verla tomar el control, me fascinaba lo mucho que estaba disfrutando de mi polla.

Mientras descubría cada centímetro de su cuerpo, la observaba atentamente y tomé nota de todo lo que le gustaba. Descubrir sus puntos sensibles era adictivo. Le gustaba que le tocaran la base del cuello y el interior de sus codos. Cogí una de sus manos, la besé en la muñeca y jadeó. Vaya, sus muñecas eran un punto sensible también. Estaba perdiendo el control, y quería hacer que se corriera de nuevo. Ella era la única que importaba.

Me moví hacia atrás, posicionándome en el sofá justo entre sus muslos.

—Oye, no había terminado —murmuró.

—Lo sé, cariño. Pero hoy se trata de darte todo el placer a ti. ¿Confías en mí?

—Sí.

Le di un golpecito en el clítoris con la punta de mi polla. El contacto resultó increíblemente placentero. No podía penetrarla, pero quería hacer que se corriera así.

Se tocó los pezones, lo cual me resultó increíblemente sexy; no podía apartar la vista de sus dedos. Cuando su cuerpo empezó a temblar, la miré a la cara: estaba extasiada de placer. Inspiró hondo, soltando un grito. Ambos respirábamos de forma agitada. Coloqué una mano sobre su espalda para sostenerla y cayó rendida entre mis brazos. La mantuve así unos minutos y luego la levanté, sujetándola por sus nalgas. Rodeó mis hombros y la llevé en brazos hasta al baño.

—Vaya, ¿cómo es que tienes tanta fuerza? Es como si estuvieras levantando una pluma —murmuró.

—Te tengo, cariño —dije, bajándola cuando llegamos a la ducha.

Entré y abrí el grifo. Me gustaba ducharme con agua fría, pero recordé que a Bonnie le gustaba casi hirviendo.

Me eché gel de ducha en las palmas de las manos, frotándolas antes de enjabonarle el cuerpo. Empecé por el cuello y luego bajé por los pechos, rodeando los pezones varias veces.

Ella gimió, moviendo las caderas.

—Así que por eso me pusiste miel ahí. Es casi como si hubieras planeado este momento.

—Claro que lo planeé. De hecho, la idea era cubrirte de miel por completo.

—¿Y por qué no lo has hecho?

—Porque me dejé llevar, pero eso no significa que no pueda hacerlo la próxima vez. —contesté, guiñándole un ojo.

Después de enjabonarla, la enjuagué con cuidado. No podía saciarme de aquella mujer. Quería encontrar una excusa para poder tocarla todo el día.

Tras cerrar el grifo, salimos y le puse un albornoz nuevo, uno que tenía colgado en el gancho del cuarto de baño.

—Vamos, vuelve a la cama —indiqué después de secarme con la toalla.

Ella resopló.

—Ah, claro, así que ahora recuerdas que se supone que debo estar en reposo.

Sonreí, acercándome y poniéndole dos dedos en la boca.

—Es que tú me tientas todo el tiempo.

Ella inhaló profundamente.

—¿Todo el tiempo?

—Sí, Bonnie. No sé lo que es *dejar* de desearte.

Exhaló bruscamente.

Tomándola de la mano, la acompañé hasta la cama.

—¿Quieres seguir viendo *Los Bridgerton*? —preguntó.

Asentí y me senté a su lado de un salto.

Antes, la idea de pasar un día viendo Netflix no me atraía lo más mínimo. Pero de repente ya no podía imaginarme haciendo otra cosa que no fuera estar allí, haciendo eso con Bonnie.

***

Bonnie

En lugar de coger el mando a distancia, me puse boca abajo y me acurruqué contra una almohada, bostezando.

—He cambiado de opinión. Mejor veamos la serie más tarde.

—¿Estás cansada? —preguntó Travis.

—Para nada —murmuré—. Estoy satisfecha, feliz. Añadiría un montón de otras cosas positivas, pero tengo el cerebro un poco lento.

—¿Cómo quieres que te mime?

Abrí los ojos de par en par, sintiéndome de repente más alerta que antes.

Se echó a reír:

—Pareces mil veces más despierta que hace unos segundos.

—Pues sí, es que me anima que me mimen.

—¿Tienes algún antojo?

—Ahora mismo no, pero seguro que pronto tendré alguno.

—Y estaré encantado de satisfacerlos todos. Pídeme lo que quieras.

—Te gusta el peligro, ¿verdad? —bromeé.

—Cuando se trata de ti, claro que sí.

—Hmm... Siempre he querido montarme en una montaña rusa —dije.

Sus ojos se entrecerraron:

—¿Acaso me estás vacilando?

—No, siempre me he preguntado qué sensación me daría.

—¿Qué tal si lo olvidamos por los próximos siete meses?

Parpadeé:

—¿Crees que podría hacerle daño al bebé?

—Es mejor no arriesgarse, ¿no?

—Podría preguntarle a la doctora —dije, pensando en voz alta.

—Bonnie... —El tono de su voz fue casi un gruñido.

Volví a fijar mis ojos en él. Su mirada era feroz, pero no como lo había sido durante los momentos de sexo. Era algo distinto. Era su instinto protector saliendo a la luz, y me encantaba.

Me reí, girándome boca arriba.

—Vale, dejaré eso para más adelante y hoy te pediré algo más sencillo. Me apetece una hamburguesa. En una ocasión, antes de irme de Chicago, comí una de champiñón Portobello. Estaba deliciosa.

—Pues entonces cenaremos hamburguesas de champiñones Portobello —respondió.

—¿De verdad?

—Cariño, si existen en algún lugar de Chicago, te las conseguiré. Y si ya no las hacen aquí, encontraré la manera de conseguirlas. Te he dicho que no hay nada que no haría por ti, y lo dije en serio.

No me cabía ninguna duda de que lo decía en serio. Era tan increíble como aterrador. ¿Podría ser real? Nunca me había pasado algo así.

—Bonnie, múdate conmigo.

—Aaah, así que *este* es el momento que estabas esperando... ¿justo cuando estoy más vulnerable, no? Pero no me parece una buena idea, Travis, sabes que no lo es. No quiero precipitarme. ¿Y si dejo mi apartamento y luego no funciona?

Al instante, su mirada se volvió más dura.

—Entonces no lo dejes.

—No. No quiero acostumbrarme.

—¿A qué? ¿A mí?

—Te estás enfadando. Mejor cambiemos de tema, ¿vale?

—No, hablémoslo.

—Travis, no creo que mudarme sea una buena idea, es demasiado pronto. Hace muy poco tiempo que estamos saliendo.

Me mostró una sonrisa de suficiencia.

—Me gusta escuchar eso. *Saliendo*. Iré ganando una batalla a la vez.

—Tengo otra petición —dije con cierto descaro.

—Dime.

—Me duele un poco la espalda de tanto estar tumbada y necesito un masaje. Tengo loción corporal, está dentro de mi maleta, en el neceser rosa con los artículos de aseo.

—Tus deseos son órdenes. Será un placer.

Bajó de la cama y cogió la loción. Luego se sentó en el borde del colchón, la destapó y se echó un chorro en la mano. Me quité el albornoz, me puse boca abajo y él comenzó a esparcirla por toda mi espalda.

Me encantaba sentir sus manos sobre mí, en mis hombros y bajando por la columna, rozando los lados de mis pechos. Me relajaba mucho, pero también me excitaba. Mis pechos estaban aplastados contra el colchón, así que él no podía darse cuenta de que mis pezones se habían puesto duros, suplicando que los tocara.

Se subió a la cama, apoyó las rodillas en la parte exterior de mis muslos y se sentó a horcajadas sobre mí. Sentí cómo se cernía sobre mí mientras recorría mi columna con las manos y acercaba su boca a mi oreja.

—Estás disfrutando mucho con esto, ¿verdad?

Qué ingenua. ¿Cómo pude pensar que no se daría cuenta?

—Bastante —murmuré—. Esto es increíble.

—Eres preciosa. Es un privilegio cuidar de ti, Bonnie. Me encanta hacerlo.

—Soy absoluta y completamente feliz. —Sonreía de oreja a oreja, preguntándome cómo aquella podía ser mi vida—. Entonces, ¿sigue en pie lo de *Los Bridgerton*?

Me apretó la nalga.

—Sí.

—No veo la hora de que veas la segunda temporada.

—¿Ya terminamos la primera?

—No, pero las temporadas son cortas, por desgracia. Me pregunto cuál te gustará más.

—¿Cuál es tu favorita?

—Ah no, no te lo diré hasta después de que la terminemos. Y ahí comenzarán las discusiones —dije con una sonrisa mientras cogía el mando a distancia.

Suspiré, sonriendo contra la almohada, recordando lo que me había dicho antes de hacer todas aquellas irresistibles cosas en mi cuerpo. *«Lo que siento por ti no tiene nada que ver con el bebé, es algo completamente aparte*».

Sin embargo, una pequeña espina seguía clavada en mi corazón. No podía evitar pensar que decía todas esas cosas porque yo llevaba a su bebé en mi vientre. ¿Y si ni él *mismo* se daba cuenta de que ese era el verdadero motivo?

Capítulo Veintiuno

Bonnie

A la mañana siguiente, cuando me desperté, Travis estaba al teléfono. Hablaba en voz baja, pero aún podía oírle a través de la puerta abierta.

—Claro, abuela. ¿Necesitas que te lleve algo más? ¿Cómo es que ya te has enterado de que Bonnie está aquí?

Me senté en la cama cuando oí mi nombre, intentando escuchar con más atención que antes.

—Bueno —dijo Travis pausadamente—. Vale. Le preguntaré si quiere ir y de todos modos te veré dentro de una hora, como máximo.

Oí pasos que se acercaban y, cuando entró en la habitación, reprimí un bostezo.

—Ya estás levantada —dijo—. ¿Te he despertado mientras hablaba por teléfono?

—Ya no estaba durmiendo tan profundamente. Por lo que he oído, era tu abuela, ¿no?

Sonrió.

—¿Estabas escuchando la conversación?

—Es que oí que mencionabas mi nombre.

—Me pidió que me pasara para revisar su generador. Se han fundido algunas bombillas. Puede que sea por la tormenta de anoche.

—Ay, no. ¿Fue fuerte?

—Qué va. La abuela solo está buscando una excusa para que nos pasemos los dos. Le diré que necesitas descansar.

—Travis, no exageres —resoplé—. La doctora no me ordenó reposo absoluto, solo que me tomara las cosas con calma. Iré contigo.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Vale, se lo haré saber.

—¿Puedes darme algunos consejos?

—La abuela es muy maja, no te preocupes. Pero intento no llevarle la contraria, y no presentarme en su casa contigo cuando me lo pidió expresamente entra dentro de esa categoría.

Me reí.

—Vaya, vaya, el gran Travis Maxwell no quiere llevarle la contraria a su propia abuela.

—Me conviene hacerle caso, la vida es mucho más fácil así.

Me vestí lo más rápido que pude, emocionada por conocer a Beatrice Maxwell. Travis me puso al corriente de todo mientras me arreglaba.

Veinte minutos después, estábamos en su coche y en marcha. Vivía en una de las zonas residenciales más bonitas de la ciudad, no podía dejar de mirar por la ventanilla mientras pasábamos junto a las casas. No eran mansiones enormes, sino más bien hogares bonitos y acogedores.

—No puedo creer que no haya venido aquí antes.

—Chicago es una ciudad muy grande —comentó Travis—. A mi abuela le gusta vivir en esta zona, dice que sus vecinos no son tan pretenciosos como en otras partes.

—¿Y vive sola?

—Sí. Siempre insiste en que sea así. Una vez, mis padres le pidieron que se fuera a vivir con ellos, pero ella no quiso. Les echó tal bronca que nunca más volvieron a preguntárselo.

Tuve la sensación de que Beatrice tenía una fuerza digna de respeto.

Aparcamos delante de la casa más pequeña de la calle, de una sola planta. Por lo que pude ver, tenía un enorme salón y un dormitorio que daban a la calle y, sin duda, más habitaciones en la parte de atrás.

—Papá también está aquí —comentó Travis, señalando el coche que teníamos delante.

—¿Para comprobar el generador? —pregunté.

—Nah. Esto es una jugada de la abuela. Normalmente odia que la visitemos para ver cómo está. Si ha pedido ayuda es porque tiene un plan. Al menos podrás conocer a mis padres también.

—No estaba preparada para esto. —Me miré en el espejo, intentando comprobar mi aspecto. ¿Qué estaba haciendo? De todas maneras, ya no importaba. No tenía un neceser de maquillaje en mi bolso y no quería dejarlos esperando.

Travis me abrió la puerta y salí.

—¿Estás bien? ¿Crees que te cansarás mucho?

Me encantó el tono posesivo y protector de su voz, pero aun así me burlé de él, poniendo los ojos en blanco.

—Si no me siento cansada luego de todas nuestras aventuras de ayer, no creo que visitar a tu familia sea un problema. —No le dije que me preocupaba cómo reaccionarían. Sí, su madre había sido muy amable por teléfono, pero yo no dejaba de ser una extraña.

Caminamos hasta la puerta principal y me sorprendió que Travis no insistiera en cargarme en brazos, pero ese día parecía mucho más relajado que el anterior. Llamó dos veces a la puerta.

—Pasad —dijo una voz de mujer.

Acto seguido, Travis abrió la puerta y me hizo pasar. Nos recibió una anciana con el pelo blanco como la nieve, trenzado a un lado. Era menuda y tenía una enorme sonrisa.

—Tú debes de ser Bonnie —afirmó antes de que Travis o yo pudiéramos decir nada.

—Sí, así es. Encantada de conocerla, Beatrice. —Levanté la mano con la intención de estrechar la suya y, para mi sorpresa, me abrazó.

—Llámame abuela. Es lo que hace la familia. —Su sonrisa parecía aún más grande.

¿Me considera parte de la familia? Pero si no me conoce. Apenas podía contener las lágrimas.

—¿Papá también está aquí? —preguntó Travis.

En ese mismo instante, entraron dos personas procedentes de lo que supuse que era el salón: un hombre tan alto como Travis y con los ojos de Beatrice, y una mujer que tenía su sonrisa. Llevaba una bolsa enorme en la mano derecha.

—¡Hola, Bonnie! Somos los padres de Travis. Lena y Emmett.

Les estreché la mano a ambos.

—Encantada de conoceros.

—¿En qué te podemos ayudar, abuela? —preguntó Travis.

—Mi generador no enciende y tengo cuatro bombillas en la parte de atrás que no funcionan.

Travis frunció el ceño.

—¿Todos? Vale.

—Yo comprobaré el generador —dijo Emmett—. Tú echa un vistazo a esas bombillas.

Travis asintió. Emmett fue hacia una puerta que había a la izquierda y descendía al sótano, y Travis se dirigió hacia la parte posterior.

—¿Queréis beber algo? Acabo de preparar té —ofreció Beatrice.

—Claro. —Debía haber horneado algo delicioso. Estaba en el horno o fuera enfriándose, porque toda la casa olía a canela. Entramos en la pequeña cocina y nos sirvió té.

—¿Lo tomas con miel? —preguntó.

—Sí, gracias —respondí.

—¿Qué ha dicho la doctora? —preguntó Lena, apoyando su mano en mi espalda.

—Solo ha sido un susto, afortunadamente. Me ha recomendado que descanse este fin de semana.

—¿Y mi nieto está cuidando bien de ti? —preguntó Beatrice con tono serio, levantando la vista del té que estaba sirviendo.

—Sí, muy bien.

Nos sentamos en la pequeña mesa redonda de la cocina con una taza de té y una galleta cada una.

—¿Tienes náuseas matutinas? —preguntó.

—Hasta ahora, no. He tenido mucha suerte. Solo las tuve las primeras semanas después de enterarme del embarazo, y ni siquiera eran náuseas matutinas. Simplemente me encontraba mal, como si tuviera la gripe o algo así.

—Bueno, si te dan náuseas matutinas, puedo darte una receta de limonada de jengibre que utilicé durante mi embarazo.

—Y yo la utilicé durante todos los míos —intervino Lena—. Realmente corta las náuseas.

—Los chicos incluso lo utilizaban como remedio para la resaca cuando crecieron —añadió Beatrice.

Lena se volvió y la miró fijamente.

—¿Qué? Siempre me decían que lo bebían porque les parecía muy hidratante.

Beatrice se rió, llevándose la taza de té a la boca.

—¿Y tú de verdad te lo creíste? Siempre pensé que estabas haciendo la vista gorda.

Lena parpadeó, enderezándose.

—Madre mía. Acabo de caer en la cuenta de lo a menudo que mis chicos tenían resaca. ¿Cómo es que nunca me lo dijiste?

—Soy abuela. Guardar sus secretos es uno de mis privilegios. Además, tú también guardas los de Paisley...

—Sí, pero los suyos son inocentes.

Beatrice guiñó un ojo:

—Eso es porque es una niña y todavía no ha llegado a su adolescencia. Me gustaría ver qué harías si este bebé es un niño. —Me señaló con el dedo—. A propósito, ¿ya sabes lo que es? Tonterías, ¿qué estoy diciendo? Es demasiado pronto...

Asentí.

—Sí, eso es lo que dijo también la doctora. Aunque me muero de ganas de saberlo.

—¿Ya has empezado a comprar cosas de bebé? —preguntó Beatrice, mirándome atentamente, dejando a un lado su taza. Apenas había bebido un sorbo, toda su atención se centraba en mí.

—Sinceramente, no he tenido tiempo —contesté—. Pero me imagino que aún tengo muchos meses por delante, y pienso encargar la mayoría de las cosas por Internet.

Lena parecía decepcionada. Beatrice suspiró.

—Sin duda eso es más cómodo, pero déjame decirte que a mí me gusta comprar a la antigua usanza. Me gusta tocar la tela, imaginar cómo le sentará al bebé —comentó Lena, y Beatrice asintió—. Y no te olvides de los vestidos de premamá. Seguro que necesitarás unos cuantos. Menos mal que hará más calor durante los últimos meses, es un fastidio ponerse cinco capas de ropa cuando tienes una gran barriga enorme estorbándote. Por cierto, podría tejer unas cuantas

prendas para el bebé.

—¿Tejes? —pregunté sorprendida.

—A veces. Es una de mis aficiones. Hace tiempo que no lo hago, pero me gustaría tejerle algo al bebé, si te parece bien.

Dios, mi corazón se llenó de felicidad. Volví a mirar mi taza y murmuré:

—Gracias, sería estupendo. —Estaba conmovida.

Sentí su amabilidad casi como un abrazo físico. Nunca había sentido algo así.

—Por cierto, he traído esto para ti. —Señaló la bolsa que había apoyado contra la pared—. Son dos docenas de *bodies* de mis hijos. Los demás los tiene Tate, se los di cuando nació Paisley.

—Muchas gracias. —Mi voz no solo era entrecortada, sino supercargada de emoción. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan feliz.

Travis se unió a nosotros un momento después.

—Te he cambiado las bombillas, abuela. He gastado todas las de repuesto, así que te encargaré unas nuevas.

—Tonterías. Iré a comprarlas yo. Hay una pequeña tienda familiar a la vuelta de la esquina. Me gusta apoyar a los negocios locales.

—Vale —respondió—. ¿Qué es eso que huele tan bien?

—He preparado una tarta de manzana. Ahora mismo se está enfriando, pero como estáis todos aquí, voy a servirla. Tu padre debería terminar pronto con el generador. También tengo helado de vainilla.

Travis se quedó mirando a su abuela. Era evidente que Lena estaba tratando de ocultar su risa mientras apartaba su mirada. Me preguntaba qué estaba pasando.

—Sentaos, voy a sacarla —dijo Beatrice.

Travis negó con la cabeza y se sentó a mi lado justo cuando entró su padre.

—Vale, parece que el generador tiene buena pinta. De hecho, luce en tan buenas condiciones que no sé por qué querías que le echara un vistazo.

—Es una de sus tácticas. No la delates —dijo Lena en un susurro bajo.

—¿Qué táctica? —preguntó Emmett, visiblemente confuso.

—He preparado tarta de manzana —explicó Beatrice.

Asintió, con una expresión de compresión en su rostro.

—¿De qué va esto? —pregunté a Travis.

—Es lo que prepara la abuela cuando quiere interrogar a alguien. Es su plato de cabecera.

—Os he oído —replicó Beatrice, volviendo a la mesa con una pequeña pila de platos en una mano y la tarta en la otra.

—¿A quién va a interrogar? —preguntó Emmett.

Beatrice me miró con ternura y luego dirigió la vista a Travis. Su padre se relajó.

—Pensábamos presentarte a Bonnie de todos modos, abuela —dijo Travis.

—Sí, es lo que he estado escuchando desde hace dos semanas. Pero como no hacíais ningún plan concreto, he decidido tomar cartas en el asunto. Bonnie, ¿te gusta la tarta de manzana?

—¡Me encanta! —exclamé.

Capítulo Veintidós

Travis

El lunes siguiente recibí una visita sorpresa de Reese en la oficina. Al instante supe que venía con buenas noticias. Llevaba traje y el pelo recogido en una coleta alta. Lucía impecable y cien por cien profesional.

—Buenos días, Reese. ¿A qué debo el honor?

Se acercó a mí cuando me estaba levantando de la silla y me besó la mejilla.

Dando un paso atrás, dijo:

—Vengo a decirte que acepto tu oferta de trabajo.

Abrí los brazos y la abracé.

—Genial, es una gran noticia.

Se aclaró la garganta y retrocedió un paso.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Tu puerta está abierta. No hagamos demostraciones públicas de afecto.

La miré fijamente.

—¿De qué estás hablando? Somos primos. Todo el mundo lo sabe.

—Lo sé, pero quiero que me respeten por mis cualidades, no solo porque compartamos el apellido.

—Eres un genio de las finanzas.

—Tu equipo aún no lo sabe, para ellos son solo rumores. Necesito alrededor de dos meses y seis días para probarme a mí misma, y entonces podremos mostrar quiénes somos de verdad.

—¿"Dos meses y seis días"? Es un plazo muy específico. ¿Cómo lo has calculado exactamente?

—Por experiencia. Por lo general, la gente empieza a relajarse al cabo de dos meses, así que es importante seguir demostrando tu valía unos días más.

—Pero, ¿por qué seis?

Sonrió con timidez.

—Porque no puedo mantener la locura a raya durante mucho más tiempo.

Me eché a reír, pero no insistí. Me alegré de que hubiera aceptado el trabajo.

—Va a ser divertido trabajar juntos.

—Totalmente —respondió mientras nos sentábamos.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —pregunté.

—He querido trabajar contigo desde que me lo pediste la primera vez.

—¿Así que solo te estabas haciendo la difícil?

—No. Sinceramente, temía que Malcolm pudiera hacer una de las suyas. Que apareciera de algún modo y arruinara las cosas si sabía que yo estaba implicada.

—Pero hace tiempo que no sabemos nada de él.

Se enderezó, haciendo un movimiento circular con los hombros.

—Ya lo sé. Y me propuse dejar de tener miedo.

—Solo para que lo sepas, si Malcolm vuelve a acercarse a ti, le destrozaremos y acabará saliendo corriendo.

—Esperemos no tener que llegar a eso —dijo—. El día que no vuelva a oír su nombre, seré feliz. Bajó la mirada hacia sus piernas y recogió pelusas imperceptibles de la chaqueta de su traje

—. ¿Tienes el contrato a mano?

—No, pero el responsable de recursos humanos te lo preparará. Le dije que incluyera en tu contrato que puedes trabajar desde casa e incluso desde el extranjero tantas veces como quieras y durante el tiempo que quieras.

—Vaya, eso es muy considerado de tu parte. ¿Por qué lo has hecho?

—Me imaginé que querrías viajar a Londres otra vez. Visitar a tu padre, a tu hermana... y a tu chico.

Las comisuras de sus labios se levantaron un poco.

—¿Mi chico? ¿Has estado cotilleando con Luke?

—No fue por cotilleo —respondí, —pero lo ha mencionado.

Se llevó la mano a la oreja como si quisiera echarse un mechón de pelo hacia atrás, pero entonces se dio cuenta de que estaba todo recogido. Ese era un típico tic nervioso de ella.

—¿Qué ha pasado, Reese?

—Ya no es mi chico. No funcionó. Soy libre como un pájaro otra vez. —Estaba tan llena de energía como de costumbre, pero pude percibir que estaba más decepcionada de lo que parecía.

Me recliné en la silla, repasando mentalmente mi agenda de aquel día. Tenía una reunión para comer, pero iba a cancelarla. Esta cuestión era más importante.

—Vamos a comer juntos.

—¿Tienes un hueco para mí? —preguntó ella.

—Sí.

—¿Así que los rumores que he oído circular de que has vuelto a ser el mismo adicto al trabajo de antes no son ciertos?

—No sé por qué dicen eso. No trabajo tantas horas como cuando estaba en proceso de vender la empresa. Tengo una reunión, pero despejaré mi agenda. Quiero celebrar que vamos a trabajar juntos.

Sus ojos se iluminaron.

—Vayamos al bar de arriba, he oído que han añadido aperitivos al menú.

—Genial, vámonos ya. Le diré a mi jefe de recursos humanos que lo tenga todo preparado para cuando volvamos.

Me dirigí a la puerta de al lado. Paul, el director del Departamento de Recursos Humanos, compartía despacho con Marjorie.

—Paul, Reese ha aceptado el cargo de directora financiera. Prepara su contrato como hemos hablado. Volveremos dentro de media hora.

—Lo tendré listo —dijo—. ¿Necesitas que le entregue su portátil y su teléfono hoy?

—Eso puede esperar hasta su primer día oficial, que probablemente sea mañana.

Reese asintió.

—¡Es maravilloso que se una a nosotros! —exclamó Marjorie—. Bienvenida, Reese.

—Ya lo creo —respondí con un guiño antes de salir del despacho.

El bar estaba sorprendentemente lleno cuando llegamos. Por lo general, me reunía allí con mis hermanos después del trabajo, y nunca había visto tantos clientes. Habían hecho bien en incorporar un menú de almuerzo.

—Pidamos algo saludable —sugirió Reese.

—Claro, ¿por qué no?

La verdad era que no me importaba la comida; solo quería pasar tiempo con Reese. Me sentía muy orgulloso de que fuéramos a trabajar juntos. Y entonces mi mente se dirigió instantáneamente a Kimberly.

—Pareces ensimismado. ¿En qué piensas? —preguntó Reese.

Dudé un segundo, preguntándome si era demasiado pronto para decírselo, pero ¿por qué no sacar el tema?

—¿Crees que a Kimberly le gustaría unirse a nosotros? No necesariamente ahora, pero sí en un futuro cercano.

—¿Unirse a nosotros? —preguntó.

—Como responsable de desarrollo internacional.

A mi prima se le iluminó la cara.

—¡Es una idea genial! Ni siquiera me habías dicho que pensabas expandir la empresa. Creía que solo querías este hotel.

—Ya me conoces. O voy a por todas o no hago nada. Quiero que Maxwell Hotels deje huella en la industria. Siempre me ha gustado la idea de que participen tantos miembros de la familia como sea posible. Una parte de mí nunca dejó de lamentar que nuestros padres vendieran las librerías.

Reese se reclinó en su silla, mirándome atentamente.

—La verdad es que me has dejado de piedra, no parecía interesarte lo más mínimo.

—Es que era un niño cuando la vendieron, y entonces lo del *software* lo petó, y supe que tenía una enorme oportunidad entre manos. Ni siquiera tuve tiempo de pensar en las tiendas, pero ahora quiero construir algo que perdure.

—¿Ya estás pensando en tu legado? —musitó, apoyando la barbilla en la palma de la mano.

—Algo así —dije con orgullo.

—¿Sabes? Siempre has dicho que no tienes madera para las relaciones amorosas. Sospecho que, en el fondo, eres un auténtico hombre de familia, solo que no lo sabías.

—Y aun así no paras de decirme que no la líe con Bonnie.

—Ay, Travis. Si algo he aprendido en mi serie de fracasos amorosos, es que podemos liarla incluso cuando tenemos las mejores intenciones.

Sonreí.

—Nada como un poco de sabiduría Maxwell para alegrarme el día.

—Ah, eso seguro, puedo darte muchos consejos. Incluso puede que estos días los siga yo misma...

Pasamos el resto de la comida hablando de los próximos pasos. Reese estaba lista para empezar al día siguiente. Una vez terminada la comida, bajamos a la oficina y les presenté a Reese a Tim y a Paul, que tenía su contrato listo para firmar.

—Estupendo —dijo Reese—. ¿Eso es todo por ahora?

—Sí —respondió Paul.

—Perfecto, entonces os veré a todos mañana por la mañana.

Marjorie me miró con gesto de extrañeza. Yo no dije nada. Seguramente estaba sorprendida por el tono serio y profesional de Reese. En el pasado, cada vez que Reese se pasaba por la oficina, le preguntaba a Marjorie por sus sobrinas y sobrinos. A mi prima le encantaban las conversaciones banales. Tenía curiosidad por saber si sería capaz de sostener aquel tono profesional durante mucho tiempo.

Cuando Reese se marchó, volví a mi despacho. Marjorie había reprogramado la hora de mi almuerzo con la agencia de marketing a las dos, así que tendría lugar en diez minutos. Aunque teníamos un director de marketing, la gestión de las redes sociales estaba a cargo de una agencia especializada. Lo prefería porque me gustaba el flujo de ideas creativas. A menos que el equipo de marketing fuera enorme, no se podía conseguir la misma calidad dentro de la propia empresa.

Hasta ese momento, el departamento solo tenía tres empleados. Tim estaba de acuerdo conmigo, lo que me hizo estar aún más seguro de mi decisión de contratarle.

Estaba terminando de revisar la presentación del equipo cuando me llamó mi padre, pillándome por sorpresa, pues no le gustaba hablar por teléfono, prefería las conversaciones cara a cara. Por lo general, era mamá quien llamaba.

—Papá —dije, acercándome el teléfono a la oreja.

—Hijo, ¿cómo estás?

—Acaba de venir Reese. Ha aceptado ser mi directora financiera.

—Qué gran noticia. Debes llevarla a celebrarlo, ya sabes que a Reese le encanta eso.

—Fuimos a comer al bar de arriba.

—Ah, muy bien. —Parecía distraído. Reconocía una llamada tensa cuando la recibía. Sabía cómo iba a ir la cosa. La abuela horneaba tarta de manzana siempre que estaba tramando algo; mamá hacía que papá me llamara, charlara conmigo sobre algo completamente casual y luego él le pasaba el teléfono a mamá, que iba directa a la yugular. Tenía curiosidad por saber qué tema elegiría ese día mi padre como señuelo.

—Hijo, necesito ayuda para decidir el regalo de cumpleaños de tu madre.

—Ajá —respondí con tono comedido. Papá nunca me había pedido consejo sobre eso. *Jamás* —. ¿En qué opciones has pensado?

—La primera opción es un precioso collar con un colgante de diamantes, y la segunda es un viaje a Maui.

—Creo que mamá preferiría el viaje.

—Yo también lo creo. De hecho, ¿sabes qué? Voy a regalarle las dos cosas. Los regalos nunca sobran.

Me reí internamente, haciendo clic con el ratón, pasando a la siguiente diapositiva. Había tan poco contenido en la presentación que podía realizar varias tareas a la vez con facilidad.

—Es verdad. —Estaba seguro de que ese había sido su plan desde el principio, pues mi padre no reparaba en gastos cuando se trataba de regalos para mamá. Siempre decía que los regalos la alegraban, y su deber como marido era hacer feliz a su esposa. Había aprendido mucho observando a mi padre a lo largo de los años.

—Por cierto, hijo, tu madre quiere hablar contigo. Está en la habitación de al lado, le pasaré el teléfono.

Se confirmó lo que pensaba. Sin embargo, no le dije a mi padre lo obvio que había sido todo. Sabía que él solo se involucraba cuando algo era realmente muy importante para mi madre.

—Cariño —saludó ella, cogiendo el teléfono—. ¿Estás ocupado? Tu padre dijo algo sobre Reese cuando me pasó el teléfono.

—Va a ser mi directora financiera. Hoy ha sido un muy buen día.

—Estupendo. Esperaba pillarte de buen humor.

—Siempre estoy de buen humor —repliqué.

—No cuando estás sumergido en el trabajo. En esos casos no prestas atención a nada, a veces ni siquiera coges el teléfono.

—Nunca he ignorado tus llamadas, mamá.

—Bueno, te llamaba porque, como sabes, pronto celebraré mi cumpleaños.

—Ya lo sé, tu regalo ya está en camino.

—Genial. De todas maneras, significaría mucho para mí que Bonnie también viniera. Pensé en invitarla yo misma cuando estuvimos en casa de tu abuela, pero no quise excederme.

Así que ese era el *quid* de la cuestión. Podía burlarme un poco de ella, pero intuía que aquello

era importante para mi madre.

—Mamá, pensaba preguntarle a Bonnie de todos modos si quería ir. Será su decisión.

—Por favor, convence a esa chica encantadora para que venga. Se nota que disfruta pasando tiempo con nosotros y con Beatrice, pero creo que tiene miedo de molestar. No creo que esté acostumbrada a pasar mucho tiempo con su familia.

Guau, ¿mi madre se había dado cuenta?

—Está bien, hablaré con ella, mamá.

Quería que Bonnie estuviera presente en el cumpleaños de mi madre, era un acontecimiento importante. Y, como decía ella, Bonnie lo disfrutaría. Sabía cómo convencerla.

Aquel día ella había vuelto al trabajo, algo con lo que yo no estaba de acuerdo. Su hubiera sido por mí, habría preferido que se quedara en mi dormitorio y, de ser posible, atada a la cama, pero insistió en que no era una buena idea que viviéramos juntos. En fin... todo a su debido tiempo. Una lección que había aprendido en mi carrera empresarial y que también se aplicaba a la vida personal era que cada batalla se ganaba poco a poco.

Capítulo Veintitrés

Bonnie

—Me has echado de menos, ¿verdad? —le pregunté a Tutu, acariciándole entre las orejas. El adorable caniche había estado allí desde el día anterior, cuando su dueño lo llevó para una operación de emergencia en la rodilla. Podía sentir que quería regresar a casa con su familia.

—Pronto te daremos el alta. Te lo prometo.

Tutu parpadeó lentamente y apoyó su cabeza en mi brazo.

Adoraba a todos mis pacientes peludos. No me acordaba lo mucho que los eché de menos cuando estuve en Oceanwell Bay. Tutu era especial y delicado; tenía doce años y múltiples problemas de salud: era su tercera operación en los últimos cuatro años.

Al mismo tiempo, él también sentía debilidad por mí; yo era la única trabajadora en la que confiaba así. Le di un beso entre las orejas.

—Ahora tengo que irme, pero luego volveré para ver cómo estás, ¿vale?

Me encantaba trabajar con animales, pero en un momento dado me planteé seriamente abrir una peluquería para mascotas. Me llenaba de satisfacción ver cómo *se recuperaban* los animales, pero verlos enfermos me afectaba muchísimo. Además, desde que me quedé embarazada, ese sentimiento se había intensificado. Si tuviera una peluquería, podría mimar a animales sanos todo el día. Si bien la paga sería menor y no aprovecharía mi titulación, sería muy feliz.

Salí de la sala donde estaban los animales que pasarían la noche en la clínica y me dirigí al despacho de atrás. Eché un vistazo a la lista de citas que estaba revisando mi compañera, Cassie. Estábamos al completo, lo que significaba que haríamos horas extras, pero no me importaba.

—Hoy estamos liadísimas —comentó Cassie.

Estaba a punto de volver a la sala de espera e invitar a pasar a uno de los pacientes porque nuestra cita de las dos se había retrasado, pero entonces sonó mi teléfono. Era Travis.

—Yo le atiendo —dijo Cassie—. Tú contesta la llamada.

—Gracias, Cass. —Entré en una de las salas de suministros para contestar—. ¿Ya estás llamando para ver cómo estoy? —La verdad era que no estaba bromeando: ya me había enviado cuatro mensajes esa mañana preguntándome cómo me encontraba.

—Entre otras cosas... También quería oír tu voz.

Eso me tocó la fibra sensible.

—Hmm... ¿y piensas que puedes saber cómo estoy por mi voz, verdad?

—Totalmente.

—Estoy bien, Travis. —Para ser sincera, no me molestaba que quisiera saber cómo me encontraba.

—¿Estás segura de que no pasará nada por estar tanto tiempo de pie?

—Segurísima. Lo he comprobado tres veces con la doctora Taylor esta mañana. ¿Qué tal el día?

—De maravilla, finalmente Reese ha aceptado el trabajo.

Grité de alegría. Sabía cuán importante era eso para él.

—¡Qué gran noticia! Me alegro mucho.

—Yo también estoy muy contento, pero no te he llamado por eso.

Resoplé.

—Ah, ¿así que soy un punto más en tu agenda? No sé por qué no me sorprende. Te escucho.

—El cumpleaños de mi madre es dentro de dos semanas, y me encantaría que me acompañaras.

—¡Oh! —Me llevé una mano al pecho, no me lo esperaba.

—¿Estás seguro? Quiero decir, es una reunión familiar, y tus padres apenas me conocen.

—Seguro que mi madre se pondrá muy contenta. De hecho, hoy me ha llamado para decirme que te lo propusiera.

Me mordí el labio. ¿Me lo habría pedido si Lena no se lo hubiera dicho? Negué con la cabeza, tratando de deshacerme de esos pensamientos. ¿Por qué le estaba dando tantas vueltas al asunto?

—Y para endulzar la oferta —continuó—, cuando acabe la fiesta podemos volver a mi casa. Se me han ocurrido algunas maneras más de entretenerte.

Di un pequeño salto de alegría justo allí, en la sala de suministros, y me golpeé el codo contra una pila de cuencos de metal y plástico, que terminaron esparcidos por el suelo.

—¿Qué ha pasado? ¿Te has hecho daño? —preguntó con preocupación.

—No, solo he golpeado unos cuencos de agua. —Me agaché para recogerlos—. Volviendo a tu propuesta, si lo pintas así, no hay forma de que pueda rechazarla. ¿No te has cansado ni un poco de mí? —pregunté sin poder contenerme.

—¿Estás de broma? Pues claro que no, Bonnie. Si fuera por mí...

Su voz se apagó y oí un gruñido.

—¿Qué? —pregunté.

Se aclaró la garganta:

—Digamos que ayer por la noche hasta se me pasó por la cabeza atarte a mi cama para que no te fueras.

Un calor intenso comenzó a subir por mis mis muslos ante la mera idea de estar atada a su cama. Nunca había tenido una fantasía así, pero él estaba desencadenando algo en mi mente.

—Quiero comprarle un regalo. ¿Qué le gusta a tu madre?

—Ya le he comprado algo, puede ser de parte de los dos.

—No. Quiero comprarle algo yo.

—¿Sabes qué? ¿Por qué no hablas con Reese? Sé que Kimberly vendrá a la fiesta, y probablemente vayan de compras antes.

—Vale, acepto —respondí. En ese instante, llamaron a la puerta—. Mierda, tengo que irme, hoy estamos hasta arriba. Probablemente me toque hacer horas extras.

—Bonnie. —Su voz resonó como un trueno, recorriendo mi cuerpo y haciéndome estremecer —. No puedes estar de pie tanto tiempo.

—Sí que puedo. Como te he dicho, ya he hablado con la doctora Taylor. Por favor, no te preocupes, ¿vale? Tengo que irme. Adiós.

Cuando colgué tenía una sonrisa de oreja a oreja. Fue entonces cuando me di cuenta de que tenía un mensaje sin leer. Era de mi madre. Lo abrí con impaciencia, pero entonces se me encogió el corazón.

Mamá: Tenemos que hablar.

Suspiré, guardándome el teléfono en el bolsillo. Eso significaba “necesito dinero”.

Volvería a llamarla, pero no ese día. Tenía que prepararme para afrontar aquella conversación, porque siempre acababa en pelea. La ayudaba todo lo que podía, pero rara vez le daba dinero en mano. Sin embargo, últimamente mi madre se había vuelto muy astuta con las excusas. Una vez se inventó una factura médica y yo, estúpidamente, le di dinero sin pedirle que me la enviara. Dos semanas después, su vecina me dijo que lo había apostado todo.

Al abrir la puerta de la sala de suministros, Cassie me pidió disculpas:

—Siento interrumpir tu llamada, pero te necesito.

—Por supuesto, sin problema.

Mientras la seguía a la sala de espera, mi teléfono volvió a sonar. Cuando lo comprobé, no pude evitar sonreír. Ya tenía un mensaje de Reese.

Reese: He oído que vamos a ir de compras juntas. Organizaré algo y te daré todos los detalles. No veo la hora de que llegue el día.

***

—Ir de compras es una de las actividades favoritas de nuestra familia —explicó Reese el viernes mientras entrábamos en el perímetro de la feria de artesanía de Lincoln Square. Había estado allí en diciembre un par de veces en el mercadillo de Navidad. Durante esas épocas parecía sacado de un cuento de hadas, repleto de casetas de madera y luces centelleantes por todas partes. En aquel momento el montaje era similar, pero las ristras de luces eran de bombillas de tipo industrial, no de copos de nieve y campanillas. Era principios de abril, así que la decoración tenía una temática primaveral.

Tal y como había predicho Travis, Kimberly estaba en Chicago. Había cogido un vuelo para el cumpleaños de Lena. Me contaron que Sam también se encontraba en la ciudad. Los Maxwell se tomaban muy en serio las celebraciones de cumpleaños.

—Deberías vernos en Navidad —comentó Kimberly.

Solo hacía cinco minutos que la conocía, pero ya me caía bien. Transmitía alegría y entusiasmo, parecía una persona muy disfrutona. Era cierto que también daba la impresión de ser muy estricta con las normas; había comprobado dos veces el ticket de aparcamiento que Reese había colocado en el parabrisas de su coche, para asegurarse de que no hubiera caducado, supuse. Me habían pasado a recoger al trabajo para ir juntas.

Al observarlas, no parecía que Reese y Kimberly fueran hermanas. Reese tenía el pelo castaño oscuro, recogido en una coleta, y unos vibrantes ojos verdes. El pelo de Kimberly era aún más oscuro y le caía en cascada por la espalda. Sus ojos marrones tenían un aspecto feroz. Llevaba un vestido que me encantó: la parte inferior era una combinación de encaje y seda, y la superior era de algodón. Me parecía elegante y muy apropiado para el día a día. Reese, por su parte, llevaba un traje muy profesional.

—¿Cuánto tiempo tienes? —me preguntó Reese.

—Travis dijo que llegaría a las siete. —En ese momento eran las seis.

—Genial, tenemos tiempo de sobra. Normalmente compramos el regalo de Lena con mucha antelación, pero cuando se acerca el día, siempre acabamos comprándole un segundo regalo —explicó Kimberly.

—Cuantos más, mejor —coincidí—. Muchas gracias por acompañarme. Estoy un poco perdida sobre qué regalarle, y no quería comprarle algo por comprar. Travis dijo que podía decir que su regalo era de parte de los dos, pero no me parecía bien.

—Eres un encanto —comentó Kimberly—. Y tienes buena intuición; a Lena le encantan los regalos. He oído que ya la has conocido en persona. —Me pasó un brazo por un lado y Reese por el otro. Era probable que resultara ridículo ver a tres mujeres andando del brazo, pero no me importaba. Me lo estaba pasando genial con ellas.

—Así es. Es encantadora. Y Beatrice también.

Reese se rió.

—La abuela ya ha usado su táctica infalible con Bonnie: tarta de manzana con helado de

vainilla.

Kimberly se rió entre dientes.

Reese inclinó un poco la cabeza hacia abajo y miró a su hermana con atención.

—Hermana querida... te noto un poco rara.

Para mi asombro, Kimberly se sonrojó.

—Nooo... para nada. Simplemente tengo algo de información privilegiada...

—Cuéntanos —animé, sintiendo como si las conociera desde hacía años.

—Bueno, la abuela estaba un poco cabreada por no haberte conocido en persona antes, así que le aconsejé que tomara cartas en el asunto. Ya tenía unas cuantas bombillas que cambiar, una tarea de la que suele encargarse mi tío, o uno de mis primos. Así que la tormenta fue la guinda del pastel: la familia siempre va a comprobar si hay daños después de una, aunque normalmente solo cuando son fuertes.

Me pareció sumamente adorable que estuvieran tan pendientes de su abuela.

—Y dime, ¿ya tenéis lista de nombres para el bebé? —preguntó Kimberly.

—No, primero esperaremos a saber si es niño o niña.

—Vale —dijo Kimberly—. Yo ya tengo algunas ideas.

Me reí, sin estar segura de si estaba bromeando. A juzgar por su expresión seria, no lo estaba.

—Kimberly, eso es cosa de ellos —amonestó Reese.

—¿Ah, sí? Pero si le dimos nuestra opinión a Tate cuando buscaba un nombre para Paisley...

—Sí, pero fue él quien nos pidió nuestra opinión, algo que ni Travis ni Bonnie han hecho.

—Sinceramente, no hemos pensado en ningún nombre todavía, pero os avisaré si necesitamos ayuda —intervine.

La sonrisa de Kimberly era tan grande que sospeché que tenía un montón de sugerencias acumuladas. Me pregunté cuál sería la opinión de Travis. Supuse que pronto lo averiguaría.

—Sugiero que demos una vuelta primero —sugirió Kimberly, echando un vistazo a los puestos—. Así lo veremos todo y podremos decidir mejor qué comprar. —Ese plan me pareció el mejor.

En los puestos, se vendían sobre todo cuadros y objetos decorativos, aunque algunos también vendían bisutería. Reese compró una lámpara de cobre con motivos orientales y Kimberly eligió un cuadro con un búho blanco como la nieve.

—A Lena le encantan los búhos —dijo con satisfacción cuando la dependienta terminó de envolverlo.

Entonces, descubrí un puesto que vendía unas láminas adorables para la habitación de un bebé, pero decidí que era mejor no comprar en ese momento.

Céntrate, Bonnie. Has venido a buscar un regalo para Lena.

Me gustó especialmente una escultura tallada en madera de sándalo con forma de media luna, así que después de que Kimberly comprara su cuadro, nos dirigimos al puesto que la vendía. Pregunté si podía verla más de cerca, e inmediatamente me enamoré del aroma. Ya había probado fragancias con sándalo, pero siempre mezcladas con otras notas. La madera tenía un aroma sutil, y eso fue lo que más me gustó.

—¿Creéis que a Lena le gustaría esto? —pregunté.

—Tiene una sala de meditación y entrenamiento. Odia ir a clases colectivas, así que sobre todo hace yoga, pilates online y ejercicios en casa. Creo que esto será perfecto para ese espacio —contestó Reese.

—Entonces he encontrado mi regalo.

Reese suspiró.

—¿Alguien más huele a gofres?

—¡Sí! Los he olido desde que llegamos, pero no he visto dónde los venden.

—Allí —dijo Kimberly, señalando la cabina más pequeña que había. Estaba encajada entre dos mucho más grandes, y no tenía ni placa con el nombre ni nada. Si no era por el delicioso olor, podría pasar fácilmente por alto.

—¿Ya han envuelto tu regalo? —preguntó Kimberly, con los ojos fijos en el puesto de gofres.

—Casi.

—Me muero por probarlos. Seguro que me dará un subidón de azúcar, pero merecerá la pena —comentó Kimberly.

—¿Cuenta como cena? —quiso saber Reese.

—¡Pues claro! —exclamé mientras pagaba el regalo y cogía la bolsa.

—¿Estamos listas para el subidón de azúcar? —preguntó Kimberly.

Casi me echo a reír. Parecía tan ansiosa por acabar de una vez con las compras.

Justo en ese instante, recibí una llamada de Travis.

—Hola —saludé, acercándome el teléfono a la oreja—. ¿Estás de camino?

—Ya estoy por aquí, y tengo sorpresas para vosotras.

Me animé.

—Dice que tiene sorpresas para las tres —informé a las chicas, y luego volví a la conversación—. Estamos yendo al puesto de gofres. Está al lado del que vende unos cuadros gigantes... o simplemente guíate por el aroma.

—Estoy justo frente a ese puesto —contestó Travis, con un tono orgulloso.

—Ya está aquí, en el puesto —dije—. Ahora mismo vamos.

Mi corazón se aceleró cuando le vi. Dios mío, aquel hombre era sencillamente guapísimo. Su pelo estaba alborotado, como de costumbre. Vestía una camisa con gemelos, abotonada hasta arriba. Sostenía tres platos con gofres.

Maldita sea, su nivel de sensualidad se ha disparado. Jugueteé con el colgante que llevaba en el cuello: era el que me había comprado en Oceanwell Bay.

—Por este tipo de cosas queremos tanto a Travis —dijo Kimberly.

—Eres una buena influencia para nuestro primo —dijo Reese mientras caminábamos hacia él.

—¿Ah, sí? ¿En qué sentido?

—Creo que está empezando a asumir más su papel de hombre de familia. Se está tomando muy en serio el proyecto del hotel y expandir su imperio por todo el mundo.

—¿Por todo el mundo? —preguntó Kimberly, visiblemente sorprendida—. No, no, un momento. —Entrecerró los ojos, con una expresión de suspicacia en su rostro.

Reese le guiñó un ojo.

—Ni se te ocurra decir que te lo he contado yo, ¿vale?

Kimberly parpadeó e inclinó la cabeza hacia atrás, sorprendida. Probablemente sospechaba aún más en ese momento.

Para mi asombro, no insistió en obtener más información. En lugar de eso, se centró en Travis.

—¿Cómo lo haces? ¿Cómo es que recuerdas nuestros *toppings* favoritos? —preguntó Kimberly.

—Fácil. De pequeños, me caía la bronca cada vez que me equivocaba. Los tendré grabados en el cerebro para toda la vida.

Reese sonrió tímidamente.

—Dios mío, ¿de verdad éramos tan horribles?

Su gofre tenía fresas, algo que parecía *Nutella* o posiblemente mantequilla de cacahuete, y algo que parecía mango picado. El de Kimberly tenía miel o sirope de arce y un surtido de frutas. Sin probar el mío, supe que tenía mantequilla de cacahuete, copos de coco y algo que estaba segura de que era piña troceada. Sonreí, cogiendo mi plato.

—¿Tú no quieres? —pregunté a Travis.

—No. Solo quería tener un detalle con mis chicas. —Miró la bolsa que colgaba de mi muñeca—. ¿Ya habéis terminado de comprar?

—Sí. —Asentí con orgullo.

—Así que llegas justo a tiempo para pasar una velada romántica con tu chica —sugirió Reese.

—A no ser que quieras volver a sumergirte en el proyecto de tu imperio hotelero que piensas expandir internacionalmente —soltó Kimberly.

Reese suspiró, y Travis la miró fijamente antes de volver a dirigir la vista hacia Kimberly. Al parecer, se había descubierto el pastel.

—Estoy decidido a deshacerme de esa imagen de adicto al trabajo. No sé por qué seguís insistiendo en eso —contestó Travis de manera evasiva.

—Tal vez porque llevamos un año sin verte.

—Menuda exageración —replicó.

—Bueno, para mí no —respondió Kimberly—. Nunca viniste a París.

—Kimberly. —Travis suspiró—. Viajar al extranjero lleva mucho tiempo, y no podía permitirme tener *jet lag* durante días al regresar.

—Pues yo lo hago todo el tiempo, y no me importa —dijo Kimberly.

—¿Así que no tienes pensado volver pronto? —preguntó Travis.

La comisura de los labios de Kimberly se crispó.

—Depende.

Aquello pareció captar su interés. Tenía los ojos fijos en su prima. Rodeó mi espalda con un brazo, tamborileando casi inconscientemente con los dedos en el costado de mi vientre. Aunque el bebé era demasiado pequeño para que pudiera percibir sus movimientos, sentí en lo más profundo de mi ser que disfrutaba del contacto.

—¿Puedes explayarte?

—¿Por qué? —preguntó Kimberly entre bocado y bocado.

—Solo por curiosidad. A todos nos gusta que la pandilla esté junta.

—Bueno, aún no estoy muy segura —contestó—. En cierto modo, París ya ha cumplido su ciclo en mi vida, en el sentido de que ya no quiero que sea mi base de operaciones. Pero estaba pensando en pasar algún tiempo en Londres.

Miró a Reese.

—Tú puedes venir de visita. Dijiste que tu contrato lo permitía. ¿Quién sabe? Hasta quizá encuentres otro inglés.

—¿Qué? No, ni hablar —respondió Reese—, estoy harta de los británicos. Te hacen caer rendida con ese acento tan sexy, y al final acaban mostrando su verdadera cara. Mejor cambiemos de tema, por favor.

—Háblame de la fiesta —dije—. ¿Dónde se celebrará? ¿Irá mucha gente?

—Será una reunión familiar. Y, por alguna razón, mamá ha querido organizarla en casa de Tate —respondió Travis.

—Sí, me pregunto por qué —coincidió Kimberly, mirando su plato con pesar. Se había terminado el gofre.

Reese terminó el suyo unos segundos después y besó a Travis en la mejilla.

—¿Te he dicho que te quiero últimamente?

—¿Quieres decir desde que empezaste a trabajar en la oficina? Ni cerca has estado de decirlo. De hecho, me sorprende que recuerdes que somos parientes.

—Yo soy muy profesional en el trabajo, pero lo compenso siendo súper cariñosa fuera de la oficina —contestó Reese.

—Por cierto, Marjorie cree que estás enfadada con ella. Dice que antes solías ser más cálida en el trato.

A Reese se le cambió la cara.

—Mierda. Ahora pensará que soy una bruja, tendré que replantear mi estrategia. Hablaré con ella.

—Por favor, hazlo. Es una persona maravillosa y no nos conviene que vuelva a jubilarse, créeme.

Travis era un gran jefe. Por las pocas cosas que me había contado, sabía que era bueno con sus empleados.

Reese asintió, luego miró a Kimberly.

—¿Lista para irnos?

—Sí. Demos comienzo a nuestra noche de cine y dejemos en paz a los tortolitos. Ha sido un placer conocerte, Bonnie.

Sonreí.

—Igualmente. Gracias por ayudarme a elegir el regalo.

Ambas me despidieron con un beso en la mejilla antes de marcharse.

En cuanto se fueron, Travis desplazó su brazo desde mi espalda hasta mis hombros.

—¿Qué quieres hacer?

Me encogí de hombros.

—¿Quieres dar una vuelta?

—He notado que mirabas hacia la derecha un par de veces. ¿Has visto algo que te ha llamado la atención?

—Hay un puesto que vende láminas para habitaciones de bebés.

—Echémosle un vistazo.

—Dijimos que esperaríamos a saber qué era antes de empezar a comprar cosas —murmuré.

—Pero no pasa nada si miramos algunas ahora. Vamos, sé que quieres hacerlo.

Sonreí con timidez.

—Algo me pasa estos días —dije.

—¿Qué quieres decir?

—Desde hace un par de días lo único en lo que pienso es: bebé, bebé, bebé.

—Entonces vamos a buscar algo para el bebé.

Pasándome el brazo por los hombros, me condujo al puesto en cuestión.

Me encantaba sentirlo a mi alrededor, de una forma tan protectora y a la vez posesiva. Cada vez que caminábamos cerca de un charco, me alejaba suavemente de él, como si temiera que me esforzara demasiado intentando pisarlo.

En ese preciso momento supe, con absoluta certeza, que Travis había entrado en mi corazón para quedarse. Solo esperaba poder entrar en el suyo también.

El puesto con artículos para niños era, sin exagerar, lo más adorable que había visto jamás.

Tenían láminas que representaban todo tipo de escenas, como un niño en la luna, o mi favorita, un niño en una escoba.

—Dios, espero que sea fan de Harry Potter. Necesito que alguien comparta mi obsesión.

Se rió entre dientes.

—Podemos empezar por comprar ese cuadro. Estoy seguro de que, con tu poder de convencimiento, será imposible que no le guste.

Sentí que me ruborizaba.

—También me gustaría comprarle una escoba al bebé.

Travis abrió los ojos como platos.

—¿Qué?

—Una de esas pequeñitas que los bebés pueden agarrar. Las he visto en Internet, están hechas específicamente para ayudar a desarrollar su motricidad. —Las hormonas me estaban afectando—. Vale, tal vez la idea sea un poco loca.

—Para nada. Mira tu sonrisa. Puedes decorar una habitación entera con cosas de Harry Potter si quieres.

Me animé y sonreí aún más.

—Por favor, no lo digas dos veces, puede que te tome la palabra.

Travis me besó la frente.

—Cualquier cosa que te haga feliz, me hace feliz a mí también.

Me incliné hacia él, dejándome envolver por toda esa energía masculina que desprendía.

—Esa lámina del niño en la luna también me gusta. Te hace soñar a lo grande, ¿verdad?

—Sin duda —respondió.

Cuando le dijo a la dependienta que nos trajera ambos cuadros, noté que mis manos temblaban ligeramente.

—¿Por qué tiemblas, cariño? ¿Tienes frío? —preguntó.

—No. No lo sé.

La verdad era que me emocionaba un poco, porque aquellas eran las primeras cosas que comprábamos para nuestro bebé. Todo parecía tan real y surrealista al mismo tiempo. Pero estaba ocurriendo de verdad. Mi bebé sería mimado desde el primer día, incluso desde antes de nacer... Era más de lo que jamás podría haber soñado.

—¿Seguro que no quieres nada más? Mira todo lo que hay.

—Bueno, ya que hemos comprado dos cuadros, podríamos añadir un tercero.

—¿Quieres algo para ti?

—Aún no he encontrado nada, pero ¿qué me dices de aquel? —Señalé otra lámina. Estaba junto a una que mostraba a un niño pequeño vestido de médico, pero esa me pareció demasiado exagerada. Además, tenía una jeringuilla, lo cual resultaba bastante aterrador para un niño. La que señalaba tenía una hamaca colgada entre dos enormes árboles en un bosque, y un osito de peluche con sombrero y gafas de sol. Transmitía mucha calma.

—La verdad es que está muy bueno —dijo Travis.

Por su tono de voz, me di cuenta de que solo estaba coincidiendo conmigo para complacerme. Quería hacerme feliz. Simplemente se trataba de eso. De repente, sentí como si mi corazón ocupara toda mi caja torácica.

—Nos llevaremos esos tres —afirmó, pagando con rapidez.

En cuanto la vendedora se las entregó, volvió a rodearme la espalda con un brazo, como si no quisiera soltarme. Mi bebé y yo estábamos en buenas manos, y no podía estar más contenta.

Una vocecita en mi mente me advertía que no me acostumbrara a todo aquello: al calor y la

comodidad de una familia, al amor de un hombre. Esas cosas nunca habían perdurado en mi vida. Pero, en el fondo, esperaba que aunque las cosas entre Travis y yo no funcionaran en algún momento, él seguiría estando allí para el bebé, junto con su familia. Me destrozaría pensar en dejar de formar parte de su vida, y aún más si acababa casándose con otra persona, pero al menos mi bebé seguiría contando con su amor.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Intenté limpiármelos disimuladamente mientras llegábamos a su coche, pero Travis lo notó.

—Cariño, ¿qué te pasa? ¿Te encuentras mal? —preguntó, mirándome a los ojos fijamente.

Negué con la cabeza.

—Estás llorando. —Parecía sorprendido y muy preocupado.

—Sí, no sé exactamente por qué.

—¿Cómo que no sabes por qué?

—Mi mente ha empezado a entrar en bucle, y no se detiene. No sé qué hacer.

—¿Qué bucle?

Negué con la cabeza con vehemencia. De ninguna manera le iba a revelar lo que se me estaba pasando por la cabeza.

—Creo que mis hormonas están totalmente desbocadas. La doctora Taylor dijo que podría pasar.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Travis—. Lo que sea, solo dímelo.

—¿Por qué sigues diciendo eso? Uno de estos días voy a pedir algo descabellado, lo sé. Mi cerebro está fuera de control.

—Y yo estaré aquí para cumplirlo.

—Empiezo a creerte.

—Más te vale —gruñó.

—Pero hoy solo quiero algo sencillo.

—Lo que sea.

—Solo quiero que nos relajemos y miremos cunas. —jadeé—. ¡Dios mío! Estoy en plan compradora compulsiva.

Se rió entre dientes.

—Nah, no hay problema, haremos lo que sea que te haga feliz, cariño.

Capítulo Veinticuatro

Travis

El día del cumpleaños de mi madre, llegamos a casa de Tate más tarde que los demás. Mi hermano vivía en una enorme mansión cerca de Lincoln Park. Se encontraban todos reunidos en el salón y fui directamente hacia mi madre. Papá, Reese y Kimberly estaban a su lado.

—¡Feliz cumpleaños, mamá! —Le besé la mejilla y la abracé con fuerza.

Acto seguido, ella dio un paso atrás y miró a Bonnie.

—Cariño, has venido.

—¿Qué es esto? ¿Traigo a Bonnie y ya no existo más para ti?

—Bueno, ya me preocupo bastante por ti. Es hora de preocuparme por Bonnie. —También la abrazó.

—Feliz cumpleaños, Lena —dijo Bonnie, entregándole el regalo que le había comprado.

—No tenías que comprarme nada.

—Claro que sí.

Mamá aceptó el regalo y lo desenvolvió con cuidado para descubrir una media luna tallada en madera.

—Es preciosa y encajará perfectamente en mi sala de meditación. ¡Me encanta! Muchas gracias.

Como de costumbre, yo había hecho que llevaran mi regalo a casa de mis padres.

—¿Por qué has decidido celebrarlo en casa de Tate? —pregunté. Su casa era más grande.

—Paisley insistió —justificó mamá—. Dice que quiere enseñarme algo en su casa-árbol más tarde. No pude resistirme.

—Y esa es la peor parte de ser abuela —afirmó la abuela acercándose a nosotros. Estaba claro que lo había oído todo.

—Bonnie, querida, cuánto me alegro de verte. —Se acercó y abrazó a Bonnie.

Yo no apartaba la mirada de ella, y noté que su sonrisa era un poco temblorosa: mi chica estaba cada vez más sensible en aquellos días. A veces me sorprendía lo fácil que algo podía conmoverla, pero en la última visita, la doctora Taylor nos aseguró que era normal. Además, la pandilla Maxwell podía ser abrumadora en un día cualquiera, así que en un cumpleaños, aún más.

—¿Decías que Paisley te convenció para celebrarlo aquí? —preguntó la abuela—. Vaya, no veo la hora de verte convertida en abuela de nuevo. No dejarás de consentirlos ni un minuto, ya lo verás.

Mamá se encogió de hombros.

—Es muy posible, pero no llegaré al extremo de ocultarle a los padres cuando estén con resaca. Ese es mi límite.

La abuela le dio una palmadita en el hombro a mi madre de aquella manera omnisciente que tenía a veces. Mi madre se rió, pero puso los ojos en blanco.

En ese caso, me pareció que la abuela tenía razón. Mamá satisfacía literalmente todos los caprichos de Paisley. Tal vez lo hacía de manera inconsciente, pero estaba seguro de que la encubriría cuando llegara a la adolescencia. Por otra parte, tenía cinco tíos y dos tías dispuestos a hacer exactamente lo mismo.

—Mira, Sam está aquí. Vamos a presentarte a todos —le dije a Bonnie.

Sam se encontraba en la isla de la cocina con mis otros hermanos. Sus parejas —Kendra, Megan, Liz y Lexi— también estaban allí.

Todos dejaron de hablar de golpe cuando nos acercamos a ellos, así que seguramente estuvieran hablando de nosotros. Presenté a Bonnie a todos de inmediato.

—Las magdalenas estaban buenísimas. Muchas gracias —agradeció Bonnie cuando llegamos a Liz.

Ella sonrió.

—Me alegro mucho. Ahora se han convertido en un imprescindible en la panadería.

Dejé a Sam para el final.

—La famosa Bonnie —dijo.

—Hola, Sam. Encantada de conocerte.

Mi hermano se inclinó hacia ella y le besó la mejilla. Los ojos de Bonnie se abrieron de par en par. Todo el mundo era muy cariñoso en mi familia, pero, maldita sea, ¿qué me pasaba? ¿Acaso estaba celoso de mi propio hermano? Quizá no debería haberle dado tanto la lata a Luke cuando se puso como una fiera aquella vez que los llevé a él y a Megan en mi avión a ver a un cliente. Entonces me había parecido ridículo, pero en ese momento lo entendí.

Era una locura lo posesivo que me sentía con Bonnie. No quería a ningún hombre a menos de tres metros de ella, ni siquiera a uno que compartiera mi apellido.

—Me alegro de que estés aquí, Sam —continuó Bonnie—. He oído hablar mucho de ti. Eres el médico de la familia.

Asintió.

—No me extraña, seguramente todos estos se divierten mucho cotilleando sobre mí cuando no estoy.

—Pero nada malo —aseguró Bonnie.

—Me caes bien, Bonnie.

—Gracias. Tú también me caes bien, Sam.

Había una razón concreta por la cual Sam actuaba de manera tan presumida.

—Me lo vas a restregar, ¿verdad? —pregunté.

—¿Qué? —quiso saber Bonnie.

—Fue él quien dijo al instante que estabas embarazada cuando Travis recibió tu correo electrónico —contestó Luke.

Las mejillas de Bonnie se pusieron rojas y entonces caí en la cuenta de que nunca le había dicho que mis hermanos habían estado conmigo en ese momento y que habían leído el correo electrónico en voz alta.

—Esperad, ¿lo sabíais? —Su voz parecía ahogada.

Megan apretó los labios y me dirigió una mirada de disculpa.

Sam se dio cuenta enseguida y se aclaró la garganta.

—Solo Luke, Megan y yo. Estábamos allí, en la misma habitación, y él estaba aturdido. Solo intentábamos ayudar, dar nuestra opinión.

—¿Esa fue tu forma de ayudar? —preguntó Luke—. Casi le provocas un infarto.

—Así soy yo, siempre el realista —replicó Sam—. Una consecuencia de ser médico.

Luke se acercó y puso una mano en el hombro de Sam.

—Quizá solo quería fastidiar a Travis, y no se lo creía de verdad...

Sam entrecerró los ojos como si fingiera estar pensándoselo mucho.

—No voy a dignificar esa pregunta con una respuesta.

—Hermano, en realidad no era una pregunta —contestó Luke.

—¿Cómo es que estoy siendo yo el foco de atención ahora mismo? Tenemos que centrarnos en Bonnie y Travis. —Sam me miró, acariciándome la mejilla como se hace con un niño pequeño.

—Tío, ¿qué narices...? —pregunté.

—A veces tiene un temperamento raro, especialmente con nosotros, sus hermanos. Pero es un gran chico, ¿verdad? —preguntó Sam.

—Sí —respondió Luke—. El año pasado, cuando no tenía muchas cosas para hacer después de vender su empresa, dedicó mucho tiempo a la familia para compensar los años de su adicción al trabajo. Incluso nos llevó a Megan y a mí en avión a ver a un cliente.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunté, completamente suspicaz.

—Están hablando bien de ti —intervino Tate, dando un trago lento a su cerveza.

—¿Qué os hace pensar que necesito que habléis bien de mí?

Sam miró a Bonnie.

—Dime la verdad, Bonnie. ¿Lo necesita?

—Tal vez —contestó de manera juguetona.

La miré fijamente.

—No, no lo necesito.

Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba.

—Quiero que me deis una imagen completa de Travis, así que, si alguien tiene algo oscuro que contar, soy toda oídos. —Miró a mis hermanos, que sonreían como si alguien les hubiera dicho que había whisky gratis para todos.

Liz y Kendra intercambiaron una mirada; Lexi apenas contenía la risa. Bonnie acababa de abrir la caja de Pandora.

Puse mis manos en sus hombros.

—No te creas todo lo que te digan.

Ella negó con la cabeza.

—¿Ves? Eso solo confirma que tienes muchos trapos sucios.

—Obviamente, y tengo la sensación de que vas a oírlo todo. Podría asustarte...

—Eso es imposible.

—Créeme, te sorprenderías —dijo Sam desde detrás de nosotros—. Lo primero que tienes que saber de Travis es que no se necesita mucho para convencerle de que siga adelante con las ideas más terribles.

***

Bonnie

—Oye, esa descripción también podría aplicarse a ti, hermano —replicó Travis.

Alterné la mirada entre los dos, sin poder contener la sonrisa—. Y Luke es quien lo instigaba todo, ¿verdad?

—Exacto —asintió Luke, con una expresión de orgullo—. Ese era mi papel.

—Sí, lo era. Y a mí me tocaba sacarlos de todos los líos en los que se metían; aunque no siempre lo conseguía. Eso sí, me sirvió de práctica para convertirme en abogado —añadió Declan.

—¿Y dónde encajabas tú en medio de todo esto? ¿Y tú? —pregunté, mirando tanto a Travis como a Tyler.

—Seguíamos la corriente. La mayoría de las veces nos poníamos del lado de Luke —

respondió Tyler.

—No me extraña —dije—. Pobre Declan. Seguro que le disteis muchos quebraderos de cabeza.

—Y que lo digas. Además, Tate no dejaba de animarlos —añadió Declan.

Oímos pasos detrás de nosotros. Al girarme, vi a Lena dirigiéndose en nuestra dirección.

—Necesito robaros un rato a Bonnie —dijo—. Travis, no dejes que la asusten.

—No, mi chica es valiente.

Mi corazón se aceleró. No podía creer que hubiera dicho que era "su chica" delante de toda su familia.

—Más vale prevenir que curar —replicó Lena, llevándome fuera de la cocina. Entrelazó su brazo con el mío, como habían hecho Reece y Kimberly en la feria de artesanía.

—He traído ropa de bebé —dijo una vez que nos alejamos del grupo.

—¿De verdad? Pero es tu cumpleaños. Hoy todo debe girar en torno a ti.

—Tonterías. He estado tejiendo toda la semana porque sabía que vendrías y quería que estuvieran listas. Dejé las prendas arriba. ¿Quieres verlas?

—Claro.

Subimos la escalera que conducía a la segunda planta y entramos en una habitación que había a la derecha. La ropa era absolutamente adorable. Eran prendas diminutas en colores variados: crema, amarillo y verde claro. No podía creer que hubiera pasado la semana anterior a su cumpleaños confeccionándolas.

—¡Me encantan, son perfectas! —exclamé.

—Si quieres, puedo tejer algunas cosas más.

—¿Qué? No, lleva mucho trabajo —contesté.

—Ay, cariño, por favor. Nunca se tiene suficiente ropa de bebé, siempre lo vomitan todo. Sé que hoy en día una puede comprar de todo, pero estaría encantada de tejer más.

Asentí mientras apretaba los labios. Mis hormonas parecían estar conectadas a una fuente justo detrás de los ojos, porque se me llenaban de lágrimas y no sabía cómo ocultarlo. Bajé la mirada hacia mis pies, pero me estaba costando muchísimo contenerlas. Estaba segura de que mi cara era un cuadro.

—Oh, te he hecho llorar —dijo ella.

Levanté la vista y respiré hondo.

—Últimamente todo parece hacerme llorar.

Ella me sonrió a través del espejo, poniendo sus manos en mis brazos.

—Recuerdo esa época, no es muy agradable. ¿Puedo darte un consejo? Bueno, en realidad, dos.

—Por supuesto. Me encantaría que me aconsejaras. —Había buscado mucho en Google, pero quería hablar con alguien que hubiera pasado por ello, alguien cercano.

—Sé amable contigo misma durante este tiempo. Vas a experimentar muchas cosas, y te vas a sentir irracional muchas veces.

—Ay, Dios, síií. Eso es exactamente lo que me está pasando. Últimamente, me siento como si tuviera múltiples personalidades.

—Una vez hice que mi marido cogiera un vuelo a California para traerme uvas porque quería un tipo muy concreto, y el pobre lo hizo. No sé cómo me aguantó.

No pude evitar que una enorme sonrisa se formara en mi cara.

—Vale, ahora veo de dónde saca Travis su comportamiento: de su padre.

—Definitivamente, mi marido fue un gran modelo a seguir para nuestros hijos. Y mi segundo

consejo está relacionado con ello: deja que Travis te mime.

Mi sonrisa se hizo aún más grande.

—Sí, lo hace sin parar.

Capítulo Veinticinco

Bonnie

Cuando bajamos de nuevo, el aroma era delicioso. Ya habían encendido la parrilla, y encontramos a todos en el jardín trasero. Era el día más cálido de principios de primavera en seis años, según el parte meteorológico que había oído aquella mañana, y además hacía sol. Era lógico que quisieran aprovecharlo.

Beatrice me hizo un gesto para que me uniera a ella. Estaba sentada en un banco, disfrutando de un plato de comida. Mientras tanto, Sam no paraba de hacer fotos.

Cuando nos vio, me guiñó un ojo.

—Bonnie, te etiquetaré en las fotos de Instagram y Facebook. Somos los únicos que tenemos cuentas en las redes sociales en estos lares. —Acercándose a mí, añadió—: ¿Puedes enviarme una solicitud de amistad? No he encontrado tu perfil.

—Claro.

Me entregó su teléfono, entré en mi perfil y le envié una solicitud de amistad en Facebook de inmediato, luego le seguí con mi perfil en Instagram antes de devolvérselo.

—Voy a ver si los chicos necesitan algo —dijo Lena.

—Sin problema, estaré en buenas manos con la abuela —respondí, acercándome a ella.

—¿Qué te pareció la ropa? —preguntó con curiosidad.

—Absolutamente adorable.

—Bien, bien.

—Lena es muy buena conmigo. Y tú también.

—Por supuesto, querida. Estamos muy contentas de que formes parte de la familia.

Realmente quería ser parte de ella, no había duda, aunque todavía tenía mis reservas sobre cómo funcionaría todo eso.

Unos segundos más tarde, Travis se acercó con un plato de comida. *Maldita sea.* Intenté ocultar mis emociones porque no quería que los aspersores volvieran a ponerse en marcha.

—Voy a ver qué cosas ricas hay por ahí —comentó Beatrice, con la clara intención de dejarnos solos.

Travis se sentó, sosteniendo el plato delante de mí. Mi estómago rugió: había puesto un filete de ternera, una mazorca de maíz y alguna que otra deliciosa guarnición.

—Qué buena pinta tiene esto —admití.

Me miraba muy atentamente, y de repente sentí un poco de timidez.

—Cariño, ¿todo bien? —preguntó.

Me mordí el labio, cogiendo el plato. Podía ser sincera con él.

—Es solo que, ya sabes, estando aquí, no puedo evitar comparar a mi familia con la tuya. Tu abuela me acaba de decir que formo parte de tu familia, y la verdad es que me cuesta asimilarlo.

—Lo dice porque es cierto —contestó—. Pase lo que pase, eres una más de la familia.

Sentí una punzada en el pecho. Comprendí lo que quería decir: aunque no funcionáramos como pareja, de algún modo siempre sería parte de la familia por el bebé. Y aunque me encantaba saber que estaban acogiendo a nuestra semillita pase lo que pase, la idea de no estar con Travis, de no poder asistir a las reuniones familiares y verlo con otra mujer, me revolvía el estómago.

—Mi madre me ha mandado un mensaje —dije, decidida a contarlo todo.

—¿Qué quería?

Suspiré, dando un mordisco a la mazorca. Tras tragar, añadí:

—Dinero. Creo que quiere volver a las apuestas. Es la primera vez que no me da detalles.

—Deja que yo me ocupe de eso —ofreció.

Negué con firmeza.

—Ni hablar. Es mi madre, y soy yo quien tiene que lidiar con ella. Además, para ser sincera, no hay mucho que hacer. He aprendido que lo mejor es ignorarla y directamente no responder a sus mensajes.

—Cariño...

—No —repetí con firmeza.

Me estaba mirando fijamente, y entonces me di cuenta de que planeaba usar sus dotes de persuasión conmigo, pero no tuvo oportunidad, porque Paisley se dirigió al centro del jardín y anunció: “Prestad atención por favor. Abuela Lena, tengo una sorpresa para ti: ¡Una sesión de maquillaje allí!”. Señaló con el pulgar hacia su casa-árbol.

—Vaya, qué inventiva tiene mi sobrina —murmuró Travis.

—¿No hace mucho frío ahí dentro? —pregunté. Fuera se estaba bien, pero solo al sol.

—La casa tiene aislamiento térmico —respondió.

Lena sonreía de oreja a oreja.

—Me parece estupendo, cariño. Subamos —respondió a Paisley.

—¿Alguien más quiere maquillarse después? —preguntó la niña, mirando a su alrededor con ilusión.

Me levanté.

—Me apunto.

—No, tú no —dijo Travis casi en un gruñido. Él también estaba de pie.

Me volví para mirarlo.

—¿Qué quieres decir?

—¿Ves esa escalera?

—Sí —contesté.

—Pues eso, no vas a subir por ahí.

Qué hombre más cabezota.

—¿Por qué no?

—Es peligroso —respondió casi sin abrir la boca.

Apreté los labios con fuerza, intentando contener la risa. ¡Estaba siendo demasiado sobreprotector!

Tate, que estaba cerca de nosotros, comentó:

—Bueno, hermano, creo que ya estás igualando a Declan en nivel de intensidad.

—No, creo que acaba de superarme —añadió Declan desde la parrilla. Evidentemente, todos los miembros de la familia tenían la capacidad auditiva de un murciélago.

—A mí me parece adorable —comentó Lexi, que estaba junto a Tate. Luego, le guiñó un ojo a Paisley y dijo:

—Vamos, iré yo.

Tate la miró alarmado.

—No.

Lexi le sonrió, ladeando la cabeza:

—¿En serio?

—Sí. ¿Sabes? Ahora que lo pienso, Travis tiene razón con lo de la escalera.

—Vaya, esta sí que es una conversación interesante —comentó Reese.

—Tate, antes de burlarnos de ti, necesitamos conocer todos los hechos —dijo Luke.

—Espera un momento —dijo Tyler. Estaba mirando fijamente a Kendra, que tenía una expresión de culpa en la cara. Luego volvió a mirar a Tate y a Lexi—. ¿Algo que queráis compartir con el grupo?

—Venga, íbamos a decírselo de todos modos —afirmó Lexi—. Yo también estoy embarazada.

—¡Dios mío! —exclamé.

Todos gritaron de alegría. Un enorme caos reinó durante los minutos siguientes, mientras todos los felicitaban. Yo simplemente me sumergí en la felicidad que me rodeaba.

Sam se acercó a nosotros.

—Hoy he aprendido algo sobre nuestra familia.

—A ver... ¿qué? —quiso saber Travis.

—Que a Lexi y a Tate se les da bien guardar secretos, y que todos mis hermanos son unos cavernícolas.

—Pero solo has conseguido información sobre Tate y Travis —señalé.

—Sí, pero es información suficiente para sacar algunas conclusiones.

Solté una carcajada, y Travis no le contradijo porque era cierto.

Una vez que todos felicitaron a Tate y Lexi, Paisley subió con Lena a su casa-árbol. Travis me rodeó los hombros con un brazo posesivo, como si temiera que, después de todo, pudiera salir corriendo hacia la escalera.

Kendra, Megan y Liz aceptaron la sesión de maquillaje de Paisley. En realidad, era una buena maquilladora. Un poco torpe con la sombra de ojos, pero hizo un gran trabajo.

***

Travis

Noté que Bonnie estaba un poco inquieta.

—¿Quieres ir a casa?

—Sí. O sea, también quiero subir a la casa-árbol de Paisley, pero supongo que la respuesta sigue siendo un no, ¿verdad?

La fulminé con la mirada.

—Un no rotundo.

—Vale, entonces creo que será mejor que nos vayamos. Estoy un poco cansada.

Yo pensaba lo mismo. Aquel día había sido una locura.

Tras despedirme de la familia, nos fuimos en coche a casa y se quedó dormida en el camino. Apenas se despertó unos minutos antes de que llegáramos.

Sonrió tímidamente:

—Vaya, es como si tuviera un despertador interno.

Todavía estaba un poco somnolienta mientras subíamos en el ascensor, y ambos bostezamos.

—Hoy ha sido un gran día —murmuró cuando entramos en el ático.

Verla con mi familia tuvo un efecto inesperado en mí. La pandilla le cayó bien y ella les cayó bien a todos. Me hacía feliz que se sintiera cómoda y a gusto con mi familia.

—¿En qué estás pensando? —preguntó.

—En lo mucho que te deseo.

—¡Qué directo!

—No lo decía en plan sexual. —Corrigiéndome, añadí—: No lo decía *solo* a nivel sexual.

Meneó las caderas.

—Ah, pero eso también está sobre la mesa, ¿no?

—Siempre.

Guardé nuestros abrigos y la miré de arriba abajo antes de cogerla de la mano y conducirla al dormitorio principal.

—Me gusta por dónde va esto —murmuró.

Pese a que lucía despampanante con su vestido, la quería desnuda y ver cómo se lo quitaba.

—Desnúdate. Quiero observarte —pedí.

—¿Quieres que me desnude?

—Quítatelo, Bonnie.

Observé cómo se bajaba la cremallera del vestido y lo deslizaba por sus hombros. Le cayó hasta la cintura y, con un movimiento suave, se lo quitó junto con las medias. En cuestión de segundos, estaba delante de mí solo en sujetador y tanga. Joder, lucía increíblemente sexy: el encaje negro apenas le cubría su zona íntima y el sujetador alzaba sus turgentes pechos. Eran como unos redondos y perfectos globos. Me moría de ganas de probarlos. Pero primero quería contemplarla.

Caminé a su alrededor, buscando saciarme. Las bragas cubrían aún menos por detrás, pero sabía exactamente lo que iba a hacer con ellas después de que se las quitara.

Me puse justo detrás de ella, enganchando los pulgares en el elástico de sus bragas, e inspiró con fuerza. Me arrodillé y se las bajé lentamente, besándole las nalgas y luego la parte posterior de los muslos. Se las quitó sin que tuviera que pedírselo. Era mía, cada centímetro de su cuerpo y de su alma, no habría lugar para nadie más. Jamás.

—Date la vuelta y quítate el sujetador —dije.

Se movió despacio, de cara a mí. La miré mientras lo desabrochaba. Sus pechos quedaron expuestos.

—Súbete a la cama, Bonnie.

Ella asintió, mordiéndose el labio mientras se tumbaba en la cama.

—Pon las manos sobre la cabeza.

Frunció el ceño, pero hizo lo que le pedí, flexionando una pierna.

—Piernas rectas —indiqué.

La bajó sobre el colchón.

Después de quitarme toda la ropa, me subí sobre ella, cogiendo sus bragas.

—¿Qué vas a hacer con eso?

—Te ataré las muñecas.

—¡Oh! —Me dedicó una sonrisa deliciosa.

Primero dibujé círculos en sus muñecas con mis pulgares, sintiendo el cambio en su cuerpo, la tensión de sus músculos. Sabía que era un punto sensible para ella. Me incliné y las besé antes de atárselas con las bragas. Eran lo suficientemente elásticas como para no hacerle daño, pero sin duda no podría moverlas con facilidad.

La tenía justo donde quería.

Su pecho subía y bajaba con respiraciones entrecortadas. Llené sus brazos de besos y lametones. Suavemente pasé por sus hombros y su clavícula. A continuación, deslicé las manos por sus costados, provocándola, sin llegar a tocarla. Sentí cómo se le ponía la piel de gallina.

Jadeó.

—Travis. —Su voz era irregular.

Joder, estaba ya tan empalmado que incluso sentía un poco de dolor. Me agarré la polla, y moví la palma de la mano de arriba abajo, apretando y luego bombeando de nuevo.

—Por favor, Travis. Te quiero dentro de mí.

Oírla suplicar casi anuló mi autocontrol.

—Te prometo que te daré mi polla, pero aún no.

Se retorció y giró sobre la cama, forcejeando con las muñecas. Volví a ascender, acariciando sus pechos. Solté mi polla y me levanté apoyándome en mis brazos, con mi erección aplastada contra su cuerpo. Acto seguido, Bonnie giró sus caderas para que su coño quedara apretado contra mí. Aquel contacto me nubló la vista.

Froté mi polla contra su entrada, rozando su clítoris. La estaba volviendo loca, y fue entonces cuando llevé la mano a sus muñecas y desaté las bragas.

—¡Oh! —exclamó ella, con una expresión de sorpresa grabada en el rostro.

—Ya has esperado bastante, preciosa. Ahora ha llegado el momento de tu recompensa.

Me deslicé dentro por completo y casi se me pusieron los ojos en blanco. La sensación fue increíblemente satisfactoria. Nos acomodamos de lado; para poder moverme con facilidad, y ella también. El ángulo resultaba muy profundo, supe que había tocado su punto G por la forma en que se arqueó todo su cuerpo, extendió los brazos sobre la cama y tiró de las sábanas. Apenas podía soportar todo el placer que le estaba dando, pero yo no pensaba parar.

Embestí una y otra vez, observando cómo sucumbía ante el placer con cada movimiento. Mientras, yo sentía cómo me acercaba al límite cada vez que me introducía dentro de ella hasta la base del pene.

—Aaah, Travis. Oooooh. —Su cuerpo se estremeció. Estaba tan al límite que, por impulso, casi me aparta; pero yo no iba a permitirlo, sabía que necesitaba una embestida profunda para llegar al límite.

La sujeté por el trasero para mantenerla en su sitio y volví a penetrarla.

—Eso es, cariño, Así. Córrete —insté. Yo también estaba a punto de correrme, pero quería que ella llegara primero.

Cerró los ojos, apretando los labios con fuerza. Luego movió la cabeza hacia atrás y gritó mi nombre. Estaba tan contraída en torno a mí que por un segundo olvidé dónde estaba y cómo me llamaba. Estaba tan envuelto por ella que ni siquiera podía respirar.

Me moví sobre su cuerpo, colocándola boca arriba, besándola y disfrutando de sus sonidos de placer mientras le ofrecía los míos. Mientras tanto, no dejaba de embestirla.

Bonnie era maravillosa y era todo lo que siempre necesitaría en mi vida.

Capítulo Veintiséis

Travis

Preparar la gran inauguración del hotel requirió todos nuestros esfuerzos. La fiesta tendría lugar en tres semanas, y necesitaba que fuera perfecta. Quería que mis padres y mi abuela se sintieran orgullosos. Me había costado muchísimo convencerlos de que vinieran, sobre todo porque estaría presente la prensa. Era inevitable, y prefería invitar a unos pocos periodistas selectos que tener a todo el mundo rondando el edificio.

Todo tenía que salir a pedir de boca. En aquellos días estaba trabajando exclusivamente desde el hotel, quería supervisar hasta el último detalle. Marjorie también se había trasladado allí, aunque insistía en que prefería el otro edificio. El ambiente era mucho más animado con la presencia de mis hermanos.

En ese momento, tenía que bajar a comprobar si el cableado eléctrico ya había sido reparado. El equipo técnico descubrió algún desperfecto en la zona de recepción.

Cuando me estaba levantando de mi silla, entró Marjorie.

—Hay una mujer abajo, preguntando por ti. Dice que es la madre de Bonnie.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo ha conseguido la dirección?

—Probablemente de cualquier revista. El hotel ha salido bastante en las noticias y publicidad.

¿Qué coño quiere? Esto no puede traer nada bueno.

—Dile que suba.

Bonnie me había dicho claramente que su madre no había mostrado interés alguno en verla. ¿Por qué iba a presentarse en el hotel?

Me senté en el borde del escritorio, con la mirada fija en la puerta.

Unos minutos después, entró aquella mujer. Se parecía vagamente a Bonnie. Tenían la misma estructura corporal, pero su cabello era más oscuro, al igual que sus ojos.

—¿Travis Maxwell? —preguntó.

—Sí.

—Soy la madre de Bonnie.

—Sí, me lo ha dicho mi asistenta.

Me acerqué a ella y le estreché la mano. No tenía la más mínima idea de por qué estaba allí, pero estaba decidido a mantener la cortesía el mayor tiempo posible.

Miró a su alrededor con desdén.

—Qué bonito lugar. Muy lujoso. Debe de haber costado mucho.

—Es un hotel de lujo.

—Sí, sí. Lo he leído en las revistas. Mi hija ha hecho bien las cosas. Nunca habría pensado que sería capaz de conquistar a alguien como tú, pero la felicito.

A la mierda con la cortesía.

—No insultes a Bonnie delante de mí. Si has venido para eso, puedes irte a la mierda ahora mismo.

Ella entrecerró los ojos y se cruzó de brazos.

—Ya veo. En el fondo somos todos iguales, ¿no? Seguro que tu ropa cuesta más de lo que yo gano en un mes, pero eres tan cutre como un obrero de la construcción.

—¿A qué viene todo esto? Tienes exactamente cinco minutos antes de que te acompañe hasta

la puerta.

—Bueno, mi problema es que mi hija ha cazado a un hombre rico y aun así sigue sin darme dinero.

—No es responsabilidad de tu hija darte dinero.

Luchaba por mantener la voz firme. Recordé todo lo que Bonnie me había contado sobre su infancia. Su madre perdió su casa por culpa de la adicción al juego, así que mi chica no le debía nada.

—Joder, ¿sabes cuánto cuesta criar a un hijo? Habría ahorrado mucho más dinero si no hubiera tenido que criar a mi hija.

—¿Qué mierda de lógica es esa? —solté.

—Pronto verás cómo son las relaciones. Crees que todo es alegría, color y momentos agradables, pero es una pesadilla.

—¡Lárgate! —grité.

Volvió a mirar a su alrededor.

—No lo haré.

—Pues entonces llamaré a seguridad.

—¿En serio harás eso? ¿Qué pensará la gente si la prensa hace fotos de los guardias de seguridad escoltando a la madre de tu novia fuera del edificio? Parece que valoras la privacidad. No he podido encontrar nada sobre ti en Internet.

—¿Acaso me estás amenazando?

—No, solo quiero dinero. Te sobra y puedes darme un poco. Bonnie ni siquiera tiene que saberlo.

La miré directamente a los ojos.

—No te conviene tomar ese camino conmigo. No puedes venir a mi despacho, hablar mal de Bonnie y amenazarme de esta manera.

—Puedo hacer lo que me dé la gana.

Me acerqué, y sus ojos se abrieron un poco mientras retrocedía un paso. Quería que no tuviera ninguna duda de que protegería a Bonnie pasara lo que pasara, incluso de su propia madre si era necesario.

—Nunca te has preocupado por tu hija. Nunca le has dado estabilidad, ni afecto, ni ningún apoyo en la vida. Y aun así, ella sigue queriendo ayudarte.

—Ella no me ayuda, nunca me da dinero.

—Porque sabe que te lo juegas todo.

Ella retrocedió, tambaleándose.

—¿Te lo ha contado?

—Sí, cada detalle. Lo sé todo, así que esto es lo que haremos: vas a largarte de mi hotel, no molestarás más a Bonnie por dinero y nunca *jamás* le faltarás el respeto. ¿Me has entendido?

—No me digas lo que tengo que hacer, guapo. Haré lo que me dé la gana. No hay nada que puedas hacer al respecto.

—Haz la prueba. Hay dos cosas que tienes que saber sobre mí. La primera: no permito que nadie haga daño a las personas que quiero. Y la segunda: quiero a Bonnie. Ella es una prioridad para mí y está en lo más alto de la lista de personas a las que protejo, así que lárgate de aquí.

La madre de Bonnie estaba llena de odio, y no iba a permitir se acercara a ella nunca más. Al menos no hasta que pusiera en orden su vida.

—No esperes volver a ver a tu nieto o a tu hija después de soltar estas amenazas. Será mejor que te plantees qué es importante en la vida antes de intentar acercarte a ninguno de nosotros dos

de nuevo.

Entrecerró los ojos, pero salió de mi despacho sin decir una palabra más.

De inmediato, Marjorie asomó la cabeza al interior de mi despacho.

—Travis, ¿todo bien?

Yo estaba furioso, intentando averiguar cómo se había enterado de lo nuestro. Bonnie me había comentado que hacía tiempo que no estaban en contacto.

Entonces caí en la cuenta.

—¿Hay alguna foto en Internet de Bonnie y de mí?

Le había pedido que pusiera una alerta con mi nombre en todos los buscadores y que lo controlara.

—Solo la que Sam publicó del cumpleaños de Lena. La etiquetó.

—Gracias.

Estuve echando humo durante el resto del día. La forma en que había hablado de Bonnie, como si hubiera sido una carga, me puso de los nervios.

Estaba decidido a ocultárselo. Al menos, en aquel momento. Sin embargo, a medida que avanzaba la semana, mi voluntad fue flaqueando. No era un experto en relaciones, pero no me gustaban los secretos.

El sábado por la mañana Bonnie estaba tumbada en el sofá, cubierta con una manta rosa, leyendo en su *Kindle*. Me senté a su lado, en el borde del sofá. Había pasado la noche en mi piso y se había levantado temprano para leer, algo habitual los fines de semana. Seguía insistiendo en que era demasiado pronto para mudarse conmigo, pero me alegraba que pareciera sentirse más cómoda en mi ático.

Me resultaba curioso que, en el pasado, solía proteger mi espacio ferozmente, pero en ese momento ya ni siquiera podía imaginarme los sábados sin Bonnie.

Jugueteé con su collar, el sencillo colgante que le había regalado en Oceanwell Bay. Lo llevaba siempre, y eso me gustaba.

Ella apartó la vista de su *Kindle*.

—¿Has venido a distraerme?

—Claro que sí.

Volvió a mirar su *Kindle* y luego de nuevo a mí, claramente le costaba decidirse entre los dos.

Finalmente, lo dejó a un lado.

—Para que lo sepas, estaba leyendo sobre mi Bridgerton favorito.

—¿Cuál es?

—Anthony, por supuesto.

—Bien. ¿Y esa manta? No recuerdo haberla visto aquí antes.

Al instante, noté que se ponía tensa, incluso mientras la besaba en un lado del cuello, así que me aparté, observándola.

—¿Qué pasa?

—La compré. Pensé que me vendría bien una manta calentita. ¿Te parece bien? No se me ocurrió pedírtelo.

Le besé la comisura de los labios antes de acercarme a su oreja y ponerle una mano en el vientre por encima de la manta.

—Puedes comprar lo que quieras, Bonnie. Quiero que aquí te sientas como en casa.

—Pero esta es *tu* casa. No quiero invadir tu espacio.

Le besé el cuello y le pasé la punta de la lengua por la mandíbula. Se estremeció.

—Cariño, no me estás invadiendo, me encanta tenerte aquí. Si quisieras comprar una puñetera tienda, también lo aceptaría sin problemas.

—¿Por qué compraría una tienda?

La verdad era que últimamente mi mujer tenía ideas bastante inusuales. Había pedido no menos de seis cunas diferentes, insistiendo en que quería verlas todas una al lado de la otra para decidir cuál sería mejor. No había encontrado ninguna tienda que las tuviera todas, así que no podía compararlas. Me pareció una locura, pero el instinto me dijo que me guardara esa opinión para mí. Las habían entregado la semana anterior. Aquel día, Tate, Sam y Luke se iban a pasar por mi casa para ayudarme a montarlas mientras Megan y Lexi acompañaban a Bonnie a una clase de yoga que impartía Ashley.

—¿Crees que me da tiempo a leerme otro capítulo antes de que llegue tu familia?

—Necesito hablar contigo.

Me enderecé, mirándola. Entrelacé nuestros dedos y apreté los suyos con suavidad.

Tragó saliva.

—Me estás asustando. ¿Qué pasa?

—Tu madre se pasó por el hotel.

Bonnie jadeó y se incorporó. Le temblaba la mano.

—¿Mi madre? ¿A tu hotel? ¿Cuándo? No sabía que estaba en Chicago.

—Vino esta semana.

—¿Y qué quería?

—Dinero.

—¡Dios mío, no me lo puedo creer! Lo siento mucho, Travis. Yo... hablaré con ella. ¿Qué necesidad tenía de molestarte? Espera, ¿cómo sabe siquiera que eras... tú? Nunca mencioné a qué te dedicas, ni siquiera tu apellido.

—Sam te etiquetó en unas fotos que colgó en Internet.

—Lo siento mucho.

Le agarré el hombro.

—No sigas disculpándote, no es culpa tuya.

—Mi madre es muy diferente a tu familia. Estoy muy avergonzada. —Pude ver cómo se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Cariño, nunca te avergüences de ello. Yo te quiero y mi familia te quiere pase lo que pase, ¿vale? No tienes que disculparte por su comportamiento. Yo la puse en su sitio. Y le he dicho que no te moleste más, al menos hasta que arregle sus propios asuntos.

Tenía los ojos muy abiertos y temerosos, y detesté verla así. ¿Por qué demonios se lo había contado?

—Lo que ha hecho no está bien —murmuró—. No debería haber ido a tu despacho. —Le temblaba todo el cuerpo.

Me senté detrás de ella para que su espalda quedara apoyada contra mi pecho. Odiaba que su madre le provocara todo aquello. Bonnie era una mujer fuerte y había conseguido superar una vida dura a pesar del egoísmo de sus padres. Necesitaba saber que ya era una Maxwell y que tenía la familia que siempre había deseado. Me aseguraría de que lo entendiera.

—Bonnie, olvídalo. Solo quería que lo supieras para que no hubiera secretos entre nosotros. Le dije que te protegería pase lo que pase, porque eres mi chica. Nunca lo dudes, ¿vale?

Me miró, girándose ligeramente.

—No lo entiendes, ¿verdad? Eres tú quien necesita que le protejan. He lidiado con mi madre toda mi vida.

Me encantaba que se preocupara por mí, pero aún no nos conocía lo bastante bien a los Maxwell como para darse cuenta de lo que nos protegíamos los unos a los otros.

—Eres mía, Bonnie —insistí, poniéndole una mano en la mejilla y apoyando mis dedos en su nuca—. Mía para amarte, mía para protegerte. Todos los días, a todas horas, de cualquiera, incluida tu familia si es necesario —concluí.

—¿Tuya para amarme? —murmuró.

—Sí. Te amo muchísimo.

Pude sentir sus ojos clavados en mí.

—Yo también te amo, Travis. Pero, aunque seas un poco cabezota y estés haciendo que me derrita, necesito que me dejes protegerte.

—Así no es como funcionan las cosas, cariño —contesté.

Dándose la vuelta, se inclinó hacia mí, rodeando mi torso con los brazos y apoyando un lado de su cara en mi pecho.

—Tengo miedo de no ser una buena madre.

—Claro que lo serás —afirmé.

—¿De verdad lo crees? Como ya has podido comprobar, de pequeña no tuve exactamente un modelo a seguir. Y no tengo experiencia con niños.

—Sí, pero eres una persona maravillosa y te manejas bien con los animales.

Se echó a reír.

—Oh, eso me hace sentir mucho mejor.

—Debería. Y además eres genial con mi sobrina.

—Claro... siempre y cuando no haga locuras como subir una escalera a una casa-árbol, ¿verdad?

—Me preocupa tu seguridad, cariño.

De repente, sonó el timbre y ella se sobresaltó en mis brazos.

—Debe ser la pandilla —dije.

Ambos nos levantamos del sofá. Luego, Bonnie dobló su manta rosa y la puso en el sofá con el *Kindle* encima.

Abrí la puerta. Lexi y Tate entraron primero, Luke entró con Megan, y Sam y mi padre iban los últimos.

Fruncí el ceño.

—Papá, no sabía que tú también ibas a venir.

—Pensé que necesitaríais que os echara una mano, o no terminareis de montar esa cuna —contestó.

—Buena observación —respondí.

—¿Lista para ir a yoga? —preguntó Lexi a Bonnie, que asintió.

—Mi bolsa del gimnasio está junto a la puerta.

—Vale, chicos. Avisadnos si queréis que traigamos algo de comida a la vuelta —ofreció Megan—. Nuestra clase empieza dentro de quince minutos, así que no podemos entretenernos ahora.

—Oh, es verdad —dijo Lexi.

—Ashley ya está allí —murmuró Bonnie.

—Así que primero nos hacéis venir hasta aquí y luego nos dejáis solos para hacer todo el trabajo. Quizá deberíamos esperar a que volváis —comentó Tate.

—¿Veis? Por eso he venido —dijo papá—. Venga. Manos a la obra.

Bonnie aún parecía afectada, y yo estaba fastidiado por haberle contado lo del encuentro con

su madre.

Quería que se mudara a mi ático conmigo antes de que naciera el bebé, y necesitaba que estuviera de acuerdo. No me gustaba la idea de que viviera sola nunca, y menos en ese momento. ¿Y si su madre aparecía en su apartamento? Yo era su protector. Era mía, y por fin ella ya lo sabía.

Capítulo Veintisiete

Travis

Cuando las chicas se fueron, me volví hacia el grupo.

—¿Alguien quiere una cerveza?

—Veamos primero en qué consiste el trabajo —sugirió Tate.

Les hice un gesto para que me siguieran y los conduje al dormitorio de invitados.

—Espera un momento. ¿Cuántas habéis pedido? Creía que solo íbamos a construir una cuna, hijo —dijo papá.

—Seis cunas —repliqué—. Ha pedido seis porque quiere verlas todas montadas para luego decidir cuál le gusta más.

Luke se agarró la cabeza:

—Joder.

—Vaya intensidad —dijo Sam.

Mi padre se rió.

—Se le llama ‘‘preparar el nido’’.

—¿Qué es eso? —preguntó Luke.

—Cuando una mujer está a punto de ser madre, tiene el impulso de hacer que toda la casa esté perfecta para la llegada del bebé.

—Normalmente eso empieza más adelante —dijo Sam—. Yo lo achacaría a los nervios del embarazo.

—¿Cómo es que conocéis esos términos? —pregunté.

—Soy médico —contestó Sam con naturalidad.

—Y yo soy padre —explicó papá.

—Yo también, pero no conocía ese término —dijo Tate.

—Pero yo tengo seis hijos. He pasado por este proceso muchas veces...

—Vale, que empiece el espectáculo —dijo Luke.

Todos empezamos a abrir las cajas, colocando las instrucciones de montaje delante de cada una de ellas. Luego, saqué las cajas vacías fuera de la habitación para que tuviéramos más espacio para movernos.

—Esto va a requerir una cerveza —afirmó Sam, echando un vistazo a su alrededor—. Estas instrucciones parece que están en chino.

Le miré fijamente:

—Eres médico, tío.

—Sí, yo curo a la gente, no construyo cosas. Luke, esta es tu especialidad.

—Yo diseño los planos. No me ocupo de la construcción.

Menudo arquitecto.

—¿Dónde están esas cervezas? —preguntó Tate.

Negué con la cabeza.

—He cambiado de opinión, la cerveza no va a mejorar la situación. Vamos, primero montemos esto, y dejemos las bebidas para después. Será como una recompensa.

—Quién lo diría, tú siguiendo el ejemplo de Declan.

Le daba bastante la lata a mi hermano, pero en realidad lo admiraba, aunque, en mi opinión, necesitaba relajarse un poco de vez en cuando. Por eso, aún no sabía exactamente por qué me

estaban comparando con él; tenía que informarme bien antes de ofenderme.

—¿Qué queréis decir?

—Primero nos pones a trabajar y luego sirves las bebidas —explicó Luke.

Asentí.

—Sí, recuerdo haberle echado la bronca a Declan por hacer lo mismo, pero ahora me doy cuenta de que tenía razón. Eso sí, no se lo digáis, o nunca dejará de recordármelo.

Todo el proceso fue extenuante, y a medida que las cosas se ponían más difíciles, las palabrotas empezaron a salir. Menos mal que no estaban las chicas.

Treinta minutos después, mi padre y yo habíamos conseguido montar una cuna. Luke, Sam y Tate casi habían terminado con la segunda.

—Dos menos, faltan un millón —dijo Sam en broma.

Sí, la tarea era durísima.

—¿A alguien más le parecen idénticas esas dos? —preguntó Luke.

—Sí —respondí—, pero los embalajes son diferentes.

—¿No te mencionó Bonnie las diferencias entre las cunas? —preguntó Tate.

—Lo hizo, y mientras me lo explicaba, tenía sentido. Pero ahora mismo no recuerdo nada.

Me encogí de hombros.

—Pasemos a la siguiente.

—Esposa feliz, vida feliz —comentó mi padre, y luego añadió—: Un consejo, chicos: cuando vuestras mujeres estén en el periodo de anidamiento, decid que sí a todo.

Me reí entre dientes.

—¿Algún sabio consejo más que compartir?

—¿Sobre qué? —preguntó mi padre.

—Como no cagarla en la paternidad —respondí.

Mis hermanos se quedaron boquiabiertos. *Allá ellos.*

Entonces Tate soltó el martillo que tenía en la mano.

—Mira, es una cuestión de aprender con la práctica. Inevitablemente la vas a cagar.

—Eso me deja más tranquilo —respondí.

—Es la verdad —prosiguió—. Cometerás errores, es normal. Lo importante es aprender de ellos y seguir adelante. Cuando me divorcié, sentí que ya le había fallado a Paisley porque ni siquiera había podido darle un hogar estable. Pero las cosas nunca acaban siendo tan malas como parecen al principio. Solo tienes que tener paciencia.

Mi padre asintió.

—Uno tiene que afrontar las cosas tal como vienen. No existe un manual, y aunque lo hubiera, no se aplicaría a todos los niños. Cada niño es diferente, fíjate en todos vosotros. Os criasteis en la misma casa, pero ya desde que erais pequeños me di cuenta de que cada uno tenía su propia personalidad. Tomad las cosas como vienen. Una cosa que he aprendido con los bebés es a no darle demasiadas vueltas a todo, porque no sirve de nada; y planificar con antelación es una pérdida de tiempo, ya que todo es muy impredecible.

—Gran consejo, papá —contesté—. Ahora, volvamos al trabajo. Ya hemos perdido bastante tiempo hablando.

Una hora más tarde, todas las camas estaban listas. Tres parecían completamente idénticas, pero estaba seguro de que Bonnie sabría cuál era la diferencia con exactitud.

Fiel a mi palabra, les serví cervezas a todos. Nos relajamos en el salón, charlando sobre el hotel y mis planes para el proyecto.

Aún no había hablado con Kimberly sobre una oferta formal de trabajo, pero me estaba

preparando para ello. Cuando mencionó que había pensado en vivir en Londres durante un tiempo, empecé a considerarlo. No tenía por qué expandirme primero en Estados Unidos; no había ninguna razón por la que no pudiera empezar en el extranjero. En cuanto pasara el momento de la inauguración, iba a pedirle a Tim que realizara un estudio de mercado en profundidad para ver qué era más viable. Prefería que no lo hiciera de inmediato; quería tener la cabeza enfocada cien por cien en el lanzamiento.

—Propongo un brindis —dijo mi padre—, pero para eso necesitamos algo que no sea cerveza.

—Tengo *bourbon*. —Saqué la botella del armario que había bajo la barra y llené de hielo un cubo.

Un par de minutos después, ya estaba todo listo.

—¿Por qué vamos a brindar? —preguntó Tate.

—Porque la familia Maxwell esté reunida y creciendo al mismo tiempo —respondió papá—. Estoy orgulloso de todos mis hijos. ¿Sabéis? Hace años, cuando recibimos la oferta por las librerías, lo dudamos mucho. Pensamos que sería bueno que el negocio se quedara en la familia. Al fin y al cabo, era nuestra herencia. Hoy puedo decir que estoy seguro de que habría estado en buenas manos si no la hubiéramos vendido. Sois todos muy capaces.

—No cuando se trata de construir cunas. Nos ha hecho falta estar todos para hacerlo —señaló Sam.

Papá negó con la cabeza.

—Habéis seguido vuestros instintos y pasiones, y no podríamos estar más contentos.

Media hora más tarde, estábamos todos medio borrachos.

—¿Cómo es que ya estoy mareado? —preguntó Sam.

—Es que no hemos comido —explicó Tate.

—Joder. El plan era pedir comida —recordó Luke.

—Hablando de eso, ¿dónde están las chicas? —pregunté—. Deberían haber llegado hace quince minutos.

Papá se rió entre dientes.

—¿Estás contando los minutos, hijo?

—No.

Pues aparentemente, sí. Quería ser testigo de la expresión de Bonnie cuando viera las cunas.

Como si lo hubiéramos invocado, la puerta principal se abrió.

—Uf, apesta a alcohol —dijo Lexi. Se volvió hacia nosotros y abrió la boca en gesto de sorpresa—. ¡Estáis todos borrachos!

Bonnie y Megan fueron las siguientes en entrar.

—No estamos borrachos —corregí—. Terminamos a tiempo y queríamos celebrar nuestro logro.

Bonnie no dejaba de mirar hacia el dormitorio de invitados de reojo. Estaba inquieta, cambiando el apoyo de un pie a otro. Sabía que se moría de ganas de ver las cunas, pero estaba intentando ser educada.

Adoptó una postura más erguida y dijo:

—Muchas gracias por montarlas. ¿Pedimos la comida?

—No. Creo que, si seguimos juntos mucho más tiempo, vamos a terminar haciéndonos pasar vergüenza los unos a los otros —dijo Tate.

—Espera, ¿quieres decir más de lo habitual? —preguntó Lexi, con un tono socarrón.

Tate frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando estáis juntos, es como si compitierais por ver quién fastidia más al otro —explicó Megan.

—Hablando de eso, nadie me ha contado aún ninguno de los oscuros secretos de Travis —intervino Bonnie.

—Oh, no vayamos por ahí. Tate tiene razón —respondió Luke—. No te conviene preguntar de más cuando estemos borrachos.

—¿Por qué no?

—Porque nuestras historias se vuelven poco fiables.

Tate hizo un gesto de confirmación:

—Exacto, *muy* poco fiables.

—¿Recuerdas aquella vez que espantamos a la cita de Sam con una historia rara que ni siquiera era sobre él, sino sobre Travis? —preguntó Luke.

—Oye, no asustes a mi chica —dije.

—¡Cuéntalo! —Bonnie se sentó a mi lado. Estaba increíble con su atuendo de yoga, que se amoldaba perfectamente a sus curvas. Ya se le notaba su incipiente barriguita, y me moría de ganas de que su embarazo fuera más evidente—. Venga, esta es mi oportunidad.

Sam se aclaró la garganta y se puso en pie.

—Bonnie, te doy mi palabra de caballero de que algún día te contaré la historia, pero hoy no es el día. Con todo lo que he bebido no me veo capaz de contar el relato con estilo.

Ella se echó a reír y preguntó:

—Caballero o no, ¿debería creerte?

Sam negó con la cabeza.

—¿Qué le has estado contando de mí? ¿Por qué diría eso?

—Solo he atado cabos a partir de algunas historias —replicó Bonnie con una sonrisa pícara.

Vaya, adoraba a mi chica.

—Chicos, vamos. Ya es hora de irnos —dijo Tate.

Todos nos levantamos del sofá.

Sam se acercó a mí.

—Tío, me gusta tu chica.

—Me alegro. A mí también me gusta.

Frunció el ceño.

—Maldita sea, necesito estar sobrio para esto.

Luke gruñó.

—¡Joder, tío, acabas de revelar nuestro plan!

—¿Qué plan? —pregunté.

Sam señaló a Luke.

—Este quería vengarse de que le pusieras celoso cuando te fuiste de viaje con él y Megan.

Megan se echó a reír.

—¿Es así como él cuenta la historia? Dejad que os lo aclare: Travis no hizo nada para ponerle celoso, Luke simplemente se sintió así sin razón alguna. —Miró a mi padre—. Siento mucho que hayas oído eso.

—Haré de cuenta que no he oído nada —respondió papá.

A la abuela le gustaba decir que nos educó a todos para ser caballeros, pero, a decir verdad, mi padre era el único caballero de la familia. Parece que los genes se diluyeron con nosotros.

—Bueno, bueno. Creo que esto se ha convertido en “Operación Avergoncemos a Luke” —

refunfuñó Luke.

—Mi amor, lo has convertido en eso tú solito —replicó Megan, sonriendo de oreja a oreja.

—Bueno. Vámonos ya —pidió papá—. Bonnie, lo hemos hecho lo mejor que hemos podido. Esperamos que te guste al menos una de las cunas. Nos vemos en la gran inauguración.

En cuanto se marcharon, la giré hacia mí, estrechándola contra mí.

—Vaya. Eres adorable cuando estás borracho —dijo.

—¿Adorable?

—Sí.

—No me gusta esa palabra, pero la dejaré pasar esta vez. ¿Por qué no vemos las cunas?

—Me muero de ganas —dijo. Tenía los ojos muy abiertos y llenos de ilusión.

Cogiéndola de la mano, la conduje a la habitación del bebé. Entró e inmediatamente dio un pequeño saltito de emoción.

—Son tan pequeñas y monas. —Se dio la vuelta despacio, miró las camas y luego dirigió su mirada hacia mí—. Sé que ha sido una auténtica locura hacer esto, pero literalmente no podía decidirme.

—¿Qué te parecen? ¿Con cuál te quedas?

—Vamos a quedarnos con dos de todos modos, ¿no? Una en tu casa y otra en la mía.

Me quedé inmóvil:

—Ya veo. ¿Todavía no se te ha pasado por la cabeza mudarte conmigo?

—Sí, pero creo que es demasiado pronto. ¿Y si cuando nazca el bebé acabamos tan estresados que empezamos a pelearnos? Ya va a ser bastante estresante incluso sin tener que buscar una nueva casa si quieres que me mude contigo.

¿Qué coño pasa? ¿De dónde viene esto?

—¿Cómo es que has llegado a esta conclusión? No me gusta nada.

Sus hombros se hundieron.

—A mí tampoco, pero me gusta ser cautelosa.

—Esto no es ser cautelosa, Bonnie, es ser dramática.

Se frotó la barriga, parpadeando rápidamente, y yo metí mis manos en mis bolsillos, sopesando los pros y los contras de insistir en el tema. La verdad era que, si presionaba, acabaríamos peleándonos. Me pasé todo el día montando cunas con mi familia y haciendo todo lo posible para que se sintiera cómoda en casa, ¿y ella estaba haciendo planes de contingencia por si rompíamos? La cosa estaba jodida.

—No, no lo es —susurró ella—. La gente de mi vida se va, ¿vale? Eso es lo que pasa todo el tiempo. Te conocí hace solo cuatro meses, no me pidas que crea ciegamente que todo irá bien. Yo no funciono así.

—Bien. Volveremos sobre ello en otra ocasión. —El tono de mi voz era tenso, pero no podía evitarlo. Intentaba ver las cosas desde su punto de vista, pero no lo conseguía.

Señalé las cunas.

—Entonces, ¿con *cuáles* nos quedamos?

—No puedo decidirme ahora. Necesito mirarlas durante un par de días, ver cuál encaja con el estilo del apartamento, y esas cosas...

Me esforcé por mantener la cara seria. La verdad era que todo aquello me parecía una locura.

—Para que lo sepas, no te sale bien la cara de póquer cuando estás borracho.

Me acerqué a ella y la abracé.

—Admito que no lo entiendo, pero eso no importa.

—¿Ah, no?

—No. Solo me importa lo que tú necesites. Y ahora mismo te hago la promesa de que siempre te daré todo lo que quieras y necesites.

—Deja ya de ser tan encantador. Vas a hacer que me ponga a llorar.

—Por mí no te preocupes, cariño. —Sin previo aviso, la cogí en brazos y la llevé al dormitorio principal.

Soltó una risita, apoyando la frente en mi mejilla.

El consejo de mi padre de tomar las cosas como venían resonó en mi cabeza.

Había sido un buen día.

Capítulo Veintiocho

Bonnie

—¡Estás elegantísimo! —dije con entusiasmo dos semanas después, observando a Travis mientras se abotonaba la camisa. Nos encontrábamos en la *suite* presidencial del Hotel Maxwell.

Estaba viviendo un sueño; todo era tan lujoso que tenía miedo de tocar cualquier cosa. Él había insistido en que sería mejor quedarnos allí. De ese modo, cuando acabara la fiesta, podríamos ir directamente a la habitación para descansar. Me pareció bien, porque estaba segura de que estaría agotada cuando acabara la noche.

Llevaba un precioso vestido rojo hasta el suelo que me había comprado con Reese. Habíamos ido de compras juntas, y Ashley también nos había acompañado. Ella se quedaba admirando cada uno de los vestidos que me probaba. Después de que les presentara a las chicas en la clase de yoga, siguieron en contacto.

Como ya llevaba cuatro meses de embarazo, mi barriga comenzaba a notarse, pero el vestido la disimulaba.

Travis me miraba como si quisiera devorarme allí mismo. Ni siquiera podía abrocharse el último botón.

Sonreí de manera burlona.

—Veo que te distraigo tanto que ni siquiera puedes abrocharte la camisa.

—Es que me gusta más quitármela —dijo.

—Habrá tiempo de sobra para eso más tarde —respondí, terminando la tarea por él. Luego cogí los gemelos de la mesilla de caoba y se los puse. Tenían una piedra negra en relieve con la palabra ‘‘Maxwell’’. Claramente estaban hechos exclusivamente para él.

De repente, sonó su teléfono, que también estaba sobre el tocador. Era Reese.

—Oh, antes me llamó a mí también. Se me olvidó devolverle la llamada.

—Es probable que quiera presionarnos para que bajemos ya. ¿Estás lista? —preguntó casi en un gruñido.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¿Por qué has hecho ese ruido?

—Estás tan guapa que no puedo pensar en otra cosa que en quitarte el vestido.

Hice un gesto de “no” con el dedo.

—No, basta de pensar en eso, tenemos que estar presentables. Si haces de las tuyas, todo el mundo se dará cuenta. —Sonrió de manera lasciva—. No estoy segura de lo que está pasando por tu mente, pero me voy. —Corrí hacia la puerta, riendo.

Travis me alcanzó y nos dirigimos juntos hacia el ascensor.

El hotel era precioso. Incluso las paredes eran elegantes, cubiertas de papel pintado de terciopelo o algún material similar. No tenía ni idea de lo que era, pero me pareció muy suave. Lo había rozado accidentalmente de camino a la habitación y tuve que recordarme que no podía andar toqueteando las paredes.

Bajamos en ascensor y nos dirigimos a la zona de la entrada.

—¿Esa gente de afuera son huéspedes? —pregunté señalando la fachada acristalada del hotel.

Travis cerró la boca con fuerza, ajustándose con cierto nerviosismo un gemelo que, a mi parecer, estaba perfectamente colocado.

—No, es la prensa. —Estaba claro que no le entusiasmaba para nada su presencia.

Tim se acercó a nosotros.

—Por fin estáis aquí, Reese te ha llamado varias veces.

—Sí, pensé que sería mejor que nos diéramos prisa en lugar de responder a la llamada —respondió Travis.

Alternó la mirada entre nosotros y se me revolvió estómago. Lo que tuviera que decir no parecía nada bueno.

—Vale, tengo que comentaros algo. Al parecer, hay un interés inusitado por Bonnie.

Tragué saliva con dificultad.

—¿Por mí? ¿Cómo es posible? ¿Cómo es que saben de mí siquiera?

—Es por una declaración que ha hecho tu madre hoy.

Me puse rígida. Sentí como si hubiera caído en una piscina helada.

—Mi madre —repetí como un loro. La había llamado una docena de veces después de que se apareciera en el hotel, pero no contestó ninguna llamada. Lo tomé como una señal de que iba a dejarme en paz—. ¿Qué ha dicho?

—¿No lo habéis leído?

—¿Leer qué? —preguntó Travis con voz severa.

—El artículo. Reese me lo contó hace una hora más o menos.

Cerré los ojos, intentando respirar hondo. Sentía náuseas. Por eso nos había estado llamando a los dos.

—¿Puedo verlo? —pregunté.

—No —respondió Travis.

Abrí ampliamente los ojos.

—Quiero verlo.

—No tengo mucha experiencia en estas cosas, pero creo que ignorar el asunto no servirá de nada si la prensa empieza a hacer preguntas —dijo Tim, al tiempo que sacaba su *smartphone* de la chaqueta de su traje. Le dirigió una mirada interrogante a Travis, que asintió.

Acto seguido, giró su teléfono hacia nosotros. Lo cogí y pulsé la pantalla para hacer *zoom*. El título me puso los pelos de punta: “Heredero de Maxwell atrapado por una cazafortunas”. Me entraron ganas de vomitar. Mi mano empezó a temblar tanto que ni siquiera podía leer el texto. Travis la tomó entre las suyas, estabilizándola, y luego ambos leímos con atención, desplazándonos hacia abajo.

—¿Por qué haría esto mi madre? —Sabía, por supuesto, que no me tenía mucho cariño, y lo había aceptado. También había aceptado que las únicas veces que se acordaba de que tenía una hija era cuando necesitaba dinero. Pero nunca había hecho nada para perjudicarme. ¿Por qué decidió hacerlo en ese momento? Mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Bonnie, deja que yo me ocupe de esto —intervino Travis.

Le oí como desde lejos.

—Siento llegar tarde —dijo Reese. Apareció por una de las entradas traseras. Sam estaba a su lado.

—Les has enseñado el artículo, ¿verdad? —supuso ella.

Tim asintió.

—Lo siento. Intenté avisaros, lo vi hace un par de horas.

—Bueno, no es nada de lo que debamos preocuparnos —dijo Reese—, pero quería que todo el mundo estuviera al corriente.

Sam parecía preocupado.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—No estoy seguro de que no sea nada. Me crucé con un periodista y la primera pregunta que me hizo fue qué pensaba de que Bonnie se acostara con mi hermano.

La bilis subió a mi garganta, estaba a punto de vomitar.

Reese se pasó una mano por la cabeza, como si quisiera alisarse el pelo, aunque su aspecto era perfecto.

—¿Por qué dices eso delante de Bonnie?

—No pasa nada —respondí—. No quiero que suavicéis nada.

—Cariño, por favor, olvídate del maldito artículo —dijo Travis.

Me encontraba fatal. De repente, sentí que no era digna de nada de todo aquello. Como si estuviera jugando a disfrazarme y no perteneciera a esa realidad. No era una cazafortunas, pero desde luego no debía formar parte de la familia Maxwell. Relacionarse conmigo solo los perjudicaría. Tenía que hacérselo saber a Travis, aunque probablemente a esas alturas él ya se habría dado cuenta.

—Sam, ¿por qué tienes esa expresión de pelea? —preguntó Reese.

Le miré atentamente. Sus rasgos habían cambiado sutilmente: sus ojos eran más duros, tenía arrugas en el entrecejo y su mandíbula parecía aún más definida de lo habitual, como si estuviera sacando la barbilla hacia fuera.

—Tengo una solución —afirmó—. Voy a montar algún tipo de escándalo para llamar la atención. Soy el gran misterio, el Maxwell del que nadie sabe nada. Les daré algo que comentar.

Dios mío, ¿realmente haría eso? Me quedé de piedra.

—No, Sam, no puedo dejar que hagas eso.

—Normalmente estaría a favor —dijo Reese—. Pero, ¿por qué mejor no mantenemos la atención en el hotel? Después de todo, estamos tratando de enorgullecer el nombre Maxwell.

Cerré los ojos, sintiéndome realmente nauseabunda.

Desde la parte de atrás, oí más voces. Reconocí a Paisley y a Lena y supuse que había llegado toda la pandilla.

Necesitaba marcharme. Mi presencia ya había causado suficiente daño a esa familia.

—Voy a pasar la noche en la habitación —declaré.

—No —respondió Travis.

—Si no estoy aquí, podréis evitar fácilmente hablar de mí. Además, no creo que tenga fuerzas para lidiar con todo esto.

—Bonnie, te quiero aquí conmigo. Te necesito —suplicó.

Quería quedarme allí por él. Pero en ese instante, lo único que deseaba era salir corriendo. Como había dicho Reese, la atención debía centrarse en el hotel.

—Bonnie —dijo Travis, con la voz aún más dura.

Pero negué con la cabeza, dándome la vuelta y echando a correr hacia el ascensor.

***

Travis

Quería ir tras ella, pero enseguida mi madre se acercó a mí.

—¿Qué ha pasado? —preguntó. Ella y mi padre eran los más próximos a mí, y Tate, Lexi y Paisley estaban junto a ellos. La abuela tenía una mano apoyada en el hombro de Paisley, mientras que Kimberly se encontraba a unos metros con Luke, Tyler, Declan y el resto de la pandilla.

Reese los puso al corriente. Estaba preocupado por Bonnie, no quería que pensara que era culpa suya. ¿Y si le subía la tensión? No fue motivo de preocupación en la última visita a la doctora Taylor, pero nos advirtió que era una posibilidad siempre latente.

—Aún tengo tiempo hasta que lleguen los invitados. Voy a subir a verla —anuncié.

Mamá movió los hombros, como si quisiera liberar tensión.

—Subiré yo. Travis, quédate aquí de momento. Te avisaré cuando Bonnie esté mejor. Sé cómo se siente.

—Mamá...

—Nada de "mamá".

—Lena, tienes razón. La chiquilla te necesita —coincidió la abuela, mirándola con expresión cómplice.

Sin decir nada más, mi madre se dirigió a los ascensores traseros.

Reese frunció un poco los labios.

—Me parece bien que Lena vaya a hablar con ella.

Kimberly se acercó.

Lexi se aclaró la garganta:

—Yo también puedo subir a verla. Voy a aventurarme a decir que quizá se esté comiendo el coco, y el embarazo no ayuda. —Acarició su vientre—. Sé de lo que hablo, a veces la mente puede ir por caminos muy extraños. Anoche mismo me desperté preguntándome qué le pasaría al bebé si me tropezara y cayera sobre mi vientre.

Tate parecía atónito. Sinceramente, por un momento, incluso me había desconcertado a mí. ¿Cómo podía imaginarse algo así?

—Dios mío. —Sam parecía tan estupefacto como Tate.

Kimberly parpadeó varias veces.

—¿Sabes qué? Yo también puedo subir. No creo que nadie note si Lexi y yo faltamos. Hay muchos Maxwell para todos.

—Vais a abrumar a la pobre chica —dijo la abuela al instante.

—Solo hay una persona que tiene que subir, y soy yo —afirmé.

La abuela suspiró.

—Ay, mi querido nieto, tu madre sabe lo que hace. Sé paciente.

¿Paciente? Quería subir con Bonnie, así que yo también empecé a caminar hacia el ascensor, pero en menos de dos zancadas, Sam se puso delante de mí, junto con Reese.

—No puedo dejarte subir, hermano, o mamá nos echará la bronca a todos. Además, ya están llegando los invitados. —Hizo un gesto hacia la puerta principal: tenía razón—. Y tú tienes cara de querer huir de tu propia fiesta.

—Sí, eso es exactamente lo que quiero —dije apretando los dientes.

—Esa no es la mejor manera de causar una buena impresión. Sonríe.

Forcé las comisuras de los labios hacia arriba.

—Tío, ¿qué es esa mueca?

—Espantarás a todo el mundo —dijo Reese—. Vale, mis queridos Maxwell, ¿por qué no vais a saludar a los invitados? Distraedlos un rato mientras hablo con Travis para levantarle el ánimo.

—No hace falta que nadie hable conmigo —comenté mientras mi familia se dispersaba saludando a los invitados. Estaban presentes las personalidades más importantes de Chicago. Había dado rienda suelta a mi familia para que invitara a quien quisiera. No se trataba de hacer contactos, sino de compartir el inicio de aquel capítulo de la familia Maxwell con la gente con la que queríamos estar. Y, maldita sea, quería que Bonnie estuviera allí conmigo.

—Tierra llamando a Travis —dijo Reese—, ¿estás aquí?

—No.

—Oye, Bonnie está arriba y tu madre está con ella. Si algo sé, es que Lena es justo lo que necesita. Y puede que Lexi tenga razón, esto podría ser incluso más difícil para ella debido al cambio hormonal del embarazo. Además, por experiencia propia, sé lo que se siente cuando uno de tus propios padres hace algo que te hace daño. Al menos papá nunca lo hizo a propósito... Entiendo que quieras ir tras ella, de verdad que lo entiendo, pero Lena es lista. Si te pidió que no fueras es por algo, ella siempre sabe lo que hace.

Un nervio palpitó en mi mandíbula.

Reese lo señaló al instante.

—¿Qué es eso? ¿Me estoy perdiendo algo?

Negué con la cabeza mientras entraban más invitados.

—Sí, estoy preocupado. ¿Y si se pone enferma o algo?

—No se va a poner enferma, y tu madre está con ella. Ahora vamos, acabemos con este espectáculo —dijo Reese—. Esta noche es el primer capítulo del libro de la vida de Maxwell Hotels, y vamos a petarlo.

Capítulo Veintinueve

Bonnie

Cuando por fin llegué a la habitación, apenas podía dejar de temblar. Me sequé las lágrimas mientras cerraba la puerta de la *suite* y me dirigía al dormitorio. Sentada en el borde de la cama, rebusqué en mi bolso y cogí el teléfono. Durante una fracción de segundo, dudé, pero luego llamé a mi madre.

Ella respondió enseguida.

—Vaya, sí que cuesta mucho llamar tu atención, ¿eh?

—Te he llamado un millón de veces.

—Probablemente para regañarme.

—¿Por qué has hecho esto, mamá? —Luchaba por mantener la voz uniforme.

—No me enviabas dinero, y ese imbécil con el que sales me echó de su oficina.

—Eres cruel.

—Bueno, fue la manera de conseguir lo que quería. Te dije que necesito más de lo que me envías.

—He pagado todas tus facturas.

—Eso no significa que tenga dinero para mí.

Negué con la cabeza.

—No es mi responsabilidad darte dinero ni pagarte nada en absoluto.

—¿Es eso lo que Travis te ha estado metiendo en la cabeza? ¿Que tú vales demasiado para tu madre?

—No, pero yo soy la hija. Tú eres quien tiene el papel de madre. Y estoy harta de tener que ser yo quien asuma ese rol.

Resopló al teléfono. Me llevé una mano al pecho. Sentí que necesitaba darme fuerzas, abrazarme a mí misma.

—Crees que has triunfado en la vida, ¿verdad? Te has conseguido a un hombre rico. No creas que durará para siempre. Los hombres son cambiantes, tu padre también lo era.

—No pienso hablar de esto contigo. —¿Por qué la había llamado? Sabía que no tendría nada bueno ni amable que decir—. Lo intenté, mamá. He intentado de verdad quererte y construir una relación contigo, pero ya no puedo más. —Antes de que pudiera responder, puse fin a la conversación.

Puse una mano sobre mi vientre, respiré hondo y cerré los ojos.

—Cariño, te prometo que no tendrás que volver a presenciar conversaciones como esta. Tu abuela es una persona difícil, pero yo voy a quererte mucho, voy a quererte por las dos. Tendrás una vida maravillosa. —Abrí los ojos, mirando fijamente a la pared, haciendo todo lo posible por contener las lágrimas.

¿Cómo podría encajar en la familia Maxwell? Lena había tejido ropa de bebé mientras que mi propia madre había hablado mal de mí ante la prensa. Travis había crecido en una familia afectuosa, y yo pasaba más tiempo con los animales que con mis amigos o mis padres. Parecía que viniéramos de planetas distintos. No podía hundir a Travis así.

Negué con la cabeza. *Estúpidas hormonas. ¿Por qué lloro? ¿Por qué he llamado a mi madre? ¿Por qué abandoné la fiesta?* Eso era exactamente lo que mi madre quería: hundirme. Yo sabía cómo eran las cosas en verdad: era fuerte y normalmente, no me importaba lo que

dijeran los demás, incluida ella.

Sabía lo importante que era aquel día para Travis, pero cuando Reese y Tim mencionaron a los periodistas y vi aquel horrible titular, no supe cómo lidiar con ello... de hecho, no supe cómo manejar nada.

Un golpe en la puerta me sobresaltó. Salté de la cama y corrí hacia ella. Era Travis, lo presentía.

Al abrir la puerta, me sorprendí al ver a Lena.

—Mi querida niña, me he enterado de lo que ha pasado. ¿Puedo entrar?

—Claro —respondí, dando un paso atrás y abriendo la puerta de par en par para que pudiera entrar.

—Es una *suite* muy bonita —comentó—. Me muero de ganas de hacer un recorrido oficial al hotel esta misma tarde.

Se volvió hacia mí y pude ver la compasión y la dulzura en sus ojos. Señaló la cama con la cabeza.

—Vamos, sentémonos juntas. Podemos hablar.

La seguí.

—Siento haber salido corriendo así. Ni siquiera os he saludado —dije en cuanto me senté en el colchón.

Pasó un brazo por encima de mis hombros.

—Cariño, no te lo estamos reprochando. Créeme, a veces hasta yo olvido lo abrumadoras que pueden ser estas cosas, y he estado en unos cuantos eventos a lo largo de los años. —Hizo una pausa y luego añadió—: ¿Sabes? Entiendo de dónde vienes. Cuando me uní por primera vez a la familia Maxwell, también fue abrumador. Sentía que nunca conseguiría encajar.

Me senté más erguida.

—¿En serio? —Parecía desenvolverse como pez en el agua.

—Claro que sí. La familia era muy conocida en Chicago ya entonces. Beatrice y su marido habían hecho un estupendo trabajo con las librerías. Todo el mundo conocía a mi marido, y pensaban que me había casado con él por su dinero.

Parpadeé, completamente sorprendida.

—No me lo puedo creer.

Sonrió con tristeza.

—Desgraciadamente, eso era lo que decían.

—¿Y cómo lo superaste?

—Amaba a mi marido. Y Beatrice me acogió en su seno, así que quiero hacer lo mismo por ti. Sé que cuentas con el apoyo de Travis y del resto de mis hijos. —Guiñando un ojo, añadió—: Pero a veces no viene mal contar con la mirada de alguien mayor... o, como le gusta decir a Beatrice, más sabio.

Sus palabras me conmovieron por completo.

—Gracias, Lena. Estaré encantada de que sea así. Siento mucho lo que hizo mi madre.

Mis ojos estaban llenos de lágrimas. Lena me soltó para coger su bolso y me ofreció un pañuelo.

—Tengo la impresión de que las cosas no fueron fáciles para ti de pequeña, y en algún momento, cuando estés preparada, si quieres podrás compartir tanto o tan poco como quieras sobre eso. ¿De acuerdo? —Volvió a rodearme con el brazo y añadió—: Que sepas que todos te queremos y estamos encantados de tenerte en nuestras vidas. No lo olvides nunca.

Lo único que pude hacer fue asentir, y luego ella continuó:

—Sé que puede parecer que no hay forma de que las cosas vuelvan a ser como antes después de ese artículo, pero créeme cuando te digo que lo olvidarán. También lo hacían en mi época, cuando había menos distracciones. Ahora la capacidad de atención del mundo es aún más corta. Al final acabaran pasando a otras cosas.

—Pero la apertura del hotel es muy importante para Travis —dije entre sollozos.

—Ya, lo sé. Y eso está yendo muy bien. Lo sé por el número de asistentes que hay y por las reservas que tienen ya.

—No quiero estropear la celebración, ¿sabes a lo que me refiero? Con la presencia de la "cazafortunas".

—Oh, tonterías. No vas a estropear nada, aunque lo parezca. Y aunque lo hicieras, como ya he dicho, no durará mucho, y desde luego no repercutirá en el hotel. Mi hijo es un astuto hombre de negocios, sabe cómo manejarlo todo. Y te quiere mucho, Bonnie.

—Y yo también le quiero —murmuré, bajando la mirada hacia mis manos.

—Estupendo, eso es todo lo que quería oír. Mientras os queráis, siempre encontraréis la manera de superar los días que parecen más difíciles. Recordad que debéis apoyaros mutuamente y aferraros el uno al otro. Y no digo que las cosas se arreglen solas, pero siempre habrá soluciones. Se genera una fuerza increíble cuando una pareja enfrenta las cosas unida, veréis que tendréis energía incluso cuando creáis que ya no os queda nada. —Su sonrisa se amplió—. Lo mismo ocurrirá cuando nazca el bebé.

Asentí, inspirando profundamente.

—Vayamos abajo.

Lena me dedicó una sonrisa.

—Esa es mi chica.

Me armé de valor, deseando reunirme con mi hombre y su familia y estar a su lado. Sí, había tenido una infancia dura, pero era fuerte y no dejaría que ese artículo me abatiera.

Después de retocarme rápidamente el maquillaje, Lena y yo salimos de la habitación cogidas del brazo y bajamos en el ascensor.

Cuando se abrieron las puertas de la planta baja, parecía que la fiesta estaba en pleno apogeo. La música y las risas invadían el ambiente. La zona de la entrada estaba completamente vacía.

Lena me dio un golpecito con el codo, señalando a mi derecha. Travis se encontraba delante de la sala principal, donde tenía lugar la celebración. Miré a mi alrededor. No parecía haber más prensa fuera, lo que hizo que me preguntara si estarían dentro o, con suerte, se habrían ido.

—Voy a dejaros a solas —dijo Lena, adentrándose en la sala.

Travis se irguió y clavó sus ojos en mí.

—Cariño, me preocupo mucho cuando te estresas. ¿Te ha ayudado hablar con mi madre?

Asentí, juntando ambos pulgares.

—Sí. Siento haberme ido así. Es que cuando vi el artículo, no podía creer que mi madre hiciera eso. No pude soportarlo y no sabía cómo actuar.

Tomó mi mano entre las suyas, atrapándome con la mirada.

—Bonnie, eres mi chica.

—Pero lo que ha publicado la prensa...

—Me da igual lo que digan. Se la pasan escribiendo todo tipo de mierdas sobre nosotros, ya lo verás. Pregúntaselo a Reese cuando tengas la ocasión.

—Pero fue mi madre quien provocó todo esto.

—Tampoco me importa que tu madre sea tan odiosa. Eres mi chica y te quiero: con tus virtudes y tus defectos. Todo eso te hace ser quien eres, y por eso te he elegido para que estés a

mi lado. —Se acercó y me puso una mano en la cintura—. No será la primera ni la última vez que pase. —Se me hizo un nudo en la garganta—. Pero necesito saber que te quedarás conmigo en las buenas y en las malas, y que no te irás de mi lado cuando las cosas se pongan difíciles.

Inhalé con fuerza y negué con la cabeza.

—No lo haré, te lo prometo. Esta noche simplemente me ha pillado por sorpresa. No imaginaba lo que podía pasar.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Parecía afligido. Di un paso atrás, respiré hondo y me cubrí los ojos con las manos.

—Ni siquiera sé por qué lloro —continué—. Lo siento mucho, no quería llorar. Es como si mis lágrimas tuvieran su propio botón de encendido y apagado, y no estuviera conectado a mi cerebro, ni a mi corazón, ni a nada que yo pueda controlar.

—No pasa nada. Eso también me gusta de ti.

Bajé las manos, mirándole con desconfianza.

—¿En serio?

—Sí. —Apoyó su mano sobre mi hombro y luego la subió suavemente hasta mi cara—. Eres una persona muy especial, ¿lo sabías?

Mi cuerpo se tensó por completo, pero luego todos mis músculos parecieron relajarse al mismo tiempo. Me di cuenta de que, hasta que dijo eso, una parte de mí pensaba que tal vez no lo era. Supongo que, cuando tu madre te rechaza, tiendes a pensar que hay algo mal en ti y que no mereces amor. Pero aquel hombre, su madre y, bueno, el resto de su familia, claramente no pensaban eso.

—Gracias por decir eso —murmuré.

—Cariño, es la verdad. Ahora, ¿estás segura de que te encuentras lo suficientemente bien para la fiesta?

—Sí. Quiero estar a tu lado para celebrar esta noche tan increíble. A menos que hayas cambiado de opinión sobre si quieres que esté aquí.

—Jamás.

Solté una risita, preguntándome cómo podía pasar de llorar a moco tendido a estar así de feliz y llena de una burbujeante energía en tan solo media hora. No estaba segura si era por las hormonas o por Travis, pero, en cualquier caso, me alegraba.

En ese momento me sentía invencible. Me impregné de la fuerza de Lena y del amor de Travis. Siempre había sido capaz de levantarme y seguir hacia delante, pero esa noche era más que eso. Sentí que por fin encajaba.

—Por cierto, la prensa ya se ha ido —comentó.

—Vaya. ¿Y eso? —Me sentía un poco nerviosa ante la idea de que estuvieran por allí porque no tenía ni idea de cómo lidiar con ellos.

—Me han puesto de mala hostia.

—¡Travis!

—Lo digo en serio. Venga, vamos.

Entramos en la sala principal cogidos del brazo. Eché un vistazo a mi alrededor: todo el mundo parecía estar pasándoselo en grande. Algunos estaban sentados en las mesas, comiendo. Otros se encontraban de pie en las mesas altas de la barra, charlando.

Sam fue el primero en vernos y se unió a nosotros rápidamente. Inclinó la cabeza en un gesto de reverencia.

—¡Hala! Pensé que tardaríais más en venir. Menos mal que al final no tuve que montar ningún numerito.

—No necesité que me convencieran mucho —respondí.

Reese y Kimberly también se acercaron a nosotros.

—¿Qué me he perdido? —pregunté.

—Todos se están divirtiendo mucho, y la mayoría de la gente ya va un poco borracha —resumió Kimberly.

Sam asintió.

—En pocas palabras, es un fiestón, hermano.

Seguidamente, avanzamos hacia el interior de la sala. Declan y Tate estaban hablando en una mesa alta del bar, y nos detuvimos junto a ellos.

Declan me miró directo a los ojos.

—Podemos demandarlos por difamación. Solo tienes que darme el visto bueno.

Tate le miró fijamente:

—Hermano, creo que acabas de desbloquear un nuevo nivel de intensidad. Relájate, ¿quieres?

Sonreí.

—Declan, no creo que vaya a ser necesario, pero me alegra saber que cuento con tu apoyo.

Tate señaló con la cabeza hacia el final de la sala.

—¿Por qué no vamos a esa zona? La abuela quiere que nos hagamos una foto familiar. Estábamos esperando a que Lena y tú bajarais.

—¿Me estabais esperando a mí también? —pregunté, sorprendida.

Declan guiñó un ojo.

—Sí. La abuela parecía muy convencida de que al final acabarías apareciendo.

Travis apoyó una mano en mi cintura y me besó en la sien.

—La abuela es muy sabia.

Sam se aclaró la garganta.

—Venga, andando, no podemos dejar a la abuela esperando. Nada bueno ha salido de hacer enfadar a Beatrice Maxwell.

Cuando nos dirigimos al final de la sala, el DJ bajó el volumen de la música. La abuela estaba sentada en un sofá de terciopelo rojo y bordes dorados, en un lugar más íntimo para conversar que una de las tantas mesas. Parecía total y completamente feliz. Podía imaginarme que la llenaba de orgullo ver cómo su legado se expandía de una manera espectacular.

—Ya estamos todos aquí, abuela —dijo Travis—. He oído que quieres una foto de grupo.

—Por supuesto. Esta noche comienza un nuevo capítulo en la historia de la familia Maxwell, y quiero muchas fotos para el recuerdo. Quién sabe cuánto tiempo más este viejo y cansado cerebro será capaz de recordarlo todo.

—Ay, Beatrice —dijo Lena—. Si hay una persona a la que no se le escapa ni olvida ningún detalle, es a ti.

—Sí, abuela. Estás en muy buena forma —animó Declan.

Todo el grupo pareció murmurar al mismo tiempo su aprobación.

—Me alegro mucho de que estéis todos de acuerdo. Así no me daréis la lata cuando quiera ir a Londres a visitar a mi nieta.

Todos parecían atónitos. Vaya, la abuela era realmente un genio. Me miró con ojos cálidos y recordé que ella siempre había apoyado a Lena cuando la necesitó todos aquellos años atrás. La respetaba aún más por ello, tenía una fuerza digna de consideración y, sin duda, se trataba de alguien de quien podía aprender muchas cosas.

Reese se echó a reír.

—Eres la leche, abuela.

—Lo sé. —La abuela sonrió con un aire de suficiencia mientras nos daba instrucciones sobre cómo colocarnos para la foto.

***

La fiesta duró hasta altas horas de la madrugada. Cuando Travis y yo subimos por fin a la habitación, creí que caeríamos rendidos en la cama al instante.

Pero para mi sorpresa, apenas llegar me acarició la cara con una mano, manteniendo la otra firmemente en mi cintura:

—Llevo toda la noche deseando estar a solas contigo.

No podía romper el contacto visual, aunque mi deseo también era recorrer con la mirada cada rincón de su cuerpo. Estaba allí, frente a mí, me amaba y sería mío para toda la vida. El afecto de sus ojos me dejó perpleja como nunca antes. Era todo lo que siempre había deseado, y mi anhelo más profundo era que me mirara de esa manera por siempre.

Le desabroché los gemelos y los botones rápidamente, deslizando la camisa por sus tentadores bíceps. Luego, recorrí los músculos de su abdomen con mis dedos, hasta que me arrodillé y lo miré con una sonrisa traviesa. Cuando le quité el cinturón, gimió suavemente, empujando sus caderas hacia adelante.

Acto seguido, liberé su erección, sin molestarme en quitarle los pantalones, y luego le pasé la lengua por el glande, disfrutando de la sensación de la piel sedosa sobre mi lengua. De repente, estaba sedienta de él. Me quité el vestido mientras movía la boca arriba y abajo sobre su pene. Afortunadamente, el vestido solo tenía una cremallera lateral. La bajé y el vestido se me enredó alrededor de las rodillas. El hecho de quitarme la ropa mientras se la chupaba me resultó muy erótico.

Me deshice también del sujetador y luego rodeé la base de su polla con una mano, moviendo mi cabeza arriba y debajo de manera enérgica.

Se echó lentamente hacia atrás, y lo miré, levantando una ceja, observando cómo se bajaba los pantalones. Sí, sin duda, estaba desesperado por mí.

Entonces, me puse en pie para quitarme las bragas. En una fracción de segundo, se posicionó detrás de mí, presionando su precioso torso contra mi espalda. Deslizó sus dedos debajo del elástico de mis bragas y tiró hacia abajo. Oí rasgarse la tela y me eché a reír. ¿Acaso había algo más sexy que unas bragas rotas?

Volvió a cubrirme con sus brazos, tocándome por todas partes: alrededor del vientre y los pechos. Sentí en su caricia que estaba aceptando mi cuerpo cambiante, adaptándose a él. De hecho, no solo lo aceptaba, lo estaba adorando.

Me sentía inmensamente feliz de tenerlo a mi lado, y no le dejaría marcharse. Jamás.

A continuación, me ayudó a darme la vuelta y separó mis piernas con su rodilla. Mientras se inclinaba hacia mí, su mirada se volvió ardiente y lasciva, y luego me besó de forma profunda, salvaje y apasionada. Agarré su erección con fuerza. Pude sentir el momento exacto en que pasó de querer tomarse su tiempo a necesitarme en ese mismo instante. Me encantaba tener ese tipo de poder sobre él.

Agarrándome por la nuca, me acercó hacia él para darme otro beso. Aquel fue aún más salvaje que el anterior. Me empapé en cuestión de segundos.

—Pon un pie en el borde de la cama —susurró contra mi boca, con tono autoritario.

Relamiéndome los labios, levanté la pierna izquierda, accediendo a su petición.

Travis se arrodilló ante mí y me besó desde la rodilla hasta la parte superior del muslo, pero

ignoró por completo mi entrepierna y pasó a la otra pierna. Al parecer, aún no lo había llevado al límite. Tenía mucho trabajo por delante, pero en ese momento lo único que deseaba era disfrutar de las sensaciones que se despertaban en mi interior.

Pasó su lengua por mi otra pierna, con sus ojos fijos en los míos. Luego, continuó besándome delicadamente por mi zona íntima, subiendo despacio por mi torso. Se puso de pie y cubrió mi piel caliente de besos hasta que su rostro quedó a la altura del mío.

Cuando sentí la punta de su polla contra mi clítoris, casi estallo de placer. Bajé la mirada y vi que se había agarrado a la base y movía su erección contra mi clítoris. Se me cortó la respiración y mis piernas comenzaron a temblar.

—Travis —murmuré—. Oh, Dios, Travis.

Con una expresión pícara y decidida, me colocó sobre la cama hasta que quedé recostada. Separé las piernas y me apoyé en los codos. Acto seguido, me penetró con un movimiento rápido y me aferré a las sábanas.

Sentí cómo se movía sobre mí, deslizando la punta de su nariz por el lateral de mi cuello. Una de sus manos subía y bajaba lentamente por mi cuerpo. Se movía con exquisitas caricias, deliberadamente lentas. Era una tortura, pero también me producía una extraña satisfacción. Sentía cada centímetro de él llenándome y dilatándome.

Notaba cómo mi cuerpo se deshacía por completo mientras le tocaba por todas partes, especialmente sus magníficos brazos. Mi orgasmo se formó de manera tan lenta que temí echarme a llorar. No podía aguantar más, pero entonces se apoderó tan rápido de mí que me dejó sin aliento. Grité su nombre, clavando los dedos en el colchón.

Al abrir los ojos, me di cuenta de que no era el colchón: seguía aferrada a sus brazos. Procedí a quitar mis manos de él, todavía un poco horrorizada por los arañazos que tenía en la piel, pero a él no parecía importarle ni notarlo. Tenía el cuello y la cara completamente enrojecidos. Se le marcaban las venas del cuello, y los músculos de sus brazos y pecho se contraían con fuerza mientras me daba hasta la última gota de placer. Era increíblemente guapo y mío entero. Cuando alcanzó el clímax, enterró la cabeza en mi cuello, y entonces un profundo gemido reverberó por todo su cuerpo.

Cuando se tumbó a mi lado, me giré hacia un costado para contemplarlo: su espalda parecía esculpida por los mismos dioses. Sus músculos se expandían con cada respiración.

Se giró para mirarme y movió las cejas de manera pícara.

—¿Te gusta lo que ves?

—Y que lo digas. —Deslicé mis dedos desde su clavícula hasta su ombligo, recorriendo las crestas de su abdomen—. ¿Cómo es posible que tengas estos músculos?

—Con mucho esfuerzo. Oye, debo confesar que esta noche he cumplido una fantasía: quitarte las bragas de cuajo.

Sonreí.

—Y vaya si la has cumplido.

Capítulo Treinta

Bonnie

Dos meses después

Examiné las cuatro magdalenas sobre la encimera, todas diferentes entre sí.

—Son increíbles. Liz se ha lucido.

—Tienen muy buena pinta —respondió Travis.

Estaba intentando decidir cuáles quería para mi *baby shower*. Había pedido *fondant* rosa porque íbamos a tener una niña, y quería que la fiesta tuviera una temática rosa. Liz había enviado cuatro magdalenas: tres tenían *fondant* rosa, y la otra era amarilla.

—Incluso me ha enviado una de piña. ¿He dicho ya que la adoro? Venga, probemos las rosas primero.

Corté las magdalenas por la mitad, aunque podría habérmelas comido yo sola sin problema. Travis no iba a estar presente en la *baby shower*, pero había insistido en estar presente cuando las probara.

Apoyó una mano en mi vientre mientras cortaba las magdalenas, como si lo protegiera ante un eventual accidente con el cuchillo. Dios mío, era adorable. Era como si no pudiera parar de tocarme la barriguita. Cuando, un par de semanas atrás, había ido con la cena al hotel para sorprenderlo, vi que tenía una foto enmarcada de la última ecografía en su escritorio. Incluso allí, en su apartamento, había colgado una copia en la nevera. Cada vez que me daba cuenta de cuánto nos quería, sentía que el corazón me iba a explotar en el pecho.

Todavía me estaba acostumbrando a todo. Lena por su parte no paraba de tejerle ropita al bebé, pese a que ya teníamos más que suficiente. Liz me colmaba de magdalenas... aunque después de que Sam le informara sobre los peligros de la diabetes gestacional, las comenzó a elaborar sin azúcar. Reese, Lexi y mi amiga Ashley me acompañaban a clases de yoga. Y Travis, bueno, era simplemente un hombre de ensueño. Aunque la doctora Taylor le había asegurado varias veces que mi embarazo no era de alto riesgo, él seguía estando muy pendiente de todo.

Finalmente, conseguí superar mis miedos y me había mudado con él el mes anterior. Si bien era cierto que llevábamos poco tiempo juntos, le quería con todo mi corazón.

Travis se manejó de manera muy elegante con la prensa: había hecho una declaración pública sobre nuestra relación, acallando así las especulaciones. Al menos, yo daba por hecho que se habían terminado. Lena me había aconsejado no buscar mi nombre en la web y mantenerme al margen de las redes sociales. Finalmente comprendí la razón por la que ningún Maxwell, excepto Sam, tenía redes sociales. Yo también eliminé mis cuentas cuando la prensa y los *haters* comenzaron a llenarlas de comentarios.

Encargarme de mi madre había sido más complicado. Aunque fuera una persona difícil, aún la quería. Quería que estuviera bien atendida. Entre lágrimas, durante una llamada de teléfono, le dije que quería que tuviéramos el mínimo contacto posible por algún tiempo, pero que transferiría el dinero del alquiler directamente a la cuenta de banco de su casero. Quería asegurarme de que tendría un techo sobre su cabeza. Para la compra y el resto de sus gastos, podía usar su dinero.

¿Conseguiría así que no se metiera de nuevo en problemas? Probablemente no, pero no podía hacer otra cosa. Yo pensaba que finalmente había comprendido lo horrible que fue lo que me hizo, y aunque no había pedido perdón, sí había dicho que no volvería a hacer nada parecido otra

vez.

Lo único que podía hacer era esperar que fuera verdad.

Di un bocado a la primera magdalena, que era de crema de fresa.

—Mmm, ¡está buenísima!

Probé rápidamente la siguiente. Deseaba tomarme mi tiempo para saborearlas, pero no podía. La segunda era de crema de mantequilla, aunque me gustó un poco menos que la de fresa. La tercera era de melón.

—Oye, no me lo esperaba, pero está muy buena —dije. Tenía un toque refrescante—. Le diré que haga una docena de fresa y otra de melón.

—Tú mandas.

—¿Tú qué opinas?

—Me gustan todas, aunque creo que la de fresa es mi favorita.

—Me lo apunto —suspiré, mirando mi querida magdalena de piña.

—¿Vas a comerte esa también?

Le miré de reojo.

—¿Quieres la mitad?

Mi intención con esa pregunta era que dijera que no, pero asintió. Apenas logré disimular mi desilusión. *Eso me pasa por preguntar...*

Volví a coger el cuchillo, la corté por la mitad, y entonces ocurrió algo extraño. Tras atravesar el *fondant*, el cuchillo se detuvo.

—¿Qué está pasando? —pregunté, dejando el cuchillo sobre la mesa. Observé la magdalena —. Creo que hay algo en su interior, parece una cajita.

—Eso parece. ¿Por qué no la abres?

Eso fue exactamente lo que hice. Saqué la cajita con cuidado. Estaba hecha de un material algo chicloso... Contuve la respiración, porque dentro de la pequeña cajita transparente había un anillo. *¡Dios mío!* No era de esos de juguete, como los que se encuentran en los caramelos para niños.

—Déjame a mí —se ofreció, tomando la caja con cuidado. La abrió fácilmente tirando de un lado y sostuvo el anillo en su mano derecha. Era un precioso diamante redondo, engarzado en una banda de hilos blancos y dorados entrelazados.

Sentí que el corazón se me iba a salir del pecho.

Me miró directamente a los ojos, y mis piernas comenzaron a temblar. Me cubrí el vientre con una mano, un hábito que había adoptado cuando necesitaba sentir algo de estabilidad. Era ridículo, pues no ayudaba realmente, pero era un reflejo instintivo.

Tomó mi mano izquierda y acarició el dorso con su pulgar.

—Bonnie, te quiero, cariño. Llevo meses queriendo pedirte que te cases conmigo, pero no dejaba de darle vueltas a cómo hacerlo.

Una sonrisa inmensa se extendió por mi rostro.

—Es perfecto así —susurré—. Las magdalenas... ¿de qué era la capa donde estaba escondido el anillo?

—Ah, es algo con lo que Liz ha estado experimentando. Insistí en que el anillo estuviera envuelto en algo, para que si decidías no compartir la magdalena conmigo, no te lo tragaras ni te dañaras los dientes.

Sentí cómo mis mejillas se ruborizaban. Me conocía tan bien que pudo sospechar que podría haber hecho alguna maniobra evasiva para evitar compartir la magdalena, y de haber sido así, no habría tenido que cortarla.

—Quería que fuera hoy, porque hace justo seis meses que nos conocimos.

Ni siquiera me había dado cuenta. Tenía razón. Nunca había creído en la suerte, pero tenía que admitir que había sido un día afortunado para ambos.

Entonces, deslizó el anillo en mi dedo.

—¿No deberías preguntar algo antes? —dije con voz temblorosa.

Él carraspeó.

—Cierto. Primero la pregunta, luego el anillo.

—Depende de la respuesta —bromeé.

—Bueno, nunca se nos ha dado muy bien seguir las reglas. —Apretó mi otra mano y me miró directo a los ojos—. Bonnie ¿quieres casarte conmigo? Quiero tener el privilegio y el honor de quererte todos los días, de llamarte mía tanto oficial como extraoficialmente. ¡Di que sí! Hazme el hombre más feliz del planeta. Maldita sea, soy feliz solo con tenerte aquí a mi lado. Quiero compartir mi vida contigo y construir un futuro juntos. Prometo ver tus programas favoritos contigo, fingir que estoy de acuerdo contigo sobre tus temporadas favoritas...

—Oye...

—... y comprarte todas las magdalenas que quieras.

—¿Estás sobornándome para que acepte?

Me guiñó un ojo.

—Estoy contribuyendo a mi causa.

—Sí —susurré, y mis ojos se llenaron de lágrimas. Aquellos días ni siquiera intentaba contenerlas. Mi tendencia a llorar parecía crecer junto con mi vientre. No intentaba luchar contra ello; Lena me había asegurado que era completamente normal.

Él deslizó el anillo en mi dedo y, después de colocármelo, besó el dorso de mi mano. Luego se puso de cuclillas y apoyó la frente sobre mi tripa.

—Semillita, espero tener tu bendición también. Prometo que voy a cuidar muy bien de ti y de tu madre.

Tuve que agarrarme a la mesa para no caerme; estaba temblando de emoción.

—Y prometo que te pondremos un nombre maravilloso. No me rendiré sin luchar —añadió en un murmullo antes de volver a ponerse de pie.

—Ajá. ¿Y eso qué se supone que significa? —pregunté. Llevábamos en una batalla de nombres desde el momento en que supimos que tendríamos una niña. Él había rechazado cada nombre que yo había propuesto, y además no podía ni siquiera pensar en tres opciones decentes.

—Justo lo que he dicho.

—No te parecieron bien ninguno de mis nombres.

—Lamento ser directo, pero son horribles. Suenan a nombres inventados.

—Los he sacado de libros de fantasía.

—Ahí lo tienes. No le podemos hacer eso a nuestra hija.

Hice un mohín.

—Vale. Entonces espero que se te ocurran más nombres que no sean Jean o Simone... son demasiado aburridos.

Sus ojos brillaron peligrosamente. Se acercó un paso, colocando una mano en mi vientre y otra en mi hombro.

—¿Cuándo quieres que nos casemos? —preguntó.

—Con o sin barriga, esa es la cuestión.

—Me parecerá bien lo que decidas, cariño. Mientras me mires con esos ojos, no hay nada más que necesite.

—Sabes cómo hacer que me derrita —susurré, mirando primero el anillo y luego las magdalenas—. Pero, aun así, no voy a aceptar tus aburridas sugerencias de nombres.

Travis rió y me levantó entre sus brazos, acercando su boca a mi oído.

—Ya discutiremos eso más tarde. Ahora mismo, tengo otra cosa en mente.

Capítulo Treinta y uno

Bonnie

El día de nuestra boda sentía que estaba a punto de reventar. Era pleno agosto, así que hacía un calor sofocante. Nos encontrábamos en el restaurante de un hotel a una hora de Chicago, donde todos pasaríamos la noche. El lugar era sencillamente precioso, rodeado de ondulantes colinas y árboles gigantescos.

Habíamos debatido mucho sobre si casarnos antes o después de que diera a luz. Aunque seguir nuestro calendario hubiera sido más fácil sin estar tan enorme, no me arrepentía de la decisión. Sentía que tener a nuestro bebé en mi vientre en ese momento hacía todo aún más especial. Era el broche perfecto a nuestra historia.

La ceremonia tuvo lugar en una carpa fuera del restaurante. Al principio, Travis y yo habíamos insistido en hacerla al aire libre, pero el clima era demasiado impredecible.

Caminaba frente a la carpa con Ashley, Lena, Reese, y Emmett. Lena me arreglaba el vestido: en realidad, no hacía falta, pero me encantaba verla revoloteando a mi alrededor. Arreglaba mi velo, alisaba el vestido... Ella lucía impresionante con su vestido burdeos de manga corta.

—Estás guapísima, cariño —dijo Lena—. Estoy tan feliz de que tú y Travis os conocierais... y de que mi nieta os haya vuelto a reunir. Sabes, no te lo he dicho nunca, pero te considero una hija más.

—Lena —le regañó Reese—, lo que has dicho es muy bonito, pero vas a hacerla llorar.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, y pude oír a Ashley dar un respiro profundo. Ella sabía lo que esas palabras significaban para mí. Mis padres no iban a asistir. Mi madre había dicho que no podría enfrentarse a los Maxwell después de aquel artículo, y mi padre... bueno, él dijo que probablemente no llegaría a la boda. Pero yo estaba enfocada en lo positivo: los Maxwell eran mi familia.

—Gracias, Lena. —Me acerqué a ella y nos abrazamos, a pesar de la enorme barrera que mi vientre formaba entre nosotras. La felicidad se queda corta para describir cómo me sentía; era una mezcla de alegría y paz que parecía filtrarse hasta mis huesos y llenar cada célula de mi cuerpo.

—¿Estás lista? —preguntó Emmett.

Me enderecé y parpadeé cuando las lágrimas rodaron por mis mejillas. Las sequé suavemente con la palma de la mano; la maquilladora me había dado instrucciones precisas de no usar las yemas de los dedos, ya que, aparentemente, eran la parte más sucia de la mano y dejarían marcas en el maquillaje.

—Estoy lista —murmuré.

Emmett entrelazó su brazo con el mío.

—Siempre quise una hija para acompañarla en su boda. Me enorgullece acompañarte al altar hoy, Bonnie.

—Emmett —dijo Reese golpeando el suelo con el pie mientras comenzaba a llorar también.

Mis ojos volvieron a llenarse de lágrimas, y una vez más rodaron por mis mejillas. Esa vez no intenté secarlas; eran lágrimas de pura felicidad, y no quería ocultarlas.

Reese abrió las puertas y encabezó la comitiva con un ramo de flores. Kimberly salió desde los últimos asientos detrás de su hermana, mientras Ashley, mi dama de honor, caminaba delante

de mí.

El coro empezó a cantar: estaba compuesto por doce niños y niñas, algo en lo que Lena había insistido, y debo admitir que era espectacular. Sentía como si estuviera entrando en un sueño, y era el mejor que había tenido nunca.

Mis ojos se centraron en Travis, que me esperaba al final de la alfombra roja. Sam era su padrino y sus otros hermanos estaban allí, acompañándolo en el altar. Estaba guapísimo con su esmoquin: le quedaba perfecto. Me sonreía, y sus ojos reflejaban una felicidad que parecía irradiar desde su alma. Yo temblaba, y eso que ni siquiera llevaba tacones. Si escuchar a sus padres decir tantas palabras bonitas sobre mí ya me había conmovido, ver a Travis esperando allí, mirándome como si hubiera puesto la luna en el cielo, era más de lo que jamás había soñado.

Nos tomamos de la mano mientras el sacerdote hablaba. Prestaba atención a cada palabra, sin querer perderme el momento en que se dirigiera a nosotros. La felicidad me embargaba por completo; la sentía en cada una de mis extremidades, llegando hasta la punta de mis dedos, iluminándome desde el interior.

—Ahora podéis intercambiar los votos, si los habéis preparado —anunció el sacerdote.

—Sí, los hemos preparado —contestó Travis con voz firme. Se giró hacia mí, tomó mis manos y me miró directamente a los ojos—. Bonnie, eres mi vida entera. Te amaré hasta mi último aliento. No sé qué nos esperará después, pero incluso entonces, mi corazón seguirá siendo tuyo.

Habíamos decidido que nuestros votos serían cortos, porque le había confesado a Travis que no podría soportar mucho sin romper a llorar. Ni siquiera había terminado los suyos cuando yo ya estaba llorando. Carraspeé, con las lágrimas surcando mi rostro.

—Y tú tienes el mío. —Mi voz era apenas un susurro, pero él podía oírme, y eso era todo lo que importaba—. Te quiero hasta la luna y más allá. Y prometo quererte más cada día.

El sacerdote dijo unas palabras más, pero estaba demasiado perdida en Travis como para escucharlas con claridad, hasta que finalmente pronunció:

—Podéis intercambiar los anillos.

Paisley se acercó sujetando los anillos en alto, sonriendo con orgullo. Ay, todo aquello la hacía muy feliz. Me había confesado en secreto que su objetivo era ser la portadora de los anillos en todas las bodas de la familia, y yo estaba segura de que lo lograría. Tenía a todo el mundo en la palma de su mano, y lo sabía.

Travis me puso el anillo primero, y después yo se lo coloqué a él. Enseguida se inclinó sobre mí y rozó mis labios con los suyos.

Éramos marido y mujer. No podía creerlo.

Salimos de la carpa caminando lentamente, mientras recibíamos las felicitaciones de todos los presentes. Me encantaba ver sonrisas genuinas en los rostros de los asistentes a nuestra boda, y estar rodeada de personas que nos deseaban la más absoluta felicidad. Podía prácticamente sentir la alegría en el aire.

El fotógrafo comenzó a hacer su trabajo en cuanto estuvimos fuera. Paisley también se dedicó a tomar un millón de fotos con la cámara que Travis le había regalado la Navidad anterior.

El profesional tomó fotos de grupo, indicándonos cómo colocarnos, y luego se dirigió a Travis y a mí.

—He encontrado algunos lugares más allá, entre los árboles, donde podríais posar. La luz es perfecta, y el sol está en una posición ideal ahora mismo. ¿Estáis listos? Podemos regresar para terminar con las fotos de grupo más tarde.

Travis me miró.

—Lo que tú digas, cariño.

—Claro, ¿por qué no?

Le había dicho al fotógrafo que quería que la naturaleza que nos rodeaba estuviera presente en nuestras fotografías, porque era demasiado bonita como para dejarla fuera.

Nos llevó por un pequeño sendero que parecía perderse entre los árboles a lo lejos. Como mi vestido era largo y amplio, ocultaba mis zapatos, que eran planos con una suela gruesa, algo por lo que estaba muy agradecida: de otro modo, habría sentido cada piedrecilla en la planta de mis pies.

Ya me sentía cansada. Moverme con el bebé no era fácil, pero todo merecía la pena: la vista de los árboles era impresionante, capaz de dejarte sin aliento. No me había dado cuenta de lo enormes que eran. En realidad, eran gigantescos.

El fotógrafo nos llevó hasta dos árboles que se entrelazaban en la base. Tenía muy buen ojo. Era un lugar muy romántico.

—Vaya, me he olvidado algunas lentes. —Rebuscó en la bolsa que llevaba colgada al cuello —. Volveré en unos minutos, ¿vale? Dad una vuelta, mirad si hay algo que os gustaría incluir en particular. Yo tengo algunas ideas, pero me encantaría escuchar las vuestras también.

—Sí, claro que sí —contesté.

Se fue corriendo, y me di cuenta de que antes había caminado despacio por mí.

Me encantaba ese lugar. Podía sentir cómo la conexión con la naturaleza me llenaba de calma, haciéndome sentir con los pies firmes en la tierra.

—Es precioso —susurré—. Al bebé también le gusta.

—¿Está dando patadas? —preguntó Travis con entusiasmo. Era tan adorable, siempre esperando alguna señal de que el bebé estaba respondiendo.

—No, ya sabes cuándo lo hace. Creo que deberías intentarlo... —Levanté las cejas, incitándolo.

—No me lo puedo creer, con todas las canciones que hay en el mundo... —Colocó una mano en mi vientre y empezó a cantar *"Yellow Submarine"*.

Sentí una patada, y luego otra. *Es increíble que esté dando patadas al ritmo de la canción.* Travis puso también la otra mano en mi barriga, y su expresión de felicidad me hacía sentir tan especial...

Un mes antes habíamos ido de compras y la canción empezó a sonar en la tienda. Travis se había estado burlando del DJ y, juguetón, empezó a cantar parte de la letra. Justo en ese momento sentí una de las patadas más fuertes que había experimentado durante el embarazo. Pensamos que se trataba de una coincidencia, pero cuando volvió a cantar la canción al salir de la tienda, sucedió lo mismo.

—Te quiero muchísimo, Bonnie —me susurró—. Bueno, a las dos. —Se arrodilló sobre una rodilla y besó mi vientre. Luego se apartó un poco para mirarme, y yo me incliné para poder verlo sobre la barriga. Él miraba mi vientre de nuevo—. Voy a trataros a ti y a tu madre como si fuerais princesas. —Ya había pronunciado sus votos ante el sacerdote, pero ahora parecía recitar sus votos a nuestra hija—. Para siempre, cada día, tendrás mi corazón y mi alma. Y eso no va a cambiarlo nada. Solía pensar que el hotel iba a ser mi legado, pero he aprendido que hay otro significado para esa palabra.

Deslicé los dedos por su pelo con un suspiro. Ambos habíamos aprendido mucho sobre nosotros y nuestras creencias a lo largo de los últimos meses. Siempre había creído firmemente que debía hacer las cosas de cierta manera para asegurar la felicidad de mis hijos: primero

conseguir un buen trabajo y luego un matrimonio sólido. Pero descubrí que la vida tiene su propia manera de hacer que las cosas... sucedan. Se necesitaba a la persona correcta y un poco de fe para poder crear momentos como esos.

—Es una foto perfecta.

No había oído al fotógrafo volver. Parecía muy satisfecho mientras Travis se levantaba y apretaba mi mano.

—Lo siento si os he asustado. Siempre he creído que las mejores fotografías son las que se toman por sorpresa, cuando no se sabe que te están fotografiando. Quedan muy naturales.

—¿Puedo verla? —pregunté.

Él sonrió con picardía.

—Nooo. Vamos a hacer algunas más y os las enseño todas después. ¿Habéis echado un vistazo?

Me sonrojé. Habría mirado, pero mi marido me había sorprendido con aquella declaración de amor a nuestra niña.

—Creo que podemos empezar con estos dos árboles. Estoy muy contenta aquí, en sus raíces.

—Sí, creo que pueden quedar muy bien en las fotos —se mostró de acuerdo—. Tened cuidado de no tropezar con las raíces. Son traicioneras.

El fotógrafo realmente sabía lo que hacía. Nos pidió que posáramos de varias formas, aunque rechacé alguna porque me parecían demasiado falsas. Debía tomarnos unas cincuenta fotos con los árboles.

Cuando volvimos a la fiesta, todos estaban bebiendo. Yo estaba sedienta, y acepté alegremente el vaso de zumo de naranja que Reese me ofreció.

Miró alrededor con una sonrisa, y Sam hacía lo mismo. Parecía muy satisfecho al acercarse a mí.

—Bonita boda.

—Gracias. Es una lástima que tu mujer misteriosa no haya podido venir —comenté. Sam había estado pensando en traer a una acompañante, pero al parecer no pudo ser.

—Ya lo sé. De verdad que quería que viniera a la boda.

—Entonces, ¿cuándo vas a presentárnosla? ¿La próxima vez que estés por la ciudad?

Su expresión cambió. Parecía incluso más satisfecho consigo mismo que antes.

—¿Puedes guardar un secreto?

—Claro que puedo.

—He decidido volver a Chicago.

—¡Guau, qué bien! —exclamé.

—Shhh. Se supone que es un secreto.

Miré alrededor, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Es el día de mi boda, todos esperan que esté risueña y feliz. ¿Cuándo vuelves?

—En un par de semanas.

—¡Sí que te mueves rápido!

—Lo he estado pensando durante mucho tiempo, pero una vez que tomo una decisión, sí, todo avanza rápido.

—Ya veo. ¿Y vuelves porque la relación entre tú y esa mujer misteriosa se está volviendo seria?

Sam soltó una carcajada y me besó la frente.

—Suficientes secretos por hoy.

—No estoy de acuerdo. Es mi día especial, tengo derecho a saberlo todo.

—Veo que has robado algunas de las maniobras de persuasión de la abuela. Aprendes rápido.

—Así es. —Sonreí, pero no seguí preguntándole: Reese y Travis se acercaban, y, después de todo, *había* prometido mantener el secreto. Pero aún tenía tiempo para acorralarlo y usar mi ‘‘derecho de novia’’ para sacarle toda la verdad.

Por el momento, iba a disfrutar de aquel día tan feliz.

Epílogo

Travis

Dos meses después

—Cariño, ¿quieres que te lleve el desayuno a la cama? —pregunté desde la cocina. Ese día había decidido trabajar desde casa, algo que hacía a menudo en los últimos tiempos, sobre todo porque Bonnie había decidido tomarse unas vacaciones. Como ella misma decía, se sentía tan enorme que le costaba moverse con facilidad por la consulta, así que se estaba tomando las cosas con más calma en las últimas semanas. Por mi parte, aprovechaba tenerla conmigo todo el día para mimarla.

—¿Travis? —Sonaba ansiosa, y supe de inmediato que algo no iba bien.

Dejé a un lado la sartén que iba a utilizar para cocinar beicon, su desayuno favorito, y me apresuré a ir al dormitorio. Sus ojos estaban muy abiertos.

—¿Qué pasa?

—He roto aguas.

—¡Dios mío! —exclamé—. Voy a llamar a una ambulancia.

—No creo que debamos hacer eso, puedes llevarme tú mismo.

¿De verdad? Intenté recordar lo que nos enseñaron en las clases prenatales, pero me quedé en blanco.

—¿Y si el bebé llega mientras estamos de camino?

—No ocurre tan rápido, menos si se trata de una madre primeriza. No sé qué hacer. La doctora Taylor está de vacaciones, mi fecha de parto es dentro de dos semanas, y se suponía que ella volvería la semana que viene. Sé que tiene a alguien cubriendo mientras está fuera, pero no es *mi* doctora.

—¡Joder! Vale, espera, voy a llamar a Sam.

Mi hermano nos había sorprendido a todos cuando nos dijo que se trasladaba de nuevo a Chicago. Ya había empezado su trabajo a tiempo completo en uno de los hospitales más renombrados de la ciudad.

Le llamé de inmediato. Como era típico de él, no contestó. Rara vez lo hacía durante los turnos. Me temblaban los dedos mientras le enviaba un mensaje con las siglas “SOS”. Me había asegurado que siempre se pondría en contacto rápido si le enviábamos ese mensaje. Fiel a su palabra, me llamó enseguida.

—¿Qué ocurre? —preguntó con voz severa.

—Bonnie ha roto aguas.

—Vale. Se ha adelantado dos semanas, y recuerdo que me dijo que su doctora estaba de vacaciones. —La voz de *médico* de mi hermano siempre me sorprendía.

—¿Cómo es posible que te acuerdes de todo eso?

—Bueno, porque pensé que podría darse exactamente esta situación.

—A Bonnie no le gusta la idea de llamar a quien sea que esté cubriendo a su doctora.

—Vale, no hay de qué preocuparse, yo te diré cuáles son los pasos a seguir. Por lo pronto, la traerás aquí, ¿de acuerdo?

—Claro.

La hora siguiente transcurrió a cámara lenta. Al mismo tiempo, sentí como si todo sucediera tan deprisa que apenas podía procesarlo.

Resultó que Bonnie ya había preparado tres bolsas de maternidad para el hospital. Notaba lo preocupada que estaba, y yo hacía todo lo posible por tranquilizarla, aunque, en realidad, estaba perdiendo la cabeza. El bebé iba a nacer antes de tiempo, y claramente los protocolos de los que habían hablado Bonnie y la doctora Taylor no se iban a cumplir. Pero, dentro de todo, me alivió saber que mi hermano estaba de turno en el hospital. Confiaba en que cuidaría a Bonnie y a nuestra hija mejor que nadie.

Sam nos esperaba en la entrada y me ayudó a rellenar todos los formularios mientras daba instrucciones al personal para que llevaran a Bonnie a la sala de maternidad. Después de ocuparnos del papeleo, él y yo subimos.

—Se mueven rápido —dije. Bonnie ya estaba en una cama, con la expresión marcada por el dolor. Verla así me destrozaba. Hacía todo lo posible por aliviarla, aunque sabía que no había mucho que pudiera hacer.

—Cariño, estoy aquí contigo —dije, acercándome a su cama—. Apriétame la mano.

Y así lo hizo, apretando mis dedos con fuerza mientras las enfermeras le ponían una vía en el brazo.

—No es mi especialidad, pero voy a quedarme por aquí, ¿vale? Quiero ser yo quien revise las constantes vitales de la niña cuando nazca —dijo Sam con orgullo.

Bonnie hizo una mueca de alivio cuando terminó su contracción, respirando profundamente. Mi mujer era una verdadera campeona.

—Pero las enfermeras dijeron que esto podría llevar un buen rato —dijo ella.

—No importa —respondió mi hermano—. Voy a estar aquí para ti.

—Gracias, Sam. Eso me tranquiliza mucho.

—Haré lo que sea por la familia. Ahora, os sugiero que os pongáis lo más cómodos posible. A veces estas cosas llevan su tiempo. ¿Necesitáis algo de beber?

—Las enfermeras ya nos lo han ofrecido —dijo Bonnie, que no parecía dispuesta a soltar mi mano, y yo tampoco tenía intención de ir a ninguna parte. Me quedaría allí, junto a mi mujer.

Sam asintió. No había nada que hacer, salvo esperar.

***

Rose Maxwell nació a la una de la madrugada. Como había pensado antes, Bonnie era toda una campeona. Mientras tanto, yo estaba temblando. Ver a la mujer que amaba dar a luz a nuestra hija fue una experiencia incomparable. Me sentí honrado y más que agradecido por haber podido presenciarlo. Finalmente comprendí por qué lo llamaban ‘‘milagro’’: realmente lo fue.

Tal como había prometido, Sam se encargó de comprobar las constantes vitales de Rose mientras Bonnie lo observaba con cierta aprensión. Su pelo estaba pegado a la cara, estaba sudorosa y con las mejillas aún rojas, pero su sonrisa era enorme. Nunca me había parecido tan guapa.

—Lo has conseguido, cariño. Estoy muy orgulloso de ti —le dije—. Eres muy valiente.

Sinceramente, decir que era valiente se quedaba corto. No tenía ni idea de cómo hacían las mujeres para pasar por todo eso.

Sam nos trajo a Rose.

—Está perfectamente sana. Enhorabuena.

—Ay, gracias —dijo Bonnie—. Te creeré porque, como yo también soy parcial, creo que es la niña más bonita del mundo.

La ayudé a colocar a Rose sobre su pecho. Pensé que iba a alimentarse, pero simplemente se quedó dormida.

—Se alimentará cuando quiera —dijo Sam—. No te preocupes.

Cuando el personal se fue, Bonnie se durmió enseguida mientras Rose también dormía plácidamente en el moisés que había junto a la cama. No quería apartar la vista de mis dos chicas, pero estaba demasiado cargado de adrenalina. Sabía que las despertaría si me quedaba en la habitación, así que salí al pasillo.

Sam también estaba allí, tomando un trago de agua. Tenía otra botella y, cuando me senté en la silla junto a él, me la ofreció.

—Deberías beber un poco. Has estado horas de pie y no te has hidratado.

Me reí.

—Eres todo un doctor.

—Sí, así es.

Destapé la botella y tomé un sorbo. Vaya, tenía razón. Me moría de sed.

—Gracias por todo lo que has hecho hoy. Ha significado mucho para mí.

—Me alegro de haber podido hacerlo —respondió Sam—. Oye, quizá había una razón para que volviera a Chicago después de todo, aunque no resultó ser la que yo pensaba.

Sonaba apagado, pero no podía culparlo. Su ‘‘mujer misteriosa’’, como la llamaba Bonnie, resultó ser infiel. No estaba interesada en nada más que en una relación a distancia porque tenía otra relación paralela allí mismo, en Chicago. Fue un golpe duro para mi hermano y, francamente, temí que decidiera volver a Médicos Sin Fronteras y lo perdiéramos de nuevo.

—Y bien, ¿qué vas a hacer ahora? —pregunté. Todo era bastante reciente; lo había descubierto apenas dos semanas atrás.

—Estoy buscando un lugar donde vivir. Lo que me recuerda... —Abrió la aplicación de Facebook en su teléfono. Hacía tanto tiempo que no la usaba que la interfaz ya ni siquiera me resultaba familiar.

Se dirigió a la página de un grupo. Algunas caras de la foto de portada me resultaban familiares; era el grupo de su instituto.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Es la página del grupo de mi instituto. Decidimos hacerla luego de una de nuestras reuniones. La uso para mantenerme en contacto con todos. Recuerdo que uno de los chicos publicó un aviso de un ático hace un par de días. Déjame responder que estoy interesado antes de que se me vuelva a olvidar. ¿Ves? Esta es la ventaja de seguir teniendo redes.

—Ventaja para ti —repliqué—. En mi caso, lo malo supera con creces a lo bueno.

—¡Vaya, no me lo puedo creer!

—¿Qué pasa?

Me enseñó el teléfono.

—Mira quién más ha respondido a la publicación. Avery.

—¿Tu exnovia?

Sam asintió.

—¿Estáis interesados en el mismo apartamento?

—Eso parece. ¿Cuándo ha contestado? Déjame comprobarlo... Ayer, y dice que necesita a alguien con quien compartirlo.

Resoplé.

—Vaya, eso sí que sería interesante, ¿no? Vivir con tu exnovia...

—Estuvimos juntos hace mucho tiempo —respondió Sam. La voz de médico había desaparecido, y ahora sonaba como mi hermano de siempre. Eso me agradó.

—Y, además —continuó—, nadie ha dicho nada de vivir juntos. Podría cogerlo para mí solo.

Aunque, para ser sincero, es tan grande que no me importaría tener un compañero de piso... o compañera.

Lo miré con suspicacia.

—¿Compartir un piso con Avery? Es una jugada arriesgada.

Sam se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Hace años que no hablo con ella; no estuvo en la reunión del instituto. Seguro que sería interesante verla.

—A juzgar por esa expresión de tu cara, se me ocurren otras maneras de describir la situación... como loca, posiblemente peligrosa, y quizás hasta algo caliente.

Se echó a reír.

—Estás loco, han pasado muchos años, y es posible que ni siquiera llegue a eso. Puede que ya haya encontrado otro apartamento en el ínterin. Me gusta mucho el ático porque está cerca del hospital. —Se pasó una mano por el pelo, parpadeando lentamente—. Estoy hecho polvo, tío.

—¿Quieres que te pida un Uber?

—No, voy a quedarme aquí en el hospital, en una de las habitaciones de guardia. Tú vuelve con tus chicas.

—Es justo lo que iba a hacer —respondí. El cansancio me estaba invadiendo, y la verdad es que no quería estar lejos de ellas durante demasiado tiempo.

Me levanté y entré en la habitación lo más silenciosamente posible. Había una luz de noche junto a la cama, y pude verlas allí, durmiendo plácidamente.

Me tumbé en el sofá, pero a pesar del cansancio, no podía dormir. No podía creer la suerte que tenía de ser tan feliz. Me quedé despierto durante horas, solo mirándolas, haciéndome una promesa a mi mismo: iba a amar a mi mujer y a mi hija toda mi vida.

Este es el final de la historia. La serie continúa con la historia de Sam. Suscríbete a mi boletín para recibir un libro mío gratis y para recibir noticias sobre nuevos libros y ventas.

Lista de Libros:

La Familia Bennett

La Familia Connor

Solteros Muy Irresistibles

Contacto de la Autora

Laylahagen.com

Únete alGrupo de Lectores de Layla